



JOAKIM ZANDER

EL AMIGO

La nueva voz de la novela policiaca escandinava





JOAKIM ZANDER

EL AMIGO

La nueva voz de la novela policiaca escandinava



SÍGUENOS EN



[@megustaleer](#)

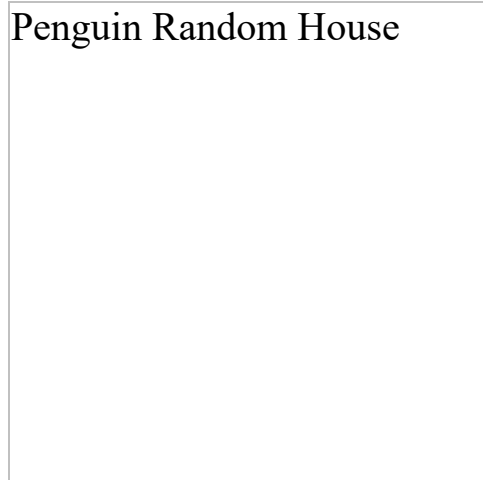


[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

Penguin Random House



A Lukas y Milla, siempre

*do
not ever
be afraid to tell me
who you are.
i am going to find
out
eventually*

NAYYIRAH WAHEED

1

5 de agosto – Beirut

Algunas cosas van deprisa. Jacob Seger aterriza en Beirut presa del desconcierto. Se ha dormido en el avión y quizá continúe medio dormido mientras sigue la corriente de pasajeros en dirección al puesto de control y los policías fuertemente armados, o militares, o lo que sean los que le hacen preguntas sobre por qué está en Beirut, cuánto tiempo piensa quedarse y por qué no tiene pase diplomático si va a trabajar en la embajada sueca.

—Becario —dice—. Estoy en prácticas. No soy diplomático.

Todavía no, quiere añadir mientras poco a poco se va despertando. Todavía no soy diplomático.

Este es solo uno de los primeros pasos. Primero tiene que acabar la licenciatura de Ciencias Políticas en la Universidad de Upsala. Siempre y cuando logre sacarse ese examen de estadística que va arrastrando —y también estas prácticas en Beirut— antes de redactar el trabajo final de carrera. Luego vendrá el Ministerio de Asuntos Exteriores, ya en serio. Su objetivo. Lo que lleva cuatro años soñando mientras se ha ido comprando *The Economist*, empollando cifras de exportación suecas, premios Nobel y jefes de gobierno de oscuros países asiáticos para superar la prueba de acceso. Pasaporte azul de diplomático y atractivos maletines de piel de ternero. Solo tiene que ponerse las pilas con el francés y el árabe.

Una pequeña ola de angustia más que conocida lo arrolla en el mostrador mientras el hombre uniformado lo examina desanimadamente con su mirada neutral y cansada. Las lenguas son su talón de Aquiles, sabe lo importantes que resultan para la carrera diplomática. Pero se le retuercen las tripas solo de imaginarse metido en una clase practicando vocabulario. Tampoco ayuda que su profesor de árabe, Hassan Aziz, un iraquí de unos sesenta años de edad, con pelo cano y grueso y corbata de punto, incluso llegara a ofrecerle clases privadas en su piso de las afueras de Estocolmo.

«Veó que de verdad tienes interés, Jacob —solía decirle Hassan en tono de rendición después de las clases en la Folkuniversitetet en Upsala—. Pero también tienes que practicar por tu cuenta. Si quieres, puedes venir a mi casa algún día y repasamos juntos».

Pero Jacob había sentido una aversión física ante la mera idea de tener que estudiar en casa. Y no se veía capaz de invertir horas en tren y metro para ir hasta el extrarradio donde vivía Hassan. No tenía ánimos para esforzarse, solo quería saberlo, sin más. Como en *Matrix*. «I know Kung Fu».

Aparta la idea. No importa. Se pondrá con ello, el francés, el árabe. Sabe que no puede fracasar ahí, sería demasiado injusto. Él está hecho para esta vida, para los aeropuertos y las grandes misiones.

Nota que se vuelve a llenar de vigor cuando el policía o el militar o lo que sea le devuelve el pasaporte, vuelve a sentir inflarse sus expectativas cuando deja atrás el puesto de control y sigue los carteles verdes que le indican la salida.

La terminal de llegadas está llena de aire húmedo y asfixiante del Mediterráneo, mezclado con gases de tubos de escape, humo de tabaco y taxistas con carteles escritos a mano en grafías árabes que Jacob debería saber descifrar, después de sus seis meses de curso. Pero abatido se da cuenta de que no puede.

De pronto siente un escalofrío de preocupación. ¿En la embajada pondrán a prueba su nivel de árabe? Al fin y al cabo, lo que le hizo conseguir el puesto fue haber dicho que tenía un nivel intermedio alto de árabe. ¿Era mentira? Decide verlo como una cuestión de definiciones.

Los viajeros se apretujan y empujan en dirección al aparcamiento y las colas de los taxis mientras Jacob se detiene para mirar a su alrededor.

Le habían dicho que alguien vendría a buscarlo. Alguien de la embajada. Había esperado toparse con un cartel que rezara «Sejer» entre los taxistas, y desliza de nuevo la mirada por todos ellos pero con el mismo resultado penoso. Había esperado un Mercedes o un Volvo de color negro, el número dos de la embajada en el asiento de atrás, preparado con un *briefing* y las primeras tareas de Jacob. Algún trato o alguna reunión con el gobierno libanés, quizá que lo mandaran directamente en una misión de investigación a un campamento de refugiados o un cóctel en la embajada francesa. Muy ingenuo, obviamente, está claro que no se empieza por ahí, no el primer día. Pero algo se había esperado, un indicio de que todo eso está ahí. La misión.

La posibilidad de demostrar que él es alguien con futuro. Alguien digno de recordar. Alguien por quien apostar.

Pero no hay nadie esperándolo. Nadie que sostenga un cartel con su nombre. Nadie con aspecto europeo y buscando con mirada estresada.

Jacob saca su teléfono. Se ha encargado de hacer que su tarjeta SIM funcione en el país nuevo, solo un pequeño detalle en los preparativos. Sabe que aquí sale caro llamar, y si hay algo que no tiene es dinero. Pero saca su móvil del bolsillo y busca el número que le dieron hace varias semanas de una tal Agneta Adelheim.

Es importante mostrarse ágil a la hora de actuar. No ser una víctima de las circunstancias, tomar el control de la situación y gestionarla.

Siente una suerte de alegría cuando vuelve a ver el nombre de Adelheim. No un jodido Andersson cualquiera. Incluso se ha molestado en comprobar que es de una familia noble. Eso le inspira confianza. Es aquí adonde se dirige, a este mundo de diplomáticos y nombres nobles. Un pequeño escalofrío de placer le sube por la espalda mientras pulsa el nombre en la agenda y escucha los tonos que se suceden.

Pero la mujer no lo coge y ni siquiera le salta un buzón de voz. Después de quince tonos corta la llamada, cierra los ojos y se reclina en el banco.

Siente el frío del cemento contra su rubia nuca rapada. Está en el aeropuerto de Beirut. Su primera vez en Oriente Próximo. Su primera vez fuera de Europa. Por un instante tiene la sensación de que se va a ahogar, separa los labios para coger aire y abre los ojos de par en par.

—No, no, no —dice para sí en voz alta.

Es cuestión de usar la cabeza. De ser espabilado.

Vuelve a llamar a Agneta Adelheim. Cuando descuelga al segundo tono, Jacob nota una ola de alivio.

—Dios mío —dice ella después de que Jacob se haya presentado—. Cuánto lo siento. Me había hecho a la idea de que llegabas la semana que viene. En media hora estoy ahí.

Jacob cuelga y se levanta, se sacude la decepción. Se habían olvidado de él. Es un contratiempo, pero esas cosas pasan. Estarán muy ocupados. No es de extrañar que se les escapen cosas. No puedes controlarlo todo. Pero eso no significa que Jacob no pueda dejarlos boquiabiertos.

De su maletín de piel marrón recién estrenado saca un ejemplar del diario *Dagens Nyheter*. Lo lleva consigo desde que se ha subido al avión en

Estocolmo, pero aún no lo ha abierto. Será mejor ponerse al día con las últimas noticias, piensa, y ojea la portada, sobre todo en busca de algo relacionado con Beirut y Oriente Próximo. Ha leído en internet sobre las revueltas en el distrito donde están los edificios del gobierno. Sobre las basuras que no se recogen y que llenan las calles de olores apestosos y enfermedades porque el gobierno es corrupto y disfuncional. Pero no aparece nada. Lo único de lo que se habla es de un escándalo en el que, por lo visto, está metida la Säpo, los servicios secretos suecos, y que ha sacudido todo el país. Recuerda haber oído algo en las noticias ayer mismo, pero estaba demasiado pasado de vueltas como para poder retenerlo.

En cambio, ahora sí tiene tiempo. Al menos media hora, y cuando despliega el periódico ve la foto de una chica pelirroja de unos treinta años, vestida con ropa formal. Tiene los ojos verdes y se la ve con actitud contenida pero firme en una especie de rueda de prensa.

«RUSIA APOYABA LOS DISTURBIOS EN LOS BARRIOS PERIFÉRICOS», dice el titular.

Jacob devora el artículo en cuestión de minutos y lee el editorial y los artículos relacionados en las siguientes páginas. Una empresa rusa con vínculos directos con el Kremlin ha influido en un catedrático sueco para que, de cara a un Consejo de Ministros de la UE, escribiera un informe de experto favorable con el propósito de convencer al Consejo de que apoyara el aumento de la privatización de los cuerpos policiales europeos. Además, en relación con una reunión de ministros de la UE en Estocolmo la semana pasada, la misma empresa habría ayudado a organizar y atizar los disturbios que se habían desatado en varios barrios de la periferia de la capital sueca. La finalidad habría sido desestabilizar a la policía y abrir camino para que empresas con conexiones rusas pudieran adueñarse de ciertas competencias policiales. Y todo esto ante la mirada y la permisividad de la Säpo.

Jacob vuelve a la portada y mira la foto de la mujer. Gabriella Seichelmann. Abogada en uno de los bufetes más prestigiosos de Suecia. Ella es la que lo ha destapado todo. Hay más gente implicada, pero ella es la cara pública. La que tiene los testimonios y documentos que los periodistas han podido ver pero con el compromiso de no publicarlos, pues tienen el sello de confidencialidad. Los que han visto los documentos los ratifican, pero la Säpo se niega a hacer ningún tipo de comentario.

Jacob baja el periódico. Es como un *thriller* de espionaje. Es emocionante, y al mismo tiempo nota que durante la lectura se le han despertado una especie de celos. La abogada no puede ser mucho mayor que él. ¿Cinco, seis años como mucho? Suelta un suspiro. Poder estar en medio de todo eso. Plantarle cara a los poderes fácticos. Conseguir toda esa atención. De pronto se siente tan insignificante. Su puesto en prácticas y el examen de estadística que se le resiste. Su incapacidad de aprender las lenguas que necesita para una carrera que aun así no se acerca a lo que ya ha conseguido esa tal Seichelmann. ¿Debería haber estudiado Derecho?

Su teléfono tintinea y Jacob vuelve a sacarlo. A lo mejor Agneta ya ha llegado. Pero es Simon.

¿Has aterrizado, *baby*?

«Baby». Jacob nota cómo aumenta su irritación. ¿Cuánto va a tardar Simon en entender que lo que tuvieron en primavera ya acabó? Apenas se han visto en todo el verano. ¿Hace falta decir las cosas directamente?

Sí, fue emocionante. Mucho más abrumador para Jacob de lo que le hizo saber a Simon. Y podría haber llegado a ser algo más, algo en lo que la palabra «baby» habría encajado. Si Jacob se hubiese soltado. Si se hubiese dejado llevar. Si se lo hubiese permitido a sí mismo. Pero había ido tan rápido. A las tres semanas Simon le había empezado a sugerir que se fueran a vivir juntos. Jacob también lo había sentido, ese deseo de estar juntos todo el tiempo. De no querer dejar nunca la cama. Pero se había forzado, se había negado a entregarse a lo carnal. No había ido a Upsala para eso. Ese no era el plan. En absoluto. Y luego Simon había empezado a hablar de conocer a los padres de Jacob.

«Al menos podrías hablarme de ellos, ¿no? —le había dicho—. Me juego lo que quieras a que tu madre es superglamurosa y a que tu padre es bastante severo, ¿a que sí? Seguro que les va el sexo duro».

Fue entonces cuando la cosa se había encallado. Jacob no podía hablarle de sus padres. Los había dejado muy atrás, muy alejados de la persona en la que se había convertido al mudarse de Eskilstuna. Ellos no eran parte de su persona actual, de la persona que iba a ser. No encajaban con la versión de Upsala de Jacob Seger. La versión del diplomático.

—¿Jacob?

Una voz lo despierta de su ensimismamiento y cuando alza la vista ve a una mujer de cincuenta años, con pelo cano y un vestido azul marino de verano, justo delante.

—Soy Agneta Adelheim —dice—. Lamento mucho haberte hecho esperar.

Por fin Jacob está sentado en el asiento de atrás de un Volvo negro, mirando por la ventana con ojos entornados mientras atraviesan las afueras de la ciudad en dirección al centro de Beirut. Al principio es todo autovía, sol radiante y cegador y banderas verdes de Hezbolá en los barrios de chabolas. Después, a medida que se acercan al centro, son todo agujeros de bala y cristales refulgentes. Grúas irguiéndose, surgiendo de la historia. En el centro, es todo tráfico y basuras podridas en cada esquina, en cada calle.

Se bajan del coche y cruzan el portal, suben unas escaleras donde los pasos hacen eco. Se meten en una especie de salita de reuniones. Agneta habla de la embajada y de que no hay ningún orden en ninguna parte. Se sientan entre madera clara y sillas de metal que se deslizan sin hacer ruido por el suelo cuando Jacob corrige la postura. Botellas con agua tibia y etiquetas despegadas. Están sentados uno a cada lado de la mesa.

—Sabes que esta embajada solo es provisional, ¿verdad? —pregunta ella—. Que hemos trasladado aquí la embajada siria después de que la de Damasco sufriera un incendio a raíz de un atentado.

Jacob asiente con la cabeza. Está al corriente de todo, no se ha perdido una noticia.

—Y no sé muy bien... —continúa Agneta—. No entiendo muy bien por qué alguien ha decidido mandar a un estudiante de prácticas en esta situación. No es una situación normal la que tenemos aquí en este momento. Cuando menos.

Jacob traga saliva. ¿Son sus conocimientos de árabe? ¿Es ahora cuando se ve delatado?

—Pero qué sé yo —suspira Agneta—. Yo solo soy asistente. No son decisiones mías. Y lo que te decía antes. Pensábamos que llegabas la semana que viene, así que me temo que no tenemos demasiado trabajo para ti ahora mismo. Te he conseguido un piso en el este de Beirut. Un compañero de la embajada francesa estará fuera todo el otoño, así que lo podemos alquilar

para ti. Propongo que te arreglemos los papeles y luego te instalemos allí, y la semana que viene nos ponemos en serio.

Repasan un montón de papeleo y Jacob recibe una especie de pase para la embajada, y antes de darse cuenta vuelven a estar sentados en el Volvo, en dirección este, cruzando la línea verde sobre la que Jacob ha leído durante las vacaciones de verano. La que separa la Beirut musulmana de la Beirut cristiana, donde él va a vivir. Durante la guerra civil hizo de frontera. Ahora es una travesía, nada más.

Agneta le pide al chófer que se detenga delante del Saliba Market.

—Es la dirección —dice—. Aquí no usan números de calle propiamente dichos. A los taxistas tú les dices Armenia Street, junto al Saliba Market, ¿de acuerdo?

Agneta abre con llave la puerta de lo que resulta ser un fantástico piso de estilo *art déco*, con suelo de mosaico y un pequeño balcón que da a la calle y los orificios de bala, y de lejos al puerto y el mar.

—Estoy segura de que te las arreglarás —comenta—. Pareces una persona diligente.

Jacob nota que se le hincha el pecho cuando ella lo dice, casi le parece que todo su cuerpo se despega del suelo. Una persona diligente. Es cierto que, a pesar de su imponente apellido, no deja de ser una adjunta. Pero si ella es capaz de verlo, ¿qué no podrán ver los demás?

21 de noviembre – Sankt Anna

Ahora la nieve es más espesa, los copos ya no son esponjosos y ligeros, sino pequeños y duros, casi malvados. No se derriten al aterrizar en la hierba gris, las piedras grises, ni los campos también grises que rodean la vieja iglesia de Sankt Anna en el archipiélago de la provincia de Östergötland. En lugar de deshacerse se acumulan en capas, pequeños montículos sobre la tapia de piedra y los troncos de los árboles, cúmulos de nieve arrastrada por el viento contra los muros de la pequeña iglesia.

Klara Walldéen está sentada en cuclillas con la espalda pegada a la pared de la iglesia y la cara vuelta hacia arriba, recibiendo la nieve con ojos cerrados, dejando que los copos le caigan encima sin protegerse y que se derritan sobre sus párpados y su frente. Deja que las gotas se deslicen por la sien y las mejillas, cuello abajo, por dentro del abrigo azul marino y por debajo del vestido negro.

—Tu abuela me ha dicho que ya estabas aquí.

Klara da un respingo y abre los ojos, está a punto de perder el equilibrio. Apoya una mano en la hierba fría y fangosa para no caer de lado. Tiene a Gabriella delante, con su melena gruesa y roja recogida en una trenza tensa, abrigo oscuro, medias oscuras, funeral hasta el último detalle.

Con cierto esfuerzo, Klara se endereza, se pone en pie, en la mano nota el barro frío del césped.

—Qué susto me has dado —dice—. No te he oído llegar.

Ahora los brazos de Gabriella la están rodeando, apretándose a su cuerpo, un leve aroma a almizcle, jazmín y cítricos.

«Quiero oler como un jardín junto al Nilo», había dicho Gabriella cuando se compró por primera vez ese perfume, años atrás en las galerías NK de Estocolmo, cuando aún no eran más que estudiantes en Upsala. Klara aún recuerda cómo se había reído ante la expresión irónica, casi irritada, de

Gabriella.

Ahora Klara deja caer los brazos, no tiene fuerzas para levantarlos, tampoco quiere manchar a Gabriella con su mano sucia. Así que se deja abrazar, se deja envolver por su calor sereno.

—Lo siento muchísimo, Klara —susurra Gabriella.

Los labios de su amiga están fríos al contacto con su oreja. Klara se acurruca entre los brazos que la rodean, deja que su mejilla y su nariz se hagan un hueco entre la cara y el cuello del abrigo de Gabriella para descansar unos segundos sobre su cuello tierno y cálido. Nota que Gabriella la coge dulcemente por la nuca y la pega a su cuerpo.

Y así, por fin, Klara da rienda suelta al llanto.

Diez días desde que murió el abuelo. Dos meses desde que se había llevado a Klara en barco con el termo y la red, desde que había sacado la petaca y había echado un chorro generoso de su aguardiente casero en la taza, insistiéndole a Klara para que hiciera lo mismo.

«Solo esta vez, Klara —le había dicho—. Sé que ya no quieres beber, pero esta vez los dos lo necesitamos».

Klara había observado las miradas que se habían intercambiado sus abuelos cuando ella había ido a visitarlos, varios meses atrás, antes del verano. Había notado la pérdida de peso de su abuelo, las mejillas que se le habían hundido y la frecuencia con la que le contaban que habían ido a Norrköping o Linköping a hacer «recados». Recados por los que ella no había preguntado, señales que no había querido interpretar, un puzle de lo más sencillo que se había negado a montar. Le había resultado fácil desaparecer en el caos de Londres, atrincherarse en nuevas tareas para la universidad. Solo concentrarse en el trabajo, en conseguir volver a llevar una vida normal, no beber. Pero cuando ellos le pidieron que fuera a verlos un fin de semana en septiembre, ya lo había empezado a comprender.

Aquel sábado por la mañana en el barco había reinado un silencio sepulcral y el aire estaba totalmente quieto. Klara había dado un sorbo al carajillo, había hecho una mueca, luego se lo había terminado de un trago y se había quemado la lengua y el paladar. Mientras el alcohol recorría su cuerpo como una ola había cruzado la mirada con los ojos de su abuelo.

«¿Cuánto? —le había preguntado—. ¿Cuánto tiempo te han dado?».

Pero no había llorado. Ni cuando él le contó que el cáncer estaba extendido y que era agresivo, que lo habían descubierto demasiado tarde, pero que a lo

mejor daba igual, que habría terminado de la misma manera de todos modos. Ni cuando le contó que había rechazado el tratamiento, que no tenía ningún sentido lo mirara como lo mirara, que solo ganaría unos meses, como mucho, llenos de vómitos y dolores. Ni siquiera lloró cuando él se sentó a su lado en la bancada para abrazarla como hacía cuando era pequeña, durante toda su infancia aquí en la costa.

«Ha llegado la hora, Klarita mía —le había dicho—. ¿De qué me voy a quejar? He vivido una vida entera con tu abuela. Cuando perdimos a tu madre te tuvimos a ti. Pena y alegría».

La había cogido por la barbilla y la había mirado con sus ojos azul claro.

«No puedes temer ninguna de las dos cosas, no lo olvides —había añadido—. Ni la pena ni la alegría. Es algo que tienes que aprender, cielo. ¿Me lo prometes?».

Klara no había entendido a qué se refería, apenas había oído su voz. Pero ahora lo comprende de repente. Allí de pie en la nieve, abrazada por su mejor amiga, lo sabe.

—No podemos escondernos —susurra—. No debemos escondernos.

Y luego llora. Sin decir nada, casi sin emitir sonido alguno, sumergida en el cuello de Gabriella.

Pierde la noción del tiempo y no sabe decir cuánto rato llevan allí de pie, en silencio absoluto, mientras la nieve sigue cayendo con fuerza y avidez a su alrededor, cubriéndolas de blanco.

—Tendría que haber venido antes —susurra al final Gabriella—. No puedo ni imaginarme... Te criaste con ellos, con él. Aquí fuera. Y ahora ya no está. Es...

—Chsss —dice Klara y se retira, se libera del abrazo de Gabriella. Pone un dedo sobre los labios de su amiga y le acaricia la mejilla con las yemas de la otra mano, la palma aún pringosa de barro frío y acartonado—. Has venido —continúa en voz baja—. Ahora estás aquí. Tú siempre estás aquí, Gabi, incluso cuando no lo estás.

Gabriella vuelve la cara hacia la mano de Klara.

—Era como un padre, *tu* padre —murmura Gabriella.

Klara asiente en silencio.

—Puede que más que eso —contesta—. Él y mi abuela. No pude tener padres, pero lo que ellos me dieron...

Menea la cabeza y cierra los ojos.

—Ni siquiera consigo ponerle palabras a lo que pretendo decir —añade—. Y ahora se ha ido...

Se vuelve de nuevo hacia Gabriella y abre los ojos.

—Pero también siento cierto alivio. El último mes no era él. Estaba hecho para el viento y los barcos y las aves marinas. No para los hospitales. Al final lo odiaba, Gabi. Con toda su alma.

Gabriella asiente.

—A tu abuela la he visto bastante bien —señala—. Como tú. Quiero decir dadas las circunstancias. Como serena.

Klara asiente.

—Lo han sabido desde la primavera pasada —comenta—. Está de luto, pero creo que también se siente aliviada.

—¿Ya sabían lo del cáncer? ¿Y no te lo contaron? —exclama Gabriella.

Klara responde que sí con la cabeza y nota los copos de nieve derritiéndose y cayendo por sus mejillas.

—Supieron desde el primer momento que no podrían salvarle la vida —dice en voz baja, apenas un susurro—. Pero... ya sabes.

Vuelve a mirar a Gabi.

—No querían agobiarme. Creo que pensaban que no sería capaz de gestionarlo. A lo mejor tenían razón. No me encontraba demasiado bien. Bueno, ya lo sabes. Lo del verano pasado. Y todo lo de antes.

Niega en silencio y siente que Gabriella le aparta el flequillo largo y negro de la frente, se lo pasa por detrás de la oreja.

—Estás muy guapa con este peinado nuevo más corto —susurra—. Si yo lo tuviera así de corto parecería una viejecita. Pero a ti te queda glamuroso, como una estrella, a lo Natalie Portman.

Se quedan un rato calladas y se vuelven hacia los setos y campos grises, árboles pelados y en algún lugar más abajo, fuera de la vista desde la iglesia pero aun así presente, el mar. Al final Klara se gira de nuevo para mirar a Gabriella y apoya la cabeza en su hombro, la nariz le roza la fría piel por debajo de la oreja.

—Ya me siento mejor —susurra—. A pesar de lo de mi abuelo. A pesar de la tristeza me siento mejor de lo que me he sentido desde hace muchos años. Todo aquello del verano, los disturbios y los rusos y la Säpo. Pensé que me iba a derrumbar, Gabi.

—Pero no lo hiciste —replica Gabriella y apoya su cabeza en la de ella.

—No lo hice porque apareciste tú —señala Klara—. Porque te encargaste de todo con los periodistas y los programas de la tele y la atención mediática.

—Bah —dice Gabriella encogiéndose de hombros—. ¿Sabes? Me pareció divertido.

Mira de reojo a Klara.

—¿Está permitido decirlo? O sea, lo que ocurrió fue despreciable. Los disturbios en los barrios periféricos. Los rusos. La Säpo que estaba enterada de todo y dejó que pasara. Todo eso. Despreciable. Pero destapar aquella mierda, sentarme allí y contarlo y poder indignarme e incluso tener razón... Me encantó.

Klara sonrío y la mira a los ojos.

—Lo sé —dice—. Siempre he sabido que se te darían bien esas cosas. Y que te pondría a cien tanta atención, pequeña *drama queen*.

Gabriella le da un empujoncito.

—¿No eres tú la que me acaba de dar las gracias? ¿Ya vas a empezar a joderme?

—Siempre eres tú la que me salva —responde Klara entre dientes—. Siempre eres tú la que aparece y se ocupa de todo y lo arregla.

Gabriella le echa un vistazo rápido antes de desviar rápidamente la mirada para fijarse en los prados. Hay algo en aquel movimiento que hace que Klara dé un respingo, algo que no encaja con la Gabi de siempre, tan segura y tranquila. Al mismo tiempo, su amiga murmura algo que queda ahogado por el ruido del viento.

—¿Qué has dicho? —pregunta Klara.

Gabriella la mira de nuevo y esboza una sonrisa fugaz, pero solo con la boca, no con los ojos.

—Deberíamos entrar —comenta, y mira a lo lejos—. Supongo que no querrás estar empapada durante el funeral.

Pero Klara sabe que no era eso lo que había dicho, y poco a poco los fragmentos de sus palabras se van colocando en la conciencia de Klara.

«A lo mejor dentro de poco te toca a ti salvarme a mí».

¿Es eso lo que Gabi había dicho? Antes de que le dé tiempo a preguntárselo aparece el primer coche, da un giro y se mete en la nieve del pequeño aparcamiento que tienen delante. Gabriella se vuelve hacia ella con una sonrisa forzada en los labios.

—Vamos —dice—. Tenemos un abuelo que enterrar. —Se detiene con una

expresión de pánico en los ojos—. Joder, qué mal, lo siento, no pretendía sonar tan...

—¿Concreta? —sugiere Klara. A continuación suelta una risita y se queda quieta. Gabriella contiene la risa detrás de una mano protectora.

—Joder, qué cagada —susurra—. Perdóname. O sea, en serio, perdóname.

Pero Klara la agarra del brazo y se apoya en su hombro.

—Tienes razón —dice—. Tenemos un abuelo que enterrar.

5 de agosto – Beirut

Agneta tiene otras cosas que hacer y no puede perder tiempo ejerciendo de canguro del nuevo becario, así que se disculpa y desaparece escaleras abajo dejando atrás el eco de sus pasos. Jacob se siente abandonado y aliviado a partes iguales.

Su aventura no ha empezado como él se había pasado todo el verano imaginando, pero este piso ya es mucho más de lo que se había esperado.

Es un gusto tener un rato para sí mismo. Jacob abre la puerta doble del balcón que da al ruido de Armenia Street y ve a Agneta saliendo por el portal. La mujer se vuelve hacia él y se despide con la mano.

—He olvidado decirte que hables con la vecina de arriba para el tema del generador —le grita a Jacob—. Hay una nota en la mesa del comedor. Aquí la electricidad va como va. Llámame si no consigues solucionarlo.

Después desaparece y Jacob se sienta en una de las sillas de plástico del balcón y se deja bañar por el calor y el humo de los coches y la cacofonía de cláxones, tráfico y voces chillonas. Va a vivir aquí hasta Navidad. En esta ciudad. En este piso. Por un momento no siente ninguna alegría ni tampoco bienestar, solo un desarraigo que le corre bajo la piel y lo vacía hasta que tiene que coger aire y cerrar los ojos.

Está solo. Igual de solo que cuando llegó a Upsala y se pasó las primeras semanas sentado en aquella habitación sucia realquilada en Rackarberget, estrenando su nueva vida.

Todo por cuanto había pasado para llegar hasta aquí. ¿Para qué? ¿Para tener este sentimiento de vacío e insignificancia?

Saca el móvil del bolsillo y abre el SMS de Simon. Sería tan fácil mandar una respuesta. Decir: «¡Sí, *baby!* ¿Cuándo vienes a verme?». Relajarse y permitir que burbujee eso que siente por Simon, a pesar de todo. A lo mejor podría crecer hasta convertirse en algo. A lo mejor basta con un piso elegante

de dos habitaciones en el barrio de Vasastan en Estocolmo. Simon con un trabajo en Bukowskis o algún museo. Él, en un puesto de analista internacional en algún bufete de relaciones públicas. O quizá en algún departamento en el que pueda hacer carrera y realizar pequeños viajes a Bruselas. A lo mejor puede llegar a contarle su vida a Simon, a pesar de todo.

A lo mejor, a lo mejor, a lo mejor.

Pero sabe que no puede ser, que no es esa la vida que persigue. Hay más. Objetivos mayores. Latidos más fuertes.

Traga saliva y obliga al vacío a retroceder hasta el estómago. Con un par de clics ha borrado el mensaje de Simon. Y con otros dos ha eliminado a Simon por completo de su teléfono.

Cuando se da cuenta de que se ha olvidado de hablar con la vecina de lo del generador ya se ha hecho de noche. El aparato es tan poco de fiar como había advertido Agneta, y cuando por fin consigue dar con Alexa, que es como se llama la vecina, llamando al número que el diplomático francés, muy previsor, le había dejado en la mesa, ella le informa de que no va a poder venir nadie a arreglarlo hasta mañana por la mañana.

—Pero vente a la azotea —dice—. Hay una terraza. Y vino.

Las lámparas del hueco de la escalera tampoco funcionan, así que Jacob avanza a tientas en el tenue resplandor que se cuele por las aberturas de los ventanucos que hay en cada rellano.

Se ha hecho de noche muy deprisa, no es como en Suecia. Ni siquiera ha advertido que caía la tarde, y eso que no son más de las seis.

De pronto vuelve la luz en el rellano y una bombilla zumba y arroja un haz luminoso amarillo y cálido mientras Jacob empuja una puerta de rejilla que da a lo que debe de ser la terraza comunitaria.

—Ah —dice la voz del teléfono desde algún lugar en la oscuridad—. ¡Alabada sea la compañía eléctrica! Ha vuelto la luz.

Jacob da unos pasos vacilantes por la terraza. Ante sus ojos, el barrio de Mar Mikhael se extiende hasta el muelle. Luces tenues en las ventanas, fachadas estropeadas y grúas que se yerguen sobre un fondo oscuro que debe de ser el mar Mediterráneo.

—Me imagino que eres Jacob —añade Alexa—. Bienvenido a Beirut.

La mujer sale de las sombras y antes de que a Jacob le dé tiempo a reaccionar le ha dado un beso en cada mejilla y le ha puesto una copa de tinto

en la mano.

—¿Es la primera vez que vienes?

Jacob asiente despacio con la cabeza y la mira. Será unos diez años mayor que él y son casi igual de altos. No se puede decir que esté gorda, pero sí rellenita, y tiene un pelo denso y encrespado que mantiene apartado de su cara con un fular de color vino. Lleva un vestido largo verde y sandalias.

—Déjame adivinar —continúa ella—. ¿Es tu primera vez en Oriente Próximo? ¿Estás en shock y un poco intranquilo por todo este jaleo?

Alexa sonríe y ladea la cabeza. Jacob nota que se le seca la boca y que se sonroja ligeramente. Lo está tratando como a un niño, como a un ingenuo recién llegado y sin conocimiento del mundo. Esto dista mucho de lo que había proyectado como su primera tarde. Se esperaba una embajada, no cortes de luz, no una azotea con esta mujer.

Alexa se ríe y le pasa un brazo por la espalda.

—Bebe, *habibi* —dice—. Se te pasará. Cuando te hayas terminado el vino me ayudarás a subir la comida. Es mejor no pensar.

Jacob se toma la copa, luego otra, mientras ayuda a Alexa a subir cubiertos y varios platos de comida de su piso. Por lo visto es su fiesta de despedida. La semana que viene empieza a trabajar en el centro juvenil de Shatila, el campo de refugiados palestino que hay al sur de Beirut. Incluso se irá a vivir allí.

Mientras ponen la mesa, ella le cuenta que viene de Francia y Marruecos y que pronto cumplirá cinco años en la ciudad.

—Empecé haciendo unas prácticas en la Cruz Roja —comenta—. *Putain*, menuda chusma te encuentras por ahí. Vete con cuidado con los diplomáticos, *baby*.

Calla de golpe y se tapa la boca con una mano.

—Lo siento, no quería... En cualquier caso, tú solo eres becario, ¿no? Aún tienes tiempo para pensártelo.

Pero Jacob se ríe. No le importa, solo quiere que Alexa siga hablando en ese inglés que mezcla árabe y francés y que le sale como un torrente de palabrotas y opiniones. Por cada palabra que dice, el vacío interior de Jacob se reduce. Por cada copa que se toma, su inspiración crece.

Poco a poco la terraza se va llenando de gente en vaqueros y vestidos y se empieza a oír una sopa de mil idiomas. Alexa enciende velas que parpadean con la brisa, encajadas como están en bocas de botellas vacías de vino del

valle de Bekaa. En algún sitio alguien consigue arrancar un pequeño generador y luego cuelgan unas pocas bombillas desnudas cogidas a un cable que corre por una pared. Conectan una minicadena y empieza a sonar música pop en árabe mezclada con Weeknd y Rihanna, mientras Jacob se llena la copa y siente que su cuerpo se aliviana, a pesar de estar totalmente desubicado y de que apenas recuerda cómo hablar inglés.

Pero por una vez en la vida le parece que da lo mismo. Que las cosas se pueden hacer así, que es posible soltarse y casi dejarse caer, o elevarse, aun sin poder distinguir del todo de qué se trata, solo sintiendo que es algo que te despeja la cabeza y hace que el corazón palpite con más fuerza, que te hace moverte más deprisa, con más intención, más rumbo.

Fue por esto por lo que dejó atrás toda su vida anterior. Por esto fue a Upsala. Por esto leía prensa extranjera y estudiaba Ciencias Políticas, y por esto tiene que aprobar ese puto examen de estadística y aprender árabe.

Son estas azoteas las que lleva tanto tiempo añorando y buscando sin saberlo. Esto es la aventura. Es aquí donde sucede. Es aquí donde te conviertes en otra cosa, algo más grande.

Casi le invade la idea de que es ridículo verlo así, que debería beberse un gran vaso de agua y dejar que le baje el puntillo, es la primera noche, tiene que mantenerse entero, no dejarse hechizar por toda esta magia cosmopolita, centrarse en el objetivo, en la embajada y la buena imagen. Pero por un instante se siente tan satisfecho aquí entre desconocidos, en el anonimato, quizá incluso acogido en la inseguridad, en el desconocimiento. Y en lugar de agua va a buscar una cerveza de un bidón en el que están sumergidas en hielo, como en una película. Piensa: «Que le den a todo». Hoy es lo que hay. Una noche. Después, a centrarse.

Se acerca al borde de la terraza y otea la ciudad, todo eso roto y ajado, las paredes ausentes, los agujeros y los daños y el caos, el desconcierto, y al fondo el Mediterráneo y la oscuridad que solo puede intuir pero que sabe que está allí.

Siente que podría dejar esa cerveza a su lado en el suelo, subirse al murete de hormigón, apuntar a una de las diez grúas que tiene delante, que podría alargar los brazos como si de alas se trataran y alzar el vuelo.

Entonces oye una voz cerca de su oreja. Primero da un respingo de sorpresa, porque ya apenas oye la fiesta, no oye *Redemption Song*, que alguien está cantando acompañado de una guitarra al fondo de la terraza, casi

ha olvidado que hay una fiesta ahí mismo, que aquí hay personas.

—Parece que estés pensando en volar.

Jacob se vuelve hacia la voz. Y sabe, tan pronto gira la cabeza, antes siquiera de ver la cara que le ha hablado, que en este instante todo ha cambiado, que ya no hay vuelta atrás, que a partir de ahora ya no existe el pasado, solo el futuro. Que ya nada será como siempre.

Entonces ve los ojos, cómo sonríen, pero no solo eso, y Jacob tiene la sensación de haberlos visto antes. Y lo dice:

—¿Nos hemos visto antes?

Su inglés le suena tembloroso y nórdico, a pesar de sus esfuerzos por hacerlo sonar levemente británico. Pero los ojos no hacen más que sonreírle y él sabe que no se conocen, pero que se lo ha imaginado, que ha fantaseado con cómo sería mirar a unos ojos como aquellos. Y entonces casi se cae de culo, no con la elegancia de un pájaro, sino con torpeza, como un payaso mal entrenado, y si no fuera porque la mano que pertenece a la voz de pronto lo agarra del brazo izquierdo quizá habría caído por encima del murete, directo al abismo negro de la noche libanesa.

—Cuidado —dice la voz—. No desaparezcas, ni siquiera hemos podido conocernos.

21 de noviembre – Sankt Anna

Cuando por fin Klara empieza a llorar es como si ya no pudiera parar. Lloro como una niña, temblando, sollozando, en el banco de la iglesia. Lloro por su abuelo y por su abuela. Por todo lo que significan para ella, por verse incapaz de entender que ya no volverá a sentarse con su abuelo en el barco, de imaginar que ya no volverá a oírlo suspirar ni advertir ni menear la cabeza lleno de resignación cuando ella no sepa identificar el canto lejano de alguna ave marina. Lloro porque tras el filtro de sus lágrimas ve el rostro contenido de su abuela y porque no logra comprender cómo será su vida a partir de ahora. Pero, sobre todo, lloro por sí misma.

—Perdón —susurra y alza la vista para mirar a su abuela—. No sé qué me pasa. No puedo controlarme.

Su abuela se vuelve y le acaricia la mejilla; en sus ojos asoma algo cálido, una expresión casi de alivio.

—Que llores es lo mejor que puedes hacer para consolarme —le responde entre dientes—. Llevas demasiado tiempo encerrada en ti misma, querida mía.

Klara sabe que es cierto. Sabe que los últimos años ha cargado con un peso con el que no sabe qué hacer. Después de todo lo que sucedió hace casi dos años, cuando su querido Mahmoud murió en el sucio suelo de un supermercado en París, cuando el hombre que había resultado ser su padre murió en la nieve, aquí en el archipiélago. Un padre al que nunca había visto ni conocido en absoluto. No había llorado ni había sentido pena, en realidad no. No se había sentido merecedora de ello, no se había creído con derecho a sentir el alivio y la sensación de reconciliación que conlleva el duelo. Y no había querido soltar, no se había atrevido a dejarse ir, ni a seguir adelante. En lugar de eso se había sumido de lleno en el trabajo y el vino, noches largas y relaciones cortas y vacías, había mirado para otro lado y había aguantado

estoicamente, pensando que así es la vida, así es como se vive. Aguantas, te resignas, haces lo que haga falta.

Pero ahora, en la iglesia, con el sonido del órgano y la voz seca y monótona del pastor, rodeada de ritual y velas y su abuela y Gabriella y familiares lejanos, comprende que no se puede, que todo no cabe dentro de una, que en algún momento hay que soltar. Que es necesario hacer las paces con una misma.

Un rato después, Klara está de pie en la oscuridad, entre la ventisca de nieve en la cuesta que baja de la iglesia, recibiendo abrazos y condolencias y señalando el camino a la sala parroquial junto a la iglesia nueva, más grande, donde se va a servir el café. El tiempo ha empeorado y ahora la nieve cae a rachas sobre los campos, entre los abedules y los abetos. Nota la mano de Gabriella cogiéndola del codo.

—¿Cómo estás? —susurra—. ¿Estás entera?

Klara se vuelve para mirarla y esboza una discreta sonrisa. Al final las lágrimas han dejado de brotar, pero todavía siente la respiración entrecortada, como la de un crío cuyo llanto acaba de parar. Niega en silencio.

—No —contesta—. Estoy hecha polvo.

Gabriella le sonrío.

—Bien —replica—. Creo que todos estábamos esperando ese momento.

Ahora solo quedan ellas. Klara y Gabriella y la abuela, que sale por el pequeño portón de la iglesia y entorna los ojos por el viento y la nieve mientras se baja el gorro hasta taparse bien la frente y las orejas.

—Se sale con la suya hasta el final —comenta—. No había nada que le gustara tanto como una señora tormenta de otoño, ¿verdad, Klarita?

Klara sonrío un poco y asiente con la cabeza.

—Esto le habría gustado —responde—. Desde luego que sí.

—Vamos —dice su abuela, pasando junto a las dos amigas con andares decididos en dirección al aparcamiento—. No podemos celebrar el café de difunto sin las protagonistas.

Klara nota que Gabriella se inclina hacia su oreja, siente su aliento.

—Se las apañará —le susurra—. Lo sabes, ¿verdad?

Klara la mira y siente el contorno de una especie de calma lejana

dibujándose en su interior, la promesa de una sensación que casi había olvidado. Asiente en silencio.

—Sí —contesta—. Lo hará.

Klara observa la nieve con ojos entornados y sigue con la mirada el cuerpo delicado de su abuela y el rastro que ha dejado en la nieve. Todavía se mueve con agilidad, ligereza y rapidez sobre la engañosa superficie. Pasará tiempo antes de que Klara consiga convencerla de dejar la casa de Aspöja, donde ella y el abuelo han vivido toda la vida y donde se crio Klara. Tiene setenta años largos, pero aún podrá lidiar durante unos cuantos más con los inconvenientes cotidianos de vivir en una isla. ¿Y luego? Klara no quiere ni pensar en ello. Hoy no. Todavía no.

Klara habría jurado que en el aparcamiento solo quedaban el coche de su abuela y el de Gabriella. Quizá también el del pastor o el del sacristán. Pero cuando sigue a su abuela con la mirada, algo al final del camino capta su atención. En la oscuridad no se puede distinguir del todo, pero le parece ver a una persona subiéndose a un vehículo. El sonido de una puerta que se cierra y el de un motor arrancando, amortiguados por la nieve y el viento. No se enciende ningún faro. Pero Klara juraría que un coche acaba de dar marcha atrás y se aleja por la carretera.

Acelera el paso hasta alcanzar a su abuela.

—¿Quién era? —dice señalando hacia el automóvil que acaba de desaparecer del aparcamiento—. Pensaba que ya estaba todo el mundo en la sala parroquial.

Su abuela gira la cara y sigue con la mirada la dirección que marca el dedo de su nieta, pero ahora todo es oscuridad, nada más. La anciana se encoge de hombros.

—A lo mejor alguien a quien le ha costado encontrar las llaves.

Se vuelve y mira a Klara con media sonrisa.

—Ya no somos jóvenes, ¿sabes?

Klara ve a Gabriella caminando agazapada dos metros más atrás con el teléfono en la mano y una expresión preocupada en los ojos. Con un gesto le hace entender que las seguirá en su propio coche.

Quizá no sean más que los restos de las vivencias que ha tenido los últimos años, sentimientos fantasma de sospecha y miedo. Pero cuando cruzan la carretera 210 para dirigirse a la sala parroquial, Klara echa una mirada al oeste, hacia tierra firme. A mitad de la cuesta le parece ver el suave

resplandor de dos faros traseros de color rojo en la nieve. Un coche parado en el arcén. Aguanta la mirada mientras su abuela conduce hacia la sala parroquial. ¿Alguien que se ha perdido por culpa de la tormenta? Pero es muy raro ver coches desconocidos aquí fuera en esta época del año.

Un escalofrío le recorre la espalda. Hay algo que no encaja.

5 de agosto – Beirut

Va muy rápido, puede ser el alcohol, o el viaje y la fiesta. Pero no es solo eso, también hay algo más, otra cosa. Algo en esos ojos, en esa mirada. En la aventura que evocan.

—Te espero en las escaleras —dice la voz muy cerca de la oreja de Jacob—. Es mejor que no salgamos juntos.

Jacob asiente con la cabeza, pero no sabe a qué escaleras se refiere. ¿Las de la casa? ¿Otras distintas? Sin embargo, el hombre ya ha dado media vuelta y empieza a caminar hacia la puerta.

—¡Espera! —dice Jacob y lo agarra del brazo—. ¿Qué escaleras?

El hombre se vuelve y sus ojos siguen siendo cálidos, aunque ya no sonrío, sino que algo titila en ellos mientras mira de reojo la mano de Jacob, todavía en su codo. Jacob se siente pillado, como si hubiese cometido un error imperdonable, y quizá lo haya hecho. Ha leído que esto que están haciendo es ilegal. Que en general la policía hace la vista gorda, pero que, si tienes mala suerte o te buscan las vueltas, aquí te encierran por ser marica. Te meten en la cárcel, te marginan, te someten a exploraciones médicas. Jacob retira la mano.

—Perdón —murmura.

El hombre sonrío un poco y se inclina hacia delante.

—Eres nuevo en Beirut —contesta—. Lo entiendo. Dobla a la izquierda cuando salgas a Armenia Street, cincuenta metros a mano izquierda. Las escaleras de colores que suben a Ashrafieh. Date prisa.

Con eso desaparece.

No tarda demasiados minutos en encontrar a Alexa y darle las gracias por el vino y la fiesta. Ella sonrío y le da un beso en las mejillas.

—Prométeme que no te harás diplomático de verdad —dice.

Jacob nota una leve punzada con ese «de verdad», pero decide pasarlo por alto. No quiere que lo vean como alguien que no es algo «de verdad». ¿Y qué puede saber Alexa? A lo mejor no es más que una *hippie*. Pero le promete que lo intentará, esboza una sonrisa sincera y siente que con esa forma suya de sonreír con naturalidad da muestra de un talento innato, precisamente para la diplomacia, y que ese talento lo llevará lejos.

—Toma —añade Alexa y le pone una tarjeta de visita en la mano—. Por si mañana no me da tiempo a despedirme. O por si quieres venir a verme alguna vez. Llama primero, *baby*, Shatila es un descontrol. Si no sabes lo que haces, allí dentro puedes desaparecer.

Le vuelve a dar un beso en la mejilla y Jacob nota su aliento lleno de vino y ajo y una especie de sensación de cobijo instantáneo. Alexa se aparta y lo mira al fondo de los ojos.

—Beirut no es Suecia, *habibi* —dice—. Vete con cuidado. Con todo.

Un par de minutos más tarde baja tropezando por los adoquines y el hormigón agrietados de Armenia Street, pasa por delante de los bares en la estrecha acera donde las fiestas se abalanzan sobre la calle, donde el tráfico permanece quieto. Bocinas y motos subidas de revoluciones. Calvin Harris y música pop árabe que tiene un sonido desconocido para Jacob hasta la fecha. Se siente desconcertado y excitado y extenuado, y dispuesto a no volver a dormir nunca más.

El hombre de la terraza tenía razón, las escaleras quedan a tan solo cincuenta metros más abajo y los escalones están pintados de rojo, verde, azul, negro, amarillo, formando un patrón abstracto que sube hasta la más plena oscuridad, a un barrio nuevo. Ashrafieh. Mar Mikhael, donde él se ha instalado, era el barrio de los trabajadores; Ashrafieh era el barrio de la élite rica cristiana.

Ve al hombre a mitad de la escalera y Jacob levanta la mano en un saludo enérgico, infantil. El hombre sonrío tranquilo y con la mano lo invita a subir. Jacob se detiene un segundo. No debería hacer esto. No su primera noche en Beirut. Debería decir: «Nos vemos otro día». Debería dormir y pensar en su carrera y en la nueva vida que lo espera. Con la que lleva soñando desde que empezó a soñar. Llamar a Agneta a primera hora y preguntarle si no podría pasarse por la embajada y mostrar su iniciativa, su sentido del deber, su capacidad.

Debería, debería, debería.

Pero sabe que no lo va a hacer y cuando sube el primer peldaño tiene que contenerse para no subir corriendo al encuentro del hombre.

Caminan a oscuras por la calle en la que desembocan las escaleras y Jacob aún no ha recuperado el aliento tras el esfuerzo: había más escalones de lo que parecía. Al ser de noche, aquí arriba reina un silencio poco habitual y ni siquiera las bocinas de Armenia Street alcanzan a oírse del todo. Camina por el medio de la calle, porque aquí, entre las deterioradas casas *art déco*, no hay tráfico, ahora no, no es la Beirut que Jacob ha presenciado durante el día sino una ciudad completamente distinta. Todavía caótica, pero más apacible, con sus calles y callejones vacíos. Abandonada, quizá, una ciudad tras una evacuación o el apocalipsis.

Al principio no se dicen nada. Es como si Jacob hubiera perdido la voz, o tuviera afasia, como si de pronto ya no recordara cómo construir palabras y oraciones. Hay tantas cosas que le gustaría decir, tantas cosas que querría preguntar y de las que le apetecería hablar, pero está tan confundido y emocionado y cansado, y este instante es tan frágil que la lengua podría estropearlo, que las palabras y las frases y el contenido podrían llevarse por delante, o cambiarlo, hacerlo mutar o incluso desaparecer del todo.

Así que permanece callado y así caminan, uno al lado del otro, en la misma dirección, a pesar de que Jacob no tenga ni idea de adónde se dirigen. De hecho, no tiene ni idea de dónde están. Avanzan cruzando entre cientos de coches polvorientos aparcados en las aceras y se miran de reojo y se esquivan la mirada. Jacob nota que su mente salta y corre y busca desesperadamente la palabra adecuada para empezar, debería haber miles de opciones, pero su cerebro es demasiado rápido y no hace más que tropezarse con todas las propuestas, no es capaz de parar y concentrarse. Al final lo deja estar, acepta la situación tal cual es, en este momento es incapaz de dirigir nada de nada, solo puede acompañar. No está acostumbrado. Él, que nunca pierde el control. Una noche en Beirut y se le desmonta todo.

De pronto se detienen los dos delante de una especie de jardín que queda oculto detrás de una valla de hierro oxidado y Jacob vislumbra una casa grande ahí dentro, un palacio en la oscuridad. Se inclina para mirar entre los barrotes de la valla, ya que es muy raro ver jardines o parques en Beirut. Jacob tiene entendido que el campus de la American University es lo más

parecido a un parque que hay en la ciudad. Se aclara la garganta.

—¿Qué es esto? —pregunta.

Se arrepiente al instante, porque su pronunciación inglesa suena tan sueca e infantil, y la pregunta es tan soberanamente fútil y ridícula, y desearía poder retirarla y seguir sin decir nada.

Pero el hombre que tiene al lado, el hombre que posee unos ojos que reconoce aun a sabiendas de no haberlos visto antes, se limita a sonreír y a encogerse de hombros, sigue la valla arrastrando los dedos por los barrotes, generando un leve tamborileo.

—No lo sé —dice—. ¿Alguna familia rica que huyó durante la guerra?

Se vuelve y mira a Jacob.

—No importa. Esta noche es nuestra, *habibi*.

Se detienen delante de una verja alta y deformada que está cerrada con una cadena. El otro hombre se agacha y tira y brega con la verja hasta que consigue abrirla un poco por la parte inferior.

—A ver si puedes pasar por ahí —señala.

Jacob no dice nada, ni siquiera titubea, se pone de rodillas y cruza a gatas al otro lado por la abertura, al jardín. Porque ahora mismo no le importan las consecuencias, no le importa nada en absoluto, solo que esto continúe.

Después de cruzar al otro lado coge el borde inferior de la verja y la dobla hacia arriba para que el hombre pueda pasar a gatas por las baldosas agrietadas, entre las cuales asoman brotes de hierba amarilla.

Ya están los dos en el jardín. El hombre señala un banco torcido bajo un magnolio que se encorva por el peso de sus grandes flores blancas que casi parecen brillar en la oscuridad. Se sientan. Y abren la boca al mismo tiempo, los dos, y se ríen y callan y vuelven a intentarlo.

—Me llamo Jacob —se presenta Jacob.

Se gira hacia el hombre y por fin lo mira directamente a los ojos.

—Mi nombre es Yassim —dice él.

Jacob nunca ha sido de colarse en parques de noche ni de buscar sexo rápido en Grindr. ¿Cómo habría podido? Sus objetivos han sido más grandes y mucho más concretos. No es que no haya fantaseado con ello, durante el bachillerato era lo único que tenía en la cabeza mientras de noche navegaba

por internet con el móvil a oscuras, con la sangre latiéndole en los oídos. Todas las páginas y fotos y vídeos lo calmaban, le servían de válvula de escape puntual y le aportaban una especie de sucedáneo de satisfacción. Pero ¿buscarlo en la vida real? ¿Por aquel entonces? Habría sido imposible. No fue hasta llegar a Upsala y conocer a Simon cuando la persona que de verdad es pudo... ¿volverse real? Y aun así no había sido lo que él se había pensado. No fue como lo de ahora, sea lo que sea.

Jacob mira a su alrededor. Nunca ha estado en un parque como este. Nunca ha visto una oscuridad crepitando y tiritando y temblando como esta. Respira de forma superficial y con cautela, apenas cogiendo aire. No sabe muy bien por qué, pero es como si con una sola respiración profunda se arriesgara a estropear algo fundamental, una ley de la naturaleza, que volcaría el planeta entero.

Gira la cabeza y mira de reojo al hombre, que ahora se ha sentado a su lado, el que por lo visto se llama Yassim y lleva perilla y tiene el pelo de color negro y ondulado, un poco largo, camiseta blanca y vaqueros raídos. «Parece uno cualquiera entre mil», piensa Jacob. ¿Por qué está pasando esto? ¿Qué tiene Yassim? ¿Qué hay en su mirada y su voz que hace que Jacob termine aquí, que de repente pierda el control y siga un sentimiento que hasta ahora nunca había percibido ni experimentado? Cuando Yassim se vuelve para mirarlo, Jacob no aparta la cara como ha estado haciendo, sino que le aguanta la mirada. Contiene el aliento y es como si la sangre dejara de moverse por su cuerpo, como si todo se quedara quieto. Se aclara la garganta, trata de sonreír.

—Qué raro, las flores —dice Yassim y apenas es más que un susurro—. Los magnolios florecen en primavera.

Una suave brisa en la que Jacob no ha reparado hasta el momento atraviesa lentamente las copas de los árboles y unas cuantas hojas blancas, suaves como la seda, aterrizan en su mano. Se oye un zumbido y los murciélagos se zambullen en el follaje.

Algo parece soltarse dentro de Jacob, un bloqueo que se apaga en su interior sin hacer ruido, como si una parte de su persona se liberara y ascendiera hacia la copa del árbol junto con los murciélagos. Desde allí arriba se ve a sí mismo sentado en el banco, su delgado cuerpo con la camisa azul bien planchada, sus chinos ligeros y sus Brogues marrones, y el espacio abierto entre pantalón y zapato revela de pronto sus calcetines de colores

alegres en la penumbra. Desde la copa se ve tan joven. Tan rígido y naíf y controlado. ¿Por qué nunca se ha metido en un jardín como este? ¿Por qué no ha vivido una vida de caos y riesgo y sangre corriendo con un zumbido? Él sabe por qué. Elegir el caos y el riesgo es un privilegio que cuesta caro. Y de donde él viene no hay recursos. Pero esta noche, lo que pasa aquí no es ninguna elección, no es nada que haya buscado. Simplemente, está pasando y él deja que pase.

—Jacob —dice Yassim de nuevo con calma y en inglés estadounidense—. ¿Quién eres, Jacob? ¿Quién eres, que haces florecer los árboles en agosto?

Debería sonar empalagoso y almibarado, como una mala imitación de una frase de película de serie B. Debería hacer que a Jacob se le escapara la risa y se rompiera la magia. Pero no lo hace. Al contrario. La de hoy es una noche en la que el magnolio florece en agosto y cada frase está libre de historia. Jacob abre la boca y la vuelve a cerrar. Yassim lo mira tranquilo, no impaciente ni inquieto.

—No me lo cuentes —prosigue Yassim—. Déjame adivinar.

Jacob siente que cae del árbol otra vez y aterriza en su propio cuerpo, en su cabeza. No está más tranquilo, para nada, pero es más valiente. Está preparado para llegar hasta el final del camino, lo lleve adonde lo lleve.

—Vale —contesta y sonrío, esperando, seductor—. Cuéntame quién soy, Yassim.

Jacob se acerca por el banco a su nuevo amigo. Tanto, que sus hombros se rozan, y Jacob se inclina hacia él hasta que sus narices casi se tocan. Si van a besarse, tiene que ser ahora. Jacob nota que todo su cuerpo se tensa. ¿Puede ser más claro que esto? Ha ido más lejos de lo que nunca lo había hecho. Lo va a hacer ahora. Va a besar a Yassim. Dejará que Yassim lo bese y lo acaricie y le meta una mano por debajo de la camisa, le desabroche los pantalones. Dejará que Yassim lo ponga a cuatro patas sobre el banco aquí en la oscuridad y que haga con él lo que le apetezca. Hay tanta libertad en dejarse ir.

Pero Yassim se limita a mirarlo con esos ojos que se ven llenos de calidez y diversión o arrogancia a partes iguales. Y no lo besa, no le pone una mano en la nuca ni en el pecho. Tan solo se retira y vuelve a sonreír.

—Eres un diplomático escandinavo —dice.

Jacob nota que tiembla de orgullo. Puede que Yassim no lo bese, pero ya lo ve como va a ser y eso es un reconocimiento sin parangón.

—Eres nuevo —continúa—. Esta es la primera vez que te envían al extranjero y estás un poco perdido. Estás acostumbrado a tener el control. Bueno en la escuela, las mejores notas del principio al fin. Seguro que hablas perfecto árabe pero no la lengua más informal.

Yassim amplía la sonrisa, se está animando.

—Juegas al squash y al tenis y te gusta el alemán y el vino blanco, y cuando te has tomado un par de copas dejas de lado esa fachada pulida y te subes a bailar en la mesa con la música de Abba.

Jacob se ruboriza un poco. No sabe si por el orgullo de que Yassim lo vea como la persona que quiere ser o porque siente que Yassim quizá se esté burlando y lo vea como un estereotipo.

—¿Qué te parece por ahora? —pregunta Yassim—. Diría que te has sonrojado, así que no debo de ir mal encaminado, ¿puede ser?

—Continúa —susurra Jacob—. Quiero oír más.

Yassim asiente y acerca un poco la cara a la suya y Jacob tiene que contenerse para no coger aire de golpe. Le gustaría cerrar los ojos y separar los labios, acercarse a Yassim de un tirón, pero sabe que ese papel no es el suyo. Es Yassim quien manda, es evidente, y deja que así sea, se permite descansar en esa seguridad.

—Vienes de buena familia —continúa Yassim, ahora entre susurros, como si estuviera contando un cuento, y en cierto modo es lo que está haciendo—. ¿Un piso elegante en Estocolmo, tal vez? Tu padre es político, quizá embajador. Al menos sabes qué cubiertos hay que usar para cada cosa en las cenas de la embajada. Tu madre tiene dinero, quizá una finca en el campo. Tienes un apellido bonito, quizá compuesto.

Ahora Jacob no se ruboriza, sino que se deja bañar por la confirmación. Funciona. Es la primera vez que pone a prueba a su persona de verdad y lo cierto es que la cosa se aguanta. Todo cuanto ha construido con tanto esmero y planificado y estudiado durante toda su vida. Todo cuanto ha aprendido para poder imitar hasta el último detalle, para conseguir dar el salto y partir en busca de otra cosa, algo mejor y más grande.

A la vez, ahora mismo le parece irrelevante, no tiene ningún tipo de importancia. Siente como si hubiese apostado por algo equivocado, como si hubiese entendido mal algo básico. Le viene a la cabeza la foto de aquella joven abogada en el *Dagens Nyheter*, su resolución y su confianza en sí misma. Jacob nota que le quema la sangre, aquí en el jardín. Que el caos y el

riesgo brincan y tiemblan a su alrededor. Todo cuanto ha pensado del mundo. Un día en Beirut, una noche en un jardín, y todo lo viejo pierde sentido. Por primera vez en la vida le gustaría realmente contar quién es en verdad. Y abre la boca.

Pero antes de que le dé tiempo a decir nada, la cara de Yassim está tan cerca de la suya que las puntas de sus narices se acarician, y Jacob está a punto de reírse nervioso, pero tampoco tiene tiempo porque los labios de Yassim ya se han pegado a los suyos, por lo que acaba jadeando y se olvida de todo lo que Yassim le ha dicho, se olvida del jardín y de toda su historia personal, la parte auténtica y la parte que se ha inventado.

«Nada excepto esto —piensa—. Nada importa, más que esto».

Hasta que Yassim no se retira Jacob no abre los ojos y se da cuenta de que el jardín ha cambiado, que los contornos de pronto se empiezan a definir a su alrededor. La noche está a punto de llegar a su fin, el amanecer se acerca a rastras por el césped sin cortar, por las copas de los árboles, y empieza a trepar con cuidado por las fachadas del palacio rosa y ajado que tiene delante. Jacob tiritita e intenta sonreír mientras Yassim le acaricia el pecho por debajo de la camisa abierta.

—Tienes frío —dice este y aparta las manos, le abrocha los botones—. No quiero que te constipes.

Jacob se inclina hacia él, le pasa una mano por el hombro y apoya suavemente la cabeza en su cuello, justo por debajo del mentón. Le da un beso en la piel, olfatea y chupa.

—Pues caliéntame —susurra.

Desliza de nuevo una mano por la camiseta de Yassim, por su abdomen duro y liso, baja por su cadera, se escurre por su ingle y su entrepierna. Oye que Yassim respira con fuerza y lo atrae hacia él. Yassim empuja contra su mano, pone la suya sobre la de Jacob para apartarla como ya se la ha apartado varias veces. Pero ahora el deseo es fuerte, la química es tan cautivadora que, en lugar de retirarla, Yassim aprieta la mano de Jacob y se frota contra ella.

—Déjame —susurra Jacob—. Déjame sentirte.

Se ve sorprendido por una especie de felicidad. De haber conseguido llevar a Yassim hasta aquí, a pesar de que, por alguna razón, se haya estado resistiendo cada vez que Jacob ha intentado ir más allá de los besos y las caricias. El poder de ver que Yassim ya no es capaz de contenerse resulta

embriagador y Jacob suelta un profundo jadeo en su oreja. Y por un momento cree que Yassim le va a dejar, pero es como si Yassim lograra controlarse e hiciera acopio suficiente de fuerzas para apartarle la mano.

—Ahora no —susurra—. Aquí no.

La frustración y la decepción le escuecen a Jacob.

Pero ¿por qué no?, quiere gritar. Si estamos aquí solos, en un jardín. ¡Si te mueres de ganas!

Pero no le da tiempo porque Yassim lo acalla con un beso.

—Pronto —asegura—. Pero no ahora, no esta noche.

Lo vuelve a besar y le abrocha los últimos botones de la camisa, antes de separar las bocas, y luego se retira y se pone de pie.

—Lo siento —murmura Yassim—. No pretendía provocarte de esta manera. No pensaba que yo fuera a...

Se queda callado y deja que su mirada pasee por los perfiles cada vez más visibles de todo lo que los rodea.

—¿A qué? —pregunta Jacob frustrado.

Yassim lo vuelve a mirar y ese aire arrogante casi se ha borrado del todo de sus ojos, que ahora se muestran cálidos y sinceros.

—No pensaba que fuera a sentir esto —dice—. Y no quiero que termine antes de que siquiera haya empezado. ¿Me entiendes?

¡No!, quiere responder Jacob. No entiendo nada. Me tienes aquí, haré lo que quieras. ¡Pero no quiero dejarlo ahora!

Sin embargo, asiente con la cabeza, reacio a mostrarse tan caliente y desconcertado y desesperado como realmente está. Un leve dolor de cabeza ha empezado a hacerse notar, ahora que las copas y la emoción poco a poco se han ido posando.

—Pero podrías volver a sentarte, ¿no? —sugiere en voz baja—. Podemos hablar. No te he contado si realmente soy ese que has descrito antes.

Yassim sonríe.

—*Habibi* —contesta—. ¿Acaso importa quién seas, realmente? Te quiero como eres en este momento, esta mañana. Pero no me da tiempo. Ya estoy llegando tarde.

Echa un vistazo a la verja que da a la calle y se echa al hombro lo que parece ser una funda de cámara. ¿La llevaba consigo anoche? Jacob no lo recuerda, solo tiene la imagen de labios y piel y ojos. La decepción lo araña por dentro.

—¿Te tienes que ir ahora? —protesta.

Yassim solo se encoge de hombros y saca su teléfono del bolsillo de los vaqueros.

—¿Cómo te localizo? —pregunta—. Antes de que nos olvidemos.

Jacob le dice su nombre en Facebook e Instagram, pero Yassim niega con la cabeza.

—Solo teléfono —indica—. Con eso basta.

Jacob le da su número sueco, ni siquiera tiene una SIM libanesa.

—Eres realmente nuevo aquí —comenta Yassim, y se le acerca un paso y le acaricia la mejilla—. Eso me gusta.

Jacob sonríe, pero siente una punzada de irritación. Puede que sea nuevo, pero le duele que sea así como lo ve Yassim, como un novato, ingenuo y fresco.

—¿Y cómo te localizo yo a ti? —pregunta.

En lugar de decir nada, Yassim se pone de cuclillas otra vez y agarra a Jacob por la nuca, lo atrae hacia él y se pega a su boca, le mete la lengua sin contemplaciones. Este beso es distinto, no es tierno y discreto como los de la noche, sino duro y decidido, lleno de intención y una especie de violencia contenida que hace que Jacob pierda el aliento. Si en algún momento ha creído tener algún tipo de iniciativa a lo largo de la velada, con esto esa idea queda totalmente pulverizada. La excitación resultante casi lo hace enloquecer y se pega aún más a Yassim. Pero él termina el beso.

—No puedes dejarme así sin más —susurra—. No después de esto.

Yassim ya está de pie otra vez con una sonrisita en los labios.

—Lo siento —responde—. Pero no puedo quedarme. Créeme, no hay nada que me apetezca más. Pero me voy de viaje y ya estoy llegando tarde.

Jacob niega con la cabeza.

—¿Ahora? —dice—. ¿Te vas de viaje hoy, esta mañana?

Yassim asiente en silencio.

—No había contado con esto —explica—. Contigo. Y llego tarde. Demasiado tarde.

Se aleja un paso por el césped y retrocede de espaldas lentamente a la luz del alba, en dirección a la verja por la que han entrado, al mundo del que han salido.

Jacob se levanta del banco. Quiere seguirlo, quiere decirle: «¡Espera! Te acompaño. Cojamos un taxi, un avión, lo que sea».

Pero, en lugar de eso, lo único que le sale es una frase monótona y hueca:
—Me llamarás, ¿no?

Ya casi es de día en el parque y Jacob puede ver los rayos del sol avanzando por el césped, hacia el palacio y por los troncos oscuros del árbol. Yassim le sonrío otra vez y asiente pausadamente con la cabeza.

—Te llamo —dice—. Cuando vuelva. Te lo prometo.

Jacob quiere creérselo, quiere sentir que las palabras de Yassim son ciertas, que la historia que han vivido esta noche es real. Pero al mismo tiempo no puede evitar notar que así es como acaba. Que no todos los cuentos tiene un final feliz.

21 de noviembre – Sankt Anna

Una ráfaga de nieve se cuele por la puerta de la sala parroquial cuando Klara y su abuela la abren para despedir a los invitados uno por uno, después de dos horas de café y pastel de sándwich, discursos dubitativos y anécdotas. Cuando Klara se da la vuelta para ayudar a uno de los ancianos primos de su abuelo a encontrar la chaqueta, se topa con su propia cara en el pequeño espejo que hay encima de la mesita del recibidor. Por un instante no se reconoce a sí misma con el peinado nuevo. Parece más joven que sus treinta y dos años cumplidos, piensa. Más delgada. Pero llevaba tantos años con aquel corte *pixie* largo que le había supuesto toda una liberación transformarse al día siguiente de que su abuelo le diera la noticia del cáncer. Es hora de seguir adelante, de levantar cabeza, hora de volver a ser ella misma. Cierra la puerta y ve el aguanieve semiderretida en el suelo del recibidor.

—Lo limpio antes de irme —dice.

—Majvor viene luego a recoger —responde su abuela—. Ahora no pienses en eso.

Acaricia a Klara en la mejilla y clava en ella sus ojos azul claro.

—No tienes que cuidar de mí —añade—. No aceptaré que intentes hacerlo. ¿Comprendes?

Los últimos invitados se han retirado y están solas en el lúgubre recibidor. Su abuela se ha puesto el abrigo, lista para ser recogida por su hermana y su cuñado, que han ido a buscar el coche. Klara asiente. Ya lo sabe, lo ha tenido claro desde que ha visto a su abuela cruzar el parking después del funeral, serena y equilibrada, como siempre.

—Sí —contesta—. Comprendo.

Su abuela se retira medio paso, mira hacia arriba y rodea la cara de Klara con ambas manos.

—Roca y pólvora —dice, y le da una palmadita en la mejilla—. Era lo que

solía decir tu abuelo. Sé que le habría gustado que tú también lo fueras. Dura como la roca y la pólvora, como te hacen las islas aquí fuera. Y no puedo simplemente tumbarme a morir yo también, ¿verdad que no?

Le da a Klara otro abrazo antes de entreabrir la puerta para ver si el coche ya está allí.

—Si quieres, puedes venir a casa de Maj y Roland, lo sabes —dice—. Pero ¿qué vas a sacar juntándote con unos viejos carcamales? Ya has hecho bastante por nosotros. Por mí, Klara. Ya es hora de que lo hagas también por ti.

Toda su infancia y juventud. Todos los veranos y las Navidades. Todas las mañanas frías en la cocina con la abuela cuando el agua se había congelado en las tuberías. Todas las tardes en el barco con el abuelo en un mar encrespado. Todo aquello en lo que Klara se ha convertido ha sido creado a partir de lo que ellos le han dado.

—No he hecho nada por vosotros —susurra.

Pero su abuela se limita a mirarla con calma, sus ojos brillan en la oscuridad, joviales y despiertos, casi tal y como los recordaba antes de este horrible otoño.

—Te tuvimos a ti, Klara —replica su abuela—. Perdimos a tu madre. Pero te tuvimos a ti. Es más de lo que nadie podría desear.

Ahora oyen el coche de Maj y Roland parando delante de la puerta, oyen a la hermana de la abuela bajándose del vehículo.

—Sabes que tu abuelo nunca te lo perdonaría si se enterara de que te has puesto a jugar a las cartas con una panda de viejos en Bottna.

Klara sonrío un poco.

—Puede ser —concede.

—¿Puede ser?

Su abuela suelta una risotada.

—Lo único que quería era que vivieras tu propia vida, Klara. Como has hecho siempre. Ni te imaginas lo orgulloso que estaba, lo que presumía de ti. Ahora vete con Gabriella a Estocolmo. Hablamos esta semana.

Abre la puerta y Klara recoge su bolsa y la acompaña hasta el coche.

—No pensaréis ir a Estocolmo con este tiempo, ¿no? —dice Roland mientras mete con cuidado la bolsa de la abuela en el maletero del viejo Audi.

—Era la idea —responde.

—Ni se os ocurra —comenta Maj—. Llamaré a la pensión para que os den una habitación. Con este tiempo tardaremos veinte minutos solo en llegar a Bottna.

—¿La pensión está abierta en esta época del año? —pregunta Klara.

—Créeme —contesta Maj—, si se lo pedimos nosotros, Gertrud te prepara una habitación sin rechistar, te lo aseguro.

La abuela da un último abrazo a Klara antes de subirse al asiento de atrás.

—Prométeme que no iréis ahora a Estocolmo —dice—. Hablamos mañana.

Roland da la vuelta muy despacio por el aparcamiento, que ahora ya está completamente cubierto de nieve, y se aleja con la misma parsimonia en dirección a la carretera 210. La nevada es tan intensa que apenas se pueden intuir las huellas de los demás coches. Klara se vuelve y mira la fachada ampliada y renovada de la iglesia del siglo XIX. Siente una especie de alivio, algo que casi parece libertad. El entierro ha terminado. La abuela se quedará en casa de su hermana. Quizá ella podría irse a Estocolmo con Gabriella sin sentirse culpable.

Da media vuelta para volver a entrar en la sala parroquial, pero algo en la luz del crepúsculo la hace sobresaltarse y detener el gesto a mitad de camino. Poco a poco vuelve a girarse hacia el aparcamiento, sin tener claro qué es lo que la ha perturbado. Ahí está la iglesia, silenciosa y recubierta de una esponjosa capa de nieve e iluminada por el leve resplandor de los focos de la fachada. La nieve se arremolina espesa ante sus ojos en la luz gris. El aparcamiento con sus huellas de coche en la nieve. Todas se dirigen a la 210, claro, es el único camino desde aquí.

Todas excepto una.

Klara gira la cabeza hacia el bosque y el camino de tierra que lo atraviesa, bajando hacia el mar y hasta el pequeño camping. Y allí están, las marcas de un par de ruedas que toman la curva y desaparecen. No pueden ser de hace demasiado rato porque entonces habrían estado cubiertas de nieve nueva. Alguien ha bajado por ahí después del funeral. Pero ¿quién bajaría a un camping cerrado en mitad de una tormenta de otoño?

Klara se encoge de hombros y se sacude la nieve, se quita la paranoia de la cabeza, o lo que sea. Es el entierro de su abuelo, no tiene fuerzas para pensar en otra cosa.

12 de agosto – Beirut

Pasa una semana. Jacob se aprende el camino a la embajada provisional; usa el *service*, la desconcertante mezcla de taxi y autobús que es la única forma barata de moverse por Beirut. Tira de sus frases chapuceras en árabe y tras recibir algunos buenos consejos de Agneta los taxistas ya ni lo engañan.

En general, en la embajada solo están él y Agneta. El resto de la discreta plantilla está en Estocolmo o en otros viajes y reuniones.

—Ahora mismo es estresante y caótico —dice Frida, una joven primera secretaria que una tarde se sienta en el borde de su mesa en el rincón.

Tiene un pelo rubio que necesitaría un teñido de raíces y una arruga en la frente que sugiere que debe de llevar bastante tiempo con ese estrés que comenta, quizá toda la vida.

—No está nada claro qué va a pasar con esta embajada y me sabe mal que hayas tenido que venir justo en esta época. Pero encontraremos algo en lo que nos sirvas, de eso puedes estar seguro.

Repica animosa en la mesa.

—Al menos se te ve proactivo y competente —concluye; sonríe cansada y se marcha al aeropuerto para asistir a una conferencia en Ankara.

¡Proactivo y competente! Jacob se alimenta de eso casi un día entero. Hay esperanza. Ahora los demás andan muy liados, pero cuando vuelva la calma llegará su momento. Agneta le ha pasado un par de libros sobre el Líbano, pero Jacob apenas consigue mantenerse despierto cuando se pone a leer. Se pasa el día mirando el teléfono, esperando la llamada de Yassim, evitando los mensajes cada vez más fríos de Simon.

Yassim. La noche en el jardín no se va de su cabeza, la frustración y la expectación y la electricidad permanecen ahí y es en eso en lo que piensa sentado a su mesa escandinava de madera clara bajo la ventana mugrienta que da a un patio trasero sucio y lleno de basura.

Está tan sumido en soñar despierto y en la nostalgia indefinida que ni siquiera se da cuenta de que hay alguien de pie a su lado hasta que ve una mano que coge uno de los libros sobre el Líbano que tiene pendientes de leer de su mesa.

—*La tragedia del Líbano* —dice una voz dulce pero despierta—. Sigue siendo el único libro que hace falta leer sobre la guerra civil.

Delante de él, hojeando distraídamente el ejemplar de bolsillo, hay un hombre alto y atlético de unos cuarenta y cinco años, vestido con un traje azul marino perfectamente entallado. Una corbata azul celeste que parece cara, anudada de una forma claramente despreocupada. El hombre despega la mirada del libro y observa a Jacob con sus ojos azules. Nunca ha visto a nadie que pareciera tanto un diplomático como este hombre.

—Dime —continúa—. ¿Tú qué crees? ¿Fue la OLP la que intentó matar a Gemayel aquel día de primavera de 1975? ¿O alguna otra milicia? ¿Quizá los propios falangistas?

Jacob se ruboriza. Gemayel, Gemayel, Gemayel. ¿Dónde ha oído ese nombre? ¿Por qué no se ha leído el libro?

—¿Gemayel? —dice, y su voz sale como un graznido tan frágil e inseguro que preferiría haber mantenido la boca cerrada.

—Sí —insiste el hombre—. Pierre Gemayel. El ataque que llevó a la masacre del autobús la tarde del 13 de abril y que hizo estallar toda la historia. Se pensaba que había sido la OLP, pero siempre ha parecido un poco demasiado evidente. ¿No te parece?

—Sí... —intenta Jacob mientras busca febrilmente en su memoria algo que haya empollado en verano, cualquier cosa.

Pero se ha quedado en blanco.

—Fue una guerra horrible —es lo único que logra decir—. Todas las facciones distintas que...

El hombre lo mira como si las piruetas de Jacob lo dejaran indiferente. No sabe quién fue Gemayel y ahora ya no se merece absolutamente nada.

—¿Que qué? —pregunta el hombre.

—Que luchaban —dice Jacob.

Se quiere morir, que se lo trague la tierra para borrarse del mapa. Su carrera se esfuma aquí mismo delante de ese hombre que no sabe ni quién es pero que probablemente es un diplomático, por ende, influyente, justo el tipo de persona a la que debería impresionar.

—¿Fue una guerra horrible porque muchos grupos distintos luchaban entre sí? —observa el hombre—. Bueno, es otra forma de resumir el Líbano.

Ahora por lo menos sonrío un poquito. No afable, pero sonrío. Y tiende una mano.

—Lars Vargander —dice—. Soy embajador aquí. Bueno, en Damasco, pero allí ya no estamos.

Jacob se levanta de un salto, tiembla de pies a cabeza. Vargander. El embajador. Esto no puede estar pasando. A Jacob le tiembla el pulso cuando responde al saludo.

—Jacob Seger —se presenta con voz insegura—. Aún no he podido leerme el libro. Agneta me lo acaba de prestar.

El embajador lo mira impassible. Pero luego sus ojos brillan de golpe y una sonrisita se extiende por sus delgados labios.

—Te estoy tomando el pelo, Jacob —dice, y le da una palmadita amistosa en el hombro—. No espero que tu primera semana aquí te hayas leído el libro de Randal ni que sepas los detalles sobre la guerra civil, ¿de acuerdo?

Jacob se queda pasmado y siente que lo inunda un alivio sin parangón. Pero acto seguido lo nota ceder ante una nueva ola de humillación. Que te la cuelen de esa manera, como un auténtico novato. Nota que le vuelven a subir los colores.

—Vale —contesta—. Yo...

Se interrumpe, niega con la cabeza.

—¿Sí? —dice Vargander sonriendo—. ¿Qué pasa?

—O sea, en realidad ya sé que Gemayel fue presidente. Solo que me ha cogido desprevenido.

—No te preocupes —lo tranquiliza Vargander.

Gira la muñeca para mirar la hora en su reloj gris acero y compacto. «Un Rolex Submariner», piensa Jacob y se traga un suspiro. Es allí a donde se dirige. Tiene que ser allí a donde va.

—Lo siento —continúa el embajador—. Pero llegué ayer mismo de Estocolmo y debo continuar a Ankara para unas reuniones lo que queda de semana. Creo que tendremos que ponernos al día cuando vuelva, después del fin de semana. ¿Agneta te está cuidado bien?

—Sí —responde Jacob y asiente con la cabeza—. Desde luego.

—Esta semana la cosa está un poco muerta para ti, y me parece que será así un tiempo. Todo el mundo está a tope. Pero puedes aprovechar para

explorar la ciudad.

Vargander mira a un lado y a otro y tras comprobar que están solos se inclina hacia Jacob en un gesto conspirativo.

—No tienes novia, ¿verdad? —pregunta—. Quiero decir... ¿O ya entiendes lo que quiero decir?

Mira tranquilo a Jacob a los ojos. Este nota que se vuelve a sonrojar, consternado por el giro que acaba de dar la conversación y por la pregunta personal. Ha oído que no es inhabitual ser como él en el Ministerio de Asuntos Exteriores, que quizá incluso puede resultar una ventaja ser homosexual porque puede hacer más fácil mudarse al no tener hijos. Pero ¿esto qué es? ¿Lo está entendiendo mal?

—No —se limita a decir—. No tengo novia.

Reúne cierto coraje, quizá sea ahora el momento de su revancha por lo que acaba de pasar. Mira a Vargander a los ojos.

—Lo cierto es que no tengo pareja de ningún tipo.

Vargander se retira un poco y lo mira con la misma calma de antes.

—Un coche pasará a recogerte delante del Saliba Market el viernes sobre las nueve —dice—. Había pensado que vieras una parte de Beirut que, si no, quizá tardes cierto tiempo en descubrir por tu propio pie. Si quieres, claro.

Jacob siente una bocanada de excitación. Sea lo que sea, no es momento de decir que no. Está dispuesto a cualquier cosa.

—Desde luego —responde—. ¡Qué emoción!

21 de noviembre – Sankt Anna

Cuando Gabriella gira el volante para meter su coche de empresa de color negro brillante y eficiencia alemana en el aparcamiento que hay delante de la pensión Båtsholm ya ha anochecido. Aunque el viento haya amainado, la nieve sigue cayendo con la misma fuerza. De nuevo, copos de aguanieve grandes y mojados.

—Menos mal que no hemos ido hoy a Estocolmo —dice Klara cuando Gabriella detiene el coche—. Aunque nos toque pasar una noche en el Bates Motel.

Con la cabeza señala la fachada de madera vieja de la pensión. El edificio está apagado, con excepción de la sala común contigua al recibidor. Por la ventana sale una tenue luz amarillenta.

De pequeña, en verano Klara venía a veces a comer a la pensión y recuerda un mobiliario anticuado y polvoriento, salsas con base de nata y zumo de fresas casero muy fuerte. Debe de hacer por lo menos diez años que no pasa por allí, pero el sitio no parece haber cambiado mucho.

Gabriella asiente ausente con la cabeza y se saca el teléfono del bolsillo, le echa un vistazo rápido y estresado y lo vuelve a guardar.

—¿Estás esperando algo? —le pregunta Klara—. ¿Tenías que estar en algún sitio esta noche?

—No —responde Gabriella—. Solo es lo de siempre. Más o menos.

Pero hay algo vacilante en su contestación, algo esquivo.

—Mañana nos vamos en cuanto nos despertemos —dice Klara.

Gabriella asiente y le lanza una mirada otra vez con esa sonrisa rígida en los labios.

—Claro —contesta—. No hay problema.

Gabriella se inclina para abrir la puerta del coche pero Klara la detiene poniéndole una mano en el brazo.

—Gabi —le dice cuando esta se gira para mirarla sin entender—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Se observan un segundo mientras los copos gruesos y húmedos se derriten al tocar el techo y el capó del coche. Klara ve algo titilando en los ojos de su mejor amiga, algo que no está acostumbrada a ver, un destello de irritación.

—Sí, Klara —responde Gabriella—. Deja de preocuparte. He venido al funeral, pero no puedo parar toda mi vida por ti, ¿vale?

Klara nota un temblor de pies a cabeza, como si una bomba pequeñita hubiera detonado en su pecho y hubiera dejado a su paso un cráter lleno de espinas.

—Perdón —se apresura a decir Gabriella—. No era mi intención sonar así...

—No pasa nada —la interrumpe Klara.

Gira el cuerpo y abre la puerta. Cuando baja los pies al aguanieve recibe el azote del aire húmedo.

—En serio, de verdad que no pretendía sonar así, Klara —insiste Gabriella, que ya está de pie al otro lado del capó—. Lo que pasa es que me siento un poco aturdida ahora mismo.

—¿Y cómo pretendías sonar? —dice Klara, y rodea el coche para subir la escalinata de la pensión.

Se arrepiente al instante del tono que ha empleado. No tiene ningún derecho a hablar así, a mostrarse tan susceptible y quisquillosa. Pero ya no tiene fuerzas para aguantarlo. Un cansancio incomparable se ha posado en su cabeza y ha limado lo poco que quedaba de sus defensas. No tiene tiempo ni de bajar la manilla de la puerta antes de oír los pasos apresurados de Gabriella a su espalda y sentir el tacto delicado de su mano en el hombro.

—En cualquier caso, no así —contesta Gabriella—. Date la vuelta, Klara.

Reticiente, con un suspiro, Klara da media vuelta y mira a su amiga por debajo del flequillo.

—Lo siento —dice—. Es que esta noche no tengo fuerzas para historias.

Gabriella asiente en silencio sin despegar la mano de su hombro.

—Me lo imagino —responde—. La cuestión es que...

Gabriella se queda callada y tiritita un poco por el frío.

—¿Sí? —pregunta Klara—. ¿Qué pasa?

—Bah —contesta Gabriella—. Hoy no es el momento para hablar de ello. Pero es el trabajo, Klara, no tú. Vamos adentro, me estoy pelando de frío.

Las habitaciones están pegadas pared con pared y son tal como Klara se las había imaginado. Paredes blancas sin pretensiones y colchones blandos, mantas gruesas metidas en fundas planchadas y lamparitas de noche en las que faltan las bombillas. El mar queda a tan solo cincuenta metros de distancia, pero con la oscuridad y el temporal resulta imposible ver nada por las ventanas.

—No es temporada —murmura la dueña de la pensión, Gertrud, mientras gira las válvulas de los radiadores y los grifos para comprobar que todo funciona. Si tan solo la hubiesen avisado con un poco más de margen podría haberlo hecho más acogedor, se queja. Pero Klara le asegura que con una cama para cada una tienen más que de sobra. Se irán a primera hora de la mañana. Gertrud continúa disculpándose mientras mete un par de bocadillos de *foie gras* recién hechos en la vetusta nevera de la cocina del restaurante y les enseña cómo funciona la cafetera. Al final termina con sus quehaceres y sus comentarios, y, mientras revisa los radiadores y que todas las ventanas estén bien ajustadas, les deja muy claro que no aceptará ningún tipo de pago.

—Aquí fuera nos cuidamos los unos a los otros —afirma, y clava los ojos en Gabriella—. No es como allí, en Estocolmo, donde la gente solo piensa en sí misma.

Klara nota que Gabriella la busca con la mirada con la sombra de una sonrisita en la comisura de los labios. Klara le devuelve la sonrisa, pero el cráter en su pecho le impide entregarse del todo a la complicidad que siempre han tenido.

—Estoy tan cansada —se limita a decir—. Creo que tengo que meterme en la cama ya mismo, Gabi.

Klara está sentada en la cama individual de su cuarto, observando su reflejo en la oscura ventana que da a la noche. Ahora sus ojos azules están pálidos, no refulgen con esa intensidad que a veces le gusta ver en ellos. El kajal negro en los ojos, su piel pálida y cetrina de otoño. Ha sido un día largo y penoso. Al mismo tiempo, siente que de alguna manera las cosas van a enderezarse, como se suele decir aquí en las islas. A lo mejor incluso se enderezarán para ella, después de toda la mierda de los últimos años.

Apaga la lámpara, se levanta y se acerca a la ventana. Al otro lado los copos revolotean con el viento. Apoya la frente en el cristal frío y trata de ver el mar y las islas, sin conseguirlo. Pero justo cuando va a retirarse para meterse de nuevo en la cama oye algo que la hace detenerse en el frío suelo. Un ruido apagado de motor, ahogado por la nieve y el viento, apenas perceptible.

Alguien está conduciendo por la carretera de ahí fuera y el sonido se hace cada vez más fuerte. Suena como si alguien se estuviera acercando a la pensión.

14 de agosto – Beirut

Faltan unos minutos para las nueve y la noche está en pleno ajetreo en Armenia Street delante de la casa de Jacob. Ríos de gente de punta en blanco que sale al encuentro de las bocinas del tráfico con las copas en la mano de restaurantes y bares donde la música no hace más que subir, subir, subir.

Ha sido un día caluroso y el hedor de las basuras es abrumador, no puedes deshacerte del mal olor hasta que te acostumbras y te olvidas de él. Pero cuando Jacob se planta en la calle delante del Saliba Market, el aire un tanto más fresco de la noche hace que se vuelva a percatar de él y tiene que esforzarse para reprimir una arcada.

¿Un coche va a venir a recogerlo aquí dentro de unos minutos? Se le hace tan raro. ¿Vargander estaba hablando en serio? Por otro lado, ¿qué pierde, en caso de que no se presente ningún coche? No es que conozca a nadie en la ciudad y haya cancelado sus planes, precisamente.

Ha transcurrido más de una semana desde que estuvo en la fiesta de Alexa en el tejado y conoció a Yassim, y desde entonces se ha pasado los días más que nada en casa, en la embajada y en alguno de los restaurantes de las proximidades. Beirut casi lo ha sumido en un estado de shock, con su jaleo y su alboroto y esa amenaza indefinida que parece brotar directamente del asfalto y de los orificios de bala de las fachadas. Se siente atraído por ella, no quiere otra cosa que zambullirse en ella. Al mismo tiempo, no se atreve del todo.

Y luego está Yassim. Tan solo con pensar en su nombre, sus manos o su boca, nota que todo su ser suspira de deseo. ¿Cómo es posible que sienta esto después de solo dos horas con él una noche en un jardín oscuro? A lo mejor esto es bueno para él, poder salir, tener algo nuevo en qué pensar en lugar de la asfixiante inquietud de si Yassim ya no volverá a dar señales de vida.

Jacob se ha puesto unos vaqueros y una camisa Ralph Lauren de color

verde oscuro, con mangas cuidadosamente recogidas. Una de las tres camisas del mismo corte pero colores distintos que se compró de rebajas hace dos años y que ha ido alternando desde entonces. Al hombro lleva una bandolera de lona con llaves, móvil y cartera. Respira hondo y saca la cartera para echar un vistazo a la desconcertante combinación de dólares y libras libanesas. ¿Cuánto le va a costar esta noche? Aún no le ha llegado el dinero de la CSN, la oficina nacional de ayuda estudiantil, y lo poco que ganó empaquetando pastillas para las úlceras en Fyrislund durante dos meses a principios de verano lo va a necesitar para estirar su economía hasta Navidad. Hasta la fecha, Beirut es infinitamente más caro de lo que se había imaginado. Tendrá que racanear. A pesar de estar acostumbrado a apretarse el cinturón, pensar en el dinero le vuelve a generar una desagradable comezón.

—¿Señor Seger?

Jacob pega un brinco, hunde la cartera en la bandolera y se vuelve hacia la voz. Un Volvo SUV de color azul medianoche con matrículas azules de diplomático está atascado en el tráfico justo delante de él, con la ventanilla del acompañante bajada. Un hombre árabe intenta captar su atención a través de ella. Jacob se acerca al vehículo.

—Soy Jacob Seger —dice en inglés.

—El embajador Vargander me ha pedido que le lleve —explica el hombre—. Soy chófer en la embajada sueca.

Vargander le ha mandado un vehículo diplomático. Jacob intenta disimular su amplia sonrisa mientras abre la puerta de atrás, se sube y se acomoda en el asiento de cuero. Allí dentro el aire es fresco y seco, ni siquiera huele a basura.

—Ahí hay bebidas —señala el chófer—. Puede coger lo que le apetezca.

El chófer estira una mano hacia atrás entre los asientos y da unas palmadas sobre lo que parece ser una neverita empotrada en el suelo justo delante de los pies de Jacob, quien se agacha y abre la tapa. Dos botellas de vino blanco se están enfriando junto con algunas botellas de cerveza y cuatro copas de vino.

—Yo... —empieza a decir—. No sé adónde vamos, espero que usted sí.

El chófer asiente tranquilamente con la cabeza.

—Confíe en mí. Y el embajador me ha pedido que le deje muy claro que esta noche paga él. Ha sido muy específico al respecto. Él lo paga todo. Hay dinero en un sobre ahí dentro.

Vuelve a señalar la nevera y Jacob la abre otra vez. En efecto, entre las copas de vino hay un sobre blanco. Jacob lo coge y lo abre. Un pequeño fajo de billetes de veinte dólares, cuenta diez. Ha aprendido que en Beirut los dólares son igual de corrientes que las libras libanesas. Hay casi dos mil coronas en el sobre.

Jacob coge una bocanada de aire empujado por el alivio y la emoción. En la embajada están a tope, pero por lo visto se preocupan por él. A lo mejor realmente ven algo en Jacob.

Se agacha y coge una de las botellas de vino libanés. El tráfico está casi quieto. Se sirve una copa y se echa hacia atrás en el asiento, paseando la mirada por las personas y las luces y el caos que se agolpan en las aceras. Partes iguales de calma y expectación lo llenan cuando da un primer trago largo al vino frío y seco.

Se deslizan lentamente en dirección este por Armenia Street mientras los bares poco a poco se van reduciendo en número y se van intercalando con tiendas que venden lámparas y relojes de pared, y neveras plantadas en las aceras. En pequeños recovecos que se abren en las paredes hay ancianos soldando en la penumbra.

—¿Adónde vamos? —pregunta Jacob.

Va por su segunda copa de vino y ha disfrutado tanto del trayecto en el coche diplomático que ha olvidado por completo que en realidad no sabe ni adónde se dirige.

—Burj Hammoud —dice el chófer.

Jacob ha oído hablar del barrio armenio que queda detrás de Mar Mikhael y siente que la curiosidad vuelve a surgir, esta vez mezclada con cierto nerviosismo. Burj Hammoud es la parte de Beirut con más cultura gay, si bien allí tampoco se da abiertamente. Por tanto, no había malinterpretado las insinuaciones de Vargander.

Después de cruzar la autovía el tráfico disminuye un poco y el carácter de esta zona ya no tiene nada que ver con el barrio donde está el apartamento alquilado de Jacob. Esto se ve más pobre, más como uno se imagina Beirut. Casas venidas a menos y carteles de neón sucios, tendido eléctrico que se cruza tejiendo una telaraña por encima de calles y fachadas.

El coche abandona la calle principal y se detiene ante lo que debe de ser uno de los edificios más antiguos del barrio. En la puerta hay un discreto cartel de latón viejo. «Hamam Oriental».

—Adelante —dice el chófer, y se queda tranquilamente sentado, dándole la espalda a Jacob—. Ya hemos llegado. Me quedaré esperando aquí cerca y lo recojo cuando quiera.

¿Un hamam? ¿Unos baños árabes? Jacob sabe lo que implica y nota que se le acelera el pulso. Vargander no está tan poco informado, si le ha organizado esto. Coge una bocanada de aire, traga saliva y abre la puerta del coche.

—Bienvenido —le dice un chaval en árabe después de que Jacob llame al timbre. El chico, que no puede tener más de quince años, le muestra el camino hasta una sala llena de mosaicos en verde, azul y negro y patrones intrincados tanto en el suelo como en las paredes. Hay unos pocos hombres sentados tomando té en vasos de cristal en bancos que corren a lo largo de las paredes. Observan a Jacob con interés mientras él se acerca a un pequeño mostrador en el centro de la sala, donde una mujer bastante voluptuosa de unos cincuenta años le pide veinte dólares y a cambio le entrega unas toallas y jabón de lavanda. Dice algo en árabe, pero cuando Jacob pone cara de desconcierto cambia al inglés.

—El vestuario está ahí dentro —dice señalando con el dedo por encima del hombro—. Tenemos tres saunas, Firas te enseñará.

El chico que le ha abierto la puerta le sonrío y le hace un gesto para que lo siga. Cruzan la sala y se adentran en la casa, que es mucho más grande de lo que parecía desde la calle.

En el vestuario Jacob deja las toallas y el jabón en un banco y mira desconcertado al chico, que se ha quedado en la puerta mirándolo intensamente.

—¿Masaje? —le dice en un inglés rudimentario—. Puedo hacer sentir bien. Solo cincuenta dólar.

Le guiña un ojo de forma casi cómica y Jacob nota una pequeña oleada de estrés. Es evidente que el chico le está ofreciendo algo más que un masaje.

«Vargander lo paga todo», le ha dicho el chófer. Por un segundo Jacob sopesa la opción de dejarse llevar. Desde que estuvo en el jardín con Yassim ha tenido la excitación a flor de piel. Pero esto es demasiado sucio y el chico es demasiado joven.

—No, gracias —contesta—. Está bien así.

El chico se encoge decepcionado de hombros y deja a Jacob solo en el cuarto.

Jacob empieza con la sauna de vapor, donde está completamente solo. Cierra los ojos, se reclina contra el caliente mosaico mientras el vapor flota a su alrededor. Un leve y agradable puntillo hace que se sienta más ligero y libre que de costumbre.

Oye abrirse la puerta de cristal y cuando entorna los ojos para mirar a través del vapor, que se arremolina con la corriente de aire, puede percibir la silueta de un hombre joven y atlético. Jacob finge que vuelve a cerrar los ojos para que el chico no se dé cuenta de que lo está mirando cuando pasa por delante de él. Pero a escondidas observa sus hombros, su pecho bien definido, sus brazos. ¿Cuántos años tiene? ¿Es algo más joven que él? ¿Veinte? El chico se sienta a su lado y Jacob mira furtivamente su nariz recta, un poco demasiado grande, sus labios carnosos, y luego continúa por su piel, baja hasta la cintura, donde empieza la toalla.

De pronto el chico levanta la cabeza y echa un vistazo a Jacob. O no un vistazo, lo mira directamente, y Jacob lo intenta, pero no le da tiempo a desviar los ojos, por lo que sus miradas se cruzan durante un instante.

Hay algo totalmente desvergonzado en la mirada que el chico le lanza. Algo que no necesita ningún tipo de interpretación ni aclaración. Jacob vuelve a cerrar los ojos y nota un cosquilleo de excitación e intranquilidad.

Con disimulo, Jacob vuelve a mirar en su dirección y tiene que contener un jadeo, porque el chico se ha abierto la toalla y está ahora sentado desnudo a su lado, y su miembro está terso y duro y completamente erguido. Despacio, el chico se vuelve hacia Jacob.

—Aquí dentro hace calor —dice en inglés.

Jacob asiente un poco con la cabeza.

—Desde luego —responde.

Ahora el chico se vuelve del todo hacia él y se desplaza un poco más cerca de Jacob.

—¿Quieres refrescarte conmigo? —pregunta—. Hay un cuarto donde podemos descansar un poco.

Jacob no puede dejar de mirarlo fijamente, su cuerpo desnudo, su pene erecto, y nota una atracción ardiente despertándose dentro de él. Toda la frustración que ha ido acumulando desde la noche en el jardín. Esto queda tan

alejado de sus planes y objetivos y de su vida bajo control. Pero a esto es a lo que Vargander se refería, quiere creer. Era esto lo que le estaba ofreciendo, y de alguna manera eso le da permiso para seguir adelante.

—Vale —contesta—. A ver, enséñame tu cuarto.

El joven se ha vuelto a enrollar la toalla y camina por delante de Jacob, pasan junto a una piscinita y varios lavamanos hondos y duchas en las que unos pocos hombres se están enjabonando. Nadie les presta mayor atención.

—Aquí —dice al final el hombre y abre una puerta junto a una sauna seca.

Jacob coge una bocanada de aire, pero sabe que ya ha tomado una decisión y nota la excitación latiendo en sus venas. Cruza el umbral de la puerta y se mete en un cuarto de masajes con un banco forrado de cuero en el centro y un pequeño sofá en una de las paredes laterales. El hombre cierra la puerta con pestillo y se acerca lentamente a Jacob al mismo tiempo que deja caer la toalla al suelo.

—Quiero que me folles —dice—. Quiero que me lo hagas con brutalidad. ¿Te atreves a hacerlo?

El corazón de Jacob le golpea el pecho. Simon era tierno y cuidadoso, exageradamente consciente de que Jacob no tenía experiencia. Al principio le había hecho sentirse arropado, pero luego solo le pareció aburrido. Ahora algo despierta en su interior, y por una vez en la vida le abre paso.

—Ponte de rodillas —le ordena.

Pero él mismo oye lo insegura y desacostumbrada que suena su voz. El chico sonríe burlón.

—Tendrás que ser más duro que eso —comenta y se le acerca otro paso.

Se inclina hacia delante y muerde a Jacob en el lóbulo de la oreja.

—Quiero ser tu putita, ¿entiendes? —susurra.

Esto, de alguna manera, es crudo y peligroso, y lo asusta. Pero también le despierta algo más. Jacob titubea un segundo, sopesa la opción de dar media vuelta y dejar al chico allí dentro, volver al vestuario, ponerse la ropa y marcharse. Pero hay algo en todo esto que lo atrae. No es solo la excitación. Es la aventura.

Se acerca un paso al chico y lo mira tranquilamente a los ojos.

—Pues ponte de rodillas, puta —dice.

El chico obedece de inmediato y se arrodilla delante de él mientras la toalla de Jacob cae al suelo. Ahora Jacob está delante de este joven anónimo, desnudo. El chico mira hacia arriba con ojos suplicantes.

—Pégame en la cara —murmura.

Jacob da un respingo, esto es un paso más para adentrarse en algo que desconoce por completo.

—¿Estás...? —pregunta—. ¿Estás seguro?

El chico lo mira con burla en los ojos.

—¡No seas nenaza, pégame!

Y Jacob cede y deja que una bofetada azote la mejilla del chico, pero este mira hacia arriba casi con desprecio en los ojos.

—Eso no ha sido nada —dice—. Das pena, joder. Pégame de verdad.

Jacob se lo queda mirando y vuelve a dudar. Pero luego levanta la mano y lo golpea con todas sus fuerzas en la mejilla.

El chico vuelve a alzar la vista y sonríe levemente. Una rojez se extiende por su pómulo.

—Así. Ahora tírame del pelo. Oblígame.

Un rato después está sentado en el Volvo de nuevo sin poderle contestar al chófer más que con monosílabos, sin poder pensar del todo. Las luces y el tráfico, las personas detrás de la ventanilla del coche le parecen borrosas.

—Solo lléveme a casa —dice, y abre la neverita, se sirve vino en una copa, se la lleva a los labios.

¿Qué es lo que ha pasado en el hamam, en realidad? ¿En quién se ha transformado ahí dentro?

Niega en silencio y cierra los ojos. Todo lo que ha hecho allí, todo lo que el chico quería que le hiciera. Ha sido excitante, pero ahora, una vez ha pasado, lo único que siente es angustia. No por el chico, era lo que él quería, y luego han entablado una breve conversación casi amistosa. Pero siente un malestar por el papel que le ha tocado interpretar a él. El dominante, el brutal. ¿Habría preferido tener el otro rol? Sabe que es así. Le habría gustado ser él quien estuviera de rodillas, delante de Yassim.

Pensaba que un ratito en el cuarto de masajes sería suficiente, que con eso podría dejar atrás la noche en el jardín y seguir adelante. Pero ahora que va sentado en el asiento trasero del vehículo de la embajada de camino a su casa en Beirut oeste, entiende que no va a poder ser, que Yassim ha sembrado en él algo de lo que no logra desprenderse.

Justo va a tomar otro trago de vino cuando nota que el móvil empieza a vibrar en su bandolera y casi lo derrama en su afán de leer el mensaje. Cuatro

palabras desde un número oculto, sin remitente, como si acabaran de caer en su teléfono desde el ciberespacio. Pero es suficiente para que el mundo que lo rodea recupere la nitidez, para que su cerebro vuelva a la vida:

Próximo sábado. Te llamo.

Yassim.

21 de noviembre – Sankt Anna

Klara contiene el aliento y aguza el oído. El ruido de motor se vuelve más intenso. ¿Es Gertrud que está volviendo? ¿Se ha dejado algo?

Klara mira hacia la carretera. Unos faros de coche resplandecen y saltan por el camino de tierra en dirección a la pensión. De pronto desaparecen, pero el ruido del motor sigue presente, ¿como si el coche hubiese apagado las luces para no ser visto?

«¿Qué coño es esto?», le da tiempo a pensar justo antes de que el ruido pare de golpe.

Se queda de pie junto a la ventana con todos los sentidos alerta, mirando la oscuridad y la nieve que se derrite en el cristal. Lo único que oye ahora es el viento.

Lentamente se aparta de la ventana, da la vuelta y sale al estrecho pasillo. Hace tanto frío que la piel se le eriza en los brazos, a pesar de haberse puesto el jersey de punto que su abuela le ha traído de Aspöja.

La puerta de Gabriella queda enfrente de la suya, pero titubea un instante antes de llamar. ¿Merece la pena molestarla? ¿No estará un poco sensible y punto? ¿Puede que lo esté interpretando todo de forma errónea?

Pero Gabi es su amiga, y justo cuando Klara va a llamar a su puerta oye su voz apagada proveniente de dentro de su cuarto.

—*Creo que es preferible que no hablemos más de esto por teléfono, mejor el martes, cuando nos veamos. Y, como ya te he dicho varias veces, no puedo quedar antes. Lo siento, pero...*

Parece que la interrumpen.

—*Razón de más para que no alarguemos la conversación. No podemos arriesgarnos, si han pinchado la línea. Si es así, puede que los dos estemos en peligro.*

Guarda silencio otra vez.

—Pero a mí sí. Tú mantén la calma, haz lo menos que puedas estos días. Ahora tengo que colgar —dice luego, alzando un poco la voz—. Nos vemos el martes, tal como habíamos quedado. No me llames a menos que sea porque tienes que cambiar la hora. En serio lo digo.

Y con ello parece terminar la llamada. ¿Es esto, un cliente exigente, lo que ha hecho que Gabi haya estado tan distante todo el día?

Klara llama a la puerta y en poco más de un segundo oye la voz de Gabriella al otro lado.

—¿Klara? —dice, y abre la puerta—. Creía que te ibas a dormir.

Klara niega con la cabeza, se encoge de hombros.

—Me ha parecido oír algo —explica.

—¿Te he molestado? —pregunta Gabi.

Se queda callada, de nuevo esa irritación creciente en los ojos.

—¿Me estabas escuchando a escondidas?

Klara niega con la cabeza. De pronto ella también siente cómo una inesperada irritación comienza a tomar forma. ¿Qué coño le pasa a Gabi?

—No —contesta y la mira con ojos fríos—. No estaba espionando tu jodida llamada. Lo creas o no, tengo otras cosas en qué pensar más allá de tu trabajo.

Se quedan un rato mirándose fijamente, las dos desacostumbradas a la hiriente disonancia. Al final Gabi da un paso al frente y abraza a Klara.

—Joder —dice—. Lo siento, Klara.

Esta corresponde el abrazo sin demasiado ímpetu.

—Estoy tan estresada. Estoy en mitad de algo muy delicado, por lo que parece. Y no puedo arriesgarme a que nadie más se vea implicado, tú la que menos.

—Pero sabes que puedes contármelo todo —replica Klara—. Cuando quieras.

—Ahora no —responde Gabi suspirando, y se retira del abrazo—. Hoy no. Ni siquiera sé si es algo...

Vuelve a callar, titubea.

—Pero —añade al cabo de un momento—, si algo se torciera en el futuro, he...

Klara espera tensa mientras Gabi busca las palabras.

—Bah —zanja al final—. A la mierda. Soy una melodramática. Cuando sepa más te lo cuento. —Mira a Klara—. ¿Qué querías decirme?

Klara se queda observándola. Podría insistir y pedirle a Gabi que le cuente lo que le está ocultando, pero sabe que no merece la pena. Cuando Gabi toma una decisión, no hay modo de forzarla a hablar, sobre todo si tiene que ver con el trabajo. Aun así, a Klara le produce alivio saber que se trata de trabajo, que la irritación de Gabi no se debe a que se ha cansado de Klara.

—Nada, solo me ha parecido oír algo —responde Klara—. Un coche, ahí fuera.

Hace un gesto por encima del hombro para señalar su cuarto.

—Acercándose con los faros apagados.

—¿Por el camino? —pregunta Gabi.

—Viniendo hacia nosotras, bajando hacia la pensión —contesta Klara.

Sin decir nada, Gabi pasa por su lado, cruza el pasillo y se mete en la habitación de enfrente. Allí dentro las lámparas están apagadas y Gabi va directa a la ventana y observa rígida la naturaleza de fuera. Lo único que se oye son los chasquidos de los radiadores y el viento silbando en la casa. Ningún motor. Ningún faro.

Gabi se vuelve hacia Klara y le pone una mano en la mejilla.

—Ha sido un día largo para las dos —dice—. Creo que es mejor que nos vayamos a dormir de una vez.

—Pero algo hay —replica Klara—. Antes he visto un coche que me ha parecido un poco raro..., después del funeral..., estaba bajando hacia el camping... Allí no hay nada en esta época.

Mira a Gabi, pero al mismo tiempo titubea. ¿Qué tenía de raro en realidad? Incluso podría haber sido alguien que estuviera haciendo prácticas con el coche. Pero ¿con este tiempo? Podría haber sido cualquier cosa, obviamente, alguien que se ha equivocado de camino, y en este momento Klara ya ni siquiera está tan segura de haber oído ese motor, de haber visto los faros.

—Vale, vale —dice Gabi levantando las manos—. Si te vas a quedar más tranquila, echamos un vistazo.

Klara se da cuenta. Gabi está intentando tranquilizarla a base de hacer que parezca de lo más exagerado ver coches misteriosos allí fuera. Lo cual no deja de ser así. Pero al mismo tiempo hay algo en sus ojos que no es nada convincente.

Tardan unos minutos en encontrar un par de linternas y cosa de media hora en inspeccionar el aparcamiento delante de la pensión en la ventisca de nieve,

pero no encuentran nada. Ni siquiera unas huellas de neumático.

Ahora ya vuelven a estar en el salón del hospedaje, mojadas y heladas.

—Has vivido muchas cosas estos últimos años —dice Gabi—. Has estado bastante ocupada, Klaris.

Klara asiente con la cabeza y se levanta del sofá en el que está sentada. No sabe si sentirse tranquila por no haber encontrado ningún coche sospechoso o inquieta por estar empezando a imaginarse cosas. Pero es cierto, los últimos años han sido duros.

—Sí, ya lo sé —responde—. Pero a lo mejor ahora ya consigo dormirme.

Esboza una sonrisa torcida y Gabi también se levanta.

—Siempre queda la esperanza —dice.

La cama está tan caliente y blanda y el sueño tan extremadamente cerca que por primera vez en mucho tiempo Klara casi se siente contenta. A pesar del funeral. A pesar de todo. Poder dormir con Gabi en la habitación de al lado tiene un efecto relajante y Klara nota que va cayendo paulatinamente en un suave y profundo sueño.

Pero justo antes de conciliarlo del todo vuelve a oírlo. Un tono, apenas perceptible en el viento.

Un motor.

Se incorpora de un salto en la cama, baja los pies al suelo y se acerca a la ventana. El sonido es constante. Hace pantalla con las manos alrededor de los ojos y otea la noche. Un chispazo de luz que se enciende y se apaga a mitad de camino entre la casa y la carretera. Solo un instante. Como si alguien se encendiera un cigarrillo. Después, otra vez silencio.

Silencio y oscuridad. Como si no hubiera pasado nada.

17-22 de agosto – Beirut

Todos dicen que es una época muy estresante, pero para Jacob la semana pasa con una lentitud insufrible. En la embajada prácticamente solo están él, Agneta y Frida, la primera secretaria que lo saluda a toda prisa cada mañana y no para un momento en su mesa hasta mitad de semana.

—Me sabe tan mal, Johan —dice—, te prometo que te buscaremos alguna tarea de verdad para que la puedas hacer, pero ¿podrías clasificar estos recibos mientras tanto? No se lo puedo pedir a Agneta, está demasiado liada.

En la mesa le deja una cajita de cartón repleta de papeles arrugados y lo mira como pidiendo disculpas; en su frente asoma la arruga profunda e imponente. Jacob nota que su motivación decae todavía más, que en la embajada pasan totalmente de él. ¿Y cuando Vargander le dejó usar el coche de la embajada y le preparó aquella excursión tan singular? ¿No significó nada?

—Jacob —corrige él con énfasis—. Me llamo Jacob.

Primero ella lo mira sin entender nada. Después hace la conexión.

—¿Te he llamado de otra manera? En tal caso, disculpa, no era mi intención. Tengo tantas cosas en la cabeza ahora mismo.

Él asiente en silencio.

—¿Estás al tanto de la situación política? —continúa ella—. Ya sabes lo de las manifestaciones, ¿no? Se están empezando a descontrolar, podría darse una primavera árabe tardía aquí también. Tenemos que estar preparados.

El interés y la emoción cobran fuerza en Jacob. Él mismo ya puede verlo en la calle. Las basuras y el descontento no hacen más que extenderse. Cada vez hay más colectivos que se suman y expresan su malestar por la corrupción del aparato del Estado. Dentro de poco el ejército será el único que lo defienda. Y quizá ni eso. Ve los grafitis y oye el eco de las consignas cuando por las tardes vuelve a casa de la oficina.

—Me gustaría mucho echar una mano —dice, y yergue la espalda—. Si necesitáis a alguien que vaya a las manifestaciones o a las reuniones y haga informes, yo puedo...

Frida levanta una mano y lo corta tajante.

—Mantente alejado del barrio del gobierno —le ordena—. Lo digo en serio, no podemos permitirnos que alguien que está en prácticas se vea metido en nada.

Suelta un suspiro.

—Es lo último que necesito en este momento. Por favor, céntrate en los recibos.

Jacob nota que todo el aire abandona su cuerpo, no puede hacer más que asentir cabizbajo. Frida se despide y se mete en su propio despacho, ya tiene el móvil pegado a la oreja.

Al menos ocuparse de los recibos de la caja le da algo que hacer. Jacob descifra la impresión borrosa de los papelitos y los clasifica por orden cronológico antes de pasar a graparlos en hojas DIN-A4. La cuestión es no pensar que está haciendo un trabajo propio de un asistente, que está a leguas de distancia de lo que había pensado que haría aquí. Se trata de verlo como una tarea más entre muchas otras, de hacerla lo mejor posible. Al final pondrán los ojos en él y dejarán que les demuestre lo que vale.

Y el sábado... El sábado llega Yassim.

Las tardes siguen lo que ya se ha convertido en un patrón. Sale de la embajada sobre las seis y vuelve a pie a su casa en Mar Mikhael para así matar una hora más. De camino se compra dos *shawarmas* pequeños o un falafel que se come caminando. A veces se mete en alguna cafetería o algún bar, se toma una cerveza e intenta leer algunas páginas de *La tragedia del Líbano*, pero en general suele ir hasta su piso y se sienta en el balcón a ver alguna serie de Netflix hasta que llega la hora de irse a la cama. Cuenta los días que faltan para el fin de semana.

Tres días. Dos. Uno.

El viernes, por toda la ciudad corren rumores de revueltas. Se dice que

durante el fin de semana las manifestaciones van a ser aún más grandes. Que todo el mundo va a ir, que ahora el descontento alcanza a todos los grupos: cristianos, chiíes, suníes, palestinos, armenios y refugiados sirios. Ya no es solo la clase media, todo el mundo se ha cansado.

Por la mañana, de camino a la oficina Jacob pasa por delante de la mezquita y se mete entre los edificios del gobierno, donde el alambre de púas es más denso y los policías y soldados, jóvenes y nerviosos, ahora llevan cascos y escudos antidisturbios. Algo se está cocinando, no cabe ninguna duda.

Jacob evita el barrio del gobierno, a pesar de notar las vibraciones de las revueltas incluso desde el balcón de su casa, al otro lado de la ciudad. No lo hace porque se lo hayan pedido, sino porque está esperando el regreso de Yassim.

Pero todo el sábado pasa sin que Yassim dé señales de vida y Jacob relea su mensaje de texto de la semana anterior una y otra vez, sopesa todos los escenarios posibles. ¿Y si no fue Yassim quien lo mandó? ¿Por qué lo ha dado por hecho? Era un número oculto. Ahora que lo vuelve a analizar, en ninguna parte pone que fuera Yassim.

Le cuesta creer que haya podido ser tan bobo, tan sumamente ingenuo como para dejar que sus vacuas esperanzas dictaminen cómo vive su vida. Sobre las seis y media está derrotado. Se toma media botella de vino en el balcón con la decepción carcomiéndole por dentro. Se plantea coger un taxi, pero a esta hora se debe de tardar lo mismo a pie. Si no puede tener a Yassim, como mínimo tendrá la revuelta.

Casi ha llegado a Martyr's Square cuando toma conciencia de la magnitud de las protestas, el nivel que alcanza la revuelta. Miles de personas bajan en riadas hacia la mezquita, estudiantes, familias con hijos, chicos con la cara tapada y el torso descubierto y piedras en las manos. Y, por todas partes, policías armados. Alambre de púas y humo. Jacob se encamina hacia allí, nota que ya no le importa, que quiere ser parte de algo, sentir algo, por fin ver algo.

Se zambulle en el mar de gente, sigue la corriente por la plaza. Se percata de que las familias se van reduciendo hasta que la masa se compone únicamente de jóvenes con rostros enfadados y consignas rítmicas. Las caras

tapadas crecen en número, igual que las manos que sujetan adoquines. Jacob nota que se le acelera el pulso, pero quiere seguir, quiere ver qué es esto, adónde lleva. Y deja que la masa lo envuelva y lo transporte hasta el barrio del gobierno, siente que se hace uno con ellos, que el sudor le corre por la nuca y se mezcla con el sudor de otros. Por todas partes hay banderas y pancartas, eslóganes, cánticos, tambores. Es tan ensordecedor que no oye su teléfono sonando en el bolsillo. Pero sí nota las vibraciones. Y consigue separar un brazo de la masa de gente, meter la mano en el bolsillo, sacar el teléfono y pegárselo a la oreja.

—¿Dónde estás?

Apenas lo oye, pero es una voz que podría reconocer en cualquier parte. La de Yassim. A Jacob le flaquean las piernas, apenas puede mantenerse en pie y ni siquiera sabe en qué dirección camina.

—¡En la manifestación! —grita al teléfono—. No me has llamado. No sabía. ¿Dónde estás?

—Escúchame —dice Yassim—. Sal de ahí. Estaré en un taxi delante del Four Seasons en Cornichen, el paseo marítimo, dentro de veinte minutos. Repite lo que te acabo de decir.

—¡Four Seasons! —grita Jacob—. En veinte minutos.

Con eso, Yassim desaparece. Y todo lo demás también. Jacob se detiene entre la muchedumbre, que avanza como un río a su alrededor sin que él se dé cuenta.

Un rato más tarde caminan sin prisa por la avenida Charles Helou hacia el oeste, por delante del Four Seasons y los nuevos rascacielos; la oscuridad es ligera y está viva, llena de agujeros, ni siquiera es negra. Aquí el tráfico es más fluido, una vez te has alejado de los disturbios y el caos de la frontera entre Beirut este y oeste.

Jacob tose, tiene la garganta seca, como cada tarde, después de haber respirado el esmog y los vapores de las basuras todo el día. Le cuesta tanto creer que esté caminando junto a Yassim otra vez, lo hace como en un recuerdo. Lo mira de reojo y él le sonríe como quien se divierte.

—¿Pensabas que no te iba a llamar? —dice—. ¿Pensabas que había desaparecido?

Jacob se encoge de hombros y dirige la mirada a la oscuridad que se cierne sobre el mar.

—¿Dónde estabas? —pregunta demasiado bajo.

Su voz queda ahogada por una moto que se abre paso entre los coches de la calle.

—Tu viaje —repite, ahora más fuerte—. ¿Dónde estabas?

Yassim se vuelve para mirarlo y al principio no dice nada, solo se lo queda mirando con esos ojos tristes, curiosos.

—Siria —responde al final—. Cerca de Alepo.

—¿Qué? —exclama Jacob—. ¿Alepo? ¿Cómo...? Cielo santo, ¿qué hacías allí? ¿O cómo pudiste llegar siquiera? No sé qué decir.

Yassim levanta la cámara que lleva cruzada en el pecho.

—Sacando fotos —explica—. Eso es lo que hago. Soy fotógrafo.

—No lo sabía —contesta Jacob.

Se ha preguntado a qué se dedicaría Yassim, se ha imaginado mil escenarios que explicaran su desaparición para evitar la sospecha de que, simplemente, ya no quería saber nada de él.

—¿Cómo ibas a saberlo? —preguntó Yassim—. La última vez casi no hablamos.

Jacob nota que se ruboriza, reemprenden la lenta marcha y Yassim lo dirige lejos de Charles Helou y el mar, entre los rascacielos nuevos, hacia el bullicio de allí dentro, hacia los interiores de la ciudad.

—No sé nada de ti —dice.

Yassim se vuelve a reír.

—No hay mucho que saber. Soy fotógrafo. Y justo ahora, ya sabes, con la guerra, hay mucho trabajo en Siria. Supongo que es lo único bueno de la situación actual. Mucho trabajo, muy cerca.

No hay cinismo en su forma de decirlo, sino más bien una suerte de rendición, es una mera reflexión.

—¿No te da miedo? —pregunta Jacob—. Quiero decir... Madre mía.

Yassim se encoge de hombros mientras se van metiendo más y más en la ciudad, hacia las calles de los bancos, donde reinan el silencio y la calma a esta hora del día. Aquí solo hay fachadas de cristal y grúas de obra, dinero del Golfo y BMW negros.

—Te acostumbras —dice—. No pienso demasiado en ello.

Han llegado a un bloque de pisos de obra nueva que se eleva por lo menos veinte plantas irregulares, con terrazas blancas y ventanales que llegan al techo. Parece que carezca por completo de paredes exteriores y se puede ver

dentro de los pisos más bajos que están encendidos. Es una casa completamente transparente y Jacob se pregunta dónde estarán los dormitorios, si también se abren a la ciudad.

Para sorpresa de Jacob, Yassim se dirige al portal, donde un vigilante aburrido está fumando con su metralleta apoyada en una silla que tiene al lado. Saluda al vigilante y pasa por su lado hacia el vestíbulo, donde se vuelve hacia Jacob.

—¿Vienes?

Cogen el elegante ascensor de acero reluciente y es como atravesar el agua, en silencio y casi sin resistencia alguna. Al final el ascensor se detiene con suavidad y Yassim sonrío a Jacob y pasa con cuidado por su lado para salir a la octava planta. Tres puertas, tres apartamentos, ningún nombre, solo números. Yassim se acerca al 801, la puerta de la izquierda, pega una tarjetita al pomo y la cerradura se desbloquea.

—Como en un hotel —dice Jacob.

Es lo primero que ha salido de su boca desde que han entrado en el edificio, pero Yassim no responde, quizá ni siquiera lo oye, él solo abre la puerta y se mete en el piso.

El piso es grande, probablemente rebase los cien metros cuadrados, y queda en la esquina del edificio, con dos paredes de cristal que dan a la ciudad. Suelo de cemento pulido, una especie de isla en una cocina abierta que parece no haber sido usada nunca, como un bastidor, una sala de exposición de una empresa que vende decorados. En el centro del suelo hay una gran mesa con un portátil encima. Dos sillas, una a cada lado. Ningún papel, ni una prenda de ropa, nada.

Yassim se detiene y se vuelve hacia Jacob, un atisbo de disculpa, de nervios, en sus ojos.

—Te quería invitar a algo —dice—. Pero solo tengo agua en casa.

—No pasa nada —contesta Jacob.

De todos modos, no quiere tomar nada. Las imágenes de la revuelta que ha presenciado hace un rato persisten en su cabeza y Jacob nota que le tiemblan las piernas, de pronto el cansancio se apodera de él.

Se acerca a la ventana y pasea la mirada por los rascacielos recién levantados, los huecos que hay entre uno y otro, las grúas y el tráfico. Desde aquí arriba ni siquiera se pueden oír los coches y el silencio es tan desconcertante que Jacob se siente desorientado, como si ya no supiera dónde

está, en qué ciudad, ni siquiera en qué cuerpo.

Yassim va hasta una puerta en la pared de cristal y la abre.

—Hay una terraza —dice.

Cuando salen a la terraza, la noche cálida y húmeda se cuele en el piso seco y refrescado por el aire acondicionado. Al menos aquí fuera sigue siendo Beirut, con basuras y humos de escape y ruido de tráfico, aunque más suave. A Jacob le resulta confortable y se asoma por la barandilla y mira a las calles de abajo.

—¿Vives aquí? —pregunta—. Casi no tienes muebles.

Yassim está a su lado, lo bastante cerca como para que Jacob pueda percibir su olor y una cierta electricidad chispeante, inquieta. Pero no tan cerca como para tocarse.

—No necesito mucho —responde Yassim—. No paso demasiado tiempo aquí.

—¿Cómo...? —empieza Jacob, pero se queda callado, no tiene claro qué es esto, qué tiene derecho a preguntar.

—¿Qué? —dice Yassim.

—O sea —empieza Jacob de nuevo—. ¿Cómo puedes permitirte vivir aquí? He oído que solo hay hombres de negocios de Dubái viviendo en estos edificios nuevos.

Al principio Yassim no dice nada. Después se da la vuelta, lo coge de la mano y se lo lleva dentro otra vez.

—¿Cómo sabes que yo no soy de Dubái? —susurra.

Jacob se sienta en una de las sillas de la mesa en el gran salón, donde Yassim le ha pedido que espere mientras él prepara algo en el corazón del piso. Las luces de los edificios de alrededor resplandecen y Jacob piensa que aquí está él sentado, desprotegido, cualquiera podría ver dentro de este piso. Pasea la mirada y le cuesta creer que alguien pueda vivir de forma tan expuesta y limpia y totalmente transparente.

Se gira en la silla, toquetea distraído un tanto curioso el ordenador, que se despierta silencioso y enciende la pantalla. No sabe nada de Yassim. Solo que habla inglés con acento estadounidense y que lo poco que ha oído de su árabe no suena como si viniera del Golfo. Más bien como si fuera del Líbano o Siria. ¿Debería proponerle que hablen en árabe? Le gustaría tanto hablarlo mejor, pero también le parece un coñazo el esfuerzo que supone y se cansa solo de pensarlo.

El ordenador está protegido con contraseña, pero se puede intuir una imagen borrosa de fondo de pantalla detrás de la ventanita de diálogo. Jacob enfoca los ojos. Es una foto de una familia grande de diez, doce personas. Adultos y niños, bien vestidos. Trajes y camisas y corbatas de colores. Vestidos de seda brillantes y mucho maquillaje. Una de las mujeres lleva flores rojas en los brazos, una especie de velo, vestido blanco. Es una novia, y la foto es de una boda con toda su familia. ¿Es la familia de Yassim? ¿Es Yassim quien ha tomado la fotografía?

Jacob levanta la cabeza y descubre a Yassim al otro lado de la mesa con un cuadro grande y enmarcado en la mano. Lo deja en el suelo de cara a la pared.

—Ven —dice.

Acaban en la cama, por supuesto, y Jacob no sabe ni cómo ha pasado, cómo es que ya no lleva puesta la camisa, cómo las manos calientes y secas llegan a acariciarle el pecho desnudo. Nota una mano de Yassim en el pelo, la otra entre sus piernas, en los botones de los vaqueros, fervoroso y anhelante, indomable. Y Jacob también baja la mano, lo ayuda a desabrochar los botones, a bajarse los pantalones, y de pronto está desnudo.

Suelta un jadeo y se pega a la mano de Yassim, que lo envuelve con los dedos, aprieta, decidido, casi duele, y es tan placentero que Jacob cree que la cosa va a terminar, pero Yassim solo lo sujeta, no mueve la mano, por mucho que Jacob empuje con su cuerpo.

Yassim le hace bajar de espaldas en la cama y lo suelta, se incorpora de rodillas. Todavía lleva la ropa puesta y Jacob yace completamente desnudo, abandonado, y resulta tan excitante que apenas puede soportarlo. En este momento haría cualquier cosa con tal de sentir a Yassim encima, dentro.

Yassim sonrío y se quita la camiseta antes de soltarla en el suelo. Poco a poco se desabrocha el cinturón, pero de pronto se detiene.

—¿Quieres hacer esto? —pregunta.

—No hay nada que quiera más —dice Jacob.

Su voz es afónica, no parece suya. Esto no tiene nada que ver con ninguna de sus experiencias anteriores. No es como los encuentros tensos y rápidos de Grindr, ni como las noches descafeinadas y previsibles con Simon en Upsala después de una botella de vino. Y, desde luego, no es como aquello sucio y aterrador que pasó en los baños árabes. Esta habitación, la visión de Yassim,

el olor, la idea de su piel, sus manos, su boca, hacen que a Jacob se le erice el vello, hacen que apenas sea capaz de respirar.

Yassim se ha quitado los pantalones y está de pie en el suelo, delante de Jacob. Es más grande de lo que Jacob se había imaginado, y cuando Yassim se le tumba encima, cuando le sube los muslos a Jacob hacia el pecho y lo penetra sin previo aviso ni pedir permiso, es como si no hubiese nada real aparte de esto.

Le duele, pero es un dolor que no quiere dejar de sentir nunca, un dolor por el que pararía el tiempo, si pudiera. Yassim le tapa la boca cuando gimotea. Se la tapa con fuerza y se mueve con resolución, más hondo, dentro de su ser, mientras le sube la otra mano a Jacob por encima de la cabeza y se la aguanta contra el colchón. Jacob está atrapado, apenas puede moverse, aunque quiera, bajo el cuerpo de Yassim.

Nota que los ojos se le humedecen de dolor, pero se niega a cerrarlos. Tiene que ver a Yassim, tiene que mantenerle la mirada. Y cuando lo hace es como si pudiera ver el interior de Yassim, como si olvidara que no sabe nada de él, que acaba de conocerlo, que desapareció durante tres semanas y que de pronto ha vuelto. Nada de eso tiene ninguna importancia, porque él también ve algo en los ojos de Yassim, lo percibe en la desesperación con la que inmoviliza a Jacob en el colchón, sabe que no es solo sexo sino algo más fundamental, algo que no es mero deseo, sino más grande e infinitamente más arriesgado. Algo contra lo que no te puedes resistir, por mucho que quieras.

Después se quedan tumbados bocarriba en la cama en el cuarto vacío. Jacob tiene la mirada fija en el techo, ni siquiera se atreve a mirar a Yassim de reojo, teme que la burbuja de casi felicidad vaya a explotar. Al final es Yassim quien rompe el silencio.

—No tengo sitio para esto —dice.

Su voz es frágil, apenas más que un susurro.

—¿Sitio para qué? —pregunta Jacob lo más bajito que puede.

Yassim coge aire y pasea la mirada, antes de volver a fijarla en él.

—Para lo que acabamos de hacer —contesta—. Para ti. No tengo sitio para nosotros.

—Aun así has dejado que sucediera —replica Jacob—. Aun así has sido tú quien ha venido a buscarme. Podrías haber pasado.

Yassim asiente con la cabeza.

—Debería haberlo hecho —dice—. Pero no podía. Después de aquella noche en el jardín no podía dejar de pensar en ti.

Se incorpora un poco, apoyado en los codos.

—Pero mi vida —continúa—. Mi vida no es fácil. Viajo, me esfumo casi sin previo aviso. Y lo que hago...

Guarda unos segundos de silencio, como si estuviera pensando en cómo expresarse.

—Necesito no llamar la atención —prosigue—. Las cosas que fotografío y los contactos que tengo para poder hacerlo, si supieran esto de mí, se habría acabado. No estamos en Europa. Lo que hacemos es una carga, ¿sabes? Un riesgo que en realidad no puedo permitirme ni por asomo.

Jacob asiente en silencio. Sabe cómo son las cosas aquí en Beirut. Que aquí puedes ser abierto con tu sexualidad, que hay una ciudad en la ciudad, un mundo en el que puedes vivir de bares gays, algunos hamames, algunos cines, siempre y cuando seas privilegiado y tengas suficientes contactos y recursos. Pero también sabe que en cualquier momento todo puede retirarse, todo se te puede volver en contra, te puede ser arrebatado. Jacob ha oído las historias sobre las redadas repentinas contra las casas de baños en Burj Hammoud, sobre médicos que hacen exámenes rectales, sobre humillaciones y vejaciones. Y Beirut no deja de ser el lugar más abierto de todo Oriente Próximo para las personas como ellos. Solo puede imaginarse cómo debe de ser en Siria, en las zonas de guerra. De pronto se siente tan egoísta, por no haber pensado más allá, por haber pensado solo en sí mismo.

—Lo entiendo —contesta—. De verdad que lo entiendo.

Yassim asiente con la cabeza.

—Quiero que nos veamos otra vez —dice—. Pero mañana me voy a Alepo un par de días, volveré a media semana. Así es como va a ser. Solo para que lo comprendas. No puedes hablar de esto. No puedo ser tu novio, tengo que ser una especie de fantasma.

Sonríe un poco y Jacob se incorpora en la cama, le coge la cara con las manos, lo besa con cuidado.

—Sí —dice—. Lo comprendo, puedes ser mi fantasma.

Jacob se queda sentado en el borde de la cama hasta que oye que la respiración de Yassim se vuelve pesada y rítmica, hasta que Yassim rueda sobre un costado, se acurruca como un niño, con la mano de Jacob todavía en la suya.

Con cuidado, se desprende de la mano y se levanta. La habitación está silenciosa cuando cruza el suelo, solo se oye el leve zumbido del aire acondicionado.

El pasillo y el salón siguen igual de grises y desolados que hace un par de horas, y la luz de la ciudad entra por los grandes ventanales. Jacob busca la puerta en un momento de desorientación. Ahí está la mesa con el ordenador, la cocina abierta. Allí, la pared del cuarto de baño y el dormitorio. Su mirada cae sobre el cuadro que está apoyado en ella, aún con el dibujo oculto.

¿Por qué ha salido Yassim con un cuadro del dormitorio? ¿Por qué lo ha dejado aquí? ¿No quería que Jacob lo viera, o había pensado enseñárselo más tarde?

Se acerca al cuadro, titubea un instante y aguza el oído por si oye a Yassim, tras lo cual le da la vuelta.

El cuadro es una fotografía ampliada, de casi un metro de ancho y medio de alto. La luz en la sala es tan débil que Jacob apoya el cuadro en la pared y saca el móvil para encender la linterna. El cortante haz ilumina la foto y Jacob da un paso atrás para verla mejor. Aun así, tarda un momento en entender lo que está mirando.

La fotografía está sacada en plano picado, está borrosa y es poco nítida, desde luego no es lo que te esperas encontrarte enmarcado. El motivo tampoco, considera Jacob tras haber acostumbrado los ojos.

La foto muestra una especie de patio interior de una casa grande en el campo, una finca donde varias generaciones de una familia acaudalada viven juntas. Pero el patio y los edificios que se pueden ver están en ruinas, como si una bomba hubiese explotado en el centro de todo. Cuando Jacob se acerca y deja que el haz de luz caiga en distintos ángulos sobre la imagen, entiende que eso es justo lo que ha pasado. En la tierra y los hoyos del patio yacen lo que solo pueden ser cuerpos muertos, o partes de cuerpos muertos.

Jacob contiene el aliento. Puede ver a un niño de espaldas, aparentemente ileso, en ropa elegante sucia y zapatos brillantes, pero con ojos inertes que miran al cielo. Ve el torso de una mujer con un vestido lila tumbada bocabajo, pero no puede ver sus piernas. Ve algo que podría ser un brazo que

yace tirado y ensangrentado en un cráter en el centro de la imagen.

—A lo mejor puedes entender por qué no quería tenerlo en el dormitorio esta noche —dice Yassim a su espalda.

Jacob da un salto, asustado y sintiéndose pillado, no lo ha oído salir del cuarto.

Consigue poner bien el cuadro de cara a la pared, luego se levanta, la linterna del teléfono aún encendida.

—Perdón —balbucea—. Solo iba a irme a casa, no pretendía...

—No pasa nada —lo interrumpe Yassim con calma—. Es la primera foto que saqué de un ataque con dron. Una boda en los comienzos de la campaña aérea contra el ISIS.

Yassim está de pie en el centro de la sala, su rostro queda ligeramente iluminado por la luz que entra por los grandes ventanales.

—Lo tengo en la pared para no olvidar lo que estoy haciendo. Es difícil de explicar.

Se encoge de hombros y sonríe triste.

—Pero esta noche no quería que nos atosigara.

Jacob asiente con la cabeza y se le acerca.

—Entiendo —dice—. No pretendía husmear. Solo iba de camino a la puerta y lo he visto. Lo siento.

Ahora está delante de Yassim y le acaricia la mejilla. Yassim parece cansado, pero algo titila en sus ojos cuando con gesto decidido aparta la mano de Jacob de su pómulo.

—Mis secretos los oculto mejor que eso —responde tranquilo.

Hay algo duro e impasible en sus ojos, algo que Jacob casi siente como un azote. Se quedan allí de pie, uno delante del otro durante un segundo que no quiere terminar nunca.

—En caso de que tenga secretos, claro —añade al final Yassim.

Sonríe de nuevo y sus ojos vuelven a ser cálidos como antes, cambian tan de prisa que Jacob se siente desconcertado, no sabe qué decir.

—Pero ahora te tienes que ir, amigo mío —señala Yassim—. Mañana mi día empieza temprano.

Vuelve a coger la mano de Jacob, lo acompaña hasta la puerta que da al ascensor y la abre. Jacob se da la vuelta en el umbral.

—Perdón, otra vez —dice—. De verdad que no pretendía curiosear, no sé qué me ha ocurrido.

—No pasa nada —contesta Yassim y le acaricia con cuidado la mejilla—. Solo es una foto.

Jacob asiente.

—¿Me llamarás cuando hayas vuelto? —pregunta—. ¿O me puedes dar tu número?

Yassim lo empuja delicadamente hasta el otro lado del umbral, sonríe y niega con la cabeza.

—Jacob, de verdad que te tienes que ir —insiste—. No te preocupes, te llamaré esta semana, cuando haya vuelto. A lo mejor te cuesta entenderlo, pero yo también quiero verte.

Cuando lo dice es como si algo se aferrara al pecho de Jacob, una pequeña esperanza, un resquicio de reciprocidad.

—Sí, me cuesta —susurra.

Yassim se inclina y le da un beso en los labios, lo termina de sacar al pasillo.

—Pero es lo que hay —dice—. Desgraciadamente, a lo mejor. Pero es lo que hay.

22 de noviembre – Estocolmo

Poco antes de las once Klara y Gabriella cruzan los puentes para entrar en Estocolmo. A sus pies, la ciudad centellea con el sol de otoño.

Klara va de copiloto y acaba de escuchar a Gabriella terminar la llamada con su jefe, Göran Wiman, quien le ha pedido que se pase por las oficinas en la calle Skeppsbron.

Gabriella ha puesto buena cara durante toda la conversación y, diciendo cosas como «por supuesto» y «claro, ningún problema», ha mantenido esa actitud que Klara reconoce tan bien, tanto en Gabriella como en sí misma, de su antigua vida de politóloga ambiciosa en el Parlamento Europeo. No es algo que eche de menos.

—¿De vuelta al tajo? —dice, y mira a Gabriella, quien sonríe sin apartar la vista de la carretera, una sombra cansada asomando en sus ojos.

—¿Qué alternativa hay? —murmura.

—Pensaba que vivirías más tranquila, ahora que eres socia —continúa Klara.

Gabriella suspira.

—Soy la socia más joven —responde—. Por lo visto, entre nosotros también hay una jodida jerarquía. En este juego no se puede ganar.

—¿No te ayuda el hecho de ser famosa? Después de lo del verano.

—Más bien me crea problemas —murmura Gabriella enfurruñada.

—¿Por qué?

Pero en vez de responder, su amiga se limita a seguir conduciendo en silencio.

—¿Te cuento una cosa un poco rara? —dice Klara al final, cuando se ha cansado de estar callada.

—Sí, ¿qué?

—Pero prométeme que no me vas a tocar las narices —empieza Klara—. Y recuerda que ayer enterré a mi abuelo, así que estoy algo inestable.

—Ahora sí que tengo curiosidad —dice Gabriella, y la mira de reajo—. Va, cuéntamelo.

—¿Te acuerdas de George Lööw? —pregunta, y nota que se ruboriza.

—¿George el burguesito de Bruselas? —responde Gabriella—. ¿Conocido por haber conseguido la proeza de representar primero a un cliente que resultó ser un enviado de la CIA y luego a uno que era un enviado del Kremlin?

—Olvídalo —dice Klara—. No es nada.

Se reclina en el asiento.

—¡Ni de coña! —exclama Gabriella, y la mira de reajo otra vez—. ¿Qué pasa con George?

—Sé que es un auténtico tarado, no hace falta que me lo digas, ¿vale? —Klara coge aire—. Pero...

—¡Venga ya! —Gabriella aparta la vista de la carretera y se vuelve para mirarla con ojos como platos—. ¡Lo sabía! ¡Joder, ya lo sabía incluso en verano! ¿Habéis hablado? ¿Habéis quedado? ¡Cuéntamelo!

Klara nota que se le calientan las mejillas y se le seca la boca.

—¿Qué dices! —contesta—. No, ni nos hemos visto ni hemos hablado. Somos amigos en Facebook, eso es todo. Y es una locura, él es... Bueno, ya sabes cómo es. Pero igualmente. Pienso en él bastante a menudo. Demasiado a menudo.

Gabriella golpea el volante con los puños.

—¡Sí! —exclama—. Por fin has vuelto al partido.

Se queda callada y pone una mano en el muslo de Klara.

—Perdón —dice—. No es el día apropiado para chincharte con esto. Y si te soy sincera...

Se vuelve hacia Klara, la mira a los ojos.

—Está bien. Es guapo y madurará. Os van a salir unos niños muy bonitos, de primera categoría.

—Apenas lo conozco, Gabi. Y no tengo ni idea de dónde sale esto. Se me pasará. Espero.

Gabriella vuelve a mirarla de soslayo.

—Ya se verá —dice—. Ya se verá.

—Ja, ja —ríe Klara—. No creo que vayamos a ver nada de nada.

Gira la cabeza y contempla la capital. Le ha pedido a Gabriella que coja este camino, por la avenida Essingeleden, aunque sea un poco más largo y tortuoso, para no perderse estas vistas. Desde aquí la ciudad se ve tan grande, tan prometedora y llena de belleza natural. Las aguas plateadas y titilantes de la ensenada de Riddarfjärden contrastan con las fachadas rosas y amarillas de Kungsholmen.

Klara deja que su mirada se deslice por la avenida de la playa de Söder Mälarstrand, por la Destilería Münchenbryggeriet de obra vista y el barrio de Mariaberget, donde vive Gabriella. Los árboles pelados se ven solitarios en la intensa luz.

Se reclina en el asiento y deja que esa sensación, la mezcla de calma y expectación que Estocolmo siempre le inspira, aparte la pena y el vacío de los últimos meses. Aunque no haya vivido nunca en la capital, aquí se siente en casa. En Estocolmo como en Aspöja. En el este de Londres, a veces. Igual que en Ixelles y Saint-Gilles en Bruselas. «El hogar pueden ser muchos lugares», piensa, y gira hacia atrás la cabeza, mira por encima del hombro.

Esa es la segunda razón por la que le ha pedido a Gabriella que coja este camino. Los domingos por la mañana el tráfico es más escaso y el puente parece hacerse más largo y recto. Un buen sitio para controlar si alguien las está siguiendo. Le ha parecido ver un Volvo saliendo del área de descanso en Sillekrog justo después de ellas. Y le había parecido ver a un hombre fumando un cigarrillo delante de la tienda.

Ahora tienen un camión justo detrás bloqueando la vista. Antes de que Klara pueda ver nada llegan a Kungsholmen y enseguida se meten por el centro de la ciudad en dirección a Gamla Stan. En las calles de la capital es imposible ver si alguien las está siguiendo.

Klara nota la mirada furtiva de Gabriella.

—Klara —comienza a decir su amiga en tono cansado—. ¿Estás buscando el coche ese otra vez?

Klara se gira para mirar al frente, a las fachadas de color blanco roto. Se encoge de hombros.

—Solo quería echar un vistazo —dice entre dientes.

—Paranoia —contesta Gabriella, y le echa una ojeada rápida de lado.

Pero su sonrisa no es convincente y enseguida se borra de sus labios.

Gabriella frena con cuidado delante del bufete de abogados Lindblad y Wiman en el número 28 de la calle Skeppsbron. Klara levanta la cabeza para

contemplar la fachada modernista. Encima del portal hay una bandera con el logo de la empresa azotada por el viento.

—¿Cuándo van a añadir Seichelmann al nombre de la empresa? — pregunta.

—Cada cosa a su debido tiempo, Klara —dice Gabriella vigilante—. El primer paso es ser socia.

—En serio —insiste Klara—. Tienes que presionarlos un poco. Por cierto, aquí está prohibido aparcar; lo sabes, ¿no?

Gabriella la mira cansada.

—¿Domingo por la mañana y yo trabajando? Esa multa que la pague la empresa. Es lo mínimo que pueden hacer, ya que no me ponen el apellido en la bandera.

—Así se habla, hermana —contesta Klara.

Sonríe y mira la calle en busca de vehículos sospechosos, pero sin obtener resultados. El Volvo parece haber desaparecido. Lo único que ve es un coche patrulla y una furgoneta Volkswagen negra que pasa lentamente por su lado y se mete por uno de los callejones del casco antiguo. Klara señala hacia allí por la ventanilla.

—Oye —dice—. ¿Quieres que me dé una vuelta? Es un poco descarado aparcar justo delante con la policía pasando por aquí, ¿no crees? Puedo dar un par de vueltas y te espero.

Gabriella levanta la cabeza, sigue con los ojos al pequeño cortejo, y de pronto una expresión preocupada asoma en su mirada, una arruga en la frente.

—¿Qué coño...? —murmura—. ¿Las fuerzas especiales? ¿En Skeppsbron un domingo?

Deja las llaves en el regazo de Klara.

—Vale, pues te llamo. Supongo que solo quiere darme algunos papeles. No debería tardar demasiado.

Se baja del coche y mira de reojo a los coches de policía. Klara sigue su ejemplo y rodea el vehículo para sentarse al volante. Gira la llave y se incorpora sin prisa a la calle desierta.

«Fuerzas especiales», piensa con una sonrisita. Bastaba con un vistazo rápido para que Gabriella supiera de qué iba la cosa. Sus años de abogada defensora le habían dado un conocimiento que Klara a menudo olvidaba que tenía.

No le es del todo fácil darse una vuelta por el barrio. Klara no recuerda haber conducido nunca por los estrechos callejones de adoquines aquí en Gamla Stan, y seguro que han pasado por lo menos diez minutos cuando logra dar toda la vuelta y volver a la calle Skeppsbron, aunque mucho más cerca del centro, delante del castillo.

Pero el tráfico sigue siendo escaso, por lo que se queda perpleja al ver que a los cien metros los coches que tiene delante comienzan a frenar hasta detenerse. Klara se estira en el asiento para intentar ver qué está pasando. Solo tiene dos coches delante, y delante de estos hay un policía con casco negro y un arma automática en el pecho.

Nota que se le acelera el pulso. La furgoneta de las fuerzas especiales que ha visto antes. Alguna redada. Los otros dos conductores abren las puertas y se ponen de pie para ver mejor, Klara hace lo mismo.

Calle abajo ve dos furgonetas Volkswagen negras y como mínimo dos coches patrulla normales y corrientes. Alrededor, una decena de agentes, todos fuertemente armados. No es que tengan las armas en ristre, pero van de negro, con casco y chalecos, y parecen estar preparados, ahí frente a uno de los edificios. ¿De dónde han salido tan de repente? Klara alza un poco la mirada y ve la bandera sobre la que acaban de bromear ondeando en el exterior del despacho de Gabriella.

Tarda un momento en caer en la cuenta, pero finalmente lo ve claro y se queda de piedra. Es demasiado irreal, demasiado surrealista. Los policías están vigilando el portal de la oficina de Lindblad y Wiman.

24 de agosto – Beirut

El domingo ha sido vacío y eterno y es un alivio que la semana vuelva a empezar. Una liberación meterse en el leve zumbido del aire acondicionado y servirse un café en el *office* sin ventanas.

—Has seguido las noticias, ¿verdad? —le pregunta Agneta.

Está untando queso crema en una rebanada de pan crujiente de centeno y lo mira con sus ojos afables y francos. Jacob había pensado que los diplomáticos serían diferentes, más exóticos, cosmopolitas. O al menos que comerían snacks libaneses. Oculta lo mejor que puede su decepción ante el hecho de que a menudo son igual de aburridos que un funcionario cualquiera, y que muchos de ellos hacen todo lo posible para reconstruir un día a día de lo más sueco incluso aquí, sin que falte el sucedáneo de caviar en tubo, el queso crema de sabores y el pan de centeno. Asiente con la cabeza y está a punto de contar que estuvo allí, en la revuelta del sábado, y lo de Yassim y todo. Pero se frena. Le habían dicho que no se acercara al barrio del gobierno y Yassim ni siquiera es su novio, sino un fantasma. ¿Y si realmente lo es? ¿Y si Jacob solo se lo ha imaginado?

—Sí —dice—. Es una locura. ¿Qué dicen los demás? Y, por cierto, ¿dónde están?

Por las mañanas, Agneta suele ser la única que llega a la oficina antes que él, pero ahora son casi las nueve y media y Jacob se percata de que no ha visto ni a Frida ni a Vargander.

—De reuniones todo el día con otros embajadores de la UE —suspira Agneta—. Después de los disturbios del fin de semana están que no paran. Se habla de una primavera árabe aquí también, ya sabes. Qué mala pata que llegues en mitad de todo este embrollo, Johan. Como si no tuviéramos ya bastante lío, después del traslado de Damasco y eso.

Jacob nota que el corazón se le hunde otra vez en el pecho.

—Jacob —dice en voz baja.

—¿Perdón?

—No me llamo Johan. Me llamo Jacob.

Agneta lo mira ruborizada y le pone una mano en el brazo.

—Dios mío —exclama—. ¿He dicho Johan? Discúlpame, ha sido sin querer. Sé cómo te llamas. Solo estoy un poco estresada, ¿sabes?

—No pasa nada —contesta Jacob con una leve sonrisa—. Y me parece emocionante que estén pasando tantas cosas. Dime si alguien necesita ayuda para redactar un informe documental o algo.

No tiene muy claro qué es exactamente eso de «informe documental» ni lo que debería contener, pero el otro día oyó a Frida emplear el término y le parece que podría ser una buena tarea para alguien de prácticas. Algo tiene que hacer, para que al menos se aprendan que se llama Jacob.

—Por supuesto —asiente Agneta—. ¿Has terminado con los recibos que te pasó Frida?

—Casi —responde—. Esta tarde lo tengo. Será mejor que me ponga con ello.

Levanta su taza de café a modo de saludo y da media vuelta para cruzar el pasillo hasta su pequeño despacho.

—Disculpa lo del nombre —oye decir a Agneta a su espalda cuando dobla la esquina.

Con un suspiro coge la caja con los recibos de la estantería y se pone a ello otra vez. Ha exagerado al decir que «casi» ha terminado. Puede que haya hecho una tercera parte. Pero hoy, en su estado actual, exaltado como está, siente una especie de satisfacción contenida ante la idea de clasificar y grapar los papelitos en orden. Es un trabajo monótono y se puede hacer de forma casi automática, puede llevarlo a cabo mientras su cabeza y su cuerpo siguen en el piso de Yassim. Siente que se le acelera el pulso en cuanto su mente roza lo que pasó entre aquellas paredes. La boca y las manos de Yassim. Lo expuesto que estaba Jacob, lo dispuesto que estaba de pronto a hacer cualquier cosa que él le pidiera. El recuerdo es tan físico que Jacob tiene que ahogar un jadeo. Nunca ha experimentado nada similar.

Sobre las cinco de la tarde grapa el último recibo a una hoja DIN-A4 reluciente y se siente casi orgulloso cuando mira los tres fajos gruesos de recibos ordenados cronológicamente.

Luego se pone sumamente inquieto. No puede soportar la idea de quedarse en la embajada sin hacer nada. «No es que alguien vaya a echarme de menos, precisamente», piensa mientras se pone en pie y se dirige al despacho de Agneta. Llama a la puerta con cuidado y Agneta se vuelve para mirarlo desde detrás de la pantalla de su ordenador.

—He terminado con los recibos —dice—. Había pensado en escaparme ahora, si te parece bien.

Agneta le sonrío, casi se la ve aliviada, probablemente porque no tendrá que inventarse otra tarea irrelevante con que entretenerlo.

—Bien, Jacob —responde—. ¿Ves? Ahora sí lo he dicho bien.

Jacob le devuelve la sonrisa.

—¡Bravo!

—Vete a casa —añade Agneta—. Te lo has ganado.

Ya ha oscurecido antes de que Jacob llegue a Mar Mikhael y las luces del tráfico y los restaurantes bailan a su alrededor. Se detiene delante de su portal y otea la calle, las aceras delante de los bares, donde la gente se ha reunido para tomar copas y charlar y reír. Viernes o lunes, parece dar lo mismo, y por un breve instante Jacob sopesa la posibilidad de cruzar la calle para tomarse un cóctel en el Internazionale. Pero tiene hambre y está cansado. Con un suspiro, se da la vuelta y sube las escaleras hasta su piso.

Tarda unos segundos en encontrar la llave y otros tantos en darse cuenta de que no puede girarla en la cerradura porque la puerta no está cerrada con llave.

Se queda parado. ¿De verdad ha olvidado cerrarla esta mañana? No es propio de él.

Con cuidado, abre la puerta del piso oscuro. Las cortinas están descorridas en las ventanas y el balcón que da a la calle, por lo que el resplandor de neón y una luna singularmente intensa se reflejan en el suelo de mosaico. Todo sigue como lo había dejado y Jacob suelta un pequeño suspiro de alivio. Al parecer, solo se ha olvidado de cerrar con llave.

Se mete en la cocina, abre el grifo y justo acaba de coger un vaso del escurridor cuando oye una voz de mujer a sus espaldas.

—Llegas tarde, Matti —dice—. Casi empezaba a perder la esperanza.

A Jacob se le cae el vaso y le da la sensación de que pasan diez segundos antes de que llegue al suelo y estalle en mil pedazos, antes de que su vida

estalle en el mismo número de trozos que nunca jamás podrá volver a ensamblar.

La mujer está de pie en la penumbra junto a la puerta del salón, apenas a unos metros de distancia. Un fino haz de luz de la calle le ilumina la mitad izquierda de la cara, otorgándole un semblante espectral, casi fluorescente. Ronda los treinta y cinco años de edad y tiene aspecto de árabe. Delgada, pelo oscuro y corto. Despacio, da un paso hacia Jacob y él puede ver que lleva tejanos ceñidos, camiseta interior y una camisa roja a cuadros desabrochada.

—¿Quién eres? —susurra—. ¿Cómo has entrado?

—Ven, Matti —dice ella y ladea la cabeza—. Tenemos mucho de qué hablar.

Le tiende una mano y le hace un gesto en dirección al salón. Jacob permanece como petrificado y se limita a negar con la cabeza.

—Quiero que te vayas de aquí —dice con torpeza.

Ella le vuelve a sonreír como quien sonríe ante la voluntad de un crío que no tienes ninguna intención de cumplir.

—Eso no va a pasar, Matti. Como te acabo de decir, tenemos mucho de qué hablar, tú y yo.

Jacob traga saliva.

—No me llames por ese nombre —dice—. Yo ya no me llamo así.

—Ya no te llamas Matti Johansson —dice ella—. Ay, es verdad. Ahora te llamas Jacob Seger. Suena más imponente, hay que reconocerlo. Encaja más con aquello en lo que te quieres convertir.

—Por favor —dice él—. Déjame en paz. No he hecho nada malo.

Pero la mujer no atiende, no le presta ninguna atención.

—Criarte solo con una madre alcohólica en Eskilstuna no era suficiente —empieza—. Lo puedo entender. Ayudas sociales y desahucios. Tú tenías grandes sueños, Matti. Imagino que a veces sentirás como si tu pasado fuera una carga. Tú estás hecho para pasearte por embajadas y convites elegantes. ¿Palacios incluso? Tú no puedes haberte criado en una miseria como aquella.

Jacob niega con la cabeza. No puede ser verdad. Todo cuanto ha dejado atrás, todo el empeño que ha puesto en huir de aquello. ¿Por qué ahora? Ahora que está tan cerca.

Tiene la boca seca, la cabeza le da vueltas.

—Necesito agua —susurra.

Pero de alguna forma la mujer se ha adelantado: ha pasado por su lado, ha encontrado un vaso y lo llena con agua del grifo, que sigue abierto. Se lo ofrece.

—Toma —dice—. Y ahora vamos a sentarnos en el salón.

—No sé quién eres —dice Jacob al final cuando ya se han sentado a la mesa delante del balcón—. Pero no es ni ilegal ni raro cambiarse de nombre.

Aunque los lunes suelen ser más tranquilos, Jacob tiene que alzar la voz para hacerse oír por encima del tráfico y los graves de la música de los bares.

—¿Ilegal? —contesta la mujer—. No, desde luego que no. ¿Raro, no obstante? Bueno...

Levanta las manos como si fueran los dos cuencos de la balanza en la que sopesa lo extraño que le parece ese comportamiento.

—¿Cómo sabes esto? —pregunta él—. ¿Por qué me has investigado? ¿Qué haces aquí?

La mujer se reclina en la silla y lo mira impassible.

—¿Cuándo vas a volver a ver a Yassim Al-Abbas? —dice.

—Yo... —responde él—. No sé de quién hablas.

Toma un trago de agua. La cabeza le sigue dando vueltas por el shock, pero ahora la nota un tanto más tranquila. Al-Abbas. ¿Es así como se apellida Yassim?

La mujer se inclina lentamente sobre la mesa, sus ojos oscuros, inexpresivos, buscan los de Jacob.

—Me llamo Myriam Awad —explica—. Oficialmente, trabajo en promoción cultural en el Instituto Sueco de Alejandría.

—¿Y extraoficialmente? —susurra Jacob y siente que se le encogen los pulmones, que toda la sala se encoge a su alrededor.

—Extraoficialmente trabajo para algo que se llama la Oficina para Adquisiciones Especiales —contesta con calma—. Es una parte del Must, el servicio de inteligencia militar sueco.

Ahora es como si toda la sala empezara a dar vueltas. ¿Es la mujer que tiene en su piso una especie de espía?

—Estás nadando en aguas jodidamente profundas, Matti —continúa—.

¿En qué te ha dicho tu nuevo novio que trabaja?

—No me llames Matti —recalca Jacob—. Ya no me llamo así.

Myriam sonrío un poco y por un instante Jacob puede ver quién es, más allá de esta situación tan enfermiza y aterradora. Es casi hermosa, con sus rasgos suaves y definidos y su piel tersa de color nuez. Su boca simétrica y su nariz firme. No encajan con su falta de escrúpulos. Después, la sonrisa se borra y la mujer vuelve a convertirse en una fría amenaza.

—Vale, Jacob —dice, y hace comillas en el aire con los dedos—. Déjame adivinar. Te ha dicho que es fotógrafo.

Jacob la mira un segundo antes de asentir reacio. Se la ve contenta consigo misma.

—Pídele que te enseñe alguna de sus fotos —prosigue—. Pregúntale dónde las publica. En caso de que dudes de la veracidad de lo que te voy a contar esta noche, quiero decir.

—¿Y qué se supone que ha hecho, entonces? —quiere saber él.

—Tu chico es terrorista —responde ella—. O peor que eso. No lleva a cabo los atentados él mismo. Él es lo que solemos llamar un «detonante». No significa que lleve a cabo o forzosamente planee actos terroristas en persona. Pero él es quien aparece con el plan. ¿Me sigues?

Jacob niega con la cabeza. No entiende nada, es como si lo hubieran transportado a un universo paralelo. ¿Es esto una pesadilla?

—¿Disculpa? —dice, convencido de que ha oído mal y que le está tomando el pelo.

Ella se queda mirándolo con una mezcla de impaciencia y desprecio.

—Tu chico es terrorista —repite—. ¿Te cuesta asimilarlo, Matti? ¿No teníais de eso en el piso de Eskilstuna que os cedieron los servicios sociales?

—Es imposible —susurra Jacob.

Nota que su cabeza se desploma hacia delante, que apenas puede mantenerse erguido. Terrorista. La palabra resuena en su cerebro.

—¿Cómo lo sabéis?

—Lo sabemos porque estamos al tanto, Matti. Montamos rompecabezas con nuestros compañeros de los servicios secretos de los demás países occidentales. Intercambiamos información. Estoy segura de que esto es un shock para ti, pero te has metido en algo que es mucho más grande de lo que te puedes imaginar.

Él levanta la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —murmura.

En lugar de responder, ella se pone de pie y se acerca a las puertas del balcón y mira fuera con las manos en la espalda.

—A menudo los atentados terroristas se planean en Oriente Próximo. Antes, Al Qaeda. Ahora, el Estado Islámico. Pero los que van a perpetrar el atentado en sí ya están en el sitio, en Europa, es demasiado arriesgado mandar a la gente en avión. Y precisamente no faltan hermanos que quieran matar a infieles *in situ*, por así decirlo. Pero alguien tiene que llevarles el plan, porque a menudo hay varias células implicadas y en general ni siquiera se conocen entre ellas. Hoy en día los terroristas no usan el e-mail para las cosas más delicadas, solo les sirven los mensajeros de carne y hueso. Nos hemos vuelto demasiado buenos en interceptar la cháchara en internet, y ellos lo saben.

Jacob se frota la cara con las manos. «Detonante. Cháchara en internet».

—En este momento hay algo en marcha —continúa ella—. Están planeando algo grande en Europa, no puedo decir más. Y tu nuevo novio está metido en el asunto.

Jacob piensa en los ojos de Yassim, su voz y sus manos, sus muñecas.

—Te equivocas —replica—. Yassim es marica. El Estado Islámico odia a los maricas.

Myriam se encoge de hombros y se vuelve hacia él.

—Supongo que son igual de pragmáticos que todos los demás —dice—. También es de lo más occidental y puede cruzar las fronteras con facilidad. Que sea marica incluso puede ser una buena tapadera. Al menos lo ha sido hasta ahora, que le hemos puesto el ojo encima.

«No puede estar pasando», piensa Jacob. Es imposible. ¿Cómo se ha metido en esto?

—¿Y por qué, simplemente, no lo detenéis, si estáis tan seguros?

Jacob nota que su estado de shock empieza a ceder y que casi se está cabreando. ¿Por qué cojones tiene que verse metido en esto?

—Porque él no es más que un pequeño engranaje en el mecanismo —contesta Myriam—. Porque queremos llegar a tener controlada toda su organización. De dónde vienen sus órdenes y adónde van a parar. Queremos saber cuál es el plan y cómo se lleva a cabo. Porque una persona solo es una persona, y nosotros queremos saberlo todo.

Guarda silencio y luego dice lentamente:

—Y tú vas a ayudarnos con esto.

Se da la vuelta y mira a Jacob.

—Esta información sobre Al-Abbas nos la ha dado otro país. Lo tienen fichado desde hace tiempo y están esperando el momento adecuado. Cuando apareciste tú unas semanas atrás buscaron información sobre quién eras y se pusieron en contacto con nosotros.

Sonríe y se abre de brazos como si acabase de realizar un truco de magia.

—Y *voilà*, aquí estamos.

Jacob la mira a los ojos, la sorpresa ha pasado a ser un dolor de cabeza penetrante y se siente tremendamente cansado.

—No me interesa —contesta.

Myriam asiente en silencio y se vuelve a sentar a la mesa.

—Lo sé todo de ti —dice—. Sé exactamente lo difícil que tiene que haber sido para ti salir del ambiente en el que te criaste con el objetivo de entrar en este nuevo que tienes en el punto de mira. Una carrera. Un puesto en el extranjero. Cuando se te estudia, enseguida se ve que no te fue fácil pasar de Matti Johansson a Jacob Seger. Pero aquí estamos. Y lo cierto es que tienes una oportunidad única de hacer una aportación al mundo.

Jacob se masajea las sienes con las yemas de los dedos. No quiere hacer ninguna aportación al mundo. Él solo quiere vivir su vida, solo quiere poder ser quien él quiera. Que lo dejen en paz.

Myriam saca un portátil de una bolsa que trae consigo y lo pone en la mesa delante de Jacob. Saca un *pendrive* y lo deja junto al ordenador.

—La próxima vez que veas a Yassim conecta esto a una entrada USB de su ordenador. Es una banda ancha móvil preprogramada. Hace la instalación por sí sola, es instantáneo. A través del programa tendremos acceso a lo que tiene en su ordenador. Pan comido.

Jacob no se mueve, tiene la mirada fija en el vacío.

—No —dice—. No me interesa.

Poco a poco levanta la cabeza y mira a Myriam.

—Adelante, ya puedes filtrar que vengo de una familia desestructurada si quieres. Será embarazoso. Un coñazo. Pero me he visto en peores apuros.

Una avalancha de cólera se desprende en su interior. ¿Por qué diantre decidió cambiarse de nombre? Porque durante toda su infancia había querido deshacerse del estigma, de su condición de clase baja. Deshacerse de su madre. De sus orígenes.

Convertirse en Jacob Seger había sido una parte tan importante de su metamorfosis y había vivido tanto tiempo muerto de miedo de que alguien fuera a descubrir quién había sido. Pero ahora, en este piso en Beirut, siente que ya no tiene ninguna relevancia. Ya ha llegado. Y no piensa dejarse obligar a nada nunca más.

Myriam permanece callada, solo abre el ordenador y desliza la mano por el ratón táctil hasta que se abre una ventana de vídeo. Cuando pulsa «Play» Jacob entiende que no hay nada que él pueda hacer. Que nada importa. Que no puede escapar.

Jacob solo tiene estómago para ver unos segundos del vídeo, es demasiado desnudo y crudo y repugnante. Le tiemblan las manos cuando cierra la pantalla con un golpetazo para no tener que ver más. Se deja caer hacia delante y entierra la cabeza entre las manos.

—¿Qué habéis hecho? —solloza—. ¿Por qué?

—¿Que qué *hemos* hecho? —dice Myriam en un tono gélido desde el otro lado de la mesa—. Si el del vídeo eres tú, ¿no? Eres tú el que viola a ese chico, ¿no es así? Se llama Hassan, por cierto. Y tiene un carné de identidad en el que pone que tiene quince años.

El mundo se desploma. El del vídeo es él. Él y el chico de los baños árabes. Antes de cerrar la pantalla se ha visto a sí mismo dándole una bofetada en la mejilla y tirándole del pelo. Llamándolo puta.

—No es lo que parece —susurra—. Él me lo pidió. Quería que le hiciera eso.

—¿En serio? —dice Myriam—. ¿Esa es tu defensa? ¿Que quería que lo violaran?

—Si lo vuelves a reproducir oirás que dice que quiere hacerlo —exclama Jacob casi gritando.

El pánico ha vuelto a surgir con una especie de efecto retardado y se extiende por su cuerpo como una fiebre cuando se da cuenta de las consecuencias que podría tener el vídeo. ¿Violación homosexual en el Líbano, donde la homosexualidad en sí es ilegal? Y aunque pudiera conseguir explicarlo de alguna manera comprensible... Su carrera se ha terminado. Mucho antes de haber siquiera empezado. Todo por cuanto ha luchado. Todo cuanto ha soñado. Se acabó.

—Lo he visto más veces de las que ninguna persona debería tener que ver algo así —dice Myriam—. Y lo único que veo es un canalla sueco que viola

brutalmente a un chico pobre y menor de edad.

—¡No fue así! —grita él—. Vino a buscarme y yo ni siquiera quería ir al hamam, fue Vargander quien me puso un coche y...

Se queda callado mientras las piezas poco a poco van encajando. Myriam no dice nada. Sigue sentada al otro lado de la mesa, mirándolo con sus ojos oscuros y fríos.

—Era una trampa —susurra—. El coche, los baños árabes, el chico que vino a por mí. Vargander lo había organizado todo.

Myriam menea frustrada la cabeza.

—Vargander solo es un imbécil necesario —aclara—. Te prestó un coche porque nosotros se lo pedimos. Él no sabe nada de esto y tú tampoco vas a decirle nada.

—Esto no está pasando —murmura Jacob—. No está pasando, no está pasando, no está pasando...

No interrumpe su mantra hasta que Myriam lo coge de la barbilla y lo fuerza a mirarla al fondo de los ojos; su cara no está más que a unos centímetros de la de él.

—Está pasando, Jacob —asegura—. Cuanto antes lo aceptes, mejor para ti. Pero nada de esto tendrá ninguna relevancia si tan solo haces lo que te digo. Es de locos tener que recurrir a estos medios para conseguir que alguien haga lo que no deja de ser lo correcto. Estás saliendo con un terrorista, cojones. ¡Despierta!

Su mirada es tan intensa que Jacob tiene que mirar para otro lado.

Myriam se pone de pie y golpea la mesa con la palma de la mano, bajo la cual tiene una nota de papel.

—Mi número —añade—. Me llamas en cuanto tu noviete vuelva a estar en la ciudad. Si no, tendremos que dejar que la justicia decida por sí sola.

Cuando por fin Jacob levanta la cabeza Myriam ya ha desaparecido. Todo podría haber sido un mero sueño. Si no fuera por el *pendrive* y el papelito con un número de teléfono escrito a mano que tiene delante.

22 de noviembre – Estocolmo

Klara da un paso para alejarse de la puerta del coche, en dirección a uno de los policías fuertemente armados que están cortando el tráfico. Algo está pasando más adelante, calle abajo, y el hombre acaba de darse la vuelta. Los agentes de operaciones especiales están avanzando y dos de ellos se acercan despacio al portal de Lindblad y Wiman, uno con la mano puesta en su fusil de asalto, el otro con lo que parecen unas esposas preparadas.

Abren el portal con cuidado. Klara tiene tiempo de ver el pelo rojo de Gabriella y su abrigo por un instante. Luego los policías gritan algo, pero no puede distinguir las palabras. Klara casi ha llegado al cordón policial y mira por encima con los ojos abiertos de par en par, el pulso latiendo en las sienes.

—¡He dicho que vuelva al coche!

De pronto tiene delante a un policía con casco, sus ojos están negros de adrenalina y autoridad. Klara no lo había oído, apenas lo había visto, y ahora detiene el paso.

Gabriella está en la escalinata del portal y los policías se le están acercando. Klara puede oír su voz desconcertada y recelosa, a pesar de la distancia.

—¿Qué coño es esto? —grita.

Ya han llegado hasta ella, el policía de las esposas y otros dos compañeros. Por lo menos. Es todo demasiado rápido, es demasiado irreal, Klara no puede retener los detalles, apenas es capaz de distinguirlos. Oye a Gabriella gritar una vez más y ve que los policías cambian de táctica, dejan de ser personas para convertirse en movimientos veloces y violencia. Gritan:

—¡Al suelo! ¡No te muevas!

Agarran a Gabriella, como mínimo dos de ellos, y la obligan a ponerse primero de rodillas y luego le empujan todo el cuerpo contra la acera. Bocabajo, con la cara pegada al cemento, se le sientan encima y la mantienen

presionada contra el suelo.

Klara abre la boca, da un paso hacia el cordón policial, nota que todo su cuerpo bombea angustia y adrenalina.

—No lo volveré a decir: ¡vuelva al coche!

Ahora el policía que tenía delante le está gritando. Se encuentra a escasa distancia de su cara, Klara se detiene. Lo mira desconcertada con los ojos como platos antes de dar un paso atrás, luego otro, y alzar las manos en gesto de sumisión. No consigue asimilar lo que está presenciando.

—¿Qué...? —empieza—. ¿Qué está pasando?

—¡La voy a detener si no se mete en el coche ahora mismo! —grita el policía.

«Es joven», piensa Klara mientras retrocede tambaleándose. Probablemente no pasa de los veinticinco. ¿Qué más da? A Klara le tiemblan las manos. Nota la puerta del coche a su espalda, ve a los policías sentados encima de Gabriella, obligándola a poner los brazos atrás para poderle colocar las esposas. Klara oye a Gabriella gritar y quejarse a voces, oye su tono nervioso, confuso.

—Es mi amiga —le grita Klara al policía que la había echado—. ¿Qué le están haciendo?

El policía no dice nada, solo la mira con esos ojos oscuros, nerviosos.

—¡Es abogada, joder! —continúa Klara—. No pueden ir por ahí haciendo lo que les dé la gana, ¿se enteran? Hay reglas y leyes y...

Ve que el policía tiembla de irritación, está sintiendo desafiada su autoridad. Ve que el estrés amenaza con hacerlo saltar, que el chico ya tiene una mano puesta en las esposas de su cinturón.

Es obvio que no piensa tolerar más su actitud y Klara valora la situación, vuelve a levantar las manos y rodea la puerta del coche.

Detrás del cordón policial, los policías levantan a Gabriella hasta ponerla de pie y la meten en la furgoneta negra que está esperando, tras lo cual se alejan lentamente por Skeppsbron.

Klara se sube al coche y nota que la cabeza está a punto de estallarle y que todo el mundo vibra a su alrededor.

¿Qué coño está pasando? ¿Hace diez minutos ha dejado a Gabriella en su despacho y ahora la están deteniendo allí mismo?

Detrás del cordón, los agentes comienzan a relajarse y a quitarse los cascos, un coche patrulla se aleja despacio en la misma dirección que la

furgoneta, hacia Slussen. Otra furgoneta aparece de uno de los callejones laterales y se detiene delante del portal del bufete de abogados. De un salto se bajan dos personas con monos blancos, como las que se ven en las fotos del escenario de un crimen, piensa Klara. Se quedan quietas en la acera, delante del portal, como si estuvieran esperando algo mientras charlan con los agentes.

El policía de la mirada negra del cordón policial da un paso al lado y se sube a la ancha acera. Dice algo por su pinganillo y le hace una señal con el brazo a un coche que está más atrás en la cola que se ha formado en Skeppsbron.

Un Volvo negro como el carbón se sale de la fila y se sube sin prisa a la acera, se acerca hasta donde está el policía y se detiene. Una de las lunas tintadas baja hasta la mitad y una mano deja asomar lo que parece un carné de conducir. Klara no puede distinguir el interior del coche desde su posición, pero ve que el policía devuelve el carné y le hace otra señal al Volvo para que se acerque a los policías que están esperando.

El coche se detiene detrás de la furgoneta que acaba de llegar y un hombre de unos sesenta años de edad, con el pelo descuidado y cano, se baja con paso firme. Lleva vaqueros de corte clásico, chaqueta de cuero y calzado ergonómico. Se acerca a uno de los agentes uniformados y le estrecha la mano, antes de subir la pequeña escalinata y meterse en el portal. Las dos personas vestidas de blanco lo siguen por el vestíbulo.

No cabe duda alguna de quién es aquel hombre.

Anton Bronzelius.

El hombre de la Säpo con el que Klara y Gabriella se han topado en dos ocasiones en los últimos años. Bronzelius, que en verano las había amenazado cuando pensaban revelar que la policía secreta sueca estaba al corriente de que una empresa rusa pretendía infiltrarse en los cuerpos policiales europeos. La Säpo incluso había llegado a darles a los rusos vía libre para atizar los disturbios que causaban estragos en los barrios del extrarradio de Estocolmo.

Klara y Gabriella habían ignorado las amenazas de Bronzelius y habían decidido ir a la prensa y sacar a la luz todo el escándalo. Klara había estado convencida de que Bronzelius solo se estaba echando un farol cuando dijo que se vengaría si no mantenían la boca cerrada.

«No me querrás tener de enemigo, créeme», le había dicho.

Pero ahora que acaba de comprobar que Bronzelius está al mando de un grupo de fuerzas especiales que ha detenido a Gabriella comprende que han pecado de ingenuas. Todo lo que Bronzelius dijo en verano, lo dijo en serio.

7 de septiembre -16 de octubre – Beirut

Me llamas en cuanto tu noviete vuelva a estar en la ciudad», le había dicho. Yassim tendría que haber regresado al cabo de unos días. Pero el tiempo pasa y después de dos semanas Jacob aún no ha tenido noticias suyas. Mata el tiempo en la embajada y deja que su mente salte despavorida entre el intenso recuerdo del cuerpo esbelto de Yassim y la terrible reunión que tuvo con Myriam Awad.

Todavía conserva en la retina la mirada impasible de aquella mujer, y tiene la cabeza llena de lo que le contó sobre Yassim. Que era terrorista. La mera palabra es demasiado inverosímil como para que Jacob siquiera pueda entender lo que eso significa.

Pero sabe que no puede ser cierto. Ella no conoce a Yassim, no sabe nada en absoluto de quién es, de qué es.

¿O sí?

Por otro lado, Jacob no consigue desprenderse del recuerdo de los pocos segundos que vio de aquel vídeo. La habitación austera y el hombre de rodillas delante de él. Quince años. No puede ser que tuviera quince, es imposible. Además, era todo un montaje. Pero da igual. Ahora mismo, Jacob está sometido al yugo de otros.

—¿Has comido algo en mal estado? Se te ve muy pálido, Jacob —dice Agneta. Se ha dado cuenta de que algo no va como debería y le propone que se coja unos días libres para descansar y recuperarse.

Pero aunque le sienta mal estar ahí, sobre todo cuando ve el cuerpo vigoroso de Vargander moviéndose con decisión por el pasillo para asistir a reuniones por toda Beirut y todo Oriente Próximo, sabe que sería aún peor quedarse en casa.

Así que le hace una emboscada a Frida en el *office* y le insiste hasta que

ella le da permiso para redactar un *pro memoria* sobre el trasfondo de las protestas que siguen azotando a finales de agosto y principios de septiembre, aunque poco a poco vayan perdiendo fuerza.

—Vale —dice ella—. Pero yo no tengo tiempo para supervisarte. Tendrás que arreglártelas solo, ¿lo ves viable?

Por lo menos le da una montaña de libros y artículos de algunas revistas en inglés y los nombres de un par de investigadores de la American University con los que se puede poner en contacto, y le es de gran ayuda sumergirse en el sistema infinitamente complejo del Líbano de alianzas cambiantes y agrupamientos sectarios. Lee sobre las facciones musulmanas chiíes y suníes y los cristianos maronitas, lee sobre la guerra civil y el compromiso tambaleante e inefectivo que hace que el poder estatal del Líbano esté compartido con las distintas religiones. Lee sobre la corrupción y el nepotismo, la violencia y las guerras. Lee sobre cómo germina el descontento social y cómo ha terminado de desbordarse ahora que el gobierno ni siquiera es capaz de hacer que se recoja la basura. La gente ha sido indulgente con el pésimo suministro eléctrico, con el imprevisible servicio de correos, con la ausencia de transportes públicos y el tráfico caótico. Pero, por lo que parece, el hedor de la basura en las calles en el calor sofocante del verano ha sido la gota que ha hecho que sobre todo los jóvenes hayan mirado por primera vez más allá de sus respectivos grupos culturales para así protestar juntos. Y no solo los jóvenes. Y no solo las élites formadas en Occidente. Sino también los que antes ya no habían visto ninguna alternativa. Está todo en la balanza. Las protestas aumentan. ¿Será como en Egipto? ¿O Siria? ¿O la sofocante conciliación terminará por ganar, a pesar de todo? Nadie parece saberlo. Y Jacob no sabe muy bien por qué está redactando este *pro memoria*, para quién ni qué extensión ha de tener. Al fin y al cabo solo es para mantenerlo ocupado. Pero ahora mismo no importa, porque le supone un respiro temporal de la angustia que le corre por dentro.

Han pasado más de dos semanas y Jacob casi ha dejado de mirar su teléfono como un poseso cuando por fin le llega el mensaje:

No me he olvidado de ti.
El Fantasma.

Eso es todo, pero basta para que todo aquello que Jacob casi ha logrado

apartar de su mente vuelva a surgir. Tanto Yassim como Myriam.

Se queda sentado con el teléfono en la mano y lee el mensaje una y otra vez. ¿Qué va a contestar? ¿Qué se le dice a un fantasma?

Escribe y reescribe, las palabras se le hacen demasiado grandes, como si no cupieran en la pantalla. Al final solo envía un emoticono de un gran corazón, no hace falta más. Yassim lo sabe. Jacob sabe que lo sabe.

La sensación perdura, sigue ahí cuando se despierta a la mañana siguiente, durante el día, incluso cuando sale de la oficina, después de que caiga la noche. Se compra una botella de tinto en el colmado que tiene debajo de casa. Necesita la calma y la huida. Necesita no tener que pensar en el dilema, en quién es Yassim. El riesgo que implica. Si no es terrorista, ¿quién es, entonces?

La llave se atora en la cerradura y justo va a dejar la botella de vino en el suelo de mosaico para hacer fuerza con las dos manos cuando oye la voz saliendo de entre las sombras del rellano.

—¿Cuándo pensabas contarme que se ha vuelto a poner en contacto contigo?

Jacob se da la vuelta y ve a Myriam en la penumbra, apoyada en la pared.

—No creas que puedes jugar en los dos bandos, Matti —prosigue—. No serás tan ingenuo como para pensar que no controlamos tu móvil, ¿verdad? —Se le acerca con un brillo especial en sus ojos fríos—. Te has sentado en mitad de la mierda, *habibi*. Entiendo que la cabeza te dé vueltas. ¿Cómo comerte el pastel y a la vez seguir conservándolo? Deja que yo te conteste: el pastel ya está comido. Lo único que queda son las migajas en que se ha convertido tu vida. Recógelas y haz lo que puedas con ellas.

Jacob se la queda mirando, consternado, desubicado, incapaz de abrir la boca.

—No lo he vuelto a ver —murmura.

—Si sigues queriendo hacer tu voluntad acabarás destruido —dice Myriam—. Es hora de que lo entiendas.

Él asiente despacio. Lo único que quiere es que ella desaparezca. Que todo desaparezca. Yassim también. Ahora que Jacob ha estado tan cerca de su nueva vida, de lo que siempre había soñado. No era esto lo que había pedido.

—Un segundo después de que él te diga algo tú te pones en contacto conmigo, ¿te queda claro? Si tardas más, juro que la vida a la que estás acostumbrado dejará de existir.

Jacob no entiende nada, es evidente que ella ya lo sabe todo. Pero antes de que le dé tiempo de preguntar, Myriam ha vuelto a fundirse con las sombras.

Todo vuelve a quedar en silencio. Pasa un mes entero y Jacob empieza a considerar la posibilidad de que Yassim no le vuelva a llamar. Ha pasado horas con el móvil en la mano, escribiendo mensajes pero sin enviarlos nunca. Es como si supiera que si quiere volver a ver a Yassim no puede romper las reglas, no puede obligarlo a ser más que un fantasma.

¿Quizá la cosa se acabe aquí? ¿Quizá sería lo mejor? O no quizá. Sería lo mejor. Si Yassim no vuelve, todo puede volver a ser como antes, como siempre. Ni Myriam. Ni vídeos. Ni amenazas. Ni dudas sobre quién es Yassim. Ya no tendría que poner en la balanza la atracción y el riesgo en la relación, no tendría la insufrible sospecha de si Yassim es lo que Myriam asegura: un terrorista. Un asesino.

Poco a poco el verano se acerca a su fin y los primeros rayos del sol entran en un ángulo nuevo por encima del tráfico y los orificios de bala y las terrazas de los bares, y todo lo que queda de los disturbios son los grafitis, los recuerdos y las conversaciones. Al final la conciliación ha vencido al caos. A lo mejor en estas tierras han visto demasiada guerra como para hacer un levantamiento. Jacob sigue redactando su *pro memoria* y ha empezado a quedar con investigadores de la universidad, que son tan amables y están tan interesados que a veces casi llega a olvidarse de Yassim. Pero no del todo. Qué va.

Un día Jacob está caminando por la pasarela que sale del coloso de hormigón diseñado por Zaha Hadid, donde se encuentra el instituto de relaciones internacionales de la American University, cuando el teléfono empieza a vibrar insonorizado en el bolsillo de sus vaqueros. Acaba de verse con un profesor palestino muy predispuesto a ayudar y por una vez en la vida siente una especie de calma.

A su alrededor ha caído la oscuridad, pero en el campus sigue reinando el bullicio de los estudiantes que se dirigen a las últimas clases de la tarde y de los grillos en la cuesta que baja al campo de fútbol y el mar. Están a principios de octubre y Jacob sigue notando el aire cálido y suave en las

mejillas, pero cuando llega a la gravilla que rodea la parcela de césped llamada Green Oval siente por primera vez una brisa que se cuele entre árboles y edificios, y cuando mira a su alrededor es como si los demás estudiantes también la notaran, como si se les erizara el vello de los brazos. Se abrochan otro botón de la camisa y se apretujan casi imperceptiblemente un poco más, como para protegerse de lo que se avecina. Es como si todos lo percibieran al mismo tiempo, que aún no es otoño, pero tampoco es verano, y una especie de frágil aflicción se cierne sobre la ciudad.

Cuando saca el teléfono del bolsillo y ve que la persona que lo llama tiene un número oculto, siente que la calma del último mes se esfuma de improviso. Cuando descuelga, todos los detalles afloran a la superficie y Jacob para y se apoya en un murete y aguza el oído. Apenas respira, mientras el estrés y el caos se amplían en su interior. Pero no es solo eso. También hay algo más, otra cosa, que lo asusta más todavía. Quizá sea amor.

Después de la conversación Jacob apenas se siente capaz de caminar y se acerca a un banco tambaleándose, se deja caer con los ojos cerrados, el teléfono caliente en la mano. La brisa hace oscilar las copas de los pinos piñoneros que tiene detrás y los estudiantes aligeran el paso. Pero Jacob podría quedarse aquí por siempre jamás, en este instante de esperanza y de sueños cumplidos y desesperados con los que lleva casi dos meses cargando. Su piel es eléctrica, le sorprende que no se le encienda la ropa.

Se levanta poco a poco y pasa por delante de las escaleras y los pilares del West Hall, en dirección a Main Gate. Recuerda cada palabra de la breve conversación que ha tenido con Yassim.

«Te he echado de menos. ¿Podemos quedar dentro de una hora? ¿Recuerdas dónde vivo?».

¿Que si se acuerda? Lo recuerda todo, cada matiz, hasta el detalle más ínfimo e insignificante.

Yassim había colgado antes de que Jacob siquiera hubiese podido entender lo que había pasado. Pero ¿qué más daba, ahora que iban a verse? No «a lo mejor mañana». No «la semana que viene». Sino ahora. El viento vuelve a refrescar y Jacob se deja abrazar y elevar por encima del campus, se deja llevar en brazos hasta el tráfico de Bliss Street.

Ha bajado la mitad de la cuesta que llega al mar cuando el recuerdo de Myriam Awad le viene a la cabeza, cuando la duda lo atrapa de nuevo. Pero todo eso es tan huidizo, ahora que ha escuchado la voz de Yassim. Tan falto

de fundamento. Tan irrelevante, en comparación.

Acelera el paso. Sea quien sea Yassim, pase lo que le pase a Jacob. No importa. Lo único que importa es que va a volver a verlo.

22 de noviembre – Estocolmo

En pocos minutos el tráfico vuelve a rodar con normalidad. La furgoneta negra y un par de agentes uniformados delante del portal de Lindblad y Wiman son los únicos resquicios que quedan de la redada, cuando Klara sigue el flujo de coches por Skeppsbron.

Sujeta el volante firmemente con ambas manos mientras gira la cabeza para mirar de reojo la fachada de la oficina de Gabriella, como si fuera a ver algo de lo que pasa detrás de las paredes.

«¿Qué hago ahora?», piensa. Está paralizada por lo ocurrido y se siente incapaz de tomar ninguna decisión. Así que deja que el coche continúe rodando por el asfalto siguiendo el tráfico y gira para volver a meterse en Gamla Stan, por el mismo camino que había cogido hacía un momento.

No le entra en la cabeza: Gabriella ha sido detenida en plena calle. La han esposado y la han metido en un furgón de la secreta. Lo ha hecho un grupo de policías que la han estado esperando precisamente a ella, no cabe duda.

Klara frena en la calle Munkbroleden y se detiene en una plaza para discapacitados delante del restaurante Trattoria Romana. Se inclina hacia delante y apoya la frente en el plástico fresco del volante. Siente la cabeza confusa y vacía. El Volvo en Sankt Anna. El mismo Volvo en la gasolinera de camino a la capital. La detención de Gabriella. Las ideas se precipitan hasta que Klara golpea la cabeza contra el volante y se incorpora en el asiento.

—¡Espabila! —grita lo más fuerte que puede.

Respira hondo y se pasa la mano por la frente dolorida tras el cabezazo. Pero el desconcierto se disipa un poco, abre la puerta del coche y se baja. Echa un vistazo al símbolo de discapacitados. A la mierda. A la mierda con todo.

Comienza a andar a paso rápido hacia Skeppsbron. El frío y el aire fresco

hacen que la confusión ceda un poco. Lo más lógico es empezar por preguntarles a los policías que hay delante del bufete de abogados qué cojones está pasando. Y adónde se han llevado a Gabriella. El resto ya se verá. Cada cosa en su debido momento. Roca y pólvora.

Delante del 28 de la calle Skeppsbron todavía hay un coche patrulla subido en la acera y Klara puede ver a los agentes uniformados en la escalera incluso de lejos. Aminora el paso y avanza despacio por la amplia acera. El tráfico vuelve a fluir con normalidad. Si Klara no hubiese estado aquí hace diez minutos no se habría imaginado nunca que acababan de detener a alguien en un importante despliegue policial.

Cincuenta metros antes de llegar a la oficina Klara para de golpe. ¿Qué piensa decirles a los policías? Si de verdad la Säpo busca vengarse de Gabriella por el bochorno al que los expuso en verano, Klara corre el mismo peligro. Vale, Gabriella se ha convertido en una crítica muy mediática e implicada contra los métodos de la Säpo, y, aunque la policía secreta se hubiera negado consecuentemente a comentar la historia que se había desenmascarado, no cabe duda alguna de que ha afectado a la imagen de la institución. Pero ¿es como para vengarse? Suena de lo más extraño.

Ya ha llegado a la escalinata y se acerca a los dos policías, una chica joven con coleta rubia de su misma edad y un hombre con la cabeza rapada que parece unos diez años mayor.

—Perdonen, ¿qué ha ocurrido aquí hace un momento? —dice Klara—. He pasado con el coche y he visto que detenían a alguien.

Los dos agentes se vuelven y la miran con reservas.

—Nada —responde el hombre—. Un trabajo rutinario, nada más.

—Pero parecía muy grave —insiste Klara—. Habían cortado el tráfico y había algún tipo de fuerza especial desplegada.

—Lo dicho: rutina.

El hombre pone cara de no poder estar menos interesado en compartir la información que tiene. Klara mira a la chica, intenta encontrar un camino a través de esa mirada apacible.

—¿Adónde han llevado a la detenida? —pregunta—. ¿A comisaría?

—La persona detenida va a ser interrogada, el lugar exacto no lo sabemos —responde la mujer—. No tenemos más información que usted sobre este asunto.

—Pero esto es un bufete de abogados, ¿no? —dice Klara—. No puede ser rutinario detener a una abogada penalista.

—¿Cómo sabe que la persona detenida es abogada? —inquire la mujer—. ¿Tiene algún vínculo con la detenida?

—No —miente Klara—. He pasado con el coche, como ya les he dicho. Solo era por curiosidad.

A Klara le parece ver que los dos agentes intercambian una mirada.

—¿No era usted quien conducía el coche del que se ha bajado la detenida? —pregunta el hombre.

El instinto de Klara le dice que esto no ha sido buena idea, no debería haberles preguntado nada, y retrocede un par de pasos por la acera. La mujer policia da un paso hacia ella y alza las manos como para demostrar que no es peligrosa.

—Nos gustaría mucho hacerle un par de preguntas —dice.

Pero Klara ya ha dado la vuelta y se ha puesto a correr lo más rápido que puede. Todo su cuerpo está latiendo. Han cogido a Gabriella, no puede permitir que la cojan también a ella.

Está a tan solo diez metros de un callejón que se adentra en Gamla Stan y se mete por él dando un giro tan repentino que por un momento cree que va a perder el equilibrio en las resbaladizas baldosas, pero de alguna manera logra mantenerse en pie.

Uno metros más atrás le parece oír que alguien le grita, que han iniciado la caza.

Aquí los callejones son como un laberinto, y giran y se retuercen hasta que Klara ya no sabe en qué dirección está corriendo. Lo único en lo que puede pensar es en que tiene que seguir adelante, que no puede meterse en un callejón sin salida.

Corre como no ha corrido nunca en su vida y dobla una esquina en la que hay dos bicicletas apoyadas en la fachada. Pasa por su lado y les pega un tirón para derribarlas en la cuesta y que así obstaculicen a sus perseguidores, tal como ha visto hacer en las películas. Las bicis caen con un estruendo. Alguien grita: «¡Alto!».

Pero Klara no se detiene. Sigue corriendo y girando por las calles desiertas. Callejón de Gaffelgränd, de Pelikangränd. De pronto llega a la calle Österlånggatan, un tanto más ancha. Tiendas, cafeterías, turistas. Corre algunos metros antes de lanzarse por debajo de una arcada baja, a un patio

interior.

Sin salida.

El pánico se apodera de ella. Gira la cabeza, busca algún tipo de protección, cualquier cosa. Justo a la izquierda de la arcada hay aparcada una bicicleta de carga. La lona protectora está puesta. Un acertado medio de transporte moderno de una familia con hijos en la capital más concienciada y adaptada a niños del mundo.

Tira de la lona, consigue abrir un hueco, salta dentro de la caja de carga y vuelve a cerrar la lona tras meterse debajo.

Alguien ha entrado en el patio interior, Klara puede oír unos pasos que se detienen. Primero se alejan de su escondite, luego paran antes de retroceder por los adoquines cubiertos de blanco, cada vez más cerca. Hasta que están al otro lado de la lona, a apenas medio palmo de distancia. Tan solo una fina capa de plástico entre ella y sus perseguidores. Puede oír la respiración del hombre policía, el chisporroteo de su dispositivo de radio. Klara cierra los ojos y contiene el aliento.

16 de octubre – Beirut

Una hora, había dicho Yassim, pero Jacob no tarda ni veinte minutos en esquivar el tráfico mientras baja las calles en dirección a Cornichen y el mar. Entre el humo de los coches y los nervios se le ha secado la boca y hace un alto en un quiosco para comprar una Cola Zero. Cuarenta minutos para la hora en la que ha quedado con Yassim, pero Jacob ya ha llegado y puede ver la fachada de cristal asomando entre otros edificios ostentosos y grúas de obra.

Camina lentamente por la calle y se detiene delante de un banco frente al portal de Yassim. Desenrosca el tapón del refresco y se toma dos tragos largos mientras se inclina hacia atrás y deja que sus ojos vayan escalando por la fachada. Los pisos están a oscuras y vacíos, son meros renglones de una hoja de cálculo en un paisaje de oficinas en Dubái, comprados por inversores con dinero del petróleo, nunca pensados para llenarse de vida cotidiana.

Jacob cuenta las plantas hasta la octava, sigue las terrazas y el cristal hasta la esquina, hasta que su mirada se topa con una silueta que está allí de pie en la oscuridad. Casi se le corta el aliento, entorna los ojos.

Yassim.

Apenas lo conoce, pero sabría reconocer su cuerpo en cualquier lugar, a cualquier distancia. Yassim tiene un teléfono pegado a la oreja y está en la esquina de la terraza, mirando hacia Cornichen y el mar. Jacob se siente culpable, como un espía. No tiene derecho a estar aquí como un acosador en la sombra, pero no puede dejar de mirar. Al final Yassim se quita el teléfono de la oreja y se lo guarda en el bolsillo antes de meterse en el piso.

Entonces el móvil de Jacob empieza a vibrar otra vez. Número oculto. Yassim.

—¿Hola? —dice en inglés—. Ya estoy aquí abajo.

—Me lo imagino —contesta la voz dura de Myriam—. ¿Recuerdas lo que

te dije la última vez, Matti?

Jacob cierra los ojos y espera la segunda parte.

—Te dije que me llamaras al segundo siguiente de que se hubiera puesto en contacto contigo. Y no lo has hecho.

—Justo iba a... —empieza—. Es que me he estresado.

—No hay sitio para el estrés. Ya sabes lo que tienes que hacer. Y me llamas al número que te di en cuanto te separes de él. ¿Entendido?

—Sí —susurra Jacob—. Entendido.

Jacob cuelga y levanta la cabeza para mirar la fachada y vuelve a encontrar el piso de Yassim. La terraza está vacía, Jacob sigue las ventanas hasta que descubre a dos hombres en la penumbra del apartamento. Uno es Yassim y el otro es igual de alto, pero parece mayor. Da la sensación de que están hablando de algo importante, sobre todo el desconocido. Yassim parece prestar atención, como si el que habla fuera una autoridad, un jefe o un familiar.

Jacob mira de nuevo el reloj de su teléfono. Veinte minutos hasta la hora en que han quedado. Se acerca al portal. ¿Puede subir directamente y llamar al timbre? Pero Yassim tiene visita.

Se sienta en un murete, fuera del campo de visión del vigilante armado del edificio de Yassim, pero con vistas al portal.

No pasan muchos minutos hasta que un hombre sale del edificio. Se le ve estresado y entrega unos billetes al vigilante, intercambian unas palabras. El vigilante asiente y parece satisfecho y el hombre mira a un lado y a otro de la calle como para asegurarse de que nadie lo ve. Luego la cruza con el teléfono pegado a la oreja y va directo al murete donde está sentado Jacob.

Es el hombre del piso de Yassim, aunque estuviera tan lejos Jacob puede verlo claro. Hay algo en la autoridad natural con la que se mueve, algo en su presencia. Tiene aspecto de rondar los cincuenta y cinco, y lleva un traje caro de color azul marino. El pelo grueso y blanco lo lleva meticulosamente repeinado. Cuando el hombre se da la vuelta y desliza los ojos por la calle, Jacob siente un escalofrío. Le da la impresión de que el hombre lo mira directamente, como si supiera quién es Jacob, lo que está esperando. Un Mercedes negro reluciente con matrículas azules diplomáticas se detiene. El hombre baja el teléfono, se sube al asiento de atrás y desaparece calle abajo siguiendo el implacable tránsito de Beirut.

Jacob se queda sentado en el murete y se va tomando la Cola Zero. Piensa

en Myriam y en la primera vez que vio a Yassim en la terraza en Mar Mikhael. Piensa en el cuadro que estaba apoyado en la pared en la habitación de Yassim y en su cuerpo desnudo. Piensa en el hombre que acaba de ver, en su singular pelo blanco y en que esto es Beirut y aquí nada es sencillo, nada es lo que parece.

Después, lo inunda una pesada desesperación. Está pisando un terreno demasiado pantanoso y se siente a punto de tocar fondo. Jacob deja el refresco a su lado en el murete y se levanta, inquieto y de pronto asustado. Es como si se viera a sí mismo y toda la situación desde fuera: un suequito ingenuo que se ha enamorado de alguien a quien no conoce. No tiene ni experiencia ni talento suficiente para gestionar lo que Yassim y Myriam implican. Se pasa los dedos por el pelo y le da la espalda al edificio de Yassim, da un paso para subir hacia Hamra, de vuelta a su vida normal, lejos de las locuras y las inseguridades.

Entonces vuelve a sonar el teléfono.

—¿Dónde estás? —pregunta Yassim.

Jacob frena en seco. Traga saliva y cierra los ojos y nota que su sangre se vuelve ligera, más que el aire, y que lo eleva del suelo, todo su cuerpo, por encima del tráfico y los conflictos y el desconcierto, por encima de Beirut, lejos de todo aquello que no se puede entender, cerca de algo que no es más que sentimiento, mero instinto y deseo y emoción aturdidora.

—Estoy aquí —responde Jacob—. Ya llego. Ya llego.

Después yacen desnudos entre las sábanas blancas de Yassim en su cama bajita, en su habitación vacía, y no se han dicho ni una palabra, solo han jadeado y perdido el aliento y casi desintegrado a causa de la atracción y la emoción y el deseo latente. Jacob nota el brazo de Yassim detrás de sus omoplatos, nota que tira de él y lo besa. Esta vez con delicadeza, no fuerte y de forma inflexible como hace un momento.

—¿Me has echado de menos? —pregunta Yassim con los labios aún pegados a los de Jacob.

Jacob se pega más a Yassim y deja que la lengua se cuele dentro de su boca otra vez. Nota que se ha vuelto a poner duro, a pesar de que no hayan pasado más que unos segundos desde que se ha vaciado por completo en la caliente y expectante boca de Yassim.

—Sí —jadea—. No pensaba que fueras a volver.

Yassim se retira y sostiene las manos de Jacob en las suyas. Ese algo triste, casi arrepentido, que Jacob vio la última vez, hace lo que a él le parece una eternidad, ha vuelto.

—Pero lo he hecho —dice—. Es imposible mantenerse alejado de ti.

—¿Eso es lo que quieres? —replica Jacob—. ¿Mantenerte alejado de mí?

No lo pregunta porque busque una confirmación, ni para oír decir a Yassim: «No, claro que no. Quiero estar siempre contigo». Lo pregunta porque no tiene ni idea de qué es esto, de quién es Yassim en realidad.

Pero su amigo se tumba de costado y recoge los calzoncillos blancos y la camisa.

—Ven —dice—. Vamos a comer algo.

Después de ponerse los vaqueros y la camiseta y salir al salón, Yassim ya ha quitado el ordenador de la única mesa que hay en la estancia y pone algunos envases con ensaladas y salsas. Abre una bolsa de panes de pita y los rompe a trozos.

—He comprado comida por el camino —dice, y sonrío a Jacob—. He pensado que a lo mejor tendrías hambre.

Jacob asiente en silencio y se siente conmovido por la consideración; clava la mirada en su cara sin que Yassim lo vea. Lo observa servir la comida en cuencos, poner el pan en una cestita. Lo único que Jacob quiere es acercarse y rodearlo con los brazos. Las dudas que antes tenía ahora son mínimas. Que Yassim pueda ser lo que Myriam asegura le resulta irrisorio. De pronto le entran ganas de contárselo todo. Lo de Myriam y el hamam y las amenazas y las acusaciones. Pero algo lo retiene y al final tiene que apartar la mirada. Un resquicio de suspicacia.

—¿Has estado en Alepo? —pregunta en voz baja—. ¿Todo este tiempo?

Yassim sirve tabulé en el plato de Jacob y rocía un tarro de *mutabal* grumoso con aceite de oliva.

—Un poco en todas partes —responde esquivo—. Voy allá adonde me piden que vaya.

Jacob asiente con la cabeza. ¿Por qué iba a decir algo que no es cierto? Aun así, no puede dejar de pensar en Myriam. Todas las distintas motivaciones ocultas.

—Antes he llegado un poco pronto —empieza Jacob, titubeante—. Así que me he quedado esperando fuera.

Extiende una mano para indicar la ventana, a través de la cual la luz amarilla de la ciudad entra hasta posarse en el suelo de hormigón.

—¿Tenías visita justo antes de que yo llegara?

Yassim da un bocado y levanta la cabeza para mirarlo sin entender. Niega levemente con la cabeza.

—¿Disculpa? —dice—. Ahora no te sigo.

—Me ha parecido ver a alguien en la ventana —explica Jacob, y aparta la mirada—. Pero puedo haber visto mal, está claro.

¿No era el piso de Yassim el que había estado observando? ¿No era Yassim a quien había visto? Habría jurado que era él. Pero Yassim se limita a sonreírle.

—Debes de haber estado espionando el piso equivocado, Jacob —contesta, y da otro bocado al pan—. No soy el único inquilino en el edificio.

Jacob se encoge de hombros.

—Supongo —dice—. Lo siento.

Pero lo cierto es que parece que el piso de Yassim es el único habitado. Y sabe que podría reconocer su silueta en cualquier parte. Sin embargo, no dice nada. Solo se come su hummus beirutí y toma un trago de agua.

—Mejor cuéntame tú algo de la embajada —comenta Yassim—. Necesito escuchar algo que no vaya de guerra y penurias.

22 de noviembre – Estocolmo

Nota cada latido como una pequeña explosión, cada uno parece más que suficiente para atraer la atención sobre ella, allí tumbada en posición fetal bajo la lona. Apenas respira y oye las piernas uniformadas del agente de policía rozando la lona, que es su única protección. Está tan, tan cerca de ella.

Entonces se oyen otros pasos que entran en el patio interior. Una voz sin aliento.

—¡Berg!

Una voz de mujer. La otra agente de policía.

—Hay testigos que dicen haberla visto subir por la calle Svartmangatan.

—¿Svartmangatan? —responde Berg—. Habría jurado que he visto a alguien colarse aquí dentro.

—Ya, pero no está —contesta la mujer impaciente—. Si nos quedamos aquí la perdemos.

—No te puedes fiar de los testigos oculares —murmura el policía—. Sé lo que he visto.

Desliza una mano por la lona que mantiene oculta a Klara.

—Da igual —dice impaciente la mujer—. Si era ella la que conducía el coche no entiendo por qué no la han detenido allí mismo durante la intervención.

Toda la bicicleta pega una sacudida cuando Berg la golpea sin querer con la cadera.

—¡Ay, mierda! —murmura.

—Ni siquiera sabemos si ella tiene algo que ver con todo este asunto —continúa la mujer.

—Pero tú ya sabes cómo va esto —dice Berg—. Nadie sale corriendo si no tiene nada que ocultar, joder.

—En cualquier caso, ahora mismo no es problema nuestro —replica la

mujer—. Nos quieren de vuelta en el puesto. Anttila nos está cubriendo, pero termina el turno en tres minutos.

El hombre suelta un suspiro.

—Damos un golpe antiterrorista contra un bufete de abogados y dejamos cabos sueltos. Es de principiantes.

—Guárdatelo para el café en comisaría —dice cansada la mujer—. Seguramente es el único sitio donde te escuchen.

Sus botas hacen crujir la nieve lentamente en el patio interior hasta que pasan por debajo del arco abovedado y salen de nuevo a la calle Österlånggatan.

Klara se queda tumbada en el suelo helado hasta que pierde la noción del tiempo y tiene tanto frío que tiembla de cuerpo entero. Al final empieza a mover despacio las manos y los brazos, se pone de rodillas. Ha perdido la sensibilidad en los dedos y tiene que pelearse hasta conseguir quitar la lona para poder bajarse de la bici de carga.

«Golpe antiterrorista», resuena en su cabeza.

¿Han detenido a Gabriella en un golpe antiterrorista?

«La llamada telefónica de ayer por la noche», piensa Klara, la que había podido escuchar delante de la puerta de Gabriella. Había quedado con alguien en Bruselas. Un poco escéptica, pero aun así dispuesta a volar a la ciudad. Tras la terrible masacre en la sala Bataclan de París hace apenas una semana da la sensación de que todo el planeta esté en tensión.

Si no es la forma en que Bronzelius está materializando su amenaza, esto debe de tratarse de un tremendo malentendido. ¿Qué puede ser si no?

Ahora Klara está en la calle Österlånggatan pero enseguida se mete por uno de los callejones de Gamla Stan. Poco a poco nota que sus extremidades vuelven a entrar en calor. ¿Se atreve a volver al coche de Gabriella? La policía puede tenerlo vigilado. Pero ¿cómo van a saber dónde lo tenía aparcado?

Sigue bajando en dirección a la plaza Kornhamnstorg, donde ha estacionado antes de su desafortunado intento de hablar con la policía.

Cuando llega a la plaza de Mälartorget comprueba que el coche sigue aparcado en la plaza reservada para discapacitados delante del Trattoria Romana. Klara se detiene a cincuenta metros y otea la calle. Ningún policía. Nada fuera de lo normal. Es como un domingo nevado y adormecido

cualquiera en el centro de Estocolmo.

Al llegar al coche incluso descubre que ni siquiera le han puesto una multa. Las manos le tiemblan por las vivencias de la última hora y Klara echa un vistazo al restaurante italiano junto al que ha aparcado, nota la familiar ansia de tomarse una copa de vino. Solo una. Para calmarse y poder pensar con claridad.

Pero hace de tripas corazón, abre el coche con la llave y se sienta al volante. Sería el colmo que se haya escondido en una bici de carga durante veinte minutos para que luego la pillen por conducir borracha en un control de alcoholemia. Pulsa el botón de arranque y mete marcha atrás. Por el rabillo del ojo ve un bolso de viaje en el suelo a los pies del copiloto. Gabriella no se lo ha llevado.

Klara para el coche, apaga el motor y pone el freno de mano para luego agacharse y recoger el bolso de Gabriella, grande y de cuero marrón, decorado con un dibujo de pequeños y conocidos monogramas dorados. Klara saca una rebeca y la ropa de Gabriella del día anterior y lo deja junto con el neceser en el asiento del acompañante. Solo había ido al archipiélago de Sankt Anna por una noche y había cogido poco equipaje.

Ningún ordenador, por lo visto lo había dejado en casa. Tampoco ningún teléfono, debía de habérselo llevado a la oficina, solo el cargador en el fondo del bolso, junto con un cepillo para el pelo, viejos paquetes de chicles, unos polvos de maquillaje caros y media botella de agua.

Algo tintinea y Klara encuentra un manojo de llaves. La oficina tiene un avanzado sistema de cerraduras que funciona con pase magnético y escáner de pupila, por lo que Klara recuerda de una visita tiempo atrás, así que Gabriella no necesitaba las llaves para entrar ahí.

Pero eso es todo. Nada de valor. Nada que pueda dar la menor pista de lo que Gabriella tenía entre manos, lo que puede haber detrás de su detención.

Klara mete la mano en el bolso para inspeccionar los polvos, en un arrebato de curiosidad por saber la marca. Pero debajo del envase nota el contorno de otra cosa. Klara agarra el lomo de un pequeño bloc de notas cuyas cubiertas tienen el mismo color que el fondo del bolso. Sacar la libreta y vuelve a meter dentro el resto de pertenencias de Gabriella antes de abrir la primera página.

20 de octubre – Beirut

Jacob se despierta con Yassim en el dormitorio. Está todo oscuro, es la única habitación del piso que no tiene paredes transparentes. Más bien es todo lo opuesto a la transparencia gracias a las gruesas cortinas automáticas. Pero a pesar de la oscuridad puede ver la cara de Yassim, sus ojos cerrados, su boca entreabierta. Ahora yace totalmente inmóvil, a diferencia de hace unas horas, cuando se retorció y se movía tanto en sueños que Jacob se acabó despertando y se quedó mirando su cara compungida. Su boca se movía como si estuviera hablando o rezando sin palabras y Jacob se acurrucó a su lado, lo abrazó con delicadeza para no despertarlo y esperó hasta que se calmó.

Es la cuarta noche seguida que Jacob duerme aquí. El cuarto día que ha venido directo desde el trabajo y que han colisionado en deseo tan pronto ha pisado el recibidor, sin llegar apenas al dormitorio. La cuarta noche que han comido en el salón a la luz de la ciudad y que Yassim ha insistido en que se mantengan alejados de las ventanas y el balcón.

«Somos fantasmas, *darling* —le dice—. No podemos dejar que nadie nos vea. Esto solo está pasando entre nosotros dos».

Y luego se lleva a Jacob al corazón del piso y lo besa hasta que sus pensamientos se desvanecen por completo, hasta que ya no tiene ninguna otra necesidad excepto él. Hasta que el recuerdo de su traición amaina y casi desaparece por completo.

Porque esto no está pasando solo entre ellos dos.

Cada mañana de camino a la embajada Jacob llama a Myriam para informar, mientras el engaño le quema en la garganta y el pecho. Para mantenerla alejada, piensa, para salvar las migajas de su vida. Y cada mañana oye cómo la frustración de Myriam va en aumento.

«No puedes ir solo para follar, joder —le dice—. Tienes que conseguir la contraseña de su ordenador para poder cargar el *pendrive*. ¿Me oyes? Tú aquí

solo tienes un objetivo. Concéntrate».

Cada conversación obliga a Jacob a confrontar sus miedos y superarse a sí mismo, sus propias dudas, su propia preocupación. Cada conversación con Myriam lo obliga a hacerse más fuerte, a pensar que lo que ella le cuenta de Yassim no debe de ser verdad, que no puede ser verdad.

Pero ¿y si lo es?

¿Qué indicios tiene de que Yassim no sea un terrorista? ¿Qué indicios hay de que no pueda ser tanto la persona que Jacob conoce como la que Myriam dice conocer?

La memoria USB le quema en el bolsillo. Sabe que tiene que hacer lo que Myriam le pide. Que no hay otra salida. Tiene que hacerlo porque ella lo obliga, pero también porque él no lo sabe con certeza. Porque hay límites incluso para él, para su ingenuidad, para su deseo y enamoramiento. Porque por mucho que quiera esconderse de ello, por muy falsa que le parezca la idea, no sabe quién es Yassim.

Jacob se incorpora con cuidado para no despertar a Yassim. Se pone unos calzoncillos que se pasó a recoger antes de ayer en casa junto con algunas otras prendas. Camina a hurtadillas y con los pies descalzos por el suelo de hormigón hasta salir al salón, donde se ve cegado por la luz de la mañana que entra por las enormes ventanas.

Llena la cafetera italiana con café del tarro que hay en el armarito, la pone en la cocina de gas. Mientras espera a que el café termine de hacerse se sienta en la silla de la mesa donde está el ordenador. Despliega la pantalla, titubeante y con manos temblorosas, y se encuentra con la foto borrosa detrás de la ventana de diálogo donde hay que introducir la contraseña.

Jacob suspira, lo deja estar y saca su teléfono para mirar los mensajes y las noticias, pero se le engancha en el bolsillo de los vaqueros y cae al suelo. Por acto reflejo, Jacob alza un pie para amortiguar la caída y, sin querer, le da una patada al móvil y lo envía debajo de la mesa.

Maldice en voz baja, se pone a cuatro patas en el suelo y empieza a buscarlo. Apenas se ha metido debajo de la mesa cuando se golpea fuertemente la cabeza con algo frío y rígido. Jacob ahoga un pequeño grito de dolor mientras se gira para mirar lo que cree debe de ser una pieza de la mesa.

Solo tarda un instante en entender lo que está viendo. Debajo de la mesa,

pegada con un trozo de cinta americana, hay una pistola grande de color negro mate. Jacob se queda boquiabierto, levanta una mano y desliza los dedos por el cañón frío.

De lejos oye a Yassim moverse en el piso. Se vuelve a girar, coge el teléfono y retrocede hasta salir de debajo de la mesa. Cuando Yassim sale del dormitorio ya está otra vez sentado en la silla.

—¿Has dormido bien? —le pregunta Yassim mientras se acerca a la cocina—. ¡Oh, ya has hecho café!

Lo único en lo que Jacob puede pensar es en que hay una pistola pegada debajo de la mesa. Sabe que no es del todo anormal que aquí la gente vaya armada, no es como en Upsala. Pero ¿tener una pistola pegada debajo de la mesa?

—Sí —responde un tanto desconcertado—. He dormido muy bien.

Yassim sirve café en dos tacitas, deja una en la mesa al lado de Jacob antes de inclinarse y darle un beso en la mejilla.

—¿Qué te pasa, *darling*? Parece que hayas visto un fantasma.

Jacob se aclara la garganta, intenta serenarse, toma un sorbo del café; está fuerte y quema. ¿Qué se dice cuando acabas de descubrir una pistola debajo de la mesa en casa de alguien por quien sientes una atracción sin igual, pero de quien cada vez sospechas más que es un terrorista?

—Pues eso mismo, ¿no? —contesta—. Tú eres mi fantasma.

Le coge la mano a Yassim y la besa. La voz de Myriam resuena en sus oídos:

«No olvides que no es quien dice ser».

Pero ¿quién dice ser Yassim? Jacob no sabe nada de él. O menos que nada. Solo que está experimentando una atracción que es más fuerte que todo lo que haya podido vivir antes. Y que es mutua. Yassim tampoco puede quitarle las manos de encima, no puede estar sin él. Pero ¿qué han estado haciendo, en realidad, estas cuatro últimas noches?

Jacob ha venido tarde después del trabajo porque Yassim ha dicho tener reuniones con clientes hasta muy tarde. Han cenado comida rápida y han hecho el amor. Se le hace tan pobre, ahora que lo resume. Están compartiendo mucho más que eso, mucho más que sexo y comida para llevar. Pero, a decir verdad, ¿qué le ha contado Yassim de sí mismo? Que su familia es de Siria, pero que vive en Inglaterra. Que es fotógrafo.

La voz de Myriam en el oído de Jacob. El frío de la pistola en sus dedos.

La duda y la inquietud y el desconcierto.

—A veces pienso que realmente eres un fantasma —comenta—. Es como si no supiera nada de ti.

Yassim se ríe y sorbe el café. Pero a Jacob le parece ver algo afligido en su risa, hay algo en ella que dice que Jacob no solo le parece entrañable al hacer el comentario.

—¿Qué quieres saber? —contesta—. Soy un libro abierto.

Jacob se encoge de hombros. Después levanta la pantalla del portátil que tiene delante.

—Me gustaría ver las fotos de tu viaje a Siria —dice—. A veces estás tan lejos. Quiero ver lo que tú ves.

Yassim toma otro poco de café y se sienta en la silla que hay en el otro extremo de la mesa.

—Aún no hay nada que ver —responde—. No están listas. Tengo que seleccionarlas y editarlas. Son para una revista, no tengo que entregarlas hasta dentro de un par de días.

Esto es lo que ha pasado cada vez que Jacob ha intentado hablar de algo que tenga que ver con Yassim o con su trabajo. Siempre hay una excusa para no profundizar. Vuelve a oír la voz de Myriam en su cabeza.

—Da igual que no estén listas —replica, ahora frustrado—. Sé que no podemos ser pareja fuera de estas paredes. Pero me interesas, Yassim. Quiero saber de qué trabajas, lo que experimentas, de dónde vienes.

Le acerca el ordenador por la mesa.

—Solo un par de fotos, ¿vale? Algo.

Yassim no se mueve, solo se lo queda mirando sereno sin decir nada. Es una prueba. Los dos lo perciben. No había sido la intención de Jacob, pero ha salido así.

Sin embargo, no tiene fuerzas para seguir, no quiere provocarlo, no quiere romper esta magia tan frágil.

—Bueno, da igual —añade, y recupera el ordenador—. No es importante. Si no quieres hacerlo, pues...

Pero Yassim se inclina hacia delante, agarra el portátil y se lo quita tranquilamente a Jacob de las manos.

—Vale, vale —dice—. Ya te lo enseño, joder, si tanto te interesa. Pero solo un par.

Jacob asiente y acerca la silla. Por un momento casi ha pensado que no hay

ninguna foto. Que es todo pasión cegadora, la versión de Myriam y la pistola debajo de la mesa.

Los dedos de Yassim vuelan por el teclado para desbloquear el ordenador y Jacob se concentra en memorizar lo que escribe. Solo cifras. 201207... No ve las últimas dos. ¡Mierda!

El fondo es todo azul. En el escritorio solo hay una carpeta sin nombre. Yassim hace doble clic sobre un icono de Photoshop en la barra de herramientas y la pantalla se llena de imágenes diminutas. En el margen izquierdo encuentra también una carpeta que Jacob no había visto y la abre. Ocho fotos en miniatura aparecen en pantalla y Yassim amplía la primera. Es de un niño pequeño, sucio, sentado al final de un camión, con la mirada vacía. A su alrededor solo hay escombros y ruinas.

—Zona oeste de Aleppo —dice Yassim, y abre la siguiente imagen.

Una casa que ha perdido toda la fachada y se puede ver directamente los hogares de la gente, como en una casa de muñecas. Sillones y sofás y camas. Yassim amplía la imagen.

—Las mesas aún estaban puestas —señala.

Le enseña algunas fotos más de civiles, gente normal y corriente en medio de una destrucción y una miseria indescriptibles. Después se levanta y va hasta la cafetera con las dos tazas. Reparte lo que queda de café.

Jacob saca el móvil y toma una foto directamente de la pantalla.

—Terrible —comenta—. Si te soy sincero, no entiendo cómo tienes estómago para verlo. Y cómo te atreves a estar allí.

—¿Qué haces? —exclama Yassim y se da la vuelta—. Ni se te ocurra sacarle fotos a la pantalla, ¿vale?

De pronto su voz vuelve a sonar totalmente vacía, como la primera vez que Jacob estuvo aquí. Como cuando dijo aquello de que si tuviera secretos los escondería mejor.

—Perdón —responde Jacob—. Las borro. No sabía que no podía, solo quería guardarme algo de lo que haces.

¿Es por eso por lo que ha tomado las fotos? ¿Porque quiere algo que sea de Yassim?

—Bórralas —le ordena este—. Están en muy baja resolución y aún no están publicadas.

Jacob abre la galería de imágenes de su teléfono, selecciona las fotos y pone el pulgar sobre el icono de la papelera. Pero no lo pulsa.

—Vale —dice—. Lo siento.

—Tienes que preguntar primero, joder —prosigue Yassim.

Ahora está a su lado, lo mira a los ojos. Se agacha lentamente y coge a Jacob con fuerza por la barbilla.

—No somos una pareja de casados, por mucho que yo te guste. ¿Lo entiendes?

Jacob asiente en silencio. Se vuelve a sentir lerdo e ingenuo. Al mismo tiempo, le pone cachondo la reprimenda de Yassim. Está a su merced, para lo bueno y para lo malo. Y no ha borrado las fotos.

—Es que me tienes impresionado —replica—. No me entra en la cabeza que vayas y vuelvas de Aleppo, que de verdad hagas lo que haces.

Yassim le suelta la barbilla y sonrío levemente. Se encoge de hombros y bebe un poco de café.

—Cada uno hace lo que debe —responde—. Ahora ya me conozco la ciudad. Tengo mis contactos. Lo que pasa es que no me apetece mucho hablar de ello cuando vuelvo a casa. Son dos mundos aparte. A veces parecen todavía más de dos.

Yassim se muerde el labio inferior y lo observa con esa mirada de la que Jacob no se ha podido esconder desde la primera vez que sus ojos se cruzaron. Después se levanta y se acerca a la cocina.

—Hay muchas cosas... —empieza Yassim otra vez, ahora de espaldas a él—. Muchas cosas que no se pueden compartir, Jacob. Sobre todo aquí en Beirut.

Se da la vuelta y mira a Jacob con un agujero sin fondo en los ojos que infunde tristeza y pavor a partes iguales. Jacob desearía no haberlo presionado hasta aquí, que pudiesen haber continuado como antes, sin todo esto a su alrededor, sin que él los hubiera forzado a coger este rumbo. Pero ahora ya está hecho.

—¿Qué cosas? —pregunta Jacob—. ¿Qué es lo que sientes que no se puede compartir?

Pero el instante ha pasado, Yassim ha tomado el control de ese agujero en su mirada, ha vuelto a quitarlo de en medio y lo ha sustituido por una sonrisa torcida, si bien un tanto acongojada.

—¿Trabajas hoy? —quiere saber, y se acerca a Jacob—. Dime que no.

Jacob sacude el cuerpo para quitarse la sensación que tenía hace unos segundos. Piensa en las fotos en el ordenador de Yassim. En las entrevistas

que debería pasar a limpio. Pero tampoco hay nadie a quien le importe. Solo es trabajo para ocupar el tiempo.

—No —contesta—. No tengo nada que no pueda aplazar.

Yassim lo coge por las mejillas y le da un beso en la boca.

—¡Bien! —dice—. Ya sabes qué hace la gente en Beirut cuando quiere verse pero sin ser vistos, ¿no?

Jacob niega con la cabeza.

—¿Qué?

—Van a Byblos.

Cogen el Golf de Yassim y siguen el tráfico bajo el sol de otoño en dirección norte por la autovía agrietada, salen de Beirut, dejan atrás las playas y el casino en Jounieh, entre montañas y casas.

—Dicen que es la ciudad más antigua del mundo —comenta Jacob—. Que allí la gente lleva viviendo siete mil años.

Yassim se limita a asentir y le pone una mano en el muslo. Jacob ha leído sobre Byblos y un fin de semana cogió un taxi hasta allí, hará cosa de un mes, y se estuvo paseando entre familias con críos por los fósiles, collares y urnas del mercado. Recuerda haberle oído decir a Agneta que Byblos es un sitio al que vas para estar en paz, para quitarte de encima el ojo avizor de la familia, un refugio puntual para una cita o un negocio. Aun así se le hace extraño estar juntos fuera del apartamento.

Solo tardan media hora en llegar y Yassim tiene una actitud totalmente libanesa a la hora de aparcar. No siente ningún reparo por dejar el coche medio subido a la acera en mitad de un cruce.

Un corto paseo entre ruinas históricas, algún que otro grupo de alumnos y un puñado de turistas, y luego están sentados en Pepe's en el muelle, delante del mar, las aguas brillando como el latón en el sol de mediodía. Jacob se pide una copa de vino, Yassim solo agua, y después entran al mostrador refrigerado y señalan el pescado que quieren que les asen. Es caro, más de lo que Jacob se había imaginado, pero Yassim rechaza sus intentos agitando una mano en el aire.

—Yo invito —dice—. No te preocupes.

Van por el primer plato —hummus y pan, siempre hummus y pan—

cuando a Yassim le suena el teléfono y, tras disculparse, se levanta y desaparece por las escaleras que bajan a los barcos de pesca del puerto. Jacob lo sigue con la mirada. La cara de Yassim vuelve a estar tensa. Ha vuelto el agujero en su mirada, Jacob puede verlo incluso a esta distancia. Le da un trago al vino y entonces oye una voz que reconoce demasiado bien justo detrás.

—Se está bien aquí en Pepe's, ¿verdad que sí?

Jacob se traga el vino frío demasiado deprisa y empieza a toser. Cuando se vuelve ve a Myriam cómodamente reclinada en una de las sillas de plástico en la mesa que Jacob tiene a su espalda. Vaqueros negros y zapatillas. Unas gafas de sol grandes. Jacob busca torpemente una servilleta y nota que la cabeza le da vueltas, le tiemblan las manos. No la ha llamado esta mañana.

—¿Qué estás haciendo aquí? —balbucea.

—No me has contado que ibais a venir —responde ella.

—No sé qué quieres que diga —susurra Jacob—. Estoy con él, ¿no? Por favor... Déjame. ¡Te voy llamando!

Ella asiente sin prisa y se levanta las gafas, lo mira a los ojos.

—Es esto de creer en las personas —dice Myriam y niega con la cabeza—. Un amigo tan poco de fiar. No te olvides de que yo lo veo todo. Lo vemos todo. No soy solo yo, Jacob. No hay solo intereses suecos metidos en esto. Hay mucha gente esperando que hagas lo que tienes que hacer.

Abajo en el muelle parece que Yassim esté terminando la conversación. Asiente en silencio y gesticula. Myriam se levanta y da un paso hacia Jacob.

—Es la hora, a ver si te enteras —añade—. Has tenido varios días para solucionarlo. Estoy a punto de empezar a pensar que estás evitando hacer lo que te toca.

—Pero ¿cómo coño lo hago? —Jacob ha alzado la voz por la desesperación—. ¡Su ordenador está protegido con contraseña!

El estrés se acelera como un torrente en su interior. La pistola debajo de la mesa.

Se vuelve intranquilo hacia el puerto y comprueba que Yassim se ha quitado el teléfono de la oreja y que está subiendo de vuelta al restaurante. Alza la mano a modo de disculpa. Jacob le devuelve el gesto antes de girarse de nuevo hacia Myriam.

Pero ha desaparecido, como si nunca hubiese estado ahí. En la mesa solo queda una servilleta junto al medio plato de hummus que ha dejado. Jacob la

coge y la despliega.

«TIENES HASTA MAÑANA».

Eso es todo.

—¿Con quién hablabas? —pregunta Yassim y se sienta en la silla de enfrente.

Jacob da un trago al vino y nota que la cabeza le va a mil por hora, todo el restaurante parece estar sacudiéndose y saltando a su alrededor.

—Nadie —contesta—. Una tía inglesa que quería saber dónde se puede coger un taxi para volver a Beirut.

—A lo mejor le gustabas —dice Yassim y sonríe—. No me extraña.

Jacob hace un esfuerzo por sonreír.

—Puede ser —responde—. Tengo bastante éxito con las mujeres.

Yassim se inclina hacia delante y le coge la mano, lo mira a los ojos.

—Tengo que volver a Siria —le informa—. Dentro de poco.

Jacob siente tal alivio de que no le pregunte más por Myriam que al principio no oye lo que Yassim le dice. Después cae en la cuenta y se queda sin aire.

—Ah —contesta, estoico—. Pero si acabas de llegar.

Yassim asiente en silencio.

—Cuando regrese... —continúa—, ¿querrás acompañarme a Europa? ¿Dentro de unas semanas? Más o menos un mes.

Jacob agita la cabeza y suelta la mano de Yassim.

—¿Cómo? —exclama—. ¿Qué quieres decir?

—Un trabajo —contesta Yassim—. Me acaban de pedir que haga un trabajo en Europa dentro de un mes y no quiero estar sin ti.

La servilleta con la advertencia de Myriam se humedece en su mano, Jacob puede imaginarse su cara justo delante, nota el frío de la pistola debajo de la mesa en los dedos.

—Sí —dice—. Sí, quiero.

22 de noviembre – Estocolmo

No son más de las dos de la tarde, pero Klara tiene la sensación de que una oscuridad gris empieza a cernirse mientras está sentada en el coche delante del Trattoria Romana, mirando la primera página de la libreta negra. Se la pega a la cara para poder leer la letra enmarañada de Gabriella.

«Pepino. Yogur. Ajo. Pan».

Una lista de la compra.

Más allá de la sorpresa de que Gabriella tuviera intención de hacer *tzatziki*, no es información relevante y Klara pasa la página.

Gabriella parece usar la libreta para tomar cualquier apunte imaginable. Sobre todo listas y alguna anotación de trabajo, unas pocas frases sobre una reunión o alguna conversación con un cliente.

Klara hojea deprisa hasta que llega a la mitad del bloc, donde las anotaciones se terminan de repente. Con un suspiro vuelve a empezar desde el principio y lee cada página con un poco más de atención. Pero no hay nada, que ella vea, que pueda estar conectado con lo que ha sucedido esta mañana.

Decepcionada, termina de hojear toda la libreta, pero para de golpe. En una de las páginas le ha parecido ver algo escrito, mezclado con cifras. Retrocede hasta que la vuelve a encontrar. Levanta un poco la libreta para ver mejor gracias a la luz que entra por la ventanilla. Son unas notas escritas deprisa y corriendo. Solo dos líneas.

«Palais de Justice. Delante del ascensor —lee—. 24/11, 16:00h». Debajo aparece un nombre. «Karl». Luego, nada más.

¿24 de noviembre? Dentro de dos días, el martes.

Klara vuelve a pensar en la conversación telefónica que Gabriella mantuvo en la pensión. El martes en Bruselas, dijo entonces. Golpe antiterrorista, han dicho ahora los policías.

Vuelve a dejar la libreta en el bolso de Gabriella y saca su teléfono. Antes que nada tiene que intentar enterarse de a dónde se la han llevado.

Una rápida búsqueda en Google le da el número de Kronobergshäktet, la prisión preventiva, y una chica joven responde casi al primer tono. Solo le puede confirmar lo que Klara recuerda vagamente de la asignatura de derecho penal que hizo cuando estudiaba Derecho en Upsala.

—La policía tiene setenta y dos horas para decidir si quieren meter a tu amiga en prisión preventiva —dice la chica—. La orden de prisión debe ser dictaminada por uno de los juzgados de Estocolmo, lo único que puedes hacer es esperar a que se ejecute la orden. Tendrás que llamar a los juzgados durante la semana, es lo único que te puedo aconsejar en este momento.

Klara cuelga y se reclina en el asiento. Setenta y dos horas. Tres días. Gabriella ha desaparecido de la faz de la tierra hasta el miércoles, a menos que la dejen salir antes.

No tarda más de un cuarto de hora en ir hasta la calle Bastugatan en el barrio de Södermalm y encontrar un hueco libre para aparcar. Coge el bolso de Gabriella, cierra el coche y luego empieza a caminar tiritando de frío en el atardecer en dirección al piso de su amiga.

El tiempo ha dado un giro y unas nubes grandes asoman por encima de los edificios. Klara ya puede ver algunas gotas de lluvia que se iluminan con las farolas. No tiene demasiado claro lo que piensa hacer en el piso, pero le parece el sitio más lógico por donde empezar.

Abre el portal con una de las llaves del manajo de Gabriella y aprieta el interruptor de la luz. El piso queda en la tercera planta y tiene puertas francesas que se abren a unas vistas sobre casi toda Estocolmo. Gabriella se compró el pequeño apartamento de una habitación cuando la hicieron socia de la empresa y el precio que había pagado había hecho tambalearse a Klara. Pero Gabriella se había encogido de hombros.

«No es que me gaste el dinero en otras cosas, precisamente», había dicho.

No eran pocos los que debían de soñar con esta vida cuando estudiaban en Upsala. Socia de un bufete de abogados. Un piso bonito en el centro de Estocolmo. Pero en aquel momento Gabi y Klara lo habían visto como una cárcel. Ellas deseaban ser libres, decían. Creativas. El Derecho solo era un punto de partida, algo que querían tener como base mientras descifraban cómo podían transformar el mundo. Gabriella como abogada defensora y

Klara mediante las relaciones internacionales, de una forma u otra. Pero, luego, ahí estaban, haciendo jornadas de diez horas como cualquier otro. Gabriella en el gran bufete. Klara como politóloga en Bruselas. Bueno, Klara ya no. No después de lo sucedido en los últimos años.

En la segunda planta se detiene y se queda escuchando. De pronto cae en la cuenta de que, si la policía ha detenido a Gabriella, no es improbable que también hayan inspeccionado todo el piso, o al menos que lo tengan vigilado. Que no se le haya ocurrido antes... De pronto se siente de lo más tonta.

Aguza el oído, pero no puede oír nada más que su propia respiración, que se ve amplificadas entre las paredes desnudas del hueco de la escalera.

Haciendo el menor ruido posible, empieza a subir el último tramo hasta la tercera planta. Mira a un lado y a otro y comprueba que no hay nadie. Respira tranquila y sube los últimos escalones con un par de zancadas.

Pero cuando llega al rellano frena en seco. Muy despacio deja en el suelo los bolsos que lleva en las manos y se acerca a la puerta de Gabriella. Una cruz de cinta policial la atraviesa entera, desde el marco superior hasta el umbral. La cerradura se ve forzada, como si alguien hubiese perforado el mecanismo y lo hubiera dejado inutilizado.

Klara no se sorprende, pero aun así le resulta un abuso tremendo, casi peor que ser detenida. Que alguien haya entrado en su casa, que hayan estado tocando y husmeando entre sus pertenencias más privadas.

Baja la manilla para probar y nota que la puerta cede. Lo único que la mantiene cerrada es la cinta adhesiva. ¿No podrían haber cambiado la cerradura, por lo menos? ¿De verdad la puerta de casa de Gabriella tiene que quedar abierta, protegida con dos trozos de celo?

No encuentra ninguna nota que indique que no se puede quitar la cinta policial. A lo mejor se da por sobreentendido, pero en este momento le da igual, y con cuidado quita justo lo necesario para poder abrir la puerta y entrar en el piso.

Apenas le ha dado tiempo de poner un pie al otro lado del umbral cuando oye ruido en el hueco de la escalera. El vello de la nuca se le pone de punta.

—¡Alto! —dice una voz grave a su espalda—. Ni un paso más.

20 de octubre -13 de noviembre – Beirut

Yassim está muy callado durante el resto de la comida en Byblos, así como durante el paseo que dan después por el puerto deportivo. Cuando al fin están sentados de nuevo en el Golf parece titubear antes de girar la llave en el contacto. Se vuelve hacia Jacob.

—Me gusta tanto estar contigo —dice—. Es como si todo lo demás desapareciera, como si estuviéramos en una burbuja.

Se queda callado y aparta la cara, mira por el parabrisas.

—¿Pero? —contesta Jacob.

Yassim se vuelve a girar hacia él poco a poco.

—Pensaba que se resolvería de alguna otra manera, que podría quedarme más tiempo aquí. Pero la llamada que acabo de recibir... No puede ser. Tengo que salir antes de lo que pensaba.

—Pero ¿y Europa? —pregunta Jacob en voz baja—. Vas a volver, ¿no?

Yassim sonrío y se inclina hacia él, le da un beso delicado en la mejilla.

—Siempre vuelvo —responde—. Y luego nos iremos juntos a Europa. Lo prometo.

Para Jacob octubre sigue siendo como si fuera verano, pero, comparado con el calor sofocante de antes, veinticinco grados le parecen una temperatura tirando a fresca y ya no piensa que vaya a morir cada segundo que tiene que estar bajo el sol.

Pasan dos semanas sin Yassim y Jacob apenas se acuerda de su cara. Pero recuerda su olor, su voz, aquel tono severo, el que lo hace sonrojarse y cumplir con todo lo que Yassim quiera. Casi todo lo que quiera.

Obviamente, Myriam se pone hecha una furia cuando él la llama y le dice que ha vuelto a desaparecer y que aún no ha conseguido instalar el *pendrive*. La voz de Myriam lo asusta, y más miedo aún siente cuando se da cuenta de

que no piensa contarle la promesa del viaje a Europa. Ella espera que le cuente algo, que se lo cuente todo. Así que ¿por qué no lo hace?

Para proteger a Yassim, para ganar tiempo. Porque no confía en ella, y porque poco a poco se va dando también cuenta de que, en verdad, Myriam lo necesita. Que tiene una carta ganadora en la mano en mitad de toda la desesperanza. Si ella delata a Jacob, también lo pierde, por lo que no le queda más remedio que aceptar que la cosa requiere su tiempo.

Y la intensidad con la que Myriam lo amenaza también se ve reducida.

«Tienes que entender que esto no es un puto juego, Jacob. Te estás relacionando con un terrorista. ¿Has conseguido meterte eso en la mollera ya?».

Pero cuando ella lo dice, suena tan convincente, tan evidente. ¿Por qué, si no, se iba a andar con toda esta historia? Y hay días en los que el peso de esta idea amenaza con ahogar a Jacob por completo. Porque se siente cómplice, de alguna manera, porque está viviendo cerca de un terrorista, se está acostando con un terrorista, ama a un terrorista. No hay ninguna excusa que pueda justificar eso, no cuando lo sabes. Y ante esta idea sus pulmones se encogen, se comprimen tanto que Jacob tiene que obligarse a sí mismo a respirar.

Por otro lado, Jacob ha podido ver las fotos que Yassim ha tomado en Siria y lo ha oído hablar de su experiencia. Ha mirado a Yassim más al fondo de los ojos que a ninguna otra persona. Ha sentido sus manos, su piel contra su cuerpo, y lo que Jacob experimenta no concuerda con lo que Myriam le ha contado. Sabe que es imposible que pueda ser cierto, imposible que Yassim esté mintiendo, y saberlo tan seguro lo tranquiliza, hace que se reduzca la presión que siente en el pecho.

Entonces recuerda la pistola debajo de la mesa y regresa a la casilla de salida.

En la embajada, Jacob vuelve a mirar las fotos que ha tomado Yassim. No son nítidas, y es que no dejan de estar sacadas a toda prisa de la pantalla de un portátil con la cámara del teléfono. Pero es todo lo que tiene y ahora abre el navegador en su ordenador y empieza a buscar imágenes de Alepo. Limita la búsqueda a las últimas semanas. Puede que las hayan publicado.

No tarda en encontrarlas. Primero la del niño en el camión. Después, la de la casa en ruinas donde la cena aún estaba servida. No son imágenes icónicas

de Aleppo, las que sirven para definir el conflicto para el público general, pero se han utilizado en un reportaje de una revista francesa y luego se han reproducido en algunos blogs y páginas web. ¿Cómo han podido correr tan rápido? Hace apenas dos semanas Yassim le había dicho que no estaban listas para publicarse.

Hace clic en la imagen y el servidor lo dirige al artículo de la revista francesa. Es de pago, así que el acceso está bloqueado, pero la foto se ve de fondo. Vuelve atrás y hace clic en uno de los blogs. También está en francés, pero la foto del niño en el camión aparece en formato completo. Jacob hace clic sobre la imagen. Es una buena foto, de eso no cabe ninguna duda. Yassim tiene talento. La minimiza y baja con la rueda del ratón por el artículo aunque no se le dé muy bien el francés.

Pero tiene una comezón que no lo deja tranquilo, hay algo que no cuadra. Poco a poco vuelve a subir hasta el encabezado de la entrada.

La fecha. El post del blog tiene casi un año de antigüedad.

Vuelve a la revista francesa. A pesar del bloqueo de pago, allí ve lo mismo. Noviembre de 2014. La foto no está tomada hace un mes. Sino hace un año, como mínimo.

Con dedos temblorosos vuelve al blog y ve que la fotografía está atribuida a una gran agencia de imágenes. Y cuando sigue mirando el blog descubre también la foto de la casa sin fachada, y varias más que recuerda vagamente.

¿Por qué ha mentido Yassim diciendo que las fotos las hizo hace un par de semanas, si resulta que las hizo hace un año?

Jacob se queda de piedra. No cabe duda de que hay algo que no encaja y, a pesar de todos los mecanismos de defensa, ahora no tiene más remedio que rendirse, reconocerse a sí mismo que lo que Myriam dice probablemente sea cierto. Ya no hay forma de esquivarlo.

Pasan tres semanas sin que Myriam se le presente en persona, aunque lo llama cada dos días para asegurarse de que no se olvida de ella. Jacob está a punto de contarle lo que ha descubierto sobre las fotos, las mentiras de Yassim, pero no lo hace. Es como si el engaño de Yassim no fuera a hacerse realidad si él no le pone palabras, y no sabe si en este momento es capaz de gestionarlo.

Ve a Myriam por todas partes, siente que su paranoia aumenta, le parece ver coches que están esperando delante de su portal. Le parece reconocer a

hombres por la calle que enseguida giran la cara en cuanto él los mira. Ya no sabe qué es real y qué es fruto de su imaginación. Lo único que desearía es que nada de esto hubiera pasado, no haber conocido a Yassim, no haber ido nunca a esa fiesta en la azotea. Que Myriam solo fuera una fantasía, aire, nada.

En la embajada Frida le pregunta distraída y sin demasiado entusiasmo cómo va con el *pro memoria* y él escurre el bulto diciendo que está esperando a ver a alguien para una entrevista.

—Te puedo mandar lo que tengo —le dice.

—Mejor termina de escribirlo —responde ella—. Así lo leo cuando esté todo listo. No hay prisa.

Con eso, desaparece de nuevo y Jacob se queda solo con la certeza de que el trabajo que está redactando no llegará a terminarse nunca.

Se pasa los días sentado a su escritorio pensando que no debería echar de menos a alguien a quien apenas conoce. No debería añorar ni apenas atreverse a separarse del teléfono cuando lo está cargando por miedo a perderse algo. Debería dejarlo ir. Sobre todo ahora que todo apunta a que Yassim solo es peligro y destrucción. Ahora que no parece existir ni una sola posibilidad de que esto tenga un final feliz.

Debería dormir. Debería comer. Pero no para de girar, agitar y retorcer los pensamientos hasta que una mañana el otoño está al otro lado de su ventana con lluvia gris, mar gris y dieciséis grados. Ahora, si no antes, debería sacudir el cuerpo y decir: ya basta.

Y casi lo ha hecho, casi se ha obligado a hacerlo, casi se ha engañado a sí mismo creyendo que puede poner el freno, cuando un día para en el campus de la American University tras haberse tomado un café con un joven profesor de universidad de quien se ha hecho más o menos amigo. Se vuelve hacia el mar y respira hondo. Ve árboles y hierba y mar y por primera vez en mucho tiempo siente algo que evoca la calma. En algún lugar de allí fuera le parece distinguir algo que quizá no sea libertad, pero que le recuerda a ella.

En ese instante una mano suave le envuelve el codo y Jacob se gira hacia la persona que se le ha aproximado y en una fracción de segundo la libertad se difumina ante sus ojos y ya no recuerda nada de toda esa nostalgia, añoranza y preocupación que ha estado sintiendo este último tiempo. En una fracción de segundo queda todo reducido a la insignificancia. Y Jacob se queda flotando en el presente.

—Ven —le dice Yassim al oído—. Necesito tocarte.

22 de noviembre – Estocolmo

Se queda quieta justo en el umbral. Sin duda, ha sido una decisión nefasta meterse en el piso precintado, debería haberlo entendido antes, y poco a poco se da la vuelta.

Detrás no tiene a ningún agente de policía, como Klara se había esperado, sino a una mujer grande de unos sesenta años, vestida con una tela de colores, un caftán o una especie de vestido. Es alta, mínimo metro ochenta, y tiene cierto sobrepeso. Lleva el pelo corto y teñido de rubio, los ojos muy pintados, las mejillas resaltadas con colorete. En la mano sujeta un cuchillo de cocina.

Klara levanta las manos. En realidad la mujer no le parece una amenaza, solo un poco excéntrica, pero un cuchillo no deja de ser un cuchillo.

—¿Quién eres? —pregunta la mujer.

Klara da un paso atrás en el piso para salir de un eventual radio de puñalada al mismo tiempo que traga saliva y hace un esfuerzo para sonar tranquila.

—Soy una amiga de Gabriella, que vive aquí —dice—. Iba a dormir esta noche con ella, pero...

Deja la frase en el aire al mismo tiempo que enseña el manojito de llaves de Gabriella, como si le sirviera para demostrar algo. Y en efecto, algo parece cambiar en el rostro de la mujer, la agresión o el miedo o lo que sea que había hasta ahora abre paso a algo más dulce y abierto. Baja un poco el cuchillo, apunta hacia el suelo.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—Klara. Me llamo Klara Walldén.

El último rastro de suspicacia y nerviosismo se borra de la cara de la mujer y da paso a media sonrisa, si bien un tanto desconcertada.

—Disculpa —dice—. No pretendía asustarte. No... —Se queda callada y mira el cuchillo que tiene en la mano—. No suelo ir por ahí con un cuchillo.

Ni siquiera sé qué pensaba hacer con él, en realidad.

Klara se relaja y respira hondo. La mujer da un paso al frente, cruza el umbral al mismo tiempo que echa un vistazo al hueco de la escalera. Cierra la puerta tras de sí.

—Sé quién eres, Klara —susurra—. Gabriella me ha hablado de ti.

Baja la voz todavía más.

—¿Le ha pasado algo? Parece que Gabriella ha tenido una época difícil.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Klara—. ¿Cómo que difícil?

—Aquí no me siento segura —responde la mujer negando con la cabeza—. Para nada. Mejor ven a mi casa. Tenemos mucho de qué hablar, me parece.

Klara acompaña a la mujer hasta su piso, que es el doble de grande y queda justo en la planta de encima. La acompaña por un pasillo con suelo de mármol verde hasta un gran salón dominado por un sofá enorme de color esmeralda y un pequeño piano de cola negro. Por las ventanas Klara ve Gamla Stan y Kungsholmen extenderse hacia Riddarfjärden en el atardecer. Ha empezado a nevar más fuerte y los copos revolotean contra las ventanas francesas. La mujer enciende un par de lamparitas en una mesa auxiliar y en el alféizar antes de desaparecer en el apartamento. Con la cálida luz de las bombillas Klara ve que las paredes están cubiertas de pósteres enmarcados de la Ópera Real.

Entonces la mujer vuelve a aparecer por la puerta con una botella de vino blanco y dos copas. Klara tiene que disimular la pequeña ola de alivio y euforia que siente al ver la botella empañada. Apenas ha bebido nada en todo el otoño. Pero ahora se muere de ganas de tomar una copa. No la quiere, la necesita.

—Por cierto, me llamo Maria —dice la mujer—. Maria Wittman. Supongo que es hora de que me presente.

—¿Es cantante de ópera? —pregunta Klara extendiendo un brazo para señalar los pósteres.

¿Por qué la ha tratado de usted? Hay algo en esa mujer que infunde respeto, que hace que el trato distinguido le salga natural.

Maria suelta una carcajada y le ofrece a Klara sentarse en el sofá verde.

—No eres la primera que lo sugiere —responde—. Supongo que encajo en el papel. No, mi marido tocaba la trompa en la Orquesta de la Corte Real y le gustaba coleccionar recuerdos. Mucho me temo que yo no tengo ningún

talento. Tuve que buscarme un trabajo en finanzas.

Mientras Klara pasea la mirada por el piso elegante y decorado con mucho gusto, Maria llena las dos copas.

—No creo que te falte talento —replica Klara—. Quiero decir, es un piso bastante excepcional.

Maria se encoge de hombros y se sienta a su lado en el sofá. Prueba el vino y sonrío a su invitada.

—Supongo que hay diferentes tipos de talento —admite—. ¿Cuál es el tuyo?

Klara coge la copa y resiste la tentación de vaciarla de un trago. Para bien o para mal, lleva casi medio año sin apenas probar el alcohol. Pero consigue refrenarse y solo da un sorbo, nota el calor y la calma esparciéndose por su cuerpo.

—Verme metida en algún lío —contesta—. Ese podría ser mi talento más destacado.

—Sin duda, es un talento que no hay que tomarse demasiado a la ligera —dice Maria—. Gabriella parece compartirlo contigo.

Klara da un trago más, esta vez un poco más grande. El vino es seco y está lleno de tierra y vida y éxito de antaño.

—Esta mañana la ha detenido la policía —confirma Klara—. En la puerta de su despacho en Skeppsbron, en una especie de operación antiterrorista. Yo estaba en el coche y solo me he podido quedar mirando mientras las fuerzas especiales nacionales, o quienes fueran, la metían en una furgoneta.

Para el asombro de Klara, Maria no se queda consternada ni parece alterarse. Se limita a escuchar con atención y hace girar la copa entre sus dedos. Una gran esmeralda brilla en un anillo solitario que lleva en el anular.

—En otoño le buscó las cosquillas a muchas personas —comenta Maria—. Una mujer joven y valiente, nuestra Gabi, hay que decirlo.

«Nuestra Gabi», piensa Klara. Aparte de ella, son muy pocos los que la llaman Gabi. ¿Por qué Gabriella no le había hablado nunca de esta tal Maria, si tan bien se conocían?

—Me imagino que tú también estabas involucrada en lo que pasó en verano —continúa la mujer.

Klara asiente en silencio.

—Sí —responde—. Se podría decir que con todas las letras. Yo...

Guarda silencio y toma otro poco de vino.

—No me encontraba demasiado bien.

Maria la mira con calma.

—No se puede estar siempre bien —contesta—. A veces se necesita a las amigas.

Klara nota que se le humedecen los ojos. La tal Maria tiene una calidez y una empatía tan genuinas que Klara piensa que debe de saber muy bien qué significa no estar bien.

—Ahora Gabi me necesita —dice Klara en voz baja—. Ella ha hecho mucho por mí. Y ahora yo tengo que hacerlo por ella.

Maria deja su copa encima de un libro enorme sobre arquitectura holandesa que hay en la mesita de centro, junto con otros libros sobre diseño. Se pone en pie y se acerca al piano negro. Levanta la tapa meticulosamente y mete la mano en el bastidor.

—Teatral —dice—. Lo sé. Pero tengo una tendencia a ello, quizá ya te hayas dado cuenta.

Lentamente saca la mano con un pequeño sobre entre los dedos.

—Y desde que Alf falleció no hay nadie que toque el piano. Así que mejor usarlo para esconder mensajes misteriosos, ¿no te parece?

Maria deja el sobre en la mesita de centro. Klara nota que se le pone la piel de gallina. El sobre está sellado y va dirigido a ella.

13 -14 de noviembre – Beirut

No le parece del todo real estar sintiendo la mano de Yassim en su codo y Jacob tiene que mirarlo continuamente de reojo para creerse que lo tiene aquí a su lado mientras bajan escaleras y cogen senderos que corren a los pies del campus universitario. En dirección al agua.

—¿Adónde vamos? —pregunta Jacob.

Se da cuenta de que es lo primero que dice. Yassim sonríe y se vuelve, lo mira.

—El túnel que baja a la playa —responde—. Allí no hay demasiada gente.

Jacob asiente. El Beach Club vallado de la American University, al otro lado de Cornichen, el triunfo definitivo y exagerado del privilegio. No hay nada que resuma mejor Beirut que los orificios de bala en los vestuarios de las carísimas playas privadas. El hedonismo, los privilegios y la violencia en una especie de baile eterno a lo largo de la costa privatizada.

Ahora se siente aliviado de que estén caminando hacia allí, lejos de Main Gate y Hamra, donde existe un riesgo de que Myriam o alguno de sus compañeros lo puedan estar esperando con sus amenazas.

—Has estado fuera tanto tiempo —dice Jacob.

Están dentro del túnel y la calma que infunde el campus se ve perturbada por el ajetreo de coches en Cornichen. Yassim esboza una leve sonrisa, pero es un intento descorazonado, no transmite ninguna alegría, solo aquello otro, eso duro y profundo que a veces asoma en sus ojos.

—Soy un fantasma —contesta—. Ya lo sabes.

—Pero podrías haber dicho algo, para tener alguna idea de cuándo ibas a volver.

La voz de Jacob resuena un poco en el túnel y Yassim no responde, solo sigue caminando hasta salir de él, a la llovizna que cae sobre el hormigón y las rocas.

Los vestuarios están vacíos, las duchas no funcionan. Ahora están solos junto al agua en pleno otoño. Una brisa los refresca, el mar tiene un color verde grisáceo y está encrespado. Yassim lo coge por los hombros y lo gira hacia sí, lo mira al fondo de los ojos.

—Las cosas son así —dice—. Lo sabías desde el principio.

—Sabía que no podía ser tu novio —replica Jacob—. No que ibas a desaparecer sin que ni siquiera supiera si ibas a volver o no.

Nota que ha alzado la voz, que está más enfadado de lo que pensaba. Puede que se esté pasando de melodramático, pero está sintiendo un hervor por dentro. La inquietud de si Yassim lo habría dejado se mezcla con la vaga, ahora deslucida y contradictoria, esperanza de que no fuera a aparecer nunca más. Jacob no quiere sentir esta felicidad que ahora le escuece, no quiere volver a estar indefenso en manos de Yassim. Las fotos de Siria, la pistola, las mentiras. Pero no importa, contra Yassim parece no tener ninguna defensa.

—Lo sé —dice este—. Pero no puedo controlarlo. Cuando alguien necesita mi cámara, tengo que ir. No es fácil llamar desde el frente, *darling*.

Jacob se lo queda mirando.

—¿Alepo otra vez? —pregunta, y recibe un leve movimiento de cabeza a modo de respuesta.

—¿Dónde, si no?

Jacob quiere a agarrar a Yassim por los hombros y sacudirlo.

«¿De verdad has estado allí?», quiere gritarle lo más alto que puede. O bien: «¿Quién eres?».

Pero en lugar de decir nada se limita a asentir en silencio.

—Pero eso da igual —continúa Yassim—. En breve me voy a Europa. Tengo que salir de aquí. Dime que vendrás conmigo.

Jacob nota que la cara se le humedece con la llovizna y echa la cabeza un poco atrás para sentir la brisa creciente. No le costará que le den vacaciones, nadie lo va a echar de menos en la embajada. De todos modos, en este momento, en el rompeolas junto al mar, le da todo igual. Todo menos esto.

—Sí —dice—. Claro que iré contigo.

Cuando abandonan el Beach Club de la universidad ya ha caído la noche y los faros de los taxis y SUV resplandecen en la lluvia. Jacob tiene la camisa húmeda y por primera vez en todo el otoño tiene frío, pero Yassim no lo lleva

directamente al piso sino que se mete por callejones, elige atravesar aparcamientos repletos de coches. Yassim lo mira y charlan, pero Jacob siente que hay algo que no encaja, que su amigo va con más cuidado que de costumbre.

—Por aquí —dice, y conduce a Jacob por delante de un vigilante soñoliento para luego bajar por una rampa que se mete en un garaje—. Un atajo.

Parece que caminen un kilómetro bajo tierra, pero al final llegan a un ascensor que los lleva hasta el piso de Yassim.

—Eso no ha sido un atajo —observa Jacob cuando se meten en el piso vacío.

Pero Yassim no responde, solo lo empuja contra la pared y lo besa tan fuerte que por un momento Jacob cree que la pared se va a derrumbar, que todo el edificio se va a derrumbar, que todo el mundo se va a romper en miles de pedazos a su alrededor.

Ocho cifras mantienen a Jacob despierto en mitad de la noche en la cama baja de Yassim. Apenas ha dormido nada, ha estado casi todo el tiempo esperando a que la respiración de su amigo se vuelva relajada y constante. Las dos últimas cifras las ha visto esta noche, por encima del hombro de Yassim, a pesar de que pareciera como si intentara proteger el teclado con su cuerpo. Si Jacob no hubiese apuntado las primeras cifras semanas atrás no lo habría conseguido.

20120714.

Ahora Yassim está durmiendo bocarriba en silencio a su lado bajo las sábanas blancas. No intranquilo, como la última vez, sino relajado. De momento.

Jacob se incorpora con cuidado, todavía desnudo. Su corazón late con fuerza en el pecho. Encuentra los calzoncillos y la camiseta y se los pone antes de plantar los pies en el suelo frío de hormigón pulido.

¿De verdad va a hacerlo? Camina por el piso sin hacer ruido. Necesita beber algo. De todos modos, no consigue dormir. No tiene nada de raro salir al salón en mitad de la noche.

20120714.

El ordenador está en el centro de la mesa, la cual está bañada por un resplandor artificial generado por la iluminación de la ciudad que se cuele por los altos ventanales. Se acerca a la zona de la cocina y coge un vaso del estante, lo llena con agua helada, toma un solo trago y vierte el resto silenciosamente en el fregadero. Luego camina despacio hasta el ordenador.

Se sienta en la silla. Lo único que se oye es un leve zumbido del aire acondicionado y algún coche que acelera y pita en la calle debajo del balcón. Son poco más de las dos.

Es como si no tuviera el mando de sí mismo. Las manos siguen su propia lógica cuando pulsan la barra espaciadora y el ordenador se despierta. El cuadro de diálogo pide una contraseña. Jacob mira el teclado tenuemente iluminado e introduce las ocho cifras. Un instante de titubeo antes de pulsar «Enter». Un instante de esperanza hasta que el ordenador le permite el acceso.

Su primer impulso es volver a cerrar el ordenador. Dejarlo correr, que pase lo que tenga que pasar. Pero no son Myriam y sus amenazas las que lo frenan. Es él mismo. Es esa vocecita que no quiere dejarlo estar, por mucho que Jacob se repita que es imposible que Yassim sea quien Myriam dice que es. Es esa incerteza roedora la que lo hace inclinarse hacia el portátil y ver que en el escritorio hay dos carpetas.

Una se llama Fotos. La otra se llama 20120714. Igual que la contraseña. La abre con dos clics sin pestañear.

La carpeta contiene una decena de vídeos y archivos PDF. Hace clic en el primero, que resulta ser un artículo escaneado del diario beirutí *Daily Star*, que se publica en inglés. El titular dice así:

MEDIADOR SUNÍ ASESINADO EN ATENTADO CON BOMBA

Ojea el artículo, fechado el 15 de julio de 2012, que habla de un tal jeque Yussuf que aparece descrito como una posible fuerza de unión para los rebeldes de Siria. Según el artículo, él y gran parte de su familia murieron en una explosión de gas en una boda el día antes.

Jacob hace clic en uno de los archivos de vídeo. Reconoce el escenario, pero no consigue decir de qué, no sabe dónde puede haberlo visto. Es un patio interior, decorado para una boda. Gente de punta en blanco que va

saludando a un hombre mayor, una especie de patriarca. ¿El jeque Yussuf en persona? Jacob pone pausa y se pega a la pantalla. Al lado de Yussuf hay un hombre al que conoce.

Yassim.

Más joven, claro. Lleva el pelo más largo, ropa tradicional. Pero es Yassim, no cabe duda. Y no parece que esté allí en calidad de fotógrafo. Más bien parece estar participando de la celebración. Ser parte de la fiesta.

Parte de la familia.

Entonces Jacob oye la voz que resuena a su espalda por toda la sala y es como si el mundo entero parara de golpe.

—No vas a encontrar lo que buscas en ese ordenador.

Jacob se gira tan deprisa en la silla que pierde el equilibrio y cae al suelo. Todo da vueltas. Levanta la mirada.

Yassim está en calzoncillos delante de él, en la entrada del pasillo que lleva al dormitorio. Detrás tiene la gran foto apoyada contra la pared y de pronto Jacob comprende por qué le suena el patio interior que se veía en el vídeo. Es el mismo sitio. En el vídeo, antes de la explosión. En la foto, después. Yassim no ha sacado fotos de la fiesta, era uno de los invitados.

Jacob nota que la sangre le quema en la cabeza. El pánico y el desconcierto hacen que el mundo se sacuda y se vuelva borroso. Ni siquiera sabe cómo sucede, pero rápidamente levanta las manos, hacia la cara inferior de la mesa, agarra la pistola negra mate y pega un tirón. El celo se desprende y Jacob casi cae de espaldas debajo de la mesa, pero recupera el equilibrio.

Yassim se le acerca. Ahora sus ojos son negros. Totalmente negros, pura cólera y deseo de exterminar. Todo aquello que, en general, permanece oculto y solo aparece a modo de destello en algún que otro momento.

—¿Quién eres? —pregunta Jacob y se arrastra hacia atrás por el suelo de hormigón.

Sin saber siquiera cómo, de pronto sostiene la pistola en alto con las dos manos, el dedo en el gatillo, el miedo casi cegador.

Yassim para en medio de la sala y levanta las manos.

—¿Quién eres?! —grita Jacob con todas sus fuerzas—. ¿Quién coño eres?!

22 de noviembre – Estocolmo

Klara da un trago más largo de vino y coge el sobre.

—¿Qué es esto? —pregunta—. ¿Por qué tienes una carta a mi nombre?
Maria se vuelve a sentar a su lado en el sofá.

—Gabriella me la dio la semana pasada. Me pidió que la escondiera y que solo la enviara si le pasaba algo.

Klara levanta la cabeza y mira a Maria a los ojos.

—Entonces, ¿tenía el presentimiento de que algo iba a pasar? —dice.

—Estas últimas semanas tenía la impresión de que la estaban siguiendo, me explicó. Al principio yo no sabía qué creer. Tampoco nos conocíamos tanto, solo habíamos charlado un poco en la escalera. Yo sabía quién era por las noticias de otoño. No pasa desapercibida, con ese pelo rojo tan fantástico que tiene.

Klara asiente en silencio.

—Pero pensar que te están siguiendo —continúa Maria—. Alf era... —Se queda callada y toma un poco de vino como para coger fuerzas—. Mi marido era maniacodepresivo. A veces las manías se transformaban en paranoia. Cuando Gabi habló de que alguien podía estar vigilándola..., reconozco que al principio me preocupé más que nada por su salud mental.

—Comprendo —contesta Klara—. Debió de ser muy difícil. Con tu marido, quiero decir.

Maria asiente lentamente mientras mira distraída por la ventana, a la nieve y el agua. Después se estremece y vuelve a mirar a Klara.

—Pero Gabriella no estaba paranoica —dice—. Enseguida me di cuenta, aunque no quisiera contarme en qué estaba metida.

—Pero ¿por qué te contó que se sentía observada? —pregunta Klara.

¿Por qué Gabriella no le había dicho nada a ella en otoño? ¿Después de todo lo que habían pasado juntas los últimos años? ¿Ya no confiaba en ella?

Klara no entiende nada.

Da un trago largo de vino y se reclina en el sofá con el sobre aún sin abrir en el regazo.

—Supongo que no estaba del todo convencida —responde Maria—. Y a lo mejor no quería que tú te preocuparas por ella. Pero hace cosa de una semana llamó a mi puerta. Me llevó hasta la ventana de la cocina, que da a la calle, y señaló uno de los portales de la acera de enfrente. Allí había un hombre hablando por teléfono. Me pidió que volviera a mirar la noche siguiente. Lo hice, y, efectivamente, también había un hombre. Y a la noche siguiente.

Maria sorbe el vino mientras Klara toquetea el sobre con un dedo.

—Antes de irse aquella noche, me dio este sobre y me pidió que te lo enviara si algo le pasaba. Me pareció un poco exagerado. Pero también es verdad que esas cosas me atraen. A nuestras vidas les falta aventura, Klara. Bueno, no a la tuya y a la de Gabriella. Pero a la mía, sí.

Maria se reclina en el sofá y mira pensativa la copa.

—Sin embargo, no pensaba que esto fuera a pasar. Lo dicho, al principio creí que se había vuelto un poco paranoica, que aquello que le había ocurrido con la Sjöo la había afectado. Pero ahora me doy cuenta de que ella sabía lo que estaba pasando. O lo que estaba a punto de pasar.

—Se pueden decir muchas cosas de Gabi —observa Klara—. Pero paranoica no es.

—Solo eres paranoica cuando lo que crees que está pasando no está pasando —señala Maria—. ¿O cómo se suele decir?

—¿Te contó algo más? —pregunta Klara—. ¿Algo de por qué pensaba que la estaban siguiendo, o por qué alguien querría vigilarla?

Maria niega con la cabeza.

—No, solo me dio el sobre. Tampoco soy de esas que meten las narices.

Klara toma un poco de vino y le da la vuelta al sobre, con la esperanza de que el contenido de alguna forma pueda explicar lo que le ha sucedido a Gabriella esta tarde.

—Le dije que si estaba intranquila tenía que ir a la policía —dice Maria—, pero no quiso.

Klara asiente en silencio, y sin alargarlo más mete un dedo bajo la pestaña del sobre y lo rasga. Con dos dedos saca una hoja doblada.

Maria se levanta del sofá con la copa en la mano y se acerca a la ventana. Le da la espalda a Klara y contempla la oscuridad y la lluvia y las luces de

Kungsholmen al otro lado de las ráfagas de agua.

Klara despliega impaciente el papel.

En él hay un breve mensaje escrito a mano.

Klara:

Me imagino que si estás leyendo esto es porque me ha pasado algo. Odio ser melodramática, pero, por otro lado, si no me pasa nada tampoco lo sabrás nunca. Y es que después de todo lo que hemos visto tengo la sensación de que solo podemos confiar la una en la otra.

En cualquier caso: me parece que me están vigilando. Dos tíos diferentes, no tienen pinta de poli, más bien de Europa del Este. Los he visto delante de mi portal y en el trabajo. No sé qué quieren, pero me llamaron la atención después de recibir un par de llamadas el 15 de noviembre de un chico sueco que se llama Karl. Es bastante joven y está jodido por el estrés, y dice haber dado con una información que lo hace sentirse vigilado. Es posible que se crea un nuevo Snowden, aunque después de haber hablado un poco más hay algo que me hace fiarme de él. Pero está muy asustado.

Me he citado con él en Bruselas el 24 de noviembre a las 16:00 en aquel ascensor de cristal que hay delante del Palais de Justice, pero él está tremendamente nervioso, así que no sé cómo irá.

Ahora mismo esto es todo lo que sé. Pero si me pasara algo creo que no estaría de más que empezaras a tejer por aquí, y que vayas a la reunión con Karl si yo no lo consigo, ¿vale?

Aunque espero que no tengas que leer nunca esta carta.

Un abrazo,

Gabi

PD: Te dejo una de mis tarjetas de crédito. No sé cuánto dinero hay, pero no quería que dejaras tirada a tu mejor amiga por una cuestión de pasta.

14 de noviembre – Beirut

La pistola es muy pesada, Jacob apenas puede sostenerla en alto, le tiemblan las manos, y le resulta asombroso, inexplicable, que la esté sujetando ahora mismo.

Yassim está de pie. Tiene los brazos caídos a los costados y poco a poco levanta uno hacia Jacob. Dice algo, pero Jacob no puede oírlo, le pitan demasiado los oídos.

—¿Quién eres? —vuelve a gritar.

Luego Yassim está justo delante de él. La pistola se libera tranquilamente de sus manos y es lanzada por el suelo. Más allá del zumbido en los oídos, Jacob oye el restallido del arma al chocar contra el hormigón. Ahora se le echa encima, Jacob levanta las manos para defenderse, pero Yassim es demasiado fuerte y Jacob cae de espaldas como a cámara lenta, con su amigo encima.

El cuerpo delgado de Yassim parece de lo más pesado mientras lo empuja contra el frío suelo, sus manos son fuertes, inflexibles alrededor de sus muñecas. No es tan distinto de cuando se acuestan juntos. Pero el sexo es un juego, o eso es lo que ha pensado Jacob, que es un juego. El dominio de Yassim y su propia sumisión le resultan tan estimulantes que ponen en jaque a la razón. Siempre ha pensado en la sumisión como una opción que él ha elegido, como roles que se han asignado el uno al otro y que pueden romper en cualquier momento. Pero esto va en serio y Jacob siente miedo de verdad.

Yassim lo gira bocabajo y Jacob nota que se le tumba encima. Nota su peso, su aliento, sus caderas, su miembro. Es humillante. No solo que lo haya pillado cotilleando en su ordenador sino también no poderse defender físicamente. Pero lo más humillante es que se excite. Que no pueda resistirse a esto ni defenderse de Yassim a ningún nivel. Esto no es sexo ni juego. Es el camino elegido.

—Fóllame —susurra Jacob con la boca pegada al suelo—. Fóllame lo más duro que puedas.

Yassim le arranca los calzoncillos y enseguida se adentra en su cuerpo. El mundo estalla en dolor y deseo crudo, terrible, y por un instante Jacob piensa que va a morir, que el mundo se acaba aquí.

Y puede que lo haga.

Después, Yassim retira el pene y se desploma hacia atrás, apoyándose en una de las patas de la mesa. Jacob sigue tumbado con la cara pegada al suelo, los ojos cerrados. Es demasiado. Esto es demasiado.

—Fue un sábado —empieza Yassim en voz baja—. La boda de mi hermana fue un sábado.

Jacob permanece inmóvil.

—Toda la familia estaba allí, evidentemente. Toda. Mi padre era un hombre importante. Influyente. Poderoso, a su manera. Pero sobre todo se le daba bien tener a todo el mundo de buen humor, entender lo que la gente necesitaba. Por eso lo escuchaban. Por eso lo escuchaban también los americanos. Todo el mundo había ido a la boda. Rebeldes seculares, representantes de Al Nusra, Al Qaeda. Incluso Abu Bakr estaba de camino, pero llegó tarde. Por aquel entonces aún no era califa, claro, solo Ibrahim, un don nadie con ambiciones.

Yassim calla. Le resulta difícil contar esto, pero Jacob siente que lo único que puede hacer es quedarse quieto, parecer como si ni siquiera estuviese aquí.

—Fue un error, dijeron luego. El ataque con dron. Alguna orden mal dada. Algún puto piloto de drones en Virginia o donde cojones sea que están que había recibido las coordenadas equivocadas. ¿Quién sabe? El caso es que en lugar de una boda fue un entierro de doce personas. Mi padre. Mi madre. Primos. Mi hermana...

Yassim se detiene.

—El día de su boda. Ni siquiera tuvo tiempo de casarse antes de que la mataran.

Jacob tiene la boca seca, nota el suelo en los labios cuando los mueve.

—Pero ¿por qué mentiste? —susurra—. ¿Por qué no me dijiste la verdad desde el principio?

Se gira en el suelo para poder ver a Yassim, que sigue sentado junto a la

pata de la mesa con los ojos cerrados.

—No podía echarte eso encima —responde Yassim—. No sé. No te conozco. O... no te conocía.

Jacob se tumba de costado, se apoya en el codo.

—Lo siento mucho —dice—. No sabía. Si lo hubiera sabido...

Yassim agita la mano en el aire, ruborizado.

—Déjalo —lo interrumpe—. ¿Cómo ibas a poder saberlo?

Se quedan un rato callados en el suelo.

—¿Adónde vas cuando desapareces? —pregunta al final Jacob.

Yassim no responde, pero abre los ojos y lo mira. Levanta un dedo y se lo lleva a los labios para pedirle silencio. Luego se levanta y le tiende una mano.

—Ven —dice—. Vamos a dar un paseo.

La ciudad está tranquila cuando salen del parking en mitad de la noche. De alguna terraza les llega una línea de bajo, la fiesta no parece terminar ni con las primeras gotas de lluvia. Unos pocos coches avanzan por el asfalto húmedo y agrietado. No se dicen nada, y Yassim lo lleva por un solar abandonado, reconvertido en aparcamiento repleto de vehículos, hasta una cafetería abierta que no es más que un par de lonas pasadas por encima de los restos de un edificio que nadie se ha preocupado por derribar ni restaurar. Compran Sprite y una bolsa de patatas fritas y se sientan bajo la lona en las sillas de plástico sucias, al resguardo de la lluvia. Yassim se inclina hacia Jacob y lo mira a los ojos. La sombra amenazante se ha disipado, ahora solo queda aquello cálido, sincero.

—¿Se ha puesto alguien en contacto contigo? —pregunta con calma—. ¿Alguien te ha pedido que me vigiles?

Jacob bebe del refresco y mira al aparcamiento y la lluvia a través del plástico sucio y transparente. Hace frío, Jacob se ciñe el cárdigan de Yassim al cuello. Asiente despacio con la cabeza.

—Pensaba que habíamos sido precavidos —continúa Yassim—. Lo siento. No era mi intención que te vieras metido en nada. De verdad te lo digo.

—Dicen que eres terrorista —comenta Jacob—. Que planificas atentados.

Tiene la boca seca. Decirlo en voz alta hace que le resulte real. Pero Yassim se limita a asentir tranquilamente con la cabeza.

—¿Tú lo crees? —pregunta.

Jacob se vuelve para mirarlo directamente a los ojos por primera vez desde

que han salido del piso.

—No lo sé —contesta—. Desapareces, te vas a Siria. Mientes. Dices que eres fotógrafo y me enseñas fotos que no creo que hayas hecho tú. Tienes una pistola debajo de la mesa en un piso que es demasiado grande y caro.

Vuelve a mirar la lluvia.

—¿Qué coño quieres que piense?

Yassim solo asiente en silencio y lo observa con mirada firme.

—¿Quiénes son los que se han puesto en contacto contigo? —dice Yassim—. ¿Los americanos?

Jacob lo vuelve a mirar, ignora la pregunta.

—¿Eres terrorista? —pregunta—. ¿Lo eres, Yassim?

22 de noviembre – Estocolmo

Klara agita el sobre y, efectivamente, de su interior cae una American Express dorada sobre la mesita de centro de Maria. No puede evitar sonreír. Gabriella ha pensado en todo, por supuesto. Como siempre.

Maria sigue de espaldas delante de la ventana y Klara aprovecha para terminarse lo que le queda en la copa antes de ponerse de pie.

—Muchas, muchas gracias —dice—. Has sido de una ayuda incalculable.

Maria se da la vuelta y le sonríe.

—¿Adónde vas a ir ahora?

—Pensaba buscarme un hotel. No puedo meterme en el piso precintado de Gabi.

—Ni por asomo —replica Maria con una voz que no deja espacio a protestar en absoluto—. Yo vivo sola y tengo dos habitaciones de invitados. Te instalas aquí, no hay nada que discutir.

Luego saca sábanas y toallas de un armario en el pasillo. Le pone la pequeña pila de ropa en los brazos a Klara y señala al final del pasillo, donde quedan los cuartos que ha mencionado.

—Algo me decía que iba a acabar así —comenta—. Te hablo de Alf. Que se iba a suicidar. Para algunas personas no hay otra salida.

—Vaya, lo siento —contesta Klara, sorprendida de la repentina intimidad—. Debió de ser horrible.

Maria le acaricia la mejilla y sonríe triste.

—Sí —dice—. Lo fue. Pero aguantó mucho tiempo. Fue una vida llena de largos periodos muy difíciles. Para los dos.

—Lo entiendo.

—Pero dime, ¿y tú cómo te encuentras? —pregunta Maria y mira a Klara a los ojos—. ¿Alguien te ayuda a sentirte mejor? Gabi me ha contado cómo lo has pasado.

La mirada cálida de Maria y sus sábanas planchadas y con olor a suavizante. Su consideración y su cobijo. Klara nota que se le empañan los ojos. En otoño se ha sentido mejor, pero todavía se despierta por las noches. No logra recordar ninguna mañana en que levantarse no fuera una lucha.

—No sé —responde, y se sorprende ante lo débil y pequeña que se ha vuelto de pronto su voz—. Al menos ya no bebo tanto como antes.

¿Por qué ha dicho eso? Sabe que la mitad del año ha bebido demasiado, hasta el verano y todo lo que pasó entonces. Sabe que ahora está echando demasiado de menos el vino. Pero nunca ha hablado de ello con nadie, apenas se lo ha reconocido a sí misma.

—Eso está muy bien —dice Maria con calma—. Pero a lo mejor te iría bien ayuda de verdad. Nadie puede conseguirlo todo por sí solo, por muy fuerte que se crea.

Klara se encoge de hombros y se da la vuelta. No tiene fuerzas para pensar en eso. No tiene espacio para preocuparse de sí misma. Ahora es Gabriella la que necesita ayuda. Además, ya se encuentra mejor.

—¿Cojo la de la derecha? —pregunta, y empieza a caminar por el pasillo hacia los cuartos de invitados.

Maria encuentra lomos de pescado en la nevera y mezcla una bechamel que vierte sobre el pescado y unas espinacas y luego lo mete todo en el horno, mientras ante el entusiasmo poco disimulado de Klara abre otra botella de vino.

Klara nota que el vino la relaja y que ya no tiene que luchar con tanto ímpetu para no volver a caer en el agujero oscuro. Por un momento consigue dejar de pensar en su abuelo y en lo que le ha pasado a Gabriella, concentrarse solo en estar sentada en la preciosa cocina con Maria, mientras el olor del pescado al horno va inundando la estancia.

—Lenguado a la Casanova —dice Maria al final y le sirve un plato a Klara—. No está mal para cuando tienes visita inesperada.

Solo después de que hayan quitado la mesa, Maria se haya ido a su dormitorio y Klara esté con un cigarrillo en el balcón del cuarto de invitados, le vuelven las ideas a la cabeza. Nota los cristales de hielo revoloteando en la oscuridad y fundiéndose sobre su piel. Ve la cara de su abuelo delante y su ataúd y casi puede notar la mano seca de su abuela en la suya.

No la ha llamado. Le había dicho que lo haría en cuanto llegaran a

Estocolmo. Pero luego pasó todo lo demás. Gabriella reducida en el suelo delante de su oficina. Su propia huida de la policía. La afabilidad de Maria. La carta de Gabi.

Klara sale otra vez al pasillo. Solo una copa más. Mañana no beberá nada.

Abre la puerta de la nevera y se sirve de la botella abierta. Mañana va a reservar un vuelo a Bruselas.

Hace tiempo que no va y le da un escalofrío al recordar lo que ocurrió antes de que abandonara la ciudad que había sido su casa durante tantos años, al recordar lo que les pasó a su padre y a Mahmoud.

Nota que se le acelera el pulso y le cuesta respirar. Se toma media copa de un trago. Bruselas. Es como si sintiera un rechazo físico a regresar a la ciudad que tanto le gustó en su día.

Ahora mismo solo tiene un amigo allí. Uno en quien ha pensado absurdamente mucho estos últimos días y a quien no parece poder evitar, por mucho que quiera. Debe de ser más que una mera casualidad.

George. ¿De verdad se va a poner en contacto con George Lööw otra vez?

Un cosquilleo cerca del estómago, un leve silbido en los oídos. ¿Cómo es posible que un capullo como George Lööw le genere estos sentimientos? Alguien que no es más que fachada y cháchara y éxitos acelerados.

¿O acaso no es más que eso? Sin embargo, también le ha salvado la vida en dos ocasiones. Y en verano cuando se vieron pudo apreciar en él otra faceta, una especie de calma, detrás de sus camisas caras y la jerga.

Sin pensarlo, se acerca a la ventana. Toma un trago del vino frío y deja que su mirada se deslice por el resplandor amarillo de la calle de abajo. Es entonces cuando lo ve. Casi se le cae la copa al suelo. En un portal un poco más abajo ve a un hombre al abrigo de la nieve. Puede ser una coincidencia, un transeúnte nocturno que se ha visto sorprendido por la intensidad de la nevada y está esperando a que amaine un poco. Pero de alguna manera Klara sabe que no es así. La mano le tiritita un poco cuando se toma el resto de vino que le queda. Está segura. Los que habían estado vigilando a Gabriella estas últimas semanas han cambiado de objetivo. Ahora es ella.

14 de noviembre – Beirut

La lluvia ha cogido fuerza al otro lado de las lonas y Jacob también puede oírla tamborilear en los techos de los coches que están aparcados ahí fuera.

La pregunta flota como una nube sobre los dos. Debería habérselo preguntado hace tiempo.

—A ellos seguro que les parece que sí —dice Yassim con calma—. Para ellos soy un terrorista.

El aire tiembla cuando Jacob se vuelve hacia Yassim. Lo que Myriam le ha contado es cierto. Ya no hay forma de esquivarlo. Se encuentra mal y de pronto siente que necesita vomitar. Debería ponerse de pie y salir corriendo, sin darse la vuelta, no volver nunca. Pero es incapaz de moverse.

—Sin embargo, las cosas no son o blancas o negras, Jacob —continúa Yassim—. Se es muchas cosas. Y para ellos yo soy un terrorista, de la misma manera que lo es Snowden. De la misma manera que Assange es un terrorista.

Jacob niega con la cabeza.

—¿Qué? —dice—. ¿De qué coño estás hablando?

—Mis viajes —contesta Yassim—. Tienes razón. No soy fotógrafo. Bueno, sí soy fotógrafo, pero no solo eso. Últimamente no es la razón por la que he estado en Siria. Trabajo con un proyecto que consiste en recopilar información sobre ataques con drones y otras operaciones occidentales en Siria e Irak.

Yassim se queda callado y toma un poco de refresco, lo deja en la mesa, le pone una mano en el hombro, pero Jacob se aparta.

—No sé de qué estás hablando —dice—. ¿Qué coño de proyecto?

—Testimonios —responde Yassim—. Fotos, vídeos. Toda la información que se pueda conseguir para definir el patrón que siguen para atacar a civiles y niños. Estamos muy cerca. En breve entregaremos la información a alguien

que la va a publicar.

Jacob vuelve a negar con la cabeza. La lluvia se cuele por una ranura en la lona y le gotea en la cabeza, baja por su mejilla. Jacob tiritita.

—Alguien me está persiguiendo —dice—. Una mujer sueca. Se hace llamar Myriam Awad y trabaja para un instituto sueco en Alejandría. Pero es espía.

—¿Has hablado con ella?

Jacob mira a la lluvia, sin ver nada.

—Apareció unas semanas después de la primera vez que nos encontramos. Tiene un vídeo. Salgo yo con un chico al que... En unos baños árabes en Bujr Hammoud. Justo acababa de conocerte, antes de saber si volverías o no. Era una trampa, algo que por lo visto había planeado mi jefe siguiendo las órdenes de esa mujer. Un chico rapado vino a ligar conmigo y quería que follara con él. Fue... violento. En el vídeo da la sensación de que lo estoy violando. Nunca había hecho nada así. Ya sabes, tener sexo con desconocidos...

Suelta un suspiro y reprime las lágrimas.

—En verdad apenas he tenido sexo en toda mi vida. Pero estaba solo y desubicado...

Yassim posa una mano con cuidado sobre la suya. Un aire frío hace agitarse la lona.

—No es culpa tuya —dice—. Solo me habría gustado que me lo hubieras contado.

Jacob se lo queda mirando, pero aparta la mirada hacia el aparcamiento.

—Y a mí me habría gustado que tú me hubieras contado lo que estás haciendo.

Yassim asiente en silencio.

—No es sencillo, esto.

—Pero esta tal Myriam tiene información sobre ti. Dice que eres un «detonante». Que vas a trasladar información sobre un atentado terrorista a Europa, donde hay una célula de yihadistas que van a llevarlo a cabo.

Yassim lo mira sereno, ni siquiera da muestras de asombro.

—¿Qué quiere que hagas? —dice.

—Quiere que la avise cada vez que vuelves a Beirut. Y quiere que te instale un jodido programa en el ordenador.

—Así que has estado observando mi contraseña..., es así como has tenido

acceso.

Jacob asiente sin mirarlo, los ojos aún en los techos mojados de los coches en la oscuridad.

—De vez en cuando se me presenta sin avisar, si no la llamo —dice—. Cuando estuvimos en Byblos y alguien te llamó, ella estaba allí, en Pepe's. Y a veces me ha estado esperando en mi piso.

Jacob tiene un nudo en la garganta, le cuesta tragar y esconde la cara en las manos.

—Pero no he hecho nada —continúa—. No le he contado nada. Y no me ha dado tiempo de hacer nada con tu ordenador antes de que te despertaras. Tampoco sé si lo habría hecho. Pero necesitaba saber quién eres.

Solloza, le está brotando todo de dentro. El estrés y la frustración. El amor.

—Perdón —se disculpa—. Debería habértelo contado. Tendría que haberte dicho algo.

Pero Yassim se limita a negar con la cabeza, lo rodea con cuidado con un brazo y lo atrae hacia él.

—Pero tú no sabías —dice—. Yo también tendría que haberte explicado quién soy. Pero lo que hago es peligroso, Jacob. No quería meterte en ello. No hasta que te conociera mejor. Más que nada, por ti. Creo que intuí desde el principio que podía confiar en ti.

Yassim le da beso suave en la sien y Jacob baja las manos a las rodillas.

—Eres tan inocente, Jacob —susurra—. Esa es tu fuerza, aquí donde nadie es inocente. No lo olvides.

Se quedan así un rato, escuchando la lluvia de fuera. Están completamente solos, a excepción de la mujer mayor que lleva la cafetería y que está sentada detrás de la caja registradora mirando la reemisión de una vieja telenovela siria. Yassim aparta a Jacob, le coge la cabeza con las manos, lo mira profundamente a los ojos. Está reuniendo fuerzas para decir algo que tiene preparado.

—Me gustas tanto, Jacob —murmura.

Es como si toda la cafetería, con sus sillas sucias de plástico y el toldo, se difuminara, como si la lluvia dejara de caer y la noche se volviera cuento y mito a su alrededor. Es como la noche en el jardín, como si lo único real fueran ellos.

—Y tú también me gustas —contesta Jacob.

Tiene la boca seca, pero no quiere liberarse para beber Sprite, no quiere

que Yassim le suelte las mejillas, no quiere arriesgarse a que esto se acabe.

—Vendrás conmigo a Europa, prométemelo —dice Yassim.

—Sí —responde, asintiendo como buenamente puede con la cabeza entre las manos de Yassim—. A donde sea. Te acompaño a donde tú quieras.

Sabe que lo dice en serio y que nunca ha sentido nada igual, por nadie. Y que no debería estar sintiéndolo ahora. Porque implica que deja de lado todo aquello por lo que ha luchado. Su sueño de diplomático. Su nueva vida. Todo el control que tan premeditadamente ha procurado conseguir sobre su vida y sus posibilidades. Todo eso, abandonado por una persona de quien no sabe nada.

—Tendré que marcharme dentro de poco otra vez —continúa Yassim—. Después de lo que me has contado... Ahora no puedo arriesgarme a quedarme aquí. —Su voz se atraganta de golpe y tiene que carraspear—. Tampoco puedo exponerte a ti, Jacob. Es peligroso. Son peligrosos. Es mejor si no estoy aquí.

Jacob asiente en silencio, lo entiende, pero se queda vacío al pensar que Yassim va a desaparecer una vez más.

—Te espero en Europa, en Bruselas, *darling* —añade Yassim, y esboza una débil sonrisa—. No estés triste.

—No estoy triste —responde Jacob—. No ahora que sé que te tengo.

—Me tienes —confirma Yassim, y le acaricia la mejilla—. Sabes que me tienes.

Al final deja ir la cara de Jacob también con la otra mano y toma un trago de Sprite. Vuelve a coger carrerilla. Quizá para decir eso que se había preparado. Es algo solemne, Jacob lo nota en el aire, un atisbo de algo más trascendente, algo importante.

—La información que hemos recopilado... —empieza—. Somos extremadamente meticulosos con ella. No la guardamos en ningún ordenador que tenga conexión, no mandamos e-mails, no nos llamamos. Siempre nos vemos cara a cara, nunca usamos intermediarios.

—Ya me he dado cuenta —comenta Jacob, y sonrío un poco—. Tú solo desapareces. Incluso de mi lado.

Yassim asiente.

—Es necesario —explica—. Ellos lo ven todo. No hay secretos a menos que seas estricto y solo los compartas con aquellas personas en las que confías.

Jacob no aparta la mirada. «¿Ahora yo soy una de ellas? —piensa—. ¿Soy una de las personas en las que Yassim confía?».

—Eso también nos concierne a ti y a mí —prosigue Yassim—. Lo dije desde el principio, que es demasiado peligroso, que tenemos que ser fantasmas, que eras un riesgo demasiado grande. Pero cuando nos vimos... Cuando nos sentamos en aquel jardín... Todas las veces desde entonces. No somos más que personas, ¿cómo íbamos a poder negarlo todo?

—No se puede —susurra Jacob.

Acaricia con cuidado la perilla de Yassim y nota que él se apoya suavemente en su mano.

—Pensaba que habíamos sido precavidos —continúa Yassim—. Pero deben de haberme estado siguiendo desde el principio. Y ahora...

—¿Qué? —susurra Jacob.

—Ahora tengo que volver a esfumarme —dice Yassim—. Y tengo que encontrar una forma de sacar el material.

Extrae el teléfono de su bolsillo y abre la web de *The Guardian*. Jacob mira la pantalla.

Cientos de heridos a raíz de una serie de atentados en París, pone en los titulares.

El shock llega en una nueva ola y Jacob se hace con el teléfono de un tirón. Varios grupos de terroristas han cometido un atentado delante del estadio nacional francés durante un partido de fútbol y contra un club de rock en el centro de París. La situación aún no está clara. Jacob lo ha pasado completamente por alto porque ha estado con Yassim y no ha mirado su propio teléfono ni una sola vez en toda la tarde y la noche.

—¿Tú sabías...? —empieza—. ¿Estabas al tanto de esto?

Yassim lo mira con aquella sombra negra y dura en los ojos.

—Desde luego, está claro que ha conseguido meterse en tu cabeza, la espía esa —protesta.

Pero Yassim gira la cara, como si no pudiera mirar a Jacob a los ojos, y él le devuelve el teléfono y se lleva las manos a la cara.

—No sé qué pensar —dice nervioso—. Ya no tengo nada claro.

—Yo estoy igual de afectado que todo el mundo por esto que ha pasado, joder —exclama Yassim conteniéndose—. Me ha aparecido un titular hace un rato en el teléfono, pero no quería fastidiarnos la noche. No..., no he visto la magnitud que tenía.

Jacob vuelve a mirarlo, esta vez con lágrimas brotando. Hay algo en los ojos de Yassim, algo distinto. Más oscuro y profundo.

—Ahora no te lo puedo explicar —dice—. Pero es más importante que nunca que saque esa información de Oriente Próximo cuanto antes. Aquí no confío en nadie. Ni en los medios ni en los diplomáticos. Aquí todos son espías. Cada uno tiene sus propios objetivos, su propia visión.

Se queda callado y mira la lluvia. Se le ve enfurecido y Jacob quiere preguntárselo, si es el atentado en París lo que le remueve, o de qué va todo esto, en realidad. Al mismo tiempo, en este momento lo ve tan claro. Le parece tan evidente lo que tiene que hacer. Mira a Yassim, sus ojos cansados y su pelo ondulado que cae sobre la capucha de su jersey.

—Dámela a mí —dice con calma.

Yassim se vuelve lentamente y mira a Jacob con ojos que no entienden, como si no hubiese oído o comprendido bien lo que quiere decir.

—¿Que te dé el qué? —pregunta.

—Lo que habéis recopilado. Dámelo a mí. Yo puedo sacarlo más fácilmente. Soy europeo. Para mí las reglas son otras.

Yassim no dice nada, solo se queda observándolo antes de apartar de nuevo la mirada y negar con la cabeza.

—No puedo dejarte hacerlo —murmura entre dientes—. Es demasiado. Demasiado peligroso. No es tu guerra, Jacob. Además... Tú ya estás quemado, porque el servicio de inteligencia sueco piensa que trabajas para ellos.

Pero Jacob agarra a Yassim, lo atrae hacia él y le gira la cara para poder mirarlo a los ojos. No aparta la mirada ni un instante. Ahora está tranquilo, ya no tiembla ni se siente nervioso.

Le viene la imagen de los ojos gélidos de Myriam, su presencia amenazante. Nunca ha tenido nada tan claro.

—¿No te das cuenta? —dice—. Ese es el tema. Creen que trabajo para ellos, por eso no van a sospechar de mí.

Yassim le acaricia la mejilla.

—Es demasiado arriesgado —responde—. Se van a dar cuenta, hazme caso.

—Pero quiero hacerlo —insiste Jacob, casi desesperado—. Después de lo que ha pasado hoy en París a ti te va a ser imposible, siendo árabe. Van a controlar y sospechar de todo el mundo. Lo digo en serio, Yassim. Puedo

hacerlo, deja que lo haga.

Yassim baja la mirada y se retira un poco, se inclina en la silla y mece el cuerpo lentamente hacia delante y hacia atrás.

—¿No confías en mí? —pregunta Jacob—. Lo entiendo, crees que intento convencerte para que...

Se interrumpe de golpe porque Yassim se ha vuelto hacia él y le ha tapado la boca con una mano.

—Confío en ti —dice sin prisa—. Además, si quisieras engañarme no te estarías comportando de esta manera ni serías tan servicial.

Sonríe un poco.

—Te habrían instruido mejor si quisieran que me mintieras. No es eso. Sé que eres sincero. Pero no sabes en qué te estás metiendo. Eres insensato y no sabes...

—Tú solo dame lo que tienes —lo interrumpe Jacob—. Tú solo dame lo que quieres que cargue por ti.

La lluvia ha amainado cuando por fin abandonan la cafetería. Ahora solo llovizna, prácticamente nada. Parece que caminen acompasados, como si sus corazones latieran al mismo ritmo, como si se hubieran fusionado en uno solo, más duros que el titanio, que el diamante, más fuertes que ninguna otra cosa.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Jacob.

Yassim le coge la mano, la presiona con cuidado.

—Primero de todo, les daremos lo que quieren —dice—. Vas a hacer lo que la tal Myriam te pidió y vas a instalar el programa en mi ordenador. Nos comportamos como siempre. ¿Quién sabe si nos escuchan?

—¿Cómo? —exclama Jacob—. No entiendo nada.

Yassim niega con la cabeza.

—Si se han puesto en contacto contigo, seguramente tengan pinchado mi piso también.

Jacob se limita a asentir con la cabeza. Hay algo en la competencia y la calma de Yassim que le infunde seguridad, que lo hace acompañarlo sin hacer preguntas.

—La próxima vez que Myriam te venga a buscar tienes que contarle que te he pillado, pero que delante de mí te mostraste convencido de que soy fotógrafo. ¿Me lo prometes? No puede haber fisuras.

Jacob asiente en silencio.

—Lo que haga falta —dice—. Pero si instalo el programa ellos van a ver toda la información que tienes en el ordenador.

Algo titila en los ojos de Yassim. Una esquirla de aquello oscuro e implacable.

—Ya te he dicho que mis secretos los escondo mejor que eso —contesta.

23 de noviembre – Estocolmo

Maria ya está sentada en la cocina cuando Klara al fin acepta que no podrá volver a quedarse dormida. Tiene el diario *Dagens Nyheter* abierto en la mesa y una taza de café al lado.

—Sí que madrugas —dice y se levanta—. Hay café hecho.

Se acerca a la cafetera eléctrica, llena una taza y se la pasa a Klara.

—No tienes pinta de querer leche —comenta sonriendo.

Klara coge la taza y se sienta insegura a la mesa. Niega con la cabeza y nota que le palpita un poco por la falta de sueño y las secuelas del vino de la noche.

—No —responde—. No es lo mío.

Maria se vuelve a sentar y mira a Klara con ojos cálidos pero un tanto preocupados.

—¿Qué piensas hacer ahora? No parece que hayas dormido demasiado.

—Me voy a Bruselas —contesta en voz baja—. Pero creo que es mejor que no te explique nada más.

Siente un escalofrío al pronunciar el nombre de la ciudad. Va a tener que hacer un esfuerzo sobrenatural para reservar los billetes.

Como si le hubiese leído el pensamiento, Maria se levanta otra vez y va hasta uno de los armaritos de la cocina. Saca un tarrito de color blanco y lo deja en la mesa delante de Klara.

—Tienes que dormir por las noches —dice—. Y no creo que pueda convencerte para que vayas a ver a un médico.

Klara apenas sonrío y niega en silencio.

—Voy a ayudar a Gabriella —afirma—. Es lo único que me importa ahora mismo.

—Lo entiendo —responde Maria—. Y no te digo que te tomes una pastilla ahora. Pero veo que no te encuentras bien.

Desliza el tarro por la mesa para acercárselo.

—Es algo fuerte, pero es lo único que tengo. Y a veces basta con apagar para poder seguir adelante.

Klara coge el tarrito. Flunitrazepam Mylan, lee en la etiqueta.

—Rohypnol —dice Maria y se encoge de hombros—. Mala reputación, pero funciona.

Hay algo tan inesperado en que la señora adinerada de sesenta años que tiene al otro lado de la mesa le dé un bote de Rohypnol que Klara no puede evitar una sonrisa. Mira a Maria a los ojos.

—O sea que me voy de viaje a una reunión anónima en Bruselas armada únicamente con un tarrito de pastillas de violador —comenta.

Maria le guiña un ojo y sorbe el café.

—Con tal de superar el día, hay que estar dispuesta a hacer lo que haga falta —dice—. Pero me parece que esa idea la tienes más que asimilada.

Poco después de comer se sube en un taxi que la está esperando casi a una calle de distancia del portal de Gabriella. Maria le ha enseñado una salida a través de la lavandería del edificio por una puerta que da calle abajo, para que Klara pueda esquivar a eventuales acosadores.

—Aeropuerto de Bromma —le dice al conductor, y se reclina en el asiento.

La temperatura ha bajado durante la noche y la nieve ha seguido cayendo. Las calles están oscuras y resbaladizas. Mira a los tejados, pero el cielo es tan claro y la luz de otoño tan inusualmente intensa que se ve obligada a cerrar los ojos.

Se gira y mira por la luna trasera. En la calle no hay ni un alma, pero justo antes de que el taxi doble la esquina ve encenderse los faros de un Volvo oscuro que está aparcado. Klara da un respingo. Antes de poder comprobar si los sigue, el taxi gira y el Volvo desaparece de su campo de visión.

«Bruselas», piensa con un suspiro. Sacude la cabeza para quitarse la sensación de asfixia, pero no le sirve de mucho. El pulso se le acelera, las sienes le palpitan y nota que está respirando deprisa y de forma superficial.

Con lo que le parece un esfuerzo sobrehumano, consigue respirar hondo una vez. Y luego otra. Y una más.

—¿Todo bien?

Abre los ojos y ve la mirada inquieta del taxista por el retrovisor. Klara asiente como buenamente puede.

—He pasado mala noche —explica.

En realidad, lo único que quiere es ponerse a llorar. Dejarlo todo y tumbarse en el asiento y romperse por fin. Porque ¿cómo va a conseguir esto? ¿Cómo va a lograr ir hasta Bruselas y ayudar a Gabriella si apenas es capaz de mantenerse erguida en un taxi?

Se siente tan sola, completamente sola y abandonada.

Poco a poco abre los ojos y mira por la luna trasera para evitar la mirada del taxista. Ya han llegado al puente de Centralbron y Klara puede ver el Parlamento irguiéndose a un lado y el cartel de neón azul de la editorial Norstedts al otro.

Y entre los dos edificios icónicos, en la carretera, tan solo dos coches por detrás del taxi: un Volvo negro. No tiene pruebas fehacientes, pero aun así sabe que se trata del mismo coche que estaba aparcado delante del portal de Gabriella.

Cuando luego el taxi se detiene a las puertas de la única terminal de Bromma es como si la angustia, la soledad, la exposición se hubieran quedado al margen y hubiesen sido sustituidas por una especie de coraje creciente en su interior. ¿Quiénes son esos desgraciados que la están siguiendo? ¿Quiénes son los desgraciados que han estado siguiendo a Gabriella? ¿Por qué no las pueden dejar en paz?

Baja del taxi y se echa al hombro la mochilita negra con ropa que se había preparado, en un principio, para pasar un par de días en casa de Gabriella. Pasea la mirada por los autobuses, el aparcamiento de corta estancia. Titubea un segundo. Luego le da la espalda a la terminal y empieza a caminar hacia el parking.

Solo ha dado un par de pasos cuando observa que el Volvo se ha detenido un poco más allá, detrás de los autobuses, con el motor en marcha. Hace frío, seguro que están a diez bajo cero, y Klara se ciñe el abrigo, encuentra un gorro en el bolsillo y se lo cala hasta las orejas. Nota que el corazón le late más deprisa, pero esta vez no es un inminente ataque de pánico, sino rabia. ¿Qué coño quieren de ella?

Al lado del Volvo negro hay un hombre bajito y atlético, en vaqueros y con gorro negro. Parece que se acaba de bajar del coche. Lleva barba corta y un anorak azul marino, guantes de piel marrones. Cuando de pronto se da cuenta de que Klara se le está acercando corriendo a toda prisa, se agacha, abre la puerta del acompañante y sube de un salto. El motor del Volvo ruge y los

neumáticos derrapan en la nieve y el asfalto cuando el coche acelera un par de metros antes de hacer un giro de ciento ochenta grados y alejarse a toda velocidad del aeropuerto.

Klara lo persigue corriendo a pesar de saber que es inútil. También se percata de repente de que no tiene ni idea de lo que haría si de pronto el coche se detuviera y le diera tiempo de alcanzarlo.

Al cabo de unos cien metros se para y está a punto de resbalarse en el asfalto. Se inclina hacia delante mientras el Volvo termina de desaparecer. La adrenalina y la angustia que han vuelto a surgir le corren por dentro y Klara suelta un grito de frustración. Un hombre con abrigo largo que va arrastrando una maleta en dirección a la terminal desde el aparcamiento de corta estancia se vuelve y se la queda mirando. Pero no hace ningún ademán de acercarse y a Klara le entran ganas de gritarle a él también: «¿Qué coño miras, imbécil?».

Pero logra contenerse y se obliga a recuperar el control de sus emociones.

La cabeza le late cuando se endereza. JNK 314. Al menos ha conseguido la matrícula del coche.

Con las manos aún tiritando de tensión y esfuerzo consigue sacar el móvil y anota el número en el registro de vehículos. El coche está a nombre de una empresa de alquiler.

Cierra los ojos y se pone en cuclillas. Gabi tenía razón en lo que le ponía en la carta. El que la seguía no parecía sueco, más bien de Europa del Este. Un coche de alquiler. No era la policía la que la estaba siguiendo. Ahora está segura de ello.

14 de noviembre – Beirut

No puede haber dormido más de dos, tres horas cuando nota que Yassim le acaricia el pelo. En la oscuridad del dormitorio solo puede distinguir el perfil de Yassim y que tiene un dedo sobre los labios. Con cuidado, se tiende sobre Jacob y le susurra al oído:

—Vístete haciendo el menor ruido posible y acompáñame.

Al final los ojos de Jacob se acostumbran y ve que Yassim ya está vestido.

Sin hacer ningún ruido, rueda sobre sí mismo hacia el otro lado, baja los pies al suelo, encuentra la ropa interior, la camisa, los pantalones.

Caminan descalzos y a hurtadillas por el hormigón, abren y cierran sigilosamente la puerta del piso. Yassim lo aleja del ascensor y se lo lleva a las escaleras. Los labios pegados a su oreja.

—Como fantasmas —susurra, y sonrío enseguida.

Al cabo de un momento vuelven a estar en el garaje y Jacob ve tres taxis viejos y cascados esperando en la rampa que sube a la calle.

—¿Qué es esto? —pregunta Jacob.

Pero Yassim no para, sigue adelante cogiendo a Jacob por la cintura y lo mete en uno de los coches. La cabina huele a tabaco y plástico viejo.

—Tumbate —le indica Yassim; empuja con cuidado su cabeza hacia el asiento y luego él mismo se acurruca a su lado.

Los coches empiezan a subir la rampa.

—Los que nos vigilan no pueden seguir a los tres —le explica Yassim al oído—. Y no saben en cuál vamos.

Jacob no dice nada, solo nota el escay caliente del asiento en la mejilla; piensa que esto no puede ser real. Lentamente se van deslizando por las calles aún desiertas.

—Ya está... —dice Yassim al final y le da un toquecito en el hombro—. Creo que ya estamos solos.

Jacob se incorpora y lo mira, observa su rostro cansado, las pequeñas arrugas alrededor de los ojos en las que no había reparado hasta ahora. Observa que Yassim lleva su mochila negra en el regazo, y que está más abultada de lo habitual, llena hasta los topes. No se ha percatado de que la llevaba hasta ahora.

—¿Ya te vas? —susurra, y se reclina en el asiento.

El cansancio le bombea en las sienes. ¿Qué se había esperado? ¿Que tendrían unas horas más, algunos días?

Estrías del sol de la mañana entran por la ventanilla del taxi y se reflejan en el asiento de escay raído que tienen entre medias. Yassim apoya el puño cerrado en el asiento entre sus muslos y los de Jacob y se vuelve para mirarlo.

—No puedo arriesgarme —dice—. No después de lo de ayer. Después de París. Aunque hayamos esquivado la vigilancia más fuerte y a lo mejor incluso los hayamos hecho creer que estás colaborando con ellos. Es demasiado peligroso.

Levanta la mano del asiento y la abre. Jacob ve que en su palma hay una pequeña tarjeta de memoria. De esas que se ponen en las cámaras, muy delgada y de apenas un centímetro cuadrado.

—Todo lo que tenemos —dice—. Toda la información que hemos recopilado.

Coge la mano de Jacob y la abre. Con cuidado, le pasa la tarjeta de memoria y le cierra los dedos.

—¿Estás seguro? —pregunta—. Sabes que puedes echarme atrás.

Pero Jacob se limita a asentir con la cabeza. Nunca ha estado tan convencido de nada en toda su vida.

—Estoy seguro.

Yassim le acaricia la mejilla.

—Entonces hay muchas personas que confían en ti a partir de este momento —dice—. No te imaginas cuántas cosas dependen de que no pierdas esta tarjetita.

Le da la sensación de que la tarjeta le quema en la mano y Jacob tiene ganas de abrir el puño y dejarla caer en el suelo del taxi y pisotearla antes de que le deje una marca. De golpe se siente intranquilo. No por el riesgo que implica la tarjeta, sino por miedo a no lograr llevar a cabo su objetivo.

—Pero ¿y si me paran? —pregunta—. ¿Y si pierdo la tarjeta? ¿Y si hago algo mal?

Yassim le pone una mano en la rodilla y lo tranquiliza.

—No la vas a perder —contesta—. De eso nos vamos a encargar ahora.

—¿Qué quieres decir?

Jacob mira por la ventana. Debe de haber sido muy fácil avanzar por las calles vacías de Beirut a primera hora, porque no tiene ni idea de dónde están. Aquí las casas no se parecen en nada a las tiendas caras del centro y los rascacielos nuevos; aquí lo que hay son callejones serpenteantes y orificios de bala, ropa sucia en cuerdas de tender y toldos delante de las ventanas, cables eléctricos formando telarañas justo por encima del techo del taxi.

Yassim se inclina hacia el taxista.

—Espera aquí.

Luego coge a Jacob de la mano y lo saca a la calle polvorienta.

—Ven —dice—. Ha llegado el momento de hacer que no pierdas tu pequeño chip.

Los están esperando. La puerta la abre una mujer joven y tímida con hiyab y ropa blanca de enfermera antes de que Yassim tenga tiempo siquiera de llamar al timbre. Ella dice algo en árabe que Jacob no comprende, pero puede ver en sus ojos que está estresada y nerviosa por su presencia, y rápidamente los hace entrar por la puerta y luego la cierra con cuidado.

No han entrado a un recibidor, la puerta conduce directamente a una escalera, por donde suben siguiendo los pasos de la mujer.

—¿Es enfermera? —pregunta Jacob—. ¿Dónde estamos?

Yassim se limita a darse la vuelta y a esbozar una sonrisa tensa, fugaz.

—Te lo explicaré —dice—. Pronto.

La escalera lleva a una salita de espera desgastada. Viejos muebles de acero, una mesa destartada, persianas bajadas en las ventanas que dan a la calle. La mujer que los ha recibido abre una puerta en el otro extremo de la salita y les hace gestos para que entren. Yassim se vuelve hacia Jacob y lo mira otra vez de aquella forma penetrante y solemne. No lo toca. Aquí solo son amigos. Nada más.

—¿Dónde estamos? —vuelve a preguntar Jacob—. ¿En una consulta médica?

Pero antes de que Yassim tenga tiempo de contestar, un hombre bajito vestido con ropa verde de cirujano aparece en la puerta. Lleva gorro y mascarilla de color verde y lo único que se le ve son los ojos castaños y estresados.

—¿A qué estáis esperando? —dice—. No quiero teneros aquí ni un segundo más de lo necesario. ¡Vamos!

Va todo muy rápido. De pronto Jacob yace estirado en una camilla, nota el papel rígido y áspero raspando bajo su pecho desnudo, deslizándose sobre el escay raído de debajo. Nota que alguien, probablemente la mujer que les ha abierto la puerta, le unta un gel frío entre los omoplatos. Jacob intuye a Yassim en algún lugar detrás de él.

—La idea era que fuera yo —dice—. Es así como transportamos la información cuando es especialmente sensible.

Jacob traga saliva y asiente con la cabeza. La adrenalina fluye. No hay vuelta atrás.

—Te van a operar para insertarte el chip justo por debajo de la piel —continúa Yassim—. Entre los omoplatos. Tardan dos minutos, no más. Solo un corte rápido y tres puntos.

En árabe le pide a la enfermera que se aparte y le dé un segundo. Cuando la mujer se retira, Yassim se pone de cuclillas junto a la cara de Jacob.

—Última oportunidad, Jacob —dice—. Si hacemos esto, será irreversible.

Jacob coge aire. No titubea ni un segundo.

—Hazlo de una vez —responde.

Yassim se levanta y le dice que sí con la cabeza al médico. Lo único que Jacob nota es una rápida punzada de aguja.

Un cuarto de hora más tarde están otra vez sentados en el taxi. Yassim lo coge de la mano y se vuelve hacia él. El sol brilla más fuerte, ilumina los edificios y se refleja en las ventanas de la calle.

—¿Te duele? —pregunta.

—De momento, no —contesta Jacob—. Ni siquiera me lo noto, supongo que aún me dura la anestesia.

Yassim asiente.

—Eres valiente —dice.

—No soy tan valiente —responde Jacob—. Pero me gustas mucho.

Yassim le aprieta la mano y aparta la cara, contempla la mañana que despunta y el sol impaciente.

Cuando el taxi se detiene delante de Urbanista en la Gemmayzeh Street la anestesia ha empezado a dejar de surtir efecto y Jacob nota que la pequeña

incisión entre los omoplatos le escuece y tira un poco. Tres puntos. «Casi no lo vas a notar —le comentó el médico antes de echarlos al taxi otra vez—. Como una picadura de avispa».

—Me habría gustado mucho acompañarte hasta casa —dice ahora Yassim—. Pero creo que será mejor que el último tramo lo hagas tú solo. Estamos a pocas calles.

Jacob asiente desconcertado.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunta.

—Ahora sigue tu vida con normalidad, *darling*. Cuando la tal Myriam te llame te ciñes a la historia que hemos acordado. Dentro de dos semanas te subes a un avión a Bruselas. Nos encontramos allí.

—Me parece todo tan irreal —dice Jacob.

Yassim se inclina y lo mira profundamente a los ojos.

—Sé que es demasiado —susurra—. Sé que no tengo derecho a pedirte esto.

Yassim se inclina otro poco y lo besa con cuidado en los labios. Jacob está a punto de retirarse de golpe, sorprendido por la repentina y abierta intimidad. Luego aparta a Yassim con suavidad, niega con la cabeza, lo mira a los ojos.

—Hago esto porque quiero —dice—. Por ti. Y porque es lo correcto.

Al decirlo sabe que es así. Que esto es lo que ha estado añorando y casi había perdido en su anhelo de hacer lo necesario para salir adelante. Esto es lo que es Jacob de verdad. Yassim le ha brindado la oportunidad de ser alguien que marca alguna diferencia, y no tiene miedo, ni se siente utilizado, solo agradecido.

—¿Conoces la librería internacional de Gefinor Center, en Hamra? —pregunta Yassim.

Jacob dice que sí. Se la recomendaron en la embajada y ha dedicado horas infinitas a repasar la oferta de libros de bolsillo en inglés que tiene el armenio fumador.

—¿Qué pasa con ella?

—Ha sido todo tan rápido —contesta Yassim—. Necesitas billetes y cosas. Hoy mantente alejado, ve mañana después de comer. El dueño es un viejo armenio que fuma puros.

—Lo sé —dice Jacob.

—Bien. Pregúntale si ha recibido alguna entrega en las últimas veinticuatro

horas. Te dará lo que necesitas. Utiliza lo que haya en el sobre. ¿Me lo prometes? No improvises.

Jacob asiente con la cabeza.

Yassim se inclina por encima de él para abrir la puerta del taxi. Lo besa fugazmente en la mejilla y le da un empujoncito para que se baje. Luego Jacob está de pie en la acera, notando el calor. Yassim asoma la cabeza por la puerta.

—Tengo que irme —dice—. Ahora no hay vuelta atrás...

—Para ya —lo interrumpe Jacob.

Se quedan mirando un rato, antes de que Yassim agarre la empuñadura de la puerta.

—Voy a perder mi vuelo —añade—. Nos vemos dentro de dos semanas. Te voy a echar de menos.

Yassim se despide con la mano a través de la ventanilla cuando el taxi da la vuelta y se aleja otra vez en dirección oeste. Jacob alza una mano desconcertada para decir adiós. Después está solo en la estrecha acera en Beirut este con una tarjetita de memoria explosiva bajo la piel.

«¿Qué hago ahora?», se pregunta.

¿Qué haces cuando te ves metido en algo que es más grande que ninguna otra cosa que te hayas podido imaginar hasta el momento? Tiene que seguir haciendo vida normal, le había dicho Yassim. Va a ir a la embajada y va a llamar a Myriam. Va a hacer como si todo siguiera como siempre, como si no hubiera pasado nada.

Yassim y el chip y la misión, ahora siente el peso de todo ello. Aturdimiento y euforia, miedo y amor y nostalgia. Entra en Urbanista con paso torpe y pide un café. Se lo toma con manos temblorosas. Lo único en lo que puede pensar es en las manos de Yassim, su boca. En cómo va a resolver esto. En si es lo bastante fuerte.

Cuando se levanta nota tirantez en la herida de la espalda y le da un mareo. Se inclina hacia delante, se apoya en la mesa, hasta que al final logra recuperarse y salir hasta la calle. Justo cuando va a cruzar el teléfono vibra en su bolsillo y Jacob lo saca enseguida. ¡Yassim!

Pero no es Yassim. Es Myriam.

23 de noviembre – Bruselas

En el momento en que el avión rebota sobre la pista de aterrizaje en el aeropuerto de Zaventem, en las afueras de Bruselas, Klara abre los ojos. Debe de haberse quedado dormida en cuanto se ha sentado porque no guarda ningún recuerdo del vuelo.

Mira por la ventanilla y piensa en todas las veces que ha tomado tierra aquí en la lluvia. Durante más de tres años, Zaventem fue como volver a casa, cuando seguía el río de hombres y mujeres con sus maletas de mano y ropa de negocios por el gusano que lleva a la amplia terminal, por delante de bares de zumos, tiendas de chocolates y *duty free*, hasta la salida.

Al levantarse ahora del asiento y seguir la corriente humana solo siente una presión en el pecho y un dolor de cabeza que sigilosamente va ganando espacio. En uno de los pequeños puestos de Lavazza compra un café doble y se quema el paladar al tomárselo en dos tragos apresurados. La cabezada en el avión no le ha servido de ayuda, al contrario, no está acostumbrada a dormir de día y siente la cabeza bastante pesada y espesa.

A medio camino por la terminal se quita la mochila, tira el vaso de cartón en una papelería y se sienta en un banco de una de las puertas de embarque. Saca el móvil del bolsillo, busca el nombre de George Löow y se queda un rato largo con el pulgar sobre el número de teléfono mientras dura la batalla interior de impulsos contradictorios.

Con un suspiro termina por apagar el teléfono y lo vuelve a guardar en el bolsillo. Eso tendrá que esperar. Alza la vista y contempla el bullicio de viajeros estresados. Y es entonces cuando lo ve. Al otro lado del pasillo, como a cincuenta metros de distancia, con una gorra bajada por delante de los ojos y una chaqueta en el regazo, hay un hombre mirando en dirección a ella. Cuando Klara lo observa, él aparta la mirada. En otras circunstancias no le habría dado mayor importancia. Pero ahora, después de Gabi y Bromma, su

cuerpo reacciona y el vello se le eriza en la nuca. Recuerda haberlo visto en el avión.

Klara se vuelve y con piernas temblorosas camina el último trecho hasta que llega a la terminal de salidas. Se detiene cada ciertos pasos para mirar a su alrededor, y siempre descubre al hombre de la gorra entre la muchedumbre que tiene detrás. ¿De verdad se había creído que había espantado a sus perseguidores por haber salido corriendo tras ellos en Bromma?

Acelera el paso y cuando llega a la terminal se detiene y vuelve a mirar atrás. Solo hay una salida. El hombre de la gorra tiene que pasar por aquí.

La furia repentina que había surgido como una llamarada y que la había hecho querer enfrentarse a los tipos de Bromma se ha esfumado por completo durante el viaje.

Ahora pasea la mirada por toda la gente que está esperando a que lleguen los viajeros: taxistas con corbata y carteles escritos a mano con apellidos europeos. Padres que esperan a sus hijos adolescentes, amigos y parejas y una familia musulmana con globos y una larga banderola con un texto escrito en árabe. El torrente de personas es rápido y los minutos pasan sin que Klara vea al hombre que la estaba siguiendo.

Siente una mezcla de alivio y decepción. ¿Qué podría hacer si el de la gorra saliera a la terminal?

Puede que incluso se haya equivocado. A lo mejor después de lo de Bromma reaccionará así ante cualquier hombre con aspecto de los países del este y mirada esquiva.

Vacilante, da la vuelta y sale por las puertas automáticas hasta la fila de taxis. Son las cuatro de la tarde. Ni siquiera sabe adónde ir, solo que necesita una copa de vino. Y cuanto antes, mejor.

No tiene que estar ni cinco minutos en la cola.

—Place Sablon —dice después de meterse en uno—. En cualquier parte.

Le sorprende haber pedido que la lleven a la plaza lustrosa y turística llena de tiendas de chocolate y antigüedades, y no al barrio de Ixelles, donde estuvo viviendo tres años. Pero la idea de su viejo barrio solo refuerza su angustia. Mejor mantenerse en la zona turística, mejor dejar que la ciudad aún no la atrape del todo. Mejor aterrizar con suavidad.

Observa la ventanilla trasera mientras el taxi se desliza por delante de los edificios de aparcamientos y los hoteles del aeropuerto. Pasea inquieta la

mirada, de pronto le parece que hay alguien siguiéndola en uno de los coches que van avanzando poco a poco bajo la llovizna unos metros más atrás.

Cogen la circunvalación, pasan por delante del edificio de la OTAN, las calles grises y ajadas de las afueras del barrio Schaerbeek, y luego suben por el parque Square Ambiorix. Klara se inclina para poder ver mejor el edificio de pisos de alquiler junto a la esquina sudeste del parquecito donde estuvo alquilando un piso de una habitación durante tres meses cuando acababa de llegar a Bruselas. El taxi gira para salir de la plaza y continuar en dirección a las instituciones de la UE. Ahora todo eso le parece otra vida, entre restaurantes y bares en la Rue Archimedes. Todo tiene el mismo aspecto que antes, familiar, Klara lo sabe todo de esa vida, de los almuerzos y las sonrisas, de los trajes y los vestidos. Aun así le resulta imposible imaginar que en su día ella fue parte de eso, que la persona que lo vivió es la misma que va ahora sentada en el taxi.

Luego llegan al corazón de la UE: la rotonda Schuman, con el cuartel general del Parlamento Europeo y las oficinas con forma de estrella de la Comisión, el edificio Berlaymont, a mano derecha. Siente un pequeño nudo en el estómago cuando el tráfico se detiene justo delante de la rotonda y ve a la gente trajeada correteando por las aceras, con las manos llenas de carpetas y archivadores y los teléfonos pegados a la oreja.

Podría haber sido ella. Ha sido ella. Antes de que Mahmoud se pusiera en contacto hace dos años. Antes de París y Londres y el verano pasado. Era ella antes de la angustia y las noches en vela y la tristeza.

Ahora se vuelve a abrir la sima en su interior y Klara nota que empieza a precipitarse. Se inclina hacia delante entre los asientos para hablar con el taxista.

—Mejor vaya a la Place Luxembourg —dice.

Es más cerca. Necesita una copa cuanto antes, si de verdad quiere resolver todo esto. Era consciente de que le iba a resultar difícil volver aquí, lleva sintiendo el desasosiego desde ayer. Pero ¿esto? Es peor de lo que se esperaba. No debe quedarse sola. Necesita alguien con quien hablar.

Saca el teléfono y vuelve a buscar el número de George Lööw. No era así como había pensado contactar con él, no en estas circunstancias. Pero ¿qué opciones tiene?

«Estoy en Bruselas —resume en pocas palabras—. En Ralph's dentro de media hora. ¿Podemos quedar?».

14 de noviembre – Beirut

Jacob camina casi todo el tramo que le queda hasta casa con el teléfono en la mano. «Última oportunidad», le había escrito Myriam. Pero ya no necesita una última oportunidad, ya ha tomado una decisión. Lo ha dejado todo atrás.

Llega a su portal y debería subir a coger algo de ropa, por lo menos. ¿Por qué? ¿Adónde piensa ir? Habían acordado que seguiría viviendo con normalidad, sin llamar la atención. Ahora Jacob comprende que tiene que ver también a Myriam, seguirle el juego. Ir a la embajada cada día para no despertar sospechas. Y luego, desaparecer.

Saca la tarjeta de visita que ha tenido en el bolsillo todo el tiempo.

Alexa Tayeb
Directora
Centro Juvenil Recreativo Palestino, CJRP
Shatila, Beirut

«Shatila es un descontrol —le había dicho—. Si no sabes lo que haces, allí dentro puedes desaparecer».

Puede que desaparecer sea justo lo que le gustaría hacer. Jacob suspira y se vuelve a guardar la tarjeta, siente miedo y malestar ante la mera idea de verse con Myriam. Pero no hay más elección.

Ha refrescado un poco, Jacob apenas suda con el paseo bajo el suave sol de otoño mientras sube las escaleras de colores que van de Mar Mikhael a Ashrafieh, a pesar de llevar la mochila cargada con dos mudas de ropa. No sabe si volverá al piso. Ahora mismo, no sabe nada.

Son las tres menos diez. Es como si ni él mismo supiera adónde se dirige. Como si no fuera él quien marca su rumbo. Pero cuando mira el teléfono comprueba que ha introducido el museo de Surssock en la aplicación de

mapas para no perderse entre los edificios *art déco* marcados por las balas. Solo tiene que negarlo todo, ceñirse a la historia, conseguir que ella le deje en paz unos días. Ganar tiempo.

Fue aquí, bajo la red de tendido eléctrico, sobre este asfalto agrietado, por donde caminó con Yassim la primera noche, hace tres meses. En aquel momento había sido otro mundo, Beirut le había parecido tan diferente, y por su parte Jacob se había sentido desubicado y frágil, un extraño. ¿Quién era ahora?

Le parece reconocer balcones y postigos descascarillados. Pero no encuentra el jardín, no ve el palacio con el banco en el que se sentaron. Es como si aquella noche hubiese sido un sueño.

La fachada renovada y blanca del museo Sursock brilla como nácar, como una ilusión óptica entre tanto gris y tanta dejadez. Jacob se detiene y aspira el aire fresco. En verdad debería irse de allí. Ya ha elegido a Yassim. El amor y la verdad.

Pero respira hondo y cruza la verja mientras echa un vistazo a la izquierda, hacia la cafetería nueva y la pequeña tienda. Myriam ya está allí sentada con una tacita de café delante, nada más. Excepto en Byblos, Jacob nunca la ha visto a la luz del día y se sorprende ante lo guapa que es. Una chica árabe moderna que tiene la tarde libre para ir a un museo. A menos que hayas hablado con ella y sepas lo despiadada que es.

Jacob se acerca despacio por las baldosas de piedra pulida, entornando los ojos bajo el sol.

Ella ni siquiera levanta la vista de su móvil cuando él se le sienta enfrente.

—¿Qué es lo que va a hacer tu amigo? —se limita a preguntarle.

Jacob vuelve a sentir que lo inunda la impotencia. Tiene que recuperar su fuerza, su poder.

—¿A qué te refieres? —contesta.

Myriam deja el teléfono en la mesa y mira a Jacob con sus ojos vacíos.

—Sigues sin entender la gravedad del asunto —dice despacio, conteniendo la cólera—. Te crees que es un puto jueguecito, ¿no? ¿Un romance? ¿Acaso te has enterado de lo que ha pasado en Europa? ¿Ayer, en París?

Jacob nota que las piernas le tiemblan y saltan bajo la mesa, nota las palpitaciones en la herida de la espalda.

—Tu noviete ha vuelto a desaparecer —continúa—. Esta vez va de camino a Europa. Responde a la pregunta: ¿qué va a hacer allí?

—He hecho lo que me pedisteis —susurra Jacob—. Instalé el programa en su ordenador.

Myriam se queda mirándole.

—¿Y qué quieres? —dice con sarcasmo—. ¿Una piruleta como recompensa?

—Entonces ¿qué quieres que haga? —salta él—. He hecho lo que me pediste y aun así sigues cuestionándome.

—¿Te crees que soy tonta del culo?

Ha alzado la voz y ahora se inclina por encima de la mesa.

—Esta mañana habéis salido juntos de su piso a primera hora. De nuevo: ¿te crees que soy tonta del culo? ¿Eh?

Jacob se encoge de hombros, está preparado para esto, a pesar de todo.

—No sé dónde está. Pareces saberlo mejor que yo.

Myriam se acomoda en la silla y se lo queda mirando. La rabia le enciende los ojos.

—Corta el rollo —dice.

Jacob niega con la cabeza y se inclina sobre la mesa, la mira directamente a los ojos.

—¿Que corte el rollo de qué? ¿Qué coño quieres que haga? ¿Que sepa dónde está cuando no lo sé?

Myriam también se vuelve a inclinar sobre la mesa, inesperadamente rápido, y agarra a Jacob por un antebrazo, aprieta tan fuerte que casi hace que le broten las lágrimas. Sus caras no están más que a un palmo de distancia.

—Ya va siendo hora de que te dejes de juegos —sisea—. ¿Has quedado con él en Bruselas? ¿Cuándo vas a verlo? ¿No te das cuenta de que el campo de juego ha cambiado por completo después de lo de ayer, pedazo de idiota?

Jacob tira para liberarse y ella suelta a regañadientes para evitar montar una escena, aunque la terraza está prácticamente vacía.

Jacob tiene el brazo totalmente rojo allí donde ella lo ha agarrado y se acaricia la piel con la otra mano.

—¿Qué cojones...? —dice—. ¿Estás loca?

—¿Lo estoy? —pregunta Myriam—. ¿Estoy loca? ¿O solo estoy frustrada porque tú no te enteras del lío en el que estás metido? De que estás protegiendo a un terrorista, Jacob. De que ahora mismo probablemente estás dificultando nuestra labor de evitar uno o más atentados terroristas como el que acaba de tener lugar y que a lo mejor ni siquiera ha acabado todavía.

Jacob vuelve a negar con la cabeza, todavía le duele el brazo y sigue acariciándolo.

—Pero si ya he hecho lo que me pediste, joder —insiste—. Te di acceso al ordenador de Yassim, ¿o no? ¿En qué sentido no he hecho lo que me has dicho?

Ella lo mira con los mismos ojos irritados que antes, solo que con más intensidad.

—Creo que sabes igual de bien que yo que ese ordenador no nos ha servido de demasiada ayuda —dice.

Él se limita a mirarla fríamente.

—¿Y yo cómo iba a saberlo? Solo he hecho lo que tú me pediste, nada más.

Se siente como un niño repitiendo la misma excusa transparente una y otra vez.

—¿Cuándo te vas a Bruselas? —le vuelve a preguntar.

—No sé de qué coño hablas. ¿Por qué me iba a ir a Bruselas?

Se quedan así, blindados, sin decir nada más en lo que parece una eternidad, hasta que ella vuelve a inclinarse sobre la mesa.

—Escúchame bien —dice—. Y maldita sea, piénsatelo antes de contestar, ¿me oyes? ¿Yassim te ha dado algo que quiere que le entregues a alguien o que quiere que te lleves a Bruselas? Tómate tu tiempo, Jacob. Piénsalo. ¿Yassim te ha dado algo de lo que quiere que te encargues de alguna forma?

Su cabeza palpita. La herida en la espalda. Última oportunidad.

—¿Lo tienes aquí? —pregunta Myriam.

Ahora su voz es distinta, no amenazante sino al revés, comprensiva y casi afable.

—Entiendo que te resulte difícil —continúa—. Él te ha hecho creer que está enamorado de ti, que tenéis algo juntos. Pero debes entender que no le importas. Solo le importa una cosa: su misión. Y esa misión es el terror, Jacob.

Jacob pasea la mirada por la terraza, de pronto consciente de su entorno. Es como si los colores del mundo se hubieran intensificado, como si todo fuera más nítido que hace un segundo. En la mesa del fondo, la que queda más cerca del edificio del museo, hay dos hombres sentados. Hay algo en sus peinados cortos y espaldas anchas y en el hecho de que no estén hablando, que solo estén ahí sentados. Jacob nota que se le acelera el pulso y echa un

vistazo a la tienda de recuerdos. Hay un hombre toqueteando los libros de arte con un pinganillo en la oreja. No son visitantes del museo. Ninguno de ellos. Ha sido un error venir aquí, lo sabía. Se le encoge el pecho.

—Piénsatelo —añade Myriam en voz baja—. ¿Qué interés tendría yo en Yassim si no fuera porque es terrorista? ¿Por qué me molestaría?

«¡Pues porque está recopilando información sobre los crímenes de guerra de los países occidentales! —quiere gritarle Jacob—. ¡Porque trabajáis juntos contra Assange y Snowden y todo el mundo! ¡Por eso!».

No dice nada, solo cambia de postura en la silla. ¿Qué pasaría si se levantara y se marchara? ¿Lo dejarían irse? Si no, ¿adónde lo llevarían? ¿Qué piensan hacerle? Y ¿cómo pueden estar tan seguros de que Yassim le ha pasado información?

Porque ¿y si ella tuviera razón sobre Yassim? ¿Y si Yassim en verdad solo se estuviera aprovechando de él?

Myriam ha dejado su teléfono delante de Jacob y en la pantalla aparece una foto. Un hombre quemado por el sol con el pelo totalmente blanco y bien peinado.

—¿Has visto a este hombre? —pregunta.

Jacob lo ha visto. Lo vio salir del piso de Yassim y subirse a un coche diplomático que lo estaba esperando hará cosa de un mes. Jacob recuerda su mirada y su presencia, recuerda haberlo visto por la ventana hablando con Yassim y que Yassim lo escuchaba con atención.

—¿Quién es? —murmura.

—Gregorij Korolov —responde Myriam—. Un espía ruso. Una especie de leyenda, a decir verdad. Creemos que está en contacto con tu chico. Y queremos saber de qué coño se trata.

Jacob piensa en la noche en el jardín. En la mirada de Yassim, en cómo lo escuchó, en la cafetería ayer por la noche. Piensa que, a pesar de todo, sigue sin saber. No sabe nada de nada.

—No —dice y mira a Myriam a los ojos—. Nunca lo he visto.

No sabe de dónde saca la fuerza y el coraje para hacerlo, pero antes siquiera de darse cuenta se ha puesto de pie, como si su columna vertebral hubiera reaccionado sin ayuda del cerebro.

De pronto vuelca la mesa con violencia. Es más fácil de lo que pensaba y la echa contra Myriam. La taza y el cenicero estallan contra el suelo de la terraza. Ella intenta esquivarla, pero es demasiado lenta, la mesa le cae

encima. Por el rabillo del ojo ve como en cámara lenta que los hombres de la mesa del fondo se levantan, oye sus voces distorsionadas y Jacob se da la vuelta. Él, en cambio, se mueve más deprisa de lo que lo ha hecho nunca y ya está en las baldosas, ya ha recortado la mitad de la distancia que lo separa de la verja del jardín. Los oye gritar a sus espaldas mientras gira a la derecha por el asfalto y hormigón agrietados.

Ahora los hombres ya están en pleno movimiento, ya no se mueven ralentizados, más bien lo contrario, y Jacob sabe que no está entrenado para esto y que sus perseguidores, probablemente, sí. Ya no gritan, solo son sus pasos los que se están acercando.

Jacob sube a algo que le parece una acera y sabe que no tiene margen, que lo van a alcanzar de un momento a otro.

Entonces lo ve.

Una valla alta de hierro. Un jardín as salvajado. Una verja.

Se agacha. La abertura en la puerta de metal. Es la que Yassim dobló hacia arriba para que pudiera pasar la primera noche. Por allí es por donde Jacob entró a gatas.

Ya está de rodillas y oye a los hombres acercarse, casi han llegado al cruce que tiene detrás. Tira y dobla y aprieta los hombros de lado a través de la verja.

Llega al otro lado con moratones y arañazos, con el palacio irguiéndose ante sus ojos bajo el suave sol de la tarde. Se adentra corriendo en el jardín, se mete entre los setos verdes y el césped sin cortar. Llega al banco en el que se sentaron.

Al otro lado de la verja oye a sus perseguidores desaparecer calle abajo y cae en la cuenta de que está solo, que ha conseguido despistarlos.

Se sienta en cuclillas en el césped, pero las piernas no le aguantan y se desploma hecho un ovillo solitario y empieza a llorar como un niño.

23 de noviembre – Bruselas

Por lo visto ha sido un error pedirle al taxista que la deje delante del Ralph's Bar en la Place Luxembourg. Klara lo sabe en cuanto paga y pone un pie en los adoquines con la mochila al hombro. Intenta mantener la vista fija en la puerta y la cabeza concentrada en el vino con tal de evitar mirar a la derecha, donde se yergue el Parlamento Europeo, repleto de cristal azul y recuerdos de una vida que ya no tiene.

Ralph's está sorprendentemente vacío para ser lunes. Siempre se encontraba a rebosar, cuando ella venía, repleto de lobistas con el primer botón de la camisa salmón desabrochado y blandiendo la tarjeta dorada, y becarios sonrosados de las instituciones europeas con sus pases colgando al cuello.

Klara consigue su copa de vino blanco, se sienta en una de las sillas de plástico de colores al fondo del local alargado y siente cómo la ansiedad va en aumento. A lo mejor solo es el bar desolado y triste y la voz suave de Adele que suena por un altavoz que tiene encima y que llena el bar de nostalgia, pero Klara nota que su respiración se vuelve más superficial y que la presión en el pecho empieza a extenderse por su brazo izquierdo en un dolor agudo e intenso. Por un segundo cree que se va a caer de la silla. Aprieta los ojos y se aferra al canto de la mesa con tanta fuerza que sus nudillos se vuelven blancos.

—¿Señorita?

Klara apenas lo oye, le pitan tanto los oídos que suena como si estuviera en mitad de un torrente de agua.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Klara gira la cabeza y ve, como tras una niebla, a un camarero intranquilo asomándose por encima de la barra. Ella intenta asentir en silencio y esbozar una suerte de sonrisa, está lejos de poder responder con palabras. Consigue

soltar la mesa de mármol y coger la copa por el pie. El zumbido en sus oídos no hace más que aumentar, ahora ya apenas oye la voz de Adele, y ve que el camarero mueve los labios, pero su boca no emite sonido alguno. El chico sale de detrás de la barra y se le acerca, pero es como si estuviera en otra dimensión, como si ella estuviera metida en una burbuja, completamente sola. La sima está abierta de par en par en su interior y si Klara tuviera fuerzas, las más mínimas, se pondría a gritar o a llorar.

Nota la mano del camarero en el hombro, la está agitando suavemente, pero Klara no puede hacer nada más que cerrar los ojos y tratar de impedir que todo colapse.

—¿Señorita? ¿Señorita? ¿Ha tomado algo? ¿Toma alguna medicina?

El silbido en las orejas. El dolor en el pecho.

Y de repente algo más. Una voz que reconoce. Una voz que de alguna forma consigue abrirse camino entre todo lo demás.

—¿Klara? —dice la voz—. Joder. ¿Cómo estás?

Klara abre los ojos y nota que el zumbido disminuye hasta que deja de ser ensordecedor y pasa a ser más bien una avispa o un abejorro que ha quedado atrapado en su conducto auditivo. El dolor no es más que una cincha sobre su pecho, y Klara coge aire, se obliga a absorber el oxígeno lo más al fondo que puede de sus pulmones.

—Está bien —le dice el hombre al camarero—. Yo me encargo, es amiga mía.

Klara reconoce al hombre que se inclina sobre ella, a pesar de las gafas de montura redonda y color nuez, a pesar de que el pelo rubio no esté embadurnado de gomina ni re peinado hacia atrás, sino más revuelto y largo. A pesar de llevar una camisa clara Chambray en lugar de una de color rosa bien planchada, y a pesar de no cubrirla con una americana de raya diplomática sino con una chaqueta *bomber* azul marino.

—Tranquila, Klara —dice George Lööw—. Respira. Todo irá bien, ¿oyes?

Klara nota que George se sienta en la silla que tiene al lado, le pasa un brazo por la espalda y la atrae hacia él. Algo se relaja en su interior y Klara deja que eso que cede se vaya lejos. Con cuidado, deja caer la cabeza sobre el hombro amigo.

—George —murmura—. Quería llamarte, iba a llamarte, pensaba...

—Chsss —dice él y le acaricia el pelo—. Tranquila, Klara. Ahora solo respira.

Klara nota que George la suelta un segundo y hurga en el bolsillo y luego le coge el brazo, se lo levanta y le pone algo pequeñito y seco en la palma de la mano.

—Tómate esto —dice—. Betabloqueadores. No es peligroso, pero te calmará el corazón.

Ella lo mira. El zumbido en los oídos prácticamente ha desaparecido del todo. Klara casi ha conseguido salir de la burbuja. George tiene un aspecto tan distinto. No es el lobista burgués que conoció hace un par de años. Este George es más dulce y sus ojos no son esquivos ni impacientes, sino cálidos y atentos.

—Te has puesto gafas —susurra ella.

Él sonríe y le acaricia la mejilla.

—Siempre he llevado. Solo he dejado las lentillas. Ahora tómate la pastilla.

Le ofrece la copa de vino.

—¿Me das vino para que me tome la medicina? —pregunta—. Pues tampoco has cambiado tanto.

Él se encoge de hombros.

—Tú haz lo que te digo. Créeme, conozco bastante bien dónde te encuentras.

Caminan despacio y en silencio en dirección a Matonge, la parte congoleña del barrio de Ixelles que limita con el barrio de la UE, y Klara recuerda que fueron estos fuertes contrastes los que le encantaron de Bruselas desde el principio: el privilegio nunca a más de una calle de la pobreza, el futuro nunca desconectado de la historia.

Se siente mejor, casi funcional, después de haberse tomado la copa de vino. Nota que él la mira de reojo mientras cruzan la Rue du Trône y continúan paseando por delante de las tiendecitas polvorientas llenas de pelucas, tarjetas SIM y pescado deshidratado en cajas de madera apiladas en la acera.

—Has cambiado —dice ella. Intenta sonreír y le pasa una mano a George por la chaqueta azul—. ¿Qué ha pasado con tu *look* pijo?

Cuando Klara lo conoció, George era el arquetipo de lobista. El rimbombante trabajo en un importante bufete de relaciones públicas estadounidense. Los trajes, las copas de champán en la mano en Ralph's, la

cháchara y el estrés, los clientes y las agendas poco transparentes.

—Después de verano me cansé —contesta él.

La coge con suavidad del brazo y la atrae hacia él un poco para evitar que la atropelle un chico joven en Vespa que aparece a toda velocidad por detrás de la esquina.

Klara asiente con la cabeza. Ahora su corazón late más sereno. Mira a George de reojo por debajo del flequillo. La ansiedad empieza a ceder y deja espacio para otra cosa, algo más cálido, más grande. Le gusta estar caminando por aquí con George. Le gusta demasiado.

—Pero ¿ahora qué haces? —pregunta Klara—. ¿Ya no estás en ese lobby?

Él niega con la cabeza y mira para otro lado.

—No te lo vas a creer —responde.

—¿Has empezado a trabajar para los socialistas del Parlamento Europeo? —dice Klara y sonríe.

—Peor —contesta George—. Me vuelvo a casa.

—¿Qué? ¿A casa?

Klara cree haber oído mal. De alguna manera, George se sentía tan pez en el agua en Bruselas que jamás se habría imaginado que fuera a dejar la ciudad, que la ciudad en sí cambiaría si él se iba.

—Pero ¿qué vas a hacer?

George parece tan incómodo que a Klara casi se le escapa la risa, a pesar de su estado.

—He conseguido trabajo de administrador en el Ministerio de Economía —responde George.

Ahora Klara no puede contener la carcajada. Se le hace extraño.

—¿Te vas a hacer burócrata? —pregunta—. En serio, no sé qué decir.

George solo se encoge de hombros.

—Es un buen trabajo —aduce con la boca pequeña—. Y no me he encontrado demasiado bien, tampoco. Últimamente he pasado una época difícil.

Klara gira la cara y lo mira directamente a los ojos.

—Venga ya —exclama—. ¿Un buen trabajo? Más bien es un sueño hecho realidad. Solo se me hace raro que tú...

—Lo sé —la interrumpe él—. En serio, no quiero hablar del tema.

Klara titubea pero lo coge del brazo y nota que se le pone la piel de gallina al tenerlo tan cerca. Realmente parece otro, con sus gafas de adulto y su pelo

libre de gomina.

—Joder, George —dice—. Estoy orgullosa de ti.

Acaban en el Ultime Atome de la Rue Saint-Boniface, en una mesa al fondo del local grande y luminoso, y George pide una cerveza rubia complicada y fuerte para cada uno. Por lo visto, es otra faceta de su nueva personalidad, Klara nunca lo había visto como un bebedor de cerveza. Lo suyo era más bien el champán y quizá la cocaína.

Klara pasea la mirada por el resto de las mesas, que poco a poco empiezan a ocuparse a medida que la oscuridad comienza a cernirse al otro lado de las ventanas. El Ultime Atome fue una especie de gran salón moderno, un sitio clásico que Klara solía frecuentar para tomarse una cerveza los domingos o una copa antes de comer con los demás novatos en Bruselas, años atrás. Casi había olvidado el sitio, pero ahora que vuelve a estar aquí se encuentra a gusto. Por cada trago de cerveza, por cada minuto que pasa con George, se siente mejor.

—Pero no me has contado por qué has venido —dice George.

Klara da otro trago y se da cuenta de que casi se ha terminado la copa entera. George apenas va por la mitad. Después de Ralph's y el ataque de ansiedad que la ha asaltado allí casi ha conseguido olvidar el motivo de su visita a la ciudad, pero ahora siente que los oídos le empiezan a silbar suavemente otra vez. Se termina la cerveza y se levanta.

—¿Tienes tabaco? —pregunta.

Están de pie delante del bar, cae una llovizna fría y George le enciende el cigarrillo con un mechero plateado. La iglesia en el lateral corto de la plaza adquiere un suave tono amarillo bajo los focos de la fachada, y sobre sus cabezas oscilan las bombillas que el ayuntamiento tiende cada año como decoración navideña en las calles de Ixelles.

—Ayer detuvieron a Gabriella —anuncia Klara sin rodeos.

Ahora le toca a George quedarse boquiabierto.

—¿Disculpa? —dice—. Pero si es...

—Abogada, sí. Pero por lo que parece eso no tiene ninguna relevancia para las fuerzas especiales suecas.

Klara tarda lo que le dura el cigarrillo en contarle lo que pasó el día anterior y George la escucha sin interrumpirla. Se quedan de pie en la tarde gris mientras Klara le cuenta todo lo que sabe. Le habla de la carta que

Gabriella le había escrito, de los hombres que la habían estado siguiendo y que ahora parecen haberle echado el ojo a Klara.

—Necesitamos otra cerveza —es lo único que George dice cuando ella termina—. Como mínimo.

Acaban siendo dos cervezas, luego tres, y Klara nota que casi se despega de la silla, que su cabeza por fin se vacía y se vuelve manejable, lo fácil que se le hace andar.

—Nos pedimos otra, ¿no?

Pero George solo se estira por encima de la mesa y la toma de la mano, con cuidado, con falta de costumbre.

—Mañana has quedado con Karl, ¿no? —pregunta con delicadeza—. Mañana es 24. Tienes que estar centrada. Se acabó la cerveza para ti.

Klara retira la mano y se reclina en la silla.

—¿Quién coño te crees que eres? —dice tranquilamente, sin apenas balbucear—. Me tomo las cervezas que me da la gana.

Ahora Klara ve un atisbo de preocupación en los ojos de George, lo cual la saca de quicio. ¿Dónde ha dejado la mochila? Mira a su alrededor. Ahí, en el suelo. Se agacha y saca el monedero, se levanta para ir a la barra. George puede hacer lo que quiera, ella se va a pedir otra.

—¿Dónde vas a dormir? —le pregunta él antes de que Klara empiece a caminar—. ¿En qué hotel?

Klara se detiene. ¿Dormir? La sensación agradable e imprecisa en su cabeza se disipa y le cede el espacio a otra cosa que estaba latente, algo afilado y punzante. Ni siquiera ha pensado en dónde va a dormir esta noche.

—Yo... —empieza.

Pero George ya está de pie a su lado.

—Ven —dice—. Dormirás en mi casa. Nos tomamos otra copa cuando lleguemos. Te lo prometo.

14 -15 de noviembre – Beirut

Cuánto rato se queda en el jardín? No tiene ni idea, solo ve que cuando se despierta ya ha caído la noche y que está tumbado en el mismo banco en que él y Yassim se sentaron aquella noche de agosto. La temperatura cae rápidamente en cuanto se pone el sol y Jacob abre la mochila que ha dejado en el césped ralo y desnutrido al lado del banco. Coge una sudadera y se la pone. Del bolsillo del pantalón saca el teléfono, más que nada para comprobar qué hora es. Pero lo tiene apagado, siguiendo el aviso de Yassim.

«Siempre apagado, y títalo si ves que pasa algo raro —le dijo—. Pueden rastrearlo todo».

«Si ves que pasa algo raro». Echa un último vistazo al móvil y lo arroja entre los matorrales. Las últimas doce horas no se pueden describir con otra palabra que «raras».

Se incorpora en el banco, pero tiene que inclinarse hacia delante y dejar la cabeza colgada entre las rodillas porque siente el azote de un vahído repentino, como si un abismo se abriera en su interior.

¿Qué ha hecho? Le viene la imagen del rostro de Yassim. Sus ojos cálidos y profundos. La mirada impasible de Myriam. El hombre del pelo blanco. La herida en la espalda que le escuece. Ya no puede pensar más en todo eso. Tiene que confiar en que Yassim tiene un plan. Y tiene que mantenerse con vida hasta que vuelvan a juntarse.

Lentamente vuelve a acurrucarse en el banco y se recoloca el jersey. Mañana tiene que ir a Gefinor Center, a la librería. De pronto se siente sumamente cansado. Ni aunque tuviese un plan ni aunque supiera adónde debe ir encontraría las fuerzas para salir ahora del jardín. Cierra los ojos y se queda dormido al instante.

Cuando vuelve a abrir los ojos ya ha amanecido. Tirita un poco y se despereza antes de levantarse y salir al sol sobre el césped amarillento. Oye algún que otro coche pasar por la calle, todavía es temprano. Respira hondo y se acerca a la verja.

La calle está vacía, pero sus piernas tiemblan igualmente cuando se cuela por la abertura y vuelve a asomarse a la vida real. Los hombres de Myriam no están. Saca la mochila por la verja y hace un gesto de dolor cuando se la echa a la espalda. Nota la herida, si no fuera por ella todo podría haber sido una mera fantasía, demasiado vaga y aterradora como para haber ocurrido de verdad.

Se pasa horas dando vueltas, camina hasta el centro desde Beirut este, baja hasta el mar. Se compra un café y un cruasán, constantemente echa vistazos por encima del hombro.

Apenas tiene recuerdos de la mañana, ni tampoco del día anterior, y no sabe cómo ha acabado aquí, pero de repente está en Hamra, casi delante de la entrada principal de la American University.

¿Por qué ha venido aquí? No sabe adónde ir y puede que encuentre cierto cobijo en la universidad, estabilidad y orden en mitad del caos.

Le duelen las piernas del largo paseo. Da un respingo y mira a su alrededor. Tiene la sensación de haber caminado dormido, como si no hubiese estado consciente y las piernas lo hubiesen traído hasta aquí por sí solas. Cuando mira los pinos piñoneros que se elevan por encima del muro gris de la universidad siente que tiene la mente nublada. Para un momento y sigue el muro con la mirada calle arriba, se deja bañar por el ruido del tráfico. De pronto una nostalgia abrumadora se apodera de él y por un segundo vuelve a sentir el vahído.

Se detiene a tan solo cincuenta metros de la entrada. Se da cuenta de que no ha titubeado ni un segundo. Ni cuando Yassim se lo preguntó. Ni en el museo con Myriam. Ni en el jardín. Pero ahora se ve a sí mismo desde fuera: un escandinavo ingenuo y desubicado en la calle en Beirut.

Camina despacio hacia la entrada. La universidad es un refugio. En la frondosidad y la calma que reinan entre estos muros la locura de Beirut hace una pausa, la enajenación de todo Oriente Próximo cesa por completo, y se ven sustituidas por estudios y conversaciones serenas. Jacob nota que le gustaría volver a entrar allí dentro, que no puede dejarse arrastrar, que tiene

que poder recuperar el aliento. No puede ir a la embajada. Vargander está implicado en esta historia, de alguna manera. Así que está completamente solo. Pero a lo mejor podría hablar con Rafi, el profesor al que entrevistó y con quien se toma un café de vez en cuando. A lo mejor sí que tiene un contacto, a pesar de todo. Un *wasta*, como lo llaman aquí, un acceso a una persona influyente que lo pueda ayudar.

Todo el mundo tiene un *wasta* en Beirut, le había dicho Rafi, y Jacob necesita ayuda, ya no puede hacer esto él solo. En verdad debería haber buscado ayuda tiempo atrás, antes de verse metido en esta situación demencial. Pero sabe que es demasiado tarde y se deja caer pegado a la pared y apoya la cabeza en las manos. No hay nadie aquí, por muy influyente que sea, que pueda ayudarlo a resolver esto.

Se levanta y empieza a caminar con paso vacilante en dirección a la entrada principal, sin saber del todo por qué. Casi ha llegado a los vigilantes de la puerta cuando frena de golpe.

No sabe decir con certeza qué es lo que le ve al SUV negro que está aparcado justo delante de él, en diagonal desde la entrada, al otro lado de la calle. Quiera que no, Beirut está llena de SUV negros. Pero ese en concreto tiene algo, por estar aparcado justo donde está y con tanta meticulosidad, con bastante separación tanto por delante como por detrás, mientras todos los demás coches están apretujados. Y hay algo en el hombre con aspecto europeo que está en la calle a diez metros del coche, con vaqueros y cazadora. Algo en el pinganillo que lleva en la oreja. Algo en su postura inmóvil mientras todas las demás personas se están moviendo.

Es uno de los hombres de Myriam, no hay otra explicación. Jacob se detiene a cincuenta metros del hombre. No hay dónde protegerse, la acera está llena de gente, pero aun así no suficiente como para fundirse con la masa. El hombre barre con los ojos la entrada de la universidad, luego el tráfico lento y torpe de la calle y luego la acera en la que está Jacob. Solo es cuestión de tiempo antes de que lo descubra. Jacob nota que los sonidos del tráfico se fusionan en un único zumbido en sus oídos.

El hombre se enciende un cigarrillo y gira la cabeza, primero hacia el otro lado, pero luego da un brinco y vuelve a mirar rápidamente hacia Jacob. Cuando sus miradas se cruzan, el corazón de Jacob se detiene. El hombre parece consternado, como si jamás se hubiera esperado que iba a ser él quien encontrara a la persona que están buscando.

Sus labios se mueven a toda prisa, está diciendo algo por el pinganillo. Al mismo tiempo empieza a caminar entre los grupos de estudiantes de la acera. Hacia Jacob.

No es consciente de cómo sucede, pero Jacob se da cuenta de que ha dado media vuelta y de que la mochila va botando de aquí para allá en su espalda, así que entiende que debe de haberse puesto a correr. La acera es estrecha e irregular y Jacob tropieza y agita los brazos en busca de algo donde agarrarse. Consigue cogerse al hombro de un hombre que camina por delante de él y recupera el equilibrio. El hombre dice algo, pero Jacob ya ha pasado de largo.

La calle se bifurca y Jacob tuerce a la derecha para subir al hospital estadounidense y a Hamra Street. Cruza entre coches que pitan y personas que van de camino a casa o a algún bar o alguna tienda. La cuesta es más empinada de lo que recordaba y Jacob se esfuerza al máximo mientras el pánico amenaza con dejarlo paralizado. No tiene la menor idea de adónde se dirige y cuando mira atrás ve que el hombre de los vaqueros y el pinganillo solo está a cincuenta metros de distancia.

El hombre es más rápido. Es como ayer, pero aquí no hay dónde esconderse. Pronto se habrá terminado.

Ya ha llegado al edificio de hormigón del hospital, el pánico palpitando con fuerza. La calle está repleta de coches y bocinas que quieren meterse en los aparcamientos improvisados del hospital en mitad de la estrecha calle. Jacob ya ha pasado antes por aquí y siempre se ha preguntado cómo se puede permitir que semejante caos tenga lugar incluso aquí, delante del hospital. ¿Cómo se puede llegar a la puerta, si estás herido? ¿Cómo lo hacen las ambulancias?

Como en todos los sitios donde se junta mucha gente en Beirut, hay varios puestos provisionales de vigilancia. Sacos de arena, rollos de alambre de espino y barreras oxidadas. Soldados cansados y policías con armas automáticas de gran calibre y las gorras en la nuca. Jacob nota que su miedo va en aumento, ¿y si los vigilantes también lo buscan? ¿Y si se está metiendo en la boca del lobo?

El hombre está muy cerca, Jacob no se atreve a darse la vuelta. Es como si pudiera escuchar los pasos de su perseguidor en mitad del bullicio de la calle, como si pudiera sentir su aliento en la nuca. En cualquier caso, los soldados con uniformes desgastados de camuflaje no muestran ninguna intención de reaccionar, solo siguen a Jacob perezosamente con sus miradas vacías

mientras sube por la calle.

Es entonces cuando se le ocurre. No sabe de dónde le surge la idea, puede que solo sea por la falta de alternativas. El hombre que lo persigue está a menos de veinte metros de distancia y Jacob centra la vista en los soldados, dos soldados jóvenes que están fumando en su puesto, y abre la boca y grita con todas sus fuerzas en árabe:

—¡Bomba! ¡Tiene una bomba!

Es como si sus palabras fueran un conjuro que hace detenerse el mundo y lo congela por un instante, como si todos los movimientos y sonidos cesaran de golpe. El torrente de personas entre el hospital y el aparcamiento frena en seco. Esto es Beirut. Aquí lo saben todo de las bombas, y en menos de una décima de segundo de tiempo paralizado el mundo vuelve a girar, pero en otro tono, con otra cadencia.

Los soldados están alerta, han tirado los cigarrillos al suelo, tienen las armas en ristre, el estrés centellea en sus ojos.

—¡Lleva una bomba! —vuelve a bramar Jacob señalando al hombre, que se ha quedado quieto.

Jacob deja que todos los nervios que ha estado conteniendo sean los que gritan las palabras, haciéndolas sonar auténticas y verosímiles.

El hombre permanece inmóvil. Levanta las manos y retrocede lentamente. Las personas en la calle han vuelto en sí y cogen a sus hijos de las manos, los levantan y se alejan corriendo de la amenaza del terror lo más deprisa que pueden.

Los soldados apoyan los rifles contra el hombro y le gritan al perseguidor de Jacob. Lo último que él ve por encima del hombro cuando se une al resto de la muchedumbre muerta de miedo que se aleja del sitio, en dirección a Gefinor Center, es que el hombre está de rodillas con las manos en la cabeza, y que uno de los soldados le pone un pie en la espalda y lo empuja con la cabeza por delante contra el suelo agrietado.

Jacob sigue corriendo hasta que llega al hormigón fresco del complejo Gefinor. El suelo pulido de mármol le parece resbaladizo y muy liso bajo las suelas de goma cuando por fin aminora la marcha. Le duele todo el cuerpo. Mira desconcertado a su alrededor. No ha pensado hacia dónde corría, pero aquí está, muy cerca de la librería. Debe de haberse movido en esta dirección inconscientemente mientras el pánico lo azotaba.

Alza la cabeza y sigue las líneas del edificio de los años sesenta con la

mirada. Gefinor resulta tan limpio y pulcro y modernista, nada que ver con el resto de Beirut, y le infunde a Jacob un alivio inmediato. Líneas rectas y cristal. Nada de dobles agendas ni mentiras.

Mira atrás y otea la calle en la misma dirección por donde ha venido. Vuelve a reinar la calma, es como si no hubiese pasado nada. Aquí el drama está siempre tan a flor de piel. Las bombas y las armas forman parte del día a día, son parte del ADN de la ciudad. La tragedia surge de golpe, como ahora, y luego perece. Nadie tiene fuerzas para detenerse a reflexionar, la gente solo quiere llegar a casa después del trabajo.

Se pregunta qué le habrá pasado a su perseguidor, si lo han dejado ir directamente cuando han visto que lo de la bomba era inventado. ¿Se habrá comunicado con sus compañeros?

Jacob se sube el cuello de la chaqueta, acelera el paso por la plaza de piedra brillante y se encamina a la librería internacional. Con paso firme se acerca a la tienda y abre la puerta. Una campanilla tintinea cuando cruza el umbral.

El pequeño dueño armenio está dando caladas a su puro detrás del mostrador, tal como Jacob lo recordaba, tal como Yassim le había asegurado, y Jacob lo saluda con la cabeza y pasa de largo por los libros de bolsillo y los estantes de historia y política de Oriente Próximo y se adentra en las profundidades de la tienda, donde se esconden los libros de arte, mientras hace acopio de valor para dirigirse al dueño.

Empieza a hojear un ejemplar cualquiera de los pesados volúmenes mientras espera a que su respiración recupere un ritmo normal y aceptable después de la huida. La campanilla vuelve a sonar cuando el único cliente de la tienda sale a la luz del sol. Jacob levanta la cabeza y confirma que está solo con el dueño, que ahora ha salido de detrás de la caja registradora y se le acerca entre las estanterías.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le pregunta en inglés.

La pregunta es neutral, un ofrecimiento que debe de hacer cincuenta veces al día. Pero algo se esconde en sus ojos, algo oculto, un secreto.

Jacob se aclara la garganta.

—¿Le ha llegado alguna entrega nueva?

Primero el hombre guarda silencio, solo lo observa con calma.

—Eres el amigo de Yassim —dice—. El sueco.

Jacob asiente con la cabeza y levanta un poco la vista, mira por el

escaparate por encima del hombro, la superficie amplia y vacía que hay fuera. Pero la plaza ya no está desierta. Una furgoneta gris con lunas tintadas se ha detenido justo en el centro. La puerta se abre y cuatro hombres de Europa del Este, con chaquetas cortas y pantalones holgados de color caqui o vaqueros, se bajan de un salto. Pinganillos en las orejas. Jacob traga saliva, pero tiene la boca seca. Pensaba que había logrado escaparse.

Los hombres ni siquiera se miran entre ellos, sino que avanzan con sigilo en una especie de formación dispersa en dirección a la librería, como si estuvieran siguiendo una coreografía sencilla y perfectamente aprendida.

Jacob se queda de piedra, no puede moverse ni un milímetro. La herida en la espalda le duele, nota una presión en el pecho y las sienes.

¿No iba a llegar más lejos que esto?

23 de noviembre – Bruselas

Caminan en silencio y pasan por delante de bares y colmados paquistaníes abiertos hasta última hora en dirección a la gran Avenue de la Toison d'Or, que desemboca en las tiendas de lujo de la Place Louise. La llovizna es constante pero apenas perceptible, o al menos no moja.

—¿Cogemos un taxi? Vivo justo detrás de Place Stéphanie —dice George y se detiene delante del cine Toison d'Or.

Klara mira a un lado y a otro. Las cervezas le han bajado un poco. George tenía razón, obviamente, no necesitaba beber más.

—Vayamos andando —contesta y reemprende la marcha calle abajo.

A pesar de no ser más de las ocho y media las aceras están prácticamente vacías. El hecho de ser lunes y la llovizna deben de mantener a los ociosos encerrados en casa.

—¿Cuánto hace que te encuentras así? —pregunta George en voz baja cuando la alcanza, delante de la entrada de Marks & Spencer.

Las galerías británicas no estaban aquí cuando Klara abandonó Bruselas, por lo que desliza la mirada por todo el escaparate.

—No me encuentro de ninguna manera —responde entre dientes—. No me parece tan raro estar afectada después de ver que a tu amiga la detiene una especie de comando antiterrorista y de ser perseguida por una mafia rusa, o lo que coño sea.

George la coge con cuidado por el hombro y ella lo aparta, pero se arrepiente. En realidad le habría gustado sentir el contacto de George.

—No me refiero a eso —replica él—. En verano también estabas así, ¿verdad?

Klara le lanza una mirada y empieza a caminar otra vez.

—Ya me encuentro mejor —asegura.

—Sabes a qué me refiero.

La voz de George suena más alta y un poco irritada, y ha vuelto a cogerla por el hombro, la gira para mirarla a los ojos.

—En Ralph's te ha entrado un ataque de pánico, Klara. Bebes como una puta esponja. ¿Crees que a mí me puedes engañar?

Ella aparta la mirada, pero lo que él ha visto de ella en Ralph's le deja claro que no puede engañarlo.

—¿No podemos ir a tu casa y ya está? —dice—. Ahora mismo no me veo capaz de hablar de eso. Lo siento.

Klara mira a la calle, en la dirección por la que venían, pero más que nada para no tener que mirar a George. Solo hay un puñado de personas que corretean bajo la llovizna, probablemente para ir al cine o a tomar una cerveza. Pero sus ojos se detienen en un hombre que está apoyado en la pared de un portal al lado de una tienda de recuerdos, cincuenta metros más arriba. Tiene el aspecto de un árabe cualquiera, con barba corta y cuidada, viste pantalón de chándal y un plumas oscuro de un material brillante. Parece que esté esperando a alguien mientras mira el teléfono. Una situación de lo más común, en otras palabras. Aun así, hay algo en él que le acelera el pulso, a pesar del alcohol y el betabloqueador. Hay miles de tipos con la misma pinta. Pero Klara no puede dejar de pensar en que tiene el mismo estilo que el chico de la gorra en Bromma y Zaventem y siente un escalofrío.

—Vamos —dice—. Movámonos.

George vive en un pequeño piso de una habitación en la calle Rue Berckmans, justo detrás del legendario hotel Conrad, que durante la ausencia de Klara ha cambiado de nombre por uno largo y de notas germánicas. Están en el pasillo y Klara se sorprende ante lo impersonal y convencional que es el apartamento. La personalidad de George, o al menos su antigua personalidad, prometía algo más espectacular.

—Es algo provisional, esto —dice disculpándose y cuelga la chaqueta de Klara—. Antes vivía de puta madre, en Place Lux, pero me he comprado un piso en el barrio de Vasastan para cuando me mude a Estocolmo. Ahora están reformando la cocina. Cocina marca Gaggenau, vinoteca refrigerada. Sin tonterías, solo cosas buenas.

Es evidente que su antigua personalidad ostentosa no ha desaparecido del todo y Klara sonríe un poco más mientras pasa por su lado y entra en el salón, que da a la calle.

—Me tranquiliza saber que en el fondo sigues siendo el mismo capullo superficial.

—No me jodas —murmura George a su espalda—. ¿Tengo que vivir como un sociata solo porque quiera cambiar de trabajo y hacer carrera en el ministerio?

Klara se gira para mirarlo y vuelve a sonreír.

—Sin ánimo de ofender, vaya —añade George cuando de pronto recuerda que, cuando se conocieron, Klara trabajaba para los socialdemócratas en Bruselas—. Ya me entiendes.

George se acerca a la ventana y enciende una lámpara en el alféizar que esparce una luz agradable por toda la estancia. Luego saca otra vez el mechero plateado y enciende un par de velas en un candelabro que hay en la mesita de centro.

—Esto no tiene nada de especial —dice—. Lo he alquilado amueblado hasta que me vaya. Solo me queda un mes.

Klara se sienta en el sofá y lo mira. «Está mucho más tierno», piensa. Le ha sentado de fábula quitarse aquella máscara de pijo. «Se le ve bien», piensa. Su boca tierna, un tanto sensible, no se la había visto nunca, pues nunca parecía estarse quieto, nunca dejaba que nada aterrizara del todo. Sus ojos siempre los había considerado impacientes y esquivos, pero ahora los nota más bien preocupados y un poco nerviosos. Es como si aquella seguridad en sí mismo, extrovertida e infantil, no hubiese sido más que una protección de la cual ahora parece haberse desprendido. No del todo, pero sí lo suficiente como para que se pueda ver lo que hay detrás.

George se sienta a su lado en el sofá, tan cerca que ella puede notar su olor a cítricos y madera. «Una colonia cara», piensa.

—Mierda —dice él y se vuelve a levantar un poco—. Deberíamos cenar. Puedo bajar a comprar algo. Es que no tengo gran cosa en casa. Lo mío no es cocinar, que digamos.

Klara asiente en silencio y se reclina en el sofá gris. Coge con cuidado a George del brazo y lo hace sentarse otra vez. Se siente tan segura aquí, a su lado. Sentada en el sofá, todo ese estrés que Bruselas había implicado va abandonando poco a poco su cuerpo, en compañía de George. Es desconcertante, Klara apenas lo conoce, a pesar de todo lo que han vivido. Pero no se lo ha imaginado. Hay algo entre ellos que no sabe explicar.

—¿No puedes esperar un poco? —dice—. ¿No podemos quedarnos

sentados un rato?

Sin saber muy bien cómo ocurre, Klara se apoya en su hombro y nota cómo George titubea antes de pasarle un brazo por encima. A lo mejor no es más que la necesidad de cariño. ¿Cuánto hace que nadie la abraza? Pero nota que es algo más, algo que no es solo el deseo de que alguien la arrope entre sus brazos.

Con cuidado, Klara gira la cara hacia el cuello de George y deja que sus labios lo rocen justo por encima del cuello de la camisa. Nota que la piel se le eriza bajo los labios y George cambia de postura en el sofá y se vuelve hacia ella. De pronto le pone una mano en la barbilla y sus caras solo están separadas por apenas unos milímetros. Klara sube las manos y hunde los dedos en el pelo grueso y ondulado de George. Con delicadeza, lo agarra y lo atrae hacia ella.

Los labios de George saben a cerveza y tabaco y hierbabuena del chicle que se mete en la boca después de cada cigarrillo, y al principio se le hace demasiado irreal como para siquiera poder asimilar lo que está pasando. ¡Está besando a George Lööw! La mera idea la habría hecho desternillarse si no le resultara tan natural, si no hubiese sentido como si de repente dejara escapar algo que había estado sujetando demasiado fuerte, demasiado tiempo.

Ahora él le acaricia el pelo y la coge por la nuca, la pega a su cuerpo, pasa de cuidadoso y vacilante a estar lleno de intención. Klara lo empuja hacia atrás hasta que George queda recostado en el sofá, pero no deja de besarlo, sino que se le sienta encima a horcajadas. Ahora él jadea dentro de su boca y Klara nota que con las manos va bajando por su espalda, hasta el culo. Ella se pelea con los botones de la camisa, sin despegar nunca los labios de los de él, sin dejar que nada se cuele entre los dos. Es como respirar, como si retirándose tan solo un segundo la magia fuera a romperse y la realidad fuera a abordarlos.

George le pone una mano en el pecho, por debajo del sujetador, y Klara nota que no puede resistirla, que la acaricia con tal desesperación que le habría hecho daño si no fuera por lo caliente que está. Ahora solo la hace gemir y desear que él la apriete aún más, que la toque más fuerte, que le tire del pelo y le arranque la ropa y la penetre lo más duro que pueda.

—Deberíamos ir a la cama —dice él entre jadeos.

Pero Klara lo empuja contra el sofá mientras tira de su cinturón, le desabrocha el botón, le baja los pantalones, y de pronto lo tiene en la mano.

Es liso y está duro y Klara consigue bajarse sus propios pantalones, las bragas, y luego se retira un segundo para mirarlo al fondo de los ojos.

Después está tumbada con la mejilla apoyada en su pecho caliente, las manos todavía hundidas en su pelo, él aún dentro de ella. Klara nota que el tórax de George sube y baja. A lo mejor debería decir algo, pero no sabe qué, y, siendo honestos, tampoco sabe si la voz le respondería.

De lejos se oye una sirena que se acerca a toda velocidad y cuando al final Klara abre los ojos ve el reflejo de las luces azules de un coche patrulla destellando en el parqué justo cuando pasa por delante del edificio. Con delicadeza, se retira de George y se tumba bocarriba a su lado en el sofá. Lo mira de reojo y ve que él yace igual que ella, igual de quieto y a medio vestir, con la mirada fija en el techo.

—Pues sí —termina diciendo Klara—. Al final has hecho que me baje la borrachera, todo hay que decirlo.

Se gira hacia George y ve una sonrisita asomar en sus labios. Él la mira un instante pero enseguida aparta nervioso la mirada.

—Esto... —empieza—. Esto no me lo esperaba.

Klara suelta una carcajada.

—Ah, ¿no? Pensaba que eras un gran follador. Un halcón entre los gorriones de la Place Lux. ¿Me he hecho una idea totalmente equivocada?

Lo mira de reojo y juraría que George se ruboriza un poco.

—Es..., es un poco diferente.

Klara se ha puesto de pie y encuentra sus bragas metidas entre los cojines del sofá. Las saca y se las pone.

—Ah, ¿sí? —dice y sonrío burlona—. ¿En qué sentido es diferente, George? Cuéntame.

Suena más chula de lo que se siente. O bueno, no tiene ni idea de cómo se siente, solo que le gusta lo que acaba de pasar. Que le gustan los labios de George y su aliento, sus manos en su piel. Que de pronto se siente segura. Y que no quiere que se acabe.

George se ha puesto los pantalones de pinza y se ha levantado. Tiene el pelo revuelto y despeinado y a Klara le gusta la forma en que se lo mesa con las manos en un intento de ponerle orden.

—No sé —contesta en voz baja—. Solo... diferente.

La mira y sonrío levemente.

—¿Ahora ya tienes hambre?

Klara asiente con la cabeza. La verdad es que tiene hambre. La cerveza ha dejado espacio a un leve dolor de cabeza. Pero la presión en el pecho ha desaparecido. ¿Cuándo fue la última vez que se sintió así de liviana?

—Aquí abajo hay un restaurante libanés —dice George—. Puedo bajar a buscar algo. Creo que también tienen bastantes cosas vegetarianas.

—Sabes que no soy vegetariana, ¿no? —dice ella y lo mira entretenida.

—¿No? Habría jurado que sí. —Se abre de brazos—. Tienes un poco pinta de serlo, ¿sabes?

Klara quiere darse una ducha pero no puede desprenderse de lo que ha pasado, así que se vuelve a sentar en el sofá, como paralizada. ¿Qué coño es esto? ¿De verdad acaba de acostarse con George?

Se levanta y se acerca a la puerta del balcón francés. Aparta un poco la cortina y mira a la calle.

George acaba de bajar a comprar comida, pero Klara nota algo en el pecho que le resulta vacío y como solitario y cálido y crudo. Lo echa de menos. Es una locura. ¿A George Lööw? ¿El más pijo de todos los pijos? Debe de estar más jodida de lo que se había pensado.

Klara examina la calle, que está inundada de la luz nebulosa y amarillenta de las farolas. Piensa quedarse aquí de pie hasta que él vuelva.

Ahora la calle está vacía y Klara mira el cruce donde está el restaurante.

Allí, apoyado en uno de los árboles pelados, hay un hombre en pantalón de chándal y chaquetón de plumas oscuro y brillante. Con el corazón a galope Klara vuelve a cerrar la cortina.

Todavía hay alguien que la está vigilando.

15 de noviembre – Beirut

Jacob ve a los hombres al otro lado del escaparate. Uno de ellos se ha detenido a medio camino de la librería, los otros se dirigen a la puerta con las manos en la cintura del pantalón, parcialmente cubiertos por las chaquetas cortas y oscuras. ¿Quiénes son? ¿Norteamericanos? ¿Acaso importa?

En cualquier caso, van a cogerlo. Van a encontrar el chip debajo de su piel. ¿Y luego?

Lo único que Jacob puede ver son monos de color naranja y celdas pequeñas. Es lo que le esperaba a Chelsea Manning cuando le entregó la información a Wikileaks. Al mismo tiempo nota que el librero le toca el codo y Jacob da un brinco, retira el brazo, se da la vuelta. El hombrecillo tiende una mano y lo vuelve a coger del hombro, esta vez con más resolución. El puro humea bajo su mostacho, los ojos escudriñan, y con la cabeza señala al interior de la tienda.

—Ven —dice en inglés—. No tienes mucho tiempo.

Conduce a Jacob entre las mesas y estanterías que se comban por el peso de los libros y atraviesan una cortina de perlas de cristal, entran en un pequeño cuarto con una aspiradora y cajas apiladas hasta el techo.

—Espera —indica el hombre y deja el puro en un plato en el suelo. Después se agacha y empieza a mover una de las columnas de cajas—. Ayúdame —ordena con voz áspera—. Tenemos que apartar esto.

Agarra la caja por la base y tira de ella, arrastrando toda la pila.

Detrás Jacob ve una bisagra. La parálisis cede y se agacha al lado del librero para ayudarlo a tirar.

Más atrás, dentro de la tienda, oye el tintineo de la campanilla. Escucha a varias personas entrar a toda prisa en el local. Los oye moverse por la tienda, en dirección al cuartito en el que él y el librero están tirando de la columna de cajas.

Pesan, la columna es inestable y por un segundo Jacob cree que va a derrumbarse, pero el librero se levanta rápidamente y agarra las cajas, las reequilibra.

Al final han conseguido retirar tanto la columna que el librero puede meter la mano y girar el cerrojo de una puerta, que se abre a un callejón oscuro y silencioso.

—Date prisa —lo apremia, y echa a Jacob por la puertecilla.

Jacob sale enseguida a la penumbra del callejón sucio y se vuelve hacia la puerta, ve la cara del librero, ve que le quiere dar algo por la abertura. Un sobre grueso y blanco.

—Coge esto —dice y agita el sobre para meterle prisa.

Antes de que Jacob tenga tiempo de responder nada, el dueño ha cerrado la puerta y se queda solo en el callejón.

Antes de salir corriendo hacia la entrada del callejón le parece oír un raspado, como si las cajas de cartón hubiesen vuelto a su sitio detrás de la puerta. Vuelve a oír el tráfico y siente que es su única salvación. Un taxi libre. Algún sitio donde desaparecer.

Cuando llega a la calle principal se da la vuelta y ve que la puerta por la que acaba de salir se abre de un bandazo y uno de los hombres vestidos de negro se precipita por ella, seguido de otro compañero. Están más o menos a unos treinta metros de distancia y descubren a Jacob al instante.

Gritan algo y Jacob ve sus manos en la cintura de los pantalones, los ve parar y desenfundar acero negro y estirar los brazos hacia delante. Los ve apuntarle a él.

—¡Quieto! ¡Al suelo! —los oye gritar en el ruido del tráfico en lo que podría ser inglés americano.

Ahora están a veinte metros y Jacob levanta las manos para mostrar que va desarmado, aún con el grueso sobre en la mano. Debería tumbarse en el suelo, debería entender que no está hecho para esto. Que debería rendirse. Pero hay algo en su interior que se ha endurecido. Ahora siente una semilla que antes no existía, un objetivo o una llamada. Un amor.

Y de pronto es como si el tiempo volviera a detenerse. Como en el jardín, como si todo el universo se quedara quieto, y ve taxis libres, justo detrás. Ve a los conductores que pasan retorcerse en sus asientos para ver qué está haciendo, si necesita un taxi.

—¡Esperad! —les grita a los hombres en el callejón y da un pasito hacia

ellos.

Ellos lo miran desconcertados, sorprendidos de que él siquiera les hable, que tome la iniciativa, y le contestan, pero Jacob no puede oír nada porque le zumban los oídos y todo le parece que está del revés. Da la vuelta y abre de golpe la puerta del taxi que acaba de detenerse detrás de él y se sube de un salto al asiento trasero.

—¡Arranque! —grita en inglés—. ¡Lo más rápido que pueda!

El taxista se vuelve para mirarlo, ve que va en serio y asiente en silencio, como si entendiera. Delante se les ha abierto un hueco en el tráfico y el hombre pisa el acelerador a fondo y el Mercedes de veinte años ruge y protesta, pero encuentra la fuerza necesaria y sale disparado en dirección este como cuando era nuevo.

Jacob mira hacia atrás y ve que los hombres ya han llegado a la calle, uno se detiene y hace parar un taxi, el otro separa las piernas, con la pistola mate delante. Parece un universo paralelo cuando el cristal de atrás del taxi estalla en mil pedazos. Jacob se lanza sobre el asiento de escay ajado y nota la lluvia de cristales. Oye que el taxista grita y se mete por una calle que cruza, lejos de pistolas y disparos y violencia, y luego frena en seco. El hombre se vuelve con ojos inyectados en sangre, atemorizados.

—¡Fuera! —grita—. ¡Sal de mi coche!

Está en shock y Jacob ya ha abierto la puerta y ha bajado de un salto. Los cristales restallan y cortan, pero consigue sacar el monedero y tira tres billetes de veinte al asiento y luego corre con todas sus fuerzas sobre asfalto y gravilla.

A los veinte metros mira atrás, ve que el taxi sigue allí, ve al taxista con el móvil pegado a la oreja. Pero no ve a los hombres que lo estaban siguiendo.

Otro taxi se detiene a su lado. Siempre taxis, aquí nadie camina. Abre la puerta y se mete en lo que dura un pestañeo, un instante de seguridad y el taxi empieza a deslizarse, anónimo, uno más entre mil como él.

Nota que un puñado de esquirlas se le ha colado por el cuello y que tiene el pelo lleno de polvo. Cuando vuelve a mirar atrás no ve nada excepto tráfico y el caos de siempre. Ninguna pistola mate ni hombres que le quieren dar caza.

—Solo lléveme —dice—. A cualquier parte.

Beirut es una ciudad para perderse. Si eres árabe, si tienes tu grupo, tu etnia, tu religión, puedes caer en Beirut como quien cae en un agujero negro, y solo la traición de sangre puede ponerte de vuelta bajo el foco. Pero si no tienes tu grupo..., si eres rubio y estás asustado y eres extranjero, estás expuesto, eres un patito feo, es imposible pasar desapercibido.

Jacob va sentado en el vinilo agujereado del asiento de atrás de un Mercedes antiguo que huele a humo y cuyo conductor se pregunta adónde tiene que ir. Mientras el taxi avanza con el tráfico en dirección este, Jacob se vuelve y mira por la ventana sucia de atrás. Solo hay filas y filas de coches que se deslizan lentamente apretujados por la ciudad. Ninguna furgoneta gris. De momento. Tiene que mantenerse alejado, necesita recobrar el aliento, pisar en firme.

De pronto vuelve a estar en la azotea, la primera noche en Beirut. Los ojos cálidos de Alexa. «Shatila es un descontrol». Se hurga el bolsillo y saca de nuevo su tarjeta de visita. Es una pequeña posibilidad, incluso menos que eso. Pero es todo lo que tiene.

—Quiero ir a Shatila —dice—. A un centro juvenil que hay allí.

Ve que el taxista niega rotundamente con la cabeza.

—Yo no voy a los campos de refugiados —responde en inglés macarrónico—. Le puedo llevar al límite exterior, pero tendrá que entrar solo.

—Gira la cabeza y mira a Jacob—. Aunque no es sitio para usted.

Jacob asiente en silencio.

—Sí —replica—. Tiene que serlo. Acérqueme todo lo que pueda.

El conductor se encoge de hombros y murmura algo inaudible, pero por lo menos acelera.

Jacob tiene el sobre en el regazo y lo toquetea hasta que consigue meter un dedo en una de las esquinas, levanta la pestaña. Con un movimiento rápido rasga el papel, coge el contenido del sobre y lo saca a la luz.

23-24 de noviembre – Bruselas

Klara se levanta de un salto del sofá en cuanto oye la llave en la cerradura. Sabe que es George, pero aun así está tan tensa, tan al borde de romperse, que se mete corriendo en la cocina. Justo acaba de sacar un cuchillo grande y afilado del primer cajón cuando él entra con dos bolsas de plástico llenas de envases de aluminio del restaurante.

—¡Eh! —dice George mientras deja las bolsas en el suelo con movimientos tranquilos y levanta las manos—. ¿Qué coño haces?

Klara mira el cuchillo y se da cuenta de que lo tiene en alto, apuntando a George.

Despacio, deja caer la punta hacia abajo y suelta el cuchillo, que cae al suelo de baldosas con un estruendo metálico. Luego se hunde en cuclillas y lo mira a los ojos.

—Estoy tan jodida —susurra y baja la mirada—. Ya no sé lo que hago. Me están siguiendo, veo hombres en cada esquina...

George se agacha delante de ella y le pone una mano en la mejilla.

—Lo sé —dice—. Sé exactamente cómo es.

—¿Lo sabes? —repite ella con escepticismo y lo vuelve a mirar—. Sinceramente, dudo mucho que te puedas imaginar cómo...

Pero en lugar de atender, George retira la mano de su cara y se la lleva a la espalda.

Cuando la vuelve a mostrar está sujetando un objeto tan grande y negro y aterrador que Klara se echa hacia atrás y casi cae de espaldas al suelo.

—¡Joder! —grita—. ¿Una pistola? ¿Estás loco?

George la sostiene en la palma de la mano y la deja lentamente en el suelo mientras Klara la mira atónita.

—No eres la única que tiene sus cosas, Klara —dice él—. ¿Por qué te crees que me vuelvo a casa? Después de todo lo que nos pasó en el

archipiélago hace un par de años, lo de este verano... Pensaba que no saldría adelante. Y ya no aguanto más vivir con miedo.

George fija la mirada en los ojos desnudos y atemorizados de Klara.

—No sabía que tú... —empieza ella.

—¿Sabes aquel fin de semana de Navidad en el archipiélago de hace dos años? Cuando fui secuestrado por mis clientes, que resultaron ser una especie de escuadrón de la muerte de la CIA, no sé si te acuerdas.

Hace una pausa y esboza una sonrisita.

—Le disparé a alguien. Y no es que pudiera contar lo sucedido a los cuatro vientos, precisamente, la Säpo lo dejó más que claro. Y tú sabes mejor que nadie que con alcohol y curro y un poco de tema de vez en cuando puedes aguantar un tiempo, en los peores momentos. Pero después de lo que pasó en verano... Los rusos y esos malditos disturbios en los barrios de la periferia...

George menea la cabeza.

—No he podido dormir. Me imagino que alguien va a entrar en mi casa, me imagino que me siguen y que me han pinchado el teléfono. ¿Y sabes qué es lo peor?

Klara niega en silencio.

—Que ni siquiera estoy seguro de si soy un paranoico. Quién coño sabe, ¿verdad?

Klara alarga la mano y la apoya en su mejilla, la acaricia con delicadeza.

—Sí —dice—. ¿Quién coño sabe?

—Así que le compré una pistola a un tipo de Anderlecht que conocía mi camello.

La levanta y le da la vuelta, la inspecciona.

—Es una locura. Pero es que no tenía ni idea de qué cojones debía hacer.

Klara sonrío un poco y le pasa una mano por el pelo.

—Te compraste una pipa y buscaste trabajo en el Ministerio de Economía. No deja de ser una estrategia peculiar.

George sonrío y se levanta sin prisa. Deja la pistola en la encimera.

—No sé —dice—. A lo mejor si salgo de aquí, si me alejo del trabajo en Stirling & Merchant y toda esta mierda, puede que consiga olvidarme. A lo mejor podré volver a dormir y logre que no me entre el pánico en cuanto oigo un ruidito que no puedo identificar al instante.

Klara se levanta también y sube de un saltito a la encimera.

—Deberías buscar ayuda —sugiere—. En serio. Así no puedes vivir,

hombre.

George recoge las bolsas con la comida y las deja en la pequeña mesa que hay en la cocina. Mira a Klara con una sombra de ironía en los ojos.

—Buen consejo —dice—. ¿Tú notas que a ti te va bien?

Son las cinco de la mañana cuando Klara va a hurtadillas a la cocina, abre la nevera y saca un cuenco casi intacto de hummus. Ninguno de los dos pudo comer gran cosa por la noche, a pesar del hambre que tenían cuando George bajó a comprar casi todo el menú del restaurante.

—Así que tú también duermes bastante mal...

Klara se da la vuelta y ve a George en la puerta en calzoncillos a rayas y camiseta. Tiene el pelo revuelto y la mira con ojos entornados. Sin gafas su cara se ve tan desnuda y limpia y se le ve tan... ¿mono? ¿George Lööw es mono? Definitivamente, Klara ha perdido el control.

—Tengo un tipo de Rohypnol —comenta—. Para dormir, quiero decir. Pero no me atrevo a usarlo.

Tiene una reunión importante dentro de doce horas. Ahora que ha conseguido tomar las riendas de la bebida y que anoche logró resistir la tentación, no puede arriesgarse a indisponerse por algún otro motivo. Mejor estar cansada que aguantar una resaca química.

—Y eso que te he cedido la cama —continúa él y pasa por su lado para ir a la nevera—. Qué desperdicio, ya podrías haberte echado en el sofá, si no pensabas dormir de todos modos.

Klara unta otro pan, mastica y traga mientras observa a George.

—O te vienes a la cama tú también —dice.

Vaya, ha sido más lanzada de lo que pensaba.

No han hablado de lo que pasó en el sofá antes de que él bajara a comprar la cena, simplemente no lo mencionaron mientras preparaban el sofá para que George durmiera en él, tras haber insistido en que ella cogiera la cama.

Ahora George se da la vuelta delante de la nevera, aún entornando los ojos en la oscuridad de la cocina, pero con algo más seguro e interesado en la mirada.

—¿Quieres que vaya? —pregunta.

Ella no dice nada, solo unta otro pedacito de pan y mira fijamente la

comida. ¿Quiere? ¿De verdad?

Luego levanta la vista y asiente con la cabeza.

—Sí —dice—. Quiero que vengas.

15 de noviembre – Beirut

Shatila está a años luz del reluciente centro de la ciudad y de las galerías en Mar Mikhael, a años luz de Cornichen y la universidad. Shatila es pobreza y eterna provisionalidad, un campo de refugiados de cincuenta años de edad que se ha convertido en un barrio.

El taxi lo deja junto a la embajada de Kuwait, justo en el límite del campo, y Jacob avanza a trompicones por callejones estrechos y zigzagueantes, entre paredes repletas de grafitis desconchados y plantillas de Arafat pintadas con espray. Cuando echa un vistazo a las fachadas sucias e irregulares ve banderas de Hamás y el emblema de Al-Fatah colgando de las ventanas. Está oscureciendo y cuando Jacob se ciñe la mochila más fuerte a los hombros nota las miradas desde los quioscos improvisados y las tiendas.

Aquí nadie podrá encontrarlo, pero también sabe que no debería estar aquí solo, que debería haberse tranquilizado y no haber entrado sin un guía. Antes que nada, debería haber llamado a Alexa, a pesar del riesgo, y haberle preguntado si podían quedar.

Por acto reflejo se mete la mano en el bolsillo para sacar el teléfono, pero de pronto recuerda que ya no lo tiene, que se ha deshecho de él hace unas horas en el jardín.

El callejón por el que camina se tuerce ligeramente a la izquierda y se estrecha todavía más, y cuando ve a los dos hombres árabes más adelante, con chaquetas de cuero cortas y miradas vacías, Jacob siente de golpe el azote del error que ha cometido.

Se detiene. Mira a su alrededor y ve a un tercer hombre bloqueándole el paso más atrás. Despacio, Jacob levanta las manos abiertas para mostrar que va desarmado, que no es ninguna amenaza, que no está aquí con malas intenciones.

Al principio los hombres no dicen nada, solo se quedan allí de pie con sus

ojos inertes. Jacob abre la boca y la vuelve a cerrar, da un paso atrás. No sabe qué decir ni lo que hay que hacer en una situación como esta. Algo refulge con el reflejo del sol. Algo que uno de los hombres lleva en el cinturón.

Una pistola.

Lo único que Jacob quiere hacer es sentarse, dejar que se acabe. No ha pasado ni una hora desde que le han disparado en Hamra y estaba tumbado en el asiento del taxi, cubierto de cristales.

—Soy amigo —dice en su árabe vacilante—. Estoy buscando el centro juvenil.

Suena tan hueco, y oye que el hombre que tiene detrás se acerca. Los otros dos hombres también se están moviendo despacio hacia él. Jacob traga saliva y lucha contra el pánico que siente en el pecho.

—Estoy buscando el centro juvenil —intenta por segunda vez.

Los hombres se detienen y lo miran. El eco de historias sobre atracos, desapariciones y secuestros resuena en su cabeza. ¿Cómo se llama el centro donde trabaja Alexa? ¿Cuál es el nombre exacto? ¿Por qué ha entrado aquí sin prepararse? ¿En qué coño estaba pensando? Debería haberse hospedado en el Four Seasons o algún otro hotel occidental y haber tratado de desaparecer en la multitud. Esto es de locos y de ingenuos, nada más.

—¿Quién eres? —pregunta uno de los hombres.

—Me llamo Jacob —responde él, pero tiene la boca tan seca que las palabras apenas van más allá de sus labios—. Soy diplomático sueco.

No es del todo cierto, pero a lo mejor le sirve de escudo de algún tipo. El hombre que se lo ha preguntado no se inmuta, solo hace un gesto casi imperceptible con la cabeza al tipo que Jacob tiene detrás, tras lo cual Jacob nota una mano que se ciñe sin prisa alrededor de su antebrazo.

—Deberías saber que aquí nadie se mueve a solas —dice el hombre—. Sobre todo alguien como tú. Tiene sus consecuencias.

Le hace un gesto con la mano al hombre que Jacob tiene detrás y luego da media vuelta y empieza a caminar por el callejón. Jacob nota que el otro hombre le tira del brazo y de pronto está moviendo los pies de forma automática, siguiendo a los dos hombres, adentrándose en el descontrol de Shatila.

¿Esto es estar secuestrado? Intenta memorizar el camino por el que lo conducen, es lo único que puede hacer. Por delante de una especie de taller, una pintura en la pared de la OLP, una placita abierta entre casas que no

parecen más que cabañas y en la que hay cuatro niños chutando un balón en la penumbra. Pero no sirve de nada. Los callejones se retuercen y cruzan y la adrenalina hace que se desconcentre y olvide por dónde han venido y en qué dirección van. Solo se están metiendo más en el laberinto.

—¿Adónde me lleváis? —le susurra al hombre que lo tiene sujeto del brazo.

Pero el hombre se limita a lanzarle una mirada sin responder nada y acelera el paso. De pronto los dos hombres que van delante paran y uno se acerca al portal de una casa de hormigón que parece más estable que el resto de edificios. Llama a la puerta.

El otro hombre se vuelve hacia él. Ya no parece amenazante, sino casi amigable, se diría que inofensivo. Señala un cartel que hay encima de la puerta. Está tenuemente iluminado por una especie de fluorescente que oscila con la brisa.

«Palestinian Recreational Youth Centre, PRYC», pone. En inglés y árabe.

—¿Era aquí adonde ibas? —pregunta el hombre—. ¿El centro juvenil?

Jacob vuelve a tragar saliva. No puede creerlo. Lo han llevado hasta donde él quería. No era ningún secuestro, solo querían ayudarlo.

—Gracias —responde—. No sabía que...

Pero antes de que pueda terminar la frase, la puerta se abre y ve los ojos inquietos de Alexa asomando por la abertura. Ella lo ve al mismo tiempo y un atisbo de desconcierto asoma en su cara hasta que logra ubicarlo.

—¿Jacob? —dice—. ¿Qué haces aquí?

Están sentados a una de las muchas mesas con láminas de linóleo en una sala que hace las veces de comedor y aula escolar. Una mujer está limpiando una de las otras mesas y Alexa deja una taza de té delante de Jacob.

—Bueno, cuéntame —dice—. ¿Qué te ha hecho emprender todo el camino hasta aquí sin llamar primero? Has tenido suerte de encontrarte con esos chicos, cualquier otro te lo habría robado todo. Supongo que ya eres consciente de ello.

Jacob asiente en silencio y nota que la herida en la espalda le vuelve a escocer. Hace un rato casi la había olvidado por completo.

—Han pasado muchas cosas —empieza—. No sé qué voy a hacer.

Y al fin se rompe por dentro y nota que las lágrimas empiezan a correr. Ahora le viene todo: Yassim y Myriam y los disparos en Hamra. El secuestro que no lo era.

Se había esperado que Alexa lo rodearía con un brazo e intentaría consolarlo, que le diría que todo saldría bien, que ella cuidaría de él. Pero lo único que hace es poner una mano encima de la suya y mirarlo a los ojos.

—Ya está —dice—. Tranquilízate, Jacob. Aquí los hombres no se desmoronan. ¿Lo entiendes?

Tarda un cuarto de hora en reunir el coraje suficiente y otro cuarto de hora en contarle toda la historia. Alexa no dice nada, solo permanece inmóvil en la silla, escuchando. De hecho, la mitad del tiempo ni siquiera lo mira, sino que descansa su mirada inexpresiva en la pared. Cuando Jacob termina, respira hondo y esconde la cara en las manos.

—No sé en qué lío me he metido —susurra.

Alexa vuelve la cara y lo mira con calma.

—Beirut —dice—. Te has metido en Beirut.

Alarga una mano y la posa sobre la espalda de Jacob, lo acaricia despacio entre los omoplatos hasta que encuentra el pequeño vendaje que cubre los puntos y el chip.

—Casi se puede sentir por debajo de la piel y la gasa —dice ella—. Si sabes que está ahí.

Jacob se limita a asentir en silencio.

—Y ¿qué pasa ahora? —pregunta Alexa—. Tienes algo bajo la piel que has prometido sacar de Beirut. Estás siendo buscado por el servicio de inteligencia sueco y, probablemente, también por el estadounidense. Digamos que no puedes comprarte un billete de avión y volver a casa sin más. ¿Qué piensas hacer?

Sin decir nada, Jacob saca el sobre grueso que le ha entregado el librero y lo desliza por la mesa hacia Alexa. Ella lo coge y saca el contenido. Los billetes de avión a Bruselas, vía Estambul. Una Mastercard. Y, por último, lo más chocante: un pasaporte sueco a nombre de un tal Patrik Andersson.

—Dios mío —susurra Alexa.

Es la primera vez que muestra algún tipo de reacción. Por lo visto, los pasaportes falsos la superan.

—O sea que esto va realmente en serio —dice.

Pasa las páginas del pasaporte.

—Este tal Yassim —continúa—. No lo conozco, sé que estuvo en mi fiesta, pero fue acompañando a alguien. ¿Confías en él? ¿O simplemente estás tan cegado de amor que podrías hacer cualquier cosa por él?

—No lo sé —responde Jacob entre dientes—. Creo que lo quiero.

—Cegado, vaya —concluye Alexa con sequedad—. Pero supongo que tampoco importa.

Suelta un suspiro y se inclina hacia él, vuelve a meter el pasaporte en el sobre, baja la voz a pesar de que estén los dos solos en la oscura sala.

—O bien tienes bajo la piel información sobre crímenes de guerra que los americanos o alguien más no quiere que salga a la luz, o bien tienes información sobre un ataque terrorista o una red o algo por el estilo. En cualquiera de los dos casos, tú no eres más que una presa de caza en todo esto, Jacob. Sea lo que sea, te seguirán persiguiendo hasta que te atrapen.

Jacob solloza y se hunde sobre la mesa hasta apoyar la frente. La magnitud del asunto al que se ha expuesto comienza por fin a vislumbrarse.

—Lo sé —susurra.

—En otras palabras, no hay ayuda posible —dice ella—. Pero eso ya lo entiendes. No hay nadie que represente a un Estado o institución en quien puedas confiar.

Jacob intenta asentir con la cabeza sin despegar la frente de la mesa. No importa lo que haya en el chip, ni que confíe en Yassim, que sepa que Yassim dice la verdad. Seguirá siendo un fugitivo y luego lo encerrarán, estará en peligro haga lo que haga.

—¿Hay alguien más que pueda ayudarte?

La voz de Alexa suena lejana y apenas consigue atravesar la autocompasión de Jacob. Gira la cabeza, apoya la mejilla en la mesa y la mira.

—¿Cómo, alguien más? —pregunta—. ¿A qué te refieres?

—¿Alguien en la universidad? Políticos. ¿Algún periodista? Quien sea, alguien en quien confíes y que tenga poder e influencia. *Wasta*. ¿Entiendes?

Wasta. La tonadilla de siempre, los protectores. Siempre alguien a quien puedes llamar cuando te para la policía o te niegan algún permiso o quieres que tu hija entre en alguna de las escuelas francesas cristianas. Un pariente lejano que es alcalde en algún pueblecito y que por ende tiene contactos. Un padrino cuyo hermano es jefe de policía. Las conexiones son tortuosas y a

menudo la distancia entre las personas es irrisoriamente larga. Pero Jacob no tiene a nadie. Ni nada. Solo puede negar con la cabeza.

—Aquí no —aclara Alexa—. Me refiero en Suecia.

—Suecia no funciona así —murmura él—. No importa a quién conozcas.

—Entiendo que no es como aquí —dice ella.

Un leve tono de irritación en su voz. No tiene tiempo para obviedades.

—Pero alguien que sea independiente. ¿Alguien en quien confíes y que confíe en ti?

—No conozco a nadie —contesta él—. No tengo ese tipo de contactos.

Cuando se incorpora y abre los ojos otra vez recuerda algo que ha pasado por delante de sus ojos. Algo que ha leído. No es gran cosa. Más bien, casi nada.

—¿Puedo utilizar tu ordenador? —dice—. Me gustaría mirar algo.

24 de noviembre – Bruselas

Un pálido rayo de sol entra por la ventana del dormitorio y por un instante le entra el pánico y se incorpora de golpe. ¿Se ha pasado la mañana durmiendo y se ha perdido la reunión?

—Mierda, mierda, mierda —dice en voz alta y se inclina por el borde de la cama para coger su teléfono.

—¿Qué pasa? —murmura George.

Klara se da la vuelta y lo descubre desnudo a su lado. Hasta ahora no se mira a sí misma y se sorprende ante la visión de sus pechos desnudos, su estómago a la vista. Se habían vuelto a acostar. Y se habían quedado dormidos en un abrazo.

—Mierda, ¿qué hora es? —dice ella—. ¿Nos hemos dormido?

George se gira hacia la mesilla de noche, donde tiene un reloj de pulsera grotescamente grande de acero negro mate.

—Las ocho y media —dice—. Relájate, joder, tampoco tienes tanta prisa, ¿no?

Klara se deja caer de espaldas sobre las almohadas, ya no tan nerviosa, pero tampoco tranquila. George se ata el reloj a la muñeca, se vuelve hacia ella y se lo enseña.

—Este reloj me lo regalaron después de aquella mierda en el archipiélago —dice—. Mi jefe. Es un Panerai de edición limitada, cuesta varios cientos de miles de coronas. De locos, ¿a que sí?

Ella mira el gran reloj de color negro y niega con la cabeza.

—Lo que es de locos es que te pasees con eso en la muñeca como si fuera de lo más normal —dice—. En serio, nunca he visto nada tan vulgar.

George resopla y vuelve a tumbarse bocarriba.

—Sobre todo, no te cortes, por el amor de Dios —murmura—. Tú di lo que sientes.

Ella mira de reojo a George y su ego herido y por un segundo se pregunta cómo es siquiera posible que se haya acostado con él. O, mejor dicho, cómo es posible que se haya acostado con ningún hombre en toda su vida. Pero entonces él se vuelve para mirarla y se pone serio.

—Hoy has quedado con el tipo ese —dice—. ¿Quién crees que puede ser?

Ella se encoge de hombros, se incorpora y busca sus bragas.

—¿Cómo voy a saberlo? —contesta—. Ni siquiera Gabi parecía saber nada.

—¿Y esos tipos que crees que te han estado siguiendo...? —continúa George—. Seguro que tienen algo que ver.

Klara encuentra las bragas hechas un ovillo a los pies de la cama y se las pone.

—Cualquier otra cosa sería demasiada casualidad —responde—. ¿Te he contado que en Estocolmo se me cruzaron los cables y casi me enfrento a ellos en Bromma?

George asiente en silencio.

—Tienes que quitártelos de encima —dice él—. Antes de quedar con el Karl ese.

—Quiero saber quiénes son —replica ella—. Estoy harta de verme metida en cosas que no entiendo.

Se levanta de la cama y se vuelve hacia George.

—Por cierto, ¿tú no tienes un trabajo al que acudir?

—Me quedan un par de semanas —contesta él—. No es que me endosen los trabajos más importantes de la empresa, que digamos.

—Al menos ahora no hay nadie —comenta George.

Acaba de volver a entrar después de ir a comprar unos cruasanes en una pequeña panadería cercana y ahora está de pie con una taza de café humeante en la mano, medio escondido detrás de la cortina de la ventana mientras inspecciona el cruce donde ayer compró la cena. Klara sorbe el café y estira el cuello para ver mejor. Tiene razón. La calle está vacía, con excepción de unas pocas personas trajeadas de camino a sus trabajos en la Comisión Europea o algún bufete de abogados en la Avenue Louise.

—A lo mejor te han soltado.

—Seguro —murmura Klara—. Si se han comprado unos billetes a última hora para vigilarme, no creo que sea muy probable que de pronto lo dejen estar.

George da un trago al café sin quitar los ojos de la calle. Ella lo mira desde al lado. George está tan concentrado y se preocupa tanto por ella que el corazón sobrecalentado de Klara se detiene cuando está cerca de él. Ya no nota el pánico todo el rato. Ya no está sola. No del todo.

—¿Y ahí? —dice él—. ¿En ese viejo BMW?

Klara se inclina hacia la ventana y mira. Puede distinguir una silueta detrás del parabrisas. Parece que el conductor está bebiendo de un vaso grande de cartón.

—Puede —contesta y se encoge de hombros—. Pero no es el mismo tipo de ayer noche, eso sí.

—Es él —murmura George—. Estoy cien por cien seguro. Estaba detrás de mí en la panadería hace un momento. Se ha pedido un café grande.

Señala al coche con la barbilla.

—El que se está tomando ahora. Un tío árabe. Barba. Vaqueros y una chaquetita corta de culturista para parecer más corpulento. Miraba hacia atrás sin parar, hacia el piso. Supongo que quería asegurarse de que no te largabas mientras él se compraba el café y no sé qué más. Fijo que es él. Solo han cambiado de tío, se habrán dado cuenta de que sabes que te están vigilando.

Klara suspira. Por un breve instante había conseguido engañarse a sí misma con que sus perseguidores quizá la habían dejado ir por algún motivo milagroso.

—¿Dónde tienes tus pastillas? —pregunta George y se vuelve hacia ella con una sonrisita asomando en la comisura.

—¿Las de dormir? —pregunta Klara.

—Sí, a menos que tengas más drogas de las que has declarado. Tráelas. Tengo una idea.

15-21 de noviembre – Beirut

La conexión es lenta y se va cortando y vuelve loco a Jacob, pero al final el navegador acaba cargando la página.

Empieza por revisar algunos artículos sobre el gran escándalo que azotó Suecia en verano. Los disturbios en la periferia, atizados y parcialmente organizados por una empresa rusa con conexiones con el Kremlin. Y quien lo había destapado, la persona cuya imagen lo había estado persiguiendo durante todo el otoño. La abogada sueca, joven y pelirroja y con ojos tan francos y cabreados que lograban salir de las fotos y los vídeos.

Gabriella Seichelmann.

Ahora Jacob vuelve a leer por encima la historia, y le sigue pareciendo igual de incomprensible que la primera vez. Que la Säpo tenía conocimiento de que los rusos estaban avivando el fuego de lo que estaba pasando en los barrios del extrarradio, que los rusos pagaban a criminales para mantener viva la llama de los disturbios entre chavales marginados y muertos de asco. El cinismo en todo ello. Y la Säpo que había permitido que los barrios ardieran para así sacar una tajada política a gran escala.

Y luego la tal Gabriella Seichelmann lo descubre todo y decide sacarlo a la luz. Después, artículo tras artículo, noticia tras noticia, fue contando que la Säpo la había amenazado a ella y a sus clientes para que mantuvieran la boca cerrada. La cosa había terminado con que el ministro de Justicia había prometido hacer una investigación, a pesar de que la policía secreta lo negara todo, o se cerrara en banda a la hora de hacer comentarios.

En otoño se había convertido en una especie de famosa, un símbolo para quienes se atreven a enfrentarse a grandes y poderosos intereses. La voz de la razón en el sentido literal de la palabra. Y era abogada.

Jacob encuentra el bufete en el que trabaja: Lindblad y Wiman. Un par de clics más y el perfil de la abogada se abre ante sus ojos, una foto elegante y

sería en blanco y negro. Y el número de su teléfono móvil.

Coge aire. La abogada había emprendido la lucha en verano. Parece convencida y que sabe lo que se hace. Puede que se le ocurra alguna idea o sepa lo que Jacob tiene que hacer en la situación en la que se encuentra. Costará dinero, sin duda, pero ahora mismo no tiene elección.

—¿Encuentras lo que buscas?

Alexa ha entrado en su desordenado despacho y está detrás de Jacob, en la puerta. Él gira en la silla, le da la espalda al escritorio sobrecargado y la mira a los ojos y luego a la taza de té que todavía tiene en la mano.

—No es una *wasta* —dice él—. Pero podría ser algo. ¿Me prestarías tu teléfono?

Gabriella lo coge al primer tono, como si hubiese estado esperando con el teléfono en la mano.

—Seichelmann —dice escuetamente.

Jacob se queda en blanco, no contaba con que ella fuera a responder de buenas a primeras. Respira hondo.

—¿Abogada Gabriella Seichelmann? —pregunta después de una breve pausa.

—Soy yo —confirma ella en tono formal—. ¿Con quién hablo?

—No tengo mucho tiempo —empieza Jacob, nervioso por el mero hecho de tenerla al teléfono, nervioso por el coste que le supondrá a Alexa.

—Entonces propongo que me cuentes lo que quieres —dice ella con brusquedad.

El auricular sisea y carraspea por el ambiente y la distancia.

—Ha llegado a mis manos cierta información —explica—. O sea, estoy en Beirut. Y una persona me ha pasado un chip que quieren que lleve a Bruselas. Algo sobre ataques con drones y crímenes de guerra.

Se detiene. Suena tan desquiciado.

—¿Cómo te llamas? —pregunta ella.

Suena un tanto distraída, como si no estuviera prestando atención del todo, o como si no se lo tomara del todo en serio.

—No estoy loco —responde Jacob—. No puedo darte mi nombre. Llámame Karl, ¿de acuerdo?

—Vale, Karl. Cuéntame. ¿De qué información se trata y qué puedo hacer por ti?

—Soy becario —dice él—. En la embajada de Beirut.

Respira hondo y hace de tripas corazón para contarlo.

—Hace unos meses conocí a un chico que es fotógrafo en Siria. Pero resultó ser una tapadera. En realidad ha estado recopilando información sobre ataques con drones efectuados por Occidente y cómo afectan a población inocente. Pero lo están vigilando y me pidió a mí que sacara la información del Líbano. Una espía sueca me ha amenazado y hoy me han disparado cuando...

—Tranquilo —dice Gabriella.

Hay un matiz nuevo en su voz, un interés, en lugar de la suspicacia de antes.

—Cuéntamelo desde el principio.

Jacob se lo explica lo más resumidamente que puede. Lo único que se salta es que lleva el chip bajo la piel. Es demasiado peliculero, ella jamás se lo creería. O peor, pensaría que Jacob es un esquizofrénico. Y tampoco le dice dónde se encuentra en este momento.

—O sea que tienes un pasaporte falso y billetes para salir de Beirut —dice Gabriella—. ¿Y te están siguiendo?

—Sí —responde él.

No sabe qué más decir y se quedan callados unos segundos.

—¿Adónde vuelas y cuándo? —pregunta ella al final.

—Bruselas —contesta Jacob—. Más o menos dentro de una semana.

—Vale —responde la abogada—. Yo puedo estar en Bruselas el 24.

Gabriella parece anotar algo en la otra punta de la línea, a lo mejor está mirando el calendario, emite un sonido gutural.

—No me digas qué día vuelas —añade—. Cómprate una tarjeta de prepago cuando aterrices y te haré saber dónde podemos quedar. ¿Lo has entendido?

—Sí —contesta él—. Lo he entendido.

La notable competencia de Gabriella es un alivio sin parangón. Guarda unos segundos de silencio, como si estuviera pensando.

—Lo haremos así —dice luego—. Es la única oportunidad que tienes, tal como yo lo veo, a menos que quieras ponerte en contacto con la embajada sueca, cosa que no quieres. Coges el avión según lo planeado. Luego te compras la tarjeta de teléfono y me vuelves a llamar y concertamos una cita, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —responde Jacob—. Gracias.

—Lo solucionaremos —lo tranquiliza ella—. Solo una cosa más. Procura copiar la información de la tarjeta y déjala en un lugar seguro. Mándala por correo o lo que se te ocurra.

—Eso puede ser... complicado —objeta él.

—Resuélvelo —contesta Gabriella tajante—. Esa información es todo lo que tienes. Llámame cuando estés en Europa. Te veré allí, en cualquier sitio.

Con eso, corta la llamada. Jacob mira a Alexa, que está apoyada en el marco de la puerta del pequeño despacho. Le hace un gesto para que la acompañe.

—Ven —dice—. Tengo una propuesta un poco desagradable.

Los días siguientes Alexa se ocupa de todo. Una cama en el albergue, un sitio en el comedor tres veces al día. Incluso libros en inglés que visitantes anteriores han ido dejando a su paso y una conexión irregular a internet que le permite mandar mentirijillas a sus compañeros de la embajada diciendo que está enfermo y que seguramente no irá por la oficina en toda la semana.

Los días pasan y en verdad Jacob solo sale de la cama para comer. Oye las voces graves de los jóvenes voluntarios europeos, pero no participa de las conversaciones. Solo come y vuelve a su cuarto, abre las páginas de un *thriller* norteamericano y lee hasta que se queda dormido.

¿Cuánto tiempo pasa allí tumbado hasta que empieza a creer que todo es una mera fantasía? ¿Dos días? ¿Tres? La herida en la espalda casi se ha curado del todo y el chip ya casi no le escuece.

Aparte de la tarjetita, no hay prácticamente nada que le recuerde los acontecimientos de los últimos días. Es curioso vivir así. Sin tener contacto con nadie, quitando a Alexa, que lo mira con ojos preocupados y que al final trata de arrastrarlo a los distintos proyectos que el centro tiene en marcha en los callejones de Shatila. Jacob no tiene fuerzas. No se atreve. Cada día dice «a lo mejor mañana», pero no es verdad.

Al cuarto día empieza a dudar otra vez. Apenas puede recordar la cara de Yassim, el sabor de sus labios, el tacto de sus manos en la piel. Lo único que queda es el estrés, el agujero en el pecho, las dudas y una misión que no logra entender del todo. Le pide a Alexa si puede usar el ordenador en la oficina, solo para poder leer las noticias y comprobar que ahí fuera existe un mundo.

Ella le ha dicho que se mantenga alejado del correo electrónico si no quiere ser descubierto, y Jacob no sabe cómo está al tanto de esas cosas, pero confía en Alexa y lo relaja el poder entregarse a una especie de normativa.

Pero no ha entrado en su correo del Ministerio de Asuntos Exteriores desde que mandó las excusas y tiene que comprobar si alguien le ha contestado o ha hecho algún comentario. Así que accede a su cuenta.

Tiene dos nuevos mensajes. Un: «Vale. Recupérate pronto», de Agneta. Pero también hay otro e-mail de una dirección que no ha visto nunca. Solo cifras y la extensión de Gmail, enviado hace un par de días. Eso es todo. Lo abre.

El mensaje son solo dos palabras en inglés. Nada más.

Aguanta. Pronto.

Pero es más que suficiente. El corazón de Jacob se detiene en su pecho cuando lo lee y de pronto es como si pudiera tocar a Yassim. Se queda mirando el e-mail durante tres minutos, cinco, diez, y luego cierra la sesión, borra el historial, cierra el navegador y se levanta. Dos días más. Eso es todo.

Sale del despacho ligero, flotando, va al comedor vacío. Casi ha llegado otra vez a su cama cuando oye la voz de Alexa.

—Jacob —dice—. Es la hora.

Él se da la vuelta y ve que lo está mirando con ojos graves y oscuros, su grueso pelo está recogido en una trenza que le cae por un hombro. Pero lo único que Jacob tiene en mente es el mensaje de Yassim, y Yassim. Niega lentamente con la cabeza.

—No sé —responde—. ¿Es necesario?

Pero Alexa se limita a asentir tranquilamente con la cabeza. Se la ve tan decidida.

—El coche está esperando —añade—. ¿Recuerdas lo que te dijo la abogada? No puedes permitirte jugártela, Jacob.

Sabe que tiene razón. Sabe que el amor no basta, que nunca nada es lo que parece ser. Así que se encoge de hombros.

—Vale —dice—. Hagámoslo de una vez.

Una clínica aún más pequeña que adonde Yassim lo llevó, una salita de espera llena de miradas inquietas y ojos febriles, pero Alexa lo hace cruzarla

y meterse en un consultorio poco más grande que un armario. Sin ventanas, solo una camilla vieja recubierta de piel sintética agrietada, un taburete redondo y una mesita con instrumentos de un solo uso.

La puerta se abre y Alexa se da la vuelta y ve a la mujer en el umbral, vestida con ropa verde de cirujana y chal en el pelo. Sus ojos están cansados, puede que haya estado trabajando toda la noche, o más aún. Alexa le da un beso en cada mejilla.

—Gracias, Aisha —dice—. Te debo un favor.

Pero la mujer se limita a sonreír y niega con la cabeza mientras pasa por su lado.

—Puede que ya estemos en paz —responde—. Por ahora.

Se sienta de cuclillas delante de Jacob y lo mira con una mirada tan cansada que resulta fría, indiferente.

—Bueno —empieza—. Alexa es amiga mía y dice que tienes algo bajo la piel en la espalda que tengo que extraer. Voy a hacerlo. Pero llevo treinta y seis horas despierta y tengo una sala de espera llena de gente que necesita mi ayuda de verdad. Eso significa que no quiero escuchar nada de ti, ¿de acuerdo? No quiero saber ni quién eres, ni qué haces en Shatila, ni qué es lo que llevas bajo la piel. Y no quiero oírte quejarte si te hago daño. En pocas palabras: vamos a tardar quince minutos y no quiero que digas ni pío. ¿Te ha quedado claro?

Jacob asiente en silencio. La severidad y la visible competencia de la doctora lo tranquilizan, y los siguientes quince minutos se permite el alivio momentáneo de estar en manos de otra persona.

Luego van sentados otra vez en el coche, él y Alexa y el chip en una bolsita que lleva en la mano. Lo mira del derecho y del revés a la luz amarilla del mediodía.

—Estará protegido por una contraseña, evidentemente —dice Alexa—. Así que no vas a poder saber qué contiene. Pero tampoco es el objetivo.

—¿Cuál es el objetivo? —susurra Jacob.

Alexa se vuelve en el asiento de atrás y le coge la cara, lo atrae hacia ella y lo mira a los ojos.

—El objetivo es que ahora ya no eres una simple carcasa, *habibi* —contesta—. No eres una simple marioneta. Ahora tienes cierto poder, una especie de control. Por si lo fueras a necesitar.

La semana acaba pasando entera, y de forma inexplicable el momento termina por llegar. Jacob está en el pasillo del centro juvenil con la mochila a su lado en el suelo; la herida en la espalda le duele más que nunca. Alexa abre la puerta para salir a la llovizna, que se cierne sobre el callejón como una espesa niebla. Al final de los cuatro escalones hay una moto esperando con el motor en marcha, ruidosa y enervante. Un casco negro con visera negra oculta la cabeza del conductor. Vaqueros y una chaqueta de motero a juego con el rojo claro del depósito de combustible.

—Pues hasta aquí —dice Alexa y rodea a Jacob con el brazo—. Bashir te llevará al aeropuerto.

Jacob se vuelve para mirarla. Tiene miedo y está nervioso. Sin lugar a dudas. Pero también siente alivio, casi alegría, de que la cosa esté tan cerca de terminarse, de que por fin avance, de que al fin comience. Asiente serio con la cabeza.

—Sí —responde—. Gracias por...

Pero no puede terminar la frase porque Alexa levanta una mano para hacerlo callar.

—No me des las gracias todavía —dice—. Hazlo cuando se haya acabado.

Jacob se inclina para darle dos besos, pero ella lo retiene.

—¿No te olvidas de algo? —pregunta y abre la mano.

Jacob observa desconcentrado la palma de su mano, donde hay un envoltorio redondo de preservativo sin abrir. Levanta la cabeza y mira a Alexa sin entender.

—Bueno —comenta—. La verdad es que no estoy de humor para echar un polvo. Y ni siquiera sé dónde está Yassim.

Alexa suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—*Darling* —dice—. ¿Tu pequeño secreto? ¿El chip? ¿Pensabas sacarlo de Beirut llevándolo en el bolsillo?

—¿Te refieres a que...? —empieza él.

Ella asiente.

—Me refiero a que te lo tragues como una buena mula, es exactamente eso lo que quiero decir.

La boca aún le sabe a látex y tiene la sensación de que el condón se le ha atascado en el esófago por mucha agua que haya intentado tomar, pero al

menos se lo ha tragado. Y ahora se sube de un salto a la moto detrás de Bashir y al principio apenas se atreve a mirar, solo se pega a Bashir un poco más de lo que le resulta cómodo. Rodea con los brazos su chaqueta de cuero roja y rígida y cierra los ojos mientras aceleran para salir del laberinto de Shatila y luego continuar por lo que son calles y carreteras de verdad.

Antes de que se dé cuenta, ya están en la autovía de camino al aeropuerto. Cuando Jacob se obliga a abrir los ojos ve que van haciendo zigzag entre coches que les pitan y puede vislumbrar las banderas verdes ondeando en los barrios periféricos controlados por Hezbolá, por no decir barrios de chabolas. Piensa que es la última vez que lo va a ver. Que es la última vez que hace este trayecto, que ahora deja Beirut atrás. Y más aún: se deja atrás a sí mismo, su antigua vida. Ahora es todo nuevo. Ahora solo hay incertidumbre y miedo. Y amor. Sobre todo, hay amor.

Cuando llegan al aeropuerto, Bashir aminora por fin la velocidad y se adapta al tráfico. Al final se detiene junto a la acera delante de la terminal. Jacob endereza el torso y nota que se ha abrazado tan fuerte a Bashir que tiene los brazos tiesos y apenas los puede estirar. Va a decirle algo al chico, que se ha subido la visera del casco negro y se ha vuelto para mirar a Jacob. Pero su mirada pasa de largo, al final de la calle, y hay algo en sus ojos que hace dar un respingo a Jacob y quedarse callado.

Despacio, él también se vuelve para mirar atrás y ve lo que ha visto Bashir.

En la rampa que sube entre el edificio de la terminal y el aparcamiento hay una furgoneta gris con lunas tintadas que cruza lentamente las barreras y pasa junto a los guardias de seguridad. Jacob siente el pánico quemando en el pecho, lo nota saltándole en la sangre. Piensa en los hombres en la librería armenia en Hamra. Los tiros al cristal del taxi. ¿Cómo lo han encontrado?

Jacob se baja la visera del casco con manos temblorosas y se vuelve a coger de la cintura de Bashir.

—¡Arranca! —dice—. Por favor, vámonos de aquí.

24 de noviembre – Bruselas

George saca cuatro pastillas del tarro que Maria, la vecina de Gabriella, le dio a Klara y las coloca sobre una tabla de cortar de roble que hay en la cocina.

—En el foro Flashback pone que esto debería ser suficiente —dice y empieza a picar las pastillas con un cuchillo japonés de gama alta—. Supongo que ya sabes que siempre puedes fiarte de los sociópatas que comentan ahí, ¿no?

—Esto es el plan más enfermizo que he oído en toda mi vida —replica Klara—. ¿No sería mejor que saliera corriendo lo más rápido que pueda y me metiera en el metro, o algo así?

—Siempre estamos a tiempo de hacer eso —contesta George.

Deja de picar y se la queda mirando.

—¿Acaso no quieres descubrir quién te está siguiendo?

—Sí —dice ella—. Lo que pasa es que no veo claro cómo vamos a obtener las respuestas con tu método.

George se inclina sobre la tabla de cortar y pica los últimos trozos de pastilla que quedan hasta tener un polvillo fino, luego lo vierte con cuidado en un pequeño recipiente de plástico.

—Deja de dar la murga y confía en mí. No tenemos tiempo que perder si queremos que esto funcione. Pronto se habrá terminado el café.

Se pone rápidamente el abrigo y deja el recipiente en el suelo del recibidor mientras se ata los zapatos.

—Dame tres minutos —dice—. No más, Klara. Poco margen en este plan tan genial.

Klara niega escéptica con la cabeza.

—Se te ha ido completamente —murmura.

—Pues propón algo mejor.

George la mira sin dejarse importunar.

—Bueno, acabo de hacerlo —señala ella—. Salir corriendo y meterme en el metro.

George le pone una mano en el hombro.

—¿Qué perdemos? —dice—. Si esto funciona tenemos la oportunidad de descubrir más cosas sobre esos tipos. Si no funciona, seguimos con tu plan, ¿vale?

Klara suelta un suspiro.

—Vale, adelante —responde.

Es una mañana despejada y fresca cuando Klara sale del portal de George, exactamente tres minutos después de que él haya desaparecido calle arriba, en dirección al cruce, más allá del BMW donde está sentado el sospechoso.

Se cierra mejor el abrigo y empieza a caminar mientras se esfuerza en no mirar al BMW. Pero cuando pasa por su lado no puede evitar lanzar una mirada furtiva a través del parabrisas para ver al hombre que está sentado al volante. Es lo que George había dicho. Espalda ancha y barba, el mismo estilo que los demás tipos que Klara ha visto. Todavía tiene la taza de café en la mano. Bien, al menos eso.

Se ha alejado unos veinte metros del coche cuando oye que la puerta se abre y luego se cierra. Klara reprime el impulso de darse la vuelta, pero nota que se le acelera el pulso.

Apresura el paso, tal como habían quedado. Casi corretea, lo cual obligará al perseguidor a hacer lo mismo.

Llega a la esquina y dobla a la derecha a toda prisa y ve a George en el acto, aunque se haya subido el cuello del abrigo y se haya puesto un gorro oscuro. Está apoyado en la puerta de un restaurante cerrado y cuando la ve empieza a caminar hacia ella a toda prisa. Klara asiente discretamente con la cabeza y él le devuelve el gesto. Contenido y concentrado.

Luego Klara para delante de la panadería que habían acordado y se enciende un cigarrillo. Mira de reojo a la esquina.

Le cuesta creerlo. Todo sucede tal y como George había pronosticado. El hombre que la sigue dobla la esquina a toda velocidad y George está ahí preparado. Justo cuando el hombre aparece, él da un paso adelante y chocan.

El hombre es mucho más corpulento que George y le hace salir rebotado. Pero George consigue agarrarle la mano, haciendo que la taza salpique y

salga volando.

—*Ou, pardon!* —oye exclamar a George—. Lo siento mucho. Yo...

—¡Cojones! —grita el hombre—. ¡Ve con cuidado!

Ve a Klara y se relaja. Debe de estar aliviado al comprobar que el objetivo no se le ha escapado y, probablemente, no quiera montar una escena para no arriesgarse a que lo pillen.

—Lo siento, lo siento —repite George en francés.

Le frota la chaqueta al hombre en la zona donde le ha caído café.

—Déjeme compensarlo, es lo mínimo que puedo hacer. Deje que le compre otro café.

—No hace falta —murmura el hombre en francés con acento—. Solo vete.

—De ninguna manera —continúa George—. Insisto.

Al hombre la situación lo coge por sorpresa. Trata de no mirar a Klara, que sigue delante de la panadería, al mismo tiempo que intenta zanjar la conversación con George. Lo último que quiere es llamar la atención. George vuelve a disculpase y luego pasa junto a Klara y se mete en la panadería sin hacerle el menor caso.

En poco más de un minuto sale otra vez con un café en la mano. El hombre sigue donde lo había dejado.

—Le pido disculpas otra vez —dice George poniéndole el café en la mano—. Soy tan torpe.

El hombre parece irritado pero acepta el vaso de cartón y se deshace de George, que se aleja por la calle de vuelta a su piso.

Klara se termina el cigarrillo y trata de hacer como si no se hubiera enterado del incidente entre los dos hombres. Apaga la colilla, se mete en la panadería y compra una barra de pan.

Cuando vuelve a salir ya no puede ver al hombre.

—Está sentado en el coche otra vez —es lo primero que oye cuando entra de nuevo en el piso de George—. Con el vaso. ¡Soy un puto genio!

Klara cruza el recibidor y entra en el salón sin molestarse en quitarse ni los zapatos ni el abrigo.

—¡Se lo está bebiendo! —dice George.

Klara se acerca cautelosa a la ventana. Puede ver el BMW, puede ver de nuevo al hombre sentado al volante.

—¿Y si te has equivocado con la dosis? —dice—. ¿Y si lo matas?

—Joder, para ti el vaso siempre está medio vacío, ¿eh? —murmura George.

Gira la cabeza para mirarla.

—No te mueres por un poco de Rohypnol. Se quedará un poco aturdido y desorientado, eso es todo. Eso hará que sus colegas vengan a echarle un vistazo. Tú céntrate en el café. ¡Es el auténtico triunfo!

—Me gustaría poder decir que estoy asombrada ante tus conocimientos sobre drogas de violadores —contesta—. Pero veo que no lo estoy en absoluto.

Están sentados en el piso sin hacer nada en especial, George ha abandonado definitivamente la idea de ir a trabajar. Apenas hablan, solo van mirando cosas en el móvil. Klara le lanza un vistazo a intervalos regulares y nota que George hace lo mismo. La noche y la mañana siguen flotando en la sala como un campo de fuerza, pero ninguno de los dos sabe cómo gestionarlo.

Pasados más o menos tres cuartos de hora, George gira la muñeca y mira su reloj sobredimensionado.

—Ya debería haber hecho efecto, diría yo —comenta y se levanta.

—Vale —responde Klara—. Lo haremos así: yo salgo y miro si el tío me sigue. Si lo hace, intento deshacerme de él en el metro, o algo. Luego voy yo sola a la cita con el tal Karl.

George niega en silencio.

—Ni de coña —replica—. Yo voy contigo.

Klara le sonrío.

—George, no quiero tener que pensar también en ti —dice—. Quédate aquí y te llamo luego.

—Pero ¿y si pasa algo? Ya sabes, si algo se tuerce.

—¿«Si algo se tuerce»? —repite ella—. ¿Qué vas a hacer? ¿Comprar otro café?

Se acerca a George y le pasa la mano por la mejilla. Es la primera vez que lo toca desde que se han despertado en su cama esta mañana.

—Esto es cosa mía, George —dice—. Quiero hacerlo sola. Por Gabriella. ¿Tienes algún gorro para dejarme? Cuanto más pueda cambiar de aspecto mejor.

George revuelve un cajón en el recibidor y encuentra un gorro gris claro de lana. Se levanta, se acerca a Klara y se lo pone en la cabeza.

—Al menos ve con cuidado —dice—. ¿Me lo prometes?

Ella asiente. Los ojos azules de George. Klara no puede apartar la mirada. Sin prisa, se pone un poco de puntillas y le da un beso en la boca.

—Lo prometo —responde y sale por la puerta, en busca de sus perseguidores, en busca de quienes sean que han conseguido que detengan a Gabriella.

21 de noviembre – Beirut/Bruselas

La furgoneta gris cruza despacio la barrera y se acerca a Jacob, sentado de paquete en la moto de Bashir.

—¡Por favor, arranca! —le ruega y se sube la visera del casco—. ¡Tengo que salir de aquí!

Pero Bashir solo se vuelve hacia atrás y le baja la visera negra para tapar la cara de Jacob. Apoya el casco en el de él.

—Tranquilo —dice con severidad—. Si salimos ahora llamaremos la atención. Estate quieto y cierra la boca.

El vehículo se acerca, ahora ya está a menos de veinte metros. Lo único que Jacob quiere es saltar de la moto y salir corriendo a toda prisa. Pero aunque fuera capaz de reunir la fuerza suficiente y el coraje necesario, no está seguro de que sus piernas fueran a sostenerlo. La furgoneta está diez metros más atrás y aminora la marcha justo delante de la terminal de salidas. Jacob ve que la puerta de atrás se abre.

—¡Arranca! —grita—. ¡Por favor, arranca!

No puede decir nada más, porque el codo de Bashir se le clava en el plexo solar y Jacob se dobla sobre su espalda, intentando coger aire.

—Cállate —le suelta Bashir con un bufido.

Jacob mira otra vez hacia atrás, a pesar del dolor en el estómago. La puerta ya está abierta de par en par y del interior de la furgoneta baja un hombre de mediana edad vestido con traje. Tras él, un hombre cano y una mujer con un traje beis. Un chófer se baja del asiento del conductor y saca varias maletas de la cabina de la furgoneta. Los pasajeros las cogen y se van en grupo a la terminal de salidas.

—Un taxi lanzadera de algún hotel —señala Bashir y se sube la visera.

Se vuelve y le sube también la visera a Jacob, lo atraviesa con la mirada.

—Tienes que comportarte —dice—. Tienes que respirar hondo, ¿me oyes?

Jacob asiente con cuidado. Aún no se puede creer que ya haya pasado, que no se trate de la furgoneta que él temía.

—Si nos hubiésemos largado de aquí presas del pánico habríamos llamado toda la atención imaginable —añade Bashir.

Barre con la mano hacia los puntos de control del aparcamiento y los policías y soldados que están patrullando el aeropuerto.

—Aquí una moto que se comporta de forma sospechosa es un peligro mortal, ¿no lo entiendes?

Jacob vuelve a asentir.

—No sé en qué mierda estás metido —continúa Bashir—. Y tampoco quiero saberlo. Yo solo soy el tipo que lleva la moto. Pero he vivido aquí el tiempo suficiente como para saber que no hay que dejarse llevar por el pánico. Recuérdalo. Hielo en el estómago.

Toca un par de veces con los nudillos en el kevlar del casco de Jacob.

—Gracias —dice Jacob y se desabrocha el cierre.

Se siente tonto, como un novato demasiado tenso. Al mismo tiempo, Bashir tiene razón: no puede ni imaginarse la mierda en la que Jacob se ha metido.

—Lo tendré en cuenta —añade y le devuelve el casco.

Bashir desaparece con su moto. Jacob se echa la mochila a la espalda y se encamina hacia la terminal de salidas. En el bolsillo le quema el pasaporte falso que Yassim le ha conseguido. El estrés sigue crepitando bajo su piel. La herida entre los omoplatos le duele.

No tiene ningún sentido esperar, no le resultará más fácil, así que va directo al control de seguridad. Va a volar de Beirut a Bruselas con un pasaporte falso, con billetes expedidos a nombre de otra persona. ¿Qué pasa si no sale bien, si lo pillan? Le vienen a la mente los ojos impasibles de Myriam, los hombres en la librería. Guantánamo. Pero ahora ya no tiene otra alternativa, ha hecho su elección.

Con dedos temblorosos le entrega el pasaporte al hombre cansado que está sentado detrás del mostrador. ¿Debe mirarle a los ojos? ¿O apartar la mirada? ¿Qué haces cuando no tienes nada que ocultar?

El hombre coge el pasaporte y busca la primera página con gesto automático. Mira distraído a Jacob y luego otra vez el pasaporte. Pasa las hojas y está a punto de devolvérselo cuando cambia de idea y lo retira otra vez.

Sin quitar los ojos de Jacob observa otra vez la página de la foto y los datos. Jacob traga saliva y trata de no pasear erráticamente la mirada. Nota que las axilas se le vuelven a humedecer.

El hombre le aguanta la mirada, lo mantiene retenido con sus ojos penetrantes.

—¿Disculpe? —pregunta Jacob. Tiene la boca seca, su voz no es más que un susurro—. ¿Hay algún problema?

El hombre no responde, pero levanta un poco el pasaporte, como para ver mejor. Luego vuelve a mirar a Jacob a los ojos.

—¿Míster Andersson? —dice.

«¿Es mejor confesar?», le da tiempo a pensar. ¿Acaso importa?

—¿Sí?

El hombre cierra el pasaporte y lo deja en el mostrador.

—Su pasaporte caduca dentro de seis meses —le informa—. Solo para que lo sepa.

Empuja el pasaporte por la mesa gris y desgastada. Jacob cree haber oído mal y menea incrédulo la cabeza antes de parar y recoger el pasaporte.

—G-gracias —dice—. Me... Me encargaré de renovarlo.

Como envuelto en una niebla, se guarda el pasaporte en el bolsillo y se da la vuelta. Riadas de personas pasan por su lado, pero él no se da cuenta, está metido en su propia burbuja. Es como si hubiese vuelto a presenciar un milagro, como si lo hubiesen vuelto a salvar en el último segundo, no, *después* del último segundo, como si ya hubiese caído por el precipicio pero le hubiesen dado una segunda oportunidad.

Casi ha llegado al puesto de control cuando nota que alguien lo agarra con fuerza del hombro. Al girarse se topa con un militar con boina y un pequeño fusil de asalto cruzado sobre el pecho.

Jacob nota que levanta por acto reflejo las manos para que el hombre no lo vea como una amenaza; el pánico es casi paralizante. El hombre se le acerca un paso y levanta una mochila.

—Se ha dejado esto —dice—. En el control de pasaportes.

Jacob menea la cabeza en un intento de recolocar la realidad en su sitio. Es su mochila. Con los nervios del pasaporte se ha olvidado de cogerla.

Alarga su mano temblorosa y la coge.

—Vaya —contesta—. Gracias.

—Tenga controladas sus pertenencias —le advierte el soldado—. La

próxima vez quedará confiscada.

Pasadas las seis de la tarde aterriza en Bruselas y está convencido de que sus manos temblorosas y su mirada inquieta harán que la mujer del control de pasaportes revise el suyo con más atención y acabe pulsando algún botoncito de alarma que tiene escondido debajo del mostrador. Pero ella se limita a echarle un vistazo fugaz a Jacob y al pasaporte y lo hace pasar. Es demasiado fácil, le cuesta creer que esté sucediendo, que lo haya conseguido, que haya salido con vida del Líbano.

Cuando cruza la terminal se da cuenta de que aquí hay incluso más patrullas de militares que en Beirut. Los ataques en París de la semana anterior han hecho mella. Le parece inverosímil, pero Jacob ha dormido casi todo el vuelo, exhausto y abatido por el estrés que ha pasado en el aeropuerto.

¿Qué va a ocurrir ahora? No ha recibido más instrucciones, solo estos billetes de avión. ¿Va a venir alguien a su encuentro? ¿Y qué va a hacer si no se presenta nadie?

Entonces empieza a pensar en Gabriella Seichelmann. ¿Ha sido un error meterla en todo esto? Cuando estaba con Alexa en Shatila no se lo parecía. Entonces Jacob estaba tan asustado y perdido, se sentía tan abandonado. Y ahora no sabe si va a toparse con un equipo de operaciones especiales que lo está esperando en la terminal de llegadas.

—No, no, no —se dice a sí mismo entre dientes y pone rumbo a una tienda de electrónica de camino a la recogida de equipaje y la salida.

Se compra un teléfono pequeño y una tarjeta de prepago con la Mastercard que Yassim le ha pasado, saca el papelito con el número de Gabriella y lo marca. Ella responde al segundo tono.

—Soy... Karl —empieza—. Te llamé...

—Me acuerdo de ti —lo interrumpe con tranquilidad—. Es importante que la conversación sea breve, Karl.

Jacob respira hondo.

—Ya estoy aquí... y estoy asustado —dice.

Ni siquiera ha reparado en ello hasta ahora, tan solo ha estado oscilando entre una calma contenida y el pánico más desorbitado. Ahora toma conciencia de que lo que está es asustado. Muerto de miedo.

—Lo entiendo —se limita a responder ella—. Pero tienes que aguantar. Tenemos nuestra cita el martes, tal como ya acordamos. El ascensor del Palais de Justice a las 16:00 horas.

—No sé dónde es eso —susurra—. ¿Cómo voy a...?

—Te las arreglarás —dice Gabriella con calma.

¿Martes? Tres días. Le da la sensación de que falta un año para eso.

—Pero —insiste— ¿qué hago hasta entonces? Ahora estoy en Bruselas. ¿Y si nadie viene a buscarme? ¿Y si...?

—Creo que es preferible que no hablemos más de esto por teléfono, mejor el martes, cuando nos veamos. Y, como ya te he dicho varias veces, no puedo quedar antes. Lo siento, pero...

—¡No lo entiendes!

Jacob ha alzado la voz, pero se controla y la vuelve a bajar para no destacar por encima del bullicio del aeropuerto.

—Me está persiguiendo un montón de gente. Necesito tu ayuda.

—Razón de más para que no alarguemos la conversación. No podemos arriesgarnos, si han pinchado la línea. Si es así, puede que los dos estemos en peligro.

—No pueden haberme pinchado el teléfono, me lo acabo de comprar...

—Pero a mí sí —replica Gabriella—. Tú mantén la calma, haz lo menos que puedas estos días. Ahora tengo que colgar. Nos vemos el martes, tal como habíamos quedado. No me llames a menos que sea porque tienes que cambiar la hora. En serio lo digo.

Hay algo en su calma tan resoluta que tiene un efecto sobre Jacob, y nota que el miedo se disipa un poco. Un par de días. Pero solo si Yassim no es quien él cree. Si todo se va al traste. Entonces habrá alguien que sabrá dónde se encuentra, lo que le está pasando. Habrá una solución de emergencia.

—Vale —dice—. Me las apañó.

Jacob sigue el flujo de viajeros en dirección a la salida. ¿Qué pasará cuando salga a la terminal de llegadas? ¿Estará Yassim esperándolo? Siente que el mero recuerdo de su rostro, su cuerpo y sus manos le produce un cosquilleo. Pero ¿y si no está? ¿Y si ha tenido algún problema? ¿Y si lo han arrestado? La cabeza le da vueltas y vueltas. Ya no sabe nada.

La terminal está repleta de gente esperando a parientes y amigos. Jacob para y otea la multitud multicolor. No ve nada que le recuerde a Yassim en

ninguna parte y el hecho de verse completamente solo lo deja paralizado. Lo único que quiere es desplomarse en el suelo, tirar la toalla. Pero luego gira la cabeza hacia los taxistas, que están de pie con sus carteles escritos a mano con nombres de pasajeros. Al principio le parece que no lo ha visto bien, pero uno de ellos sostiene un cartel con un nombre que le hace dar un respingo.

Patrik Andersson.

El chófer en chaqueta de cuero lo mira al mismo tiempo, deben de haberle dado instrucciones sobre su apariencia, porque enseguida se le acerca.

—Mr. Andersson —dice en inglés con acento—. Acompañeme, si es tan amable.

Jacob mira a su alrededor y titubea por un instante. No es raro que esté paranoico, pero tiene que confiar en que esto se resolverá, que Yassim lo solucionará.

Con paso tranquilo acompaña al taxista hasta el exterior.

Pasan de largo por la fila de taxis y cruzan la calle oscura en dirección al parking de varias plantas del otro lado.

—Mi coche está por aquí —le informa el taxista sin darse la vuelta.

Jacob lo sigue a paso ligero, se meten en la luz amarilla y tenue del aparcamiento. No cogen el ascensor, sino que siguen por la planta baja, pero se van adentrando cada vez más en el edificio, hacia uno de los rincones más alejados.

—Solo es ahí delante, no falta mucho —dice el conductor.

A Jacob le parece oír una puerta de un coche que se cierra y el eco de unos pasos.

—Allí —indica el conductor y señala un viejo Citroën de color negro.

Los pasos se acercan por detrás. Hay algo que no encaja. Eso no es ningún taxi, parece un coche privado. ¿Y por qué está aparcado ahí, tan apartado, a pesar de haber filas enteras de huecos libres más cerca de la terminal?

—Espere —dice Jacob y se detiene—. ¿Quién le ha mandado venir a recogerme?

El hombre se vuelve hacia Jacob con la mano metida en el fondo de su bolsillo. Tiene una pistola, es evidente, demasiado evidente.

—Me manda tu amigo —responde—. Yassim.

Apenas termina de decirlo cuando Jacob oye que los pasos están justo a su espalda. Pero no le da tiempo a darse la vuelta, solo nota que de pronto le suben la chaqueta por encima de la cintura, una brisa fresca le acaricia la piel

desnuda.

Una jeringuilla le penetra el costado y Jacob nota el intenso dolor de la sustancia que le inyectan a través de la cánula. El aparcamiento empieza a dar vueltas, sus piernas flaquean y de pronto todo se vuelve negro.

24 de noviembre – Bruselas

Cuando sale del portal de George gira a la derecha, en dirección opuesta al cruce donde está la panadería, para no tener que pasar junto al hombre que está sentado en el BMW. Camina pegada a la pared gris, la calle está vacía y silenciosa incluso en pleno día, la mayoría de la gente ya debe de estar en sus oficinas.

No ha caminado muchos metros cuando oye abrirse la puerta del coche y luego cerrarse detrás de él. Mierda, demasiado fácil para ser verdad. Ha estado convencida todo el rato de que el plan de George funcionaría. No le queda otra que acelerar el paso hasta Avenue Louise y bajar lo antes posible a la Place Stéphanie y meterse en el metro, cruzando los dedos para que esté lleno de gente, siendo como es la hora de comer.

Echa un vistazo por encima del hombro. La callejuela donde George vive parece casi desierta, quitando a una mujer de pelo castaño en vaqueros y abrigo que tendrá más o menos su edad. Klara gira la cabeza un poco más para poder ver más lejos.

Ahí está, el hombre de la barba. Pero no tiene para nada el aspecto de antes, no se le ve ni por asomo tan concentrado y hábil como hace un rato. Más bien al contrario, parece borracho o enfermo, se ha parado junto al coche y se está apoyando en el capó. Klara puede ver cómo la busca con la mirada al tiempo que intenta sacar su teléfono.

Las pastillas de George han surtido su efecto, después de todo, el hombre va tan colocado que no es capaz de seguirla. Le da varias vueltas al móvil. ¿Está intentando llamar a un compañero? Será mejor que Klara se dé prisa antes de que llegue un sustituto.

Entonces ve a otra figura caminando por la calle, en dirección al hombre. George. Klara se detiene y se gira del todo. George ya ha llegado hasta él y ahora le coge la mano en la que el hombre tiene el teléfono. Lo último que

Klara ve justo antes de darse la vuelta otra vez y empezar a correr hacia Avenue Louise es que George le quita el teléfono de la mano y lo empuja sobre el capó del coche.

—Mierda —murmura, titubea un instante y luego se pone a correr pero calle arriba, hacia George y lo que sea que está haciendo.

—¡En serio! —exclama Klara cuando se le acerca—. ¿Qué tienes en la cabeza?

George está a menos de diez metros y se vuelve para mirarla con cara de asombro. Levanta el brazo y hace un aspaviento mientras barre la calle con la mirada de un lado a otro.

—Lárgate —le bufá él—. Puede haber más, joder.

Pero Klara no lo escucha y sigue caminando.

—¿Qué cojones, George? —dice.

Ya ha llegado hasta él y lo mira con irritación y frustración a partes iguales.

—¿Qué piensas hacer?

El hombre que la ha estado persiguiendo se vuelve con mirada aturdida y desenfocada. Abre la boca para decir algo pero la vuelve a cerrar. George lo empuja dentro del coche, donde el hombre se desploma encima del volante con los ojos cerrados.

—Estoy intentando descubrir quiénes son estos tipos —dice.

Levanta un móvil sencillo con gesto triunfal.

—¿Qué coño vas a hacer con eso? —pregunta ella y lo tira del hombro para alejarlo del coche, de vuelta a su portal.

—No he pensado todos los detalles —contesta él.

—Qué sorpresa.

Se han metido en el portal y Klara sube delante por las escaleras hasta el piso de George.

—¿Por qué has vuelto? —se queja él—. La idea era que pudieras escaparte.

—Eso era antes de que empezaras a robarle a la gente —murmura ella.

Se vuelve para observarlo y le lanza una mirada de enfado.

—Cuando su colega empiece a llamarlo al móvil, ¿qué tienes pensado?

George titubea con la mirada, pillado in fraganti en la inconsistencia de su plan.

—Ya se verá —responde—. Solo pensaba que el móvil podría servirnos de ayuda. Ver quién es. Sus contactos.

Klara niega con la cabeza.

—¿También le has pedido la contraseña y tal? —dice.

Abre la puerta del piso y entra en el salón, se sienta en el sofá.

—Dámelo —ordena Klara.

George le lanza el teléfono y se sienta enfrente.

—De prepago —comenta ella.

Pulsa el botón del teléfono y la pantalla de baja resolución se enciende. Efectivamente, se necesita una contraseña para poder utilizarlo. Pero no es eso lo que Klara quiere mirar. En la pantalla aparece la hora en cifras digitales. Debajo aparecen escritos lo que Klara intuye que son el día y el mes. Lo que ocurre es que no puede leer las letras, ya que están escritas en cirílico. El móvil está configurado en lo que parece ser ruso.

Se lo muestra a George.

—Aquí está pasando algo muy raro —dice.

George coge el teléfono, lo mira y se queda de piedra. Alza la vista.

—¿Qué narices es esto? —pregunta—. ¿Ruso?

Klara asiente con la cabeza. Siente una ola de frío recorrerle el espinazo.

—Entonces, esto explicaría lo de los tipos del este que comentaba Gabriella en la carta —dice George—. ¿Son rusos?

—Eso parece —contesta Klara—. Esto no me gusta nada, George.

Él se ha puesto de pie y se ha acercado a la ventana.

—A mí tampoco —dice—. Creo que será mejor que nos larguemos ya. Antes de que aparezcan sus colegas.

23 de noviembre – Bruselas

La habitación es oscura y húmeda, solo una estría de luz se cuele por una ventana mal pintada de negro que hay junto al techo. Las paredes desprenden un leve olor a moho y todo el cuarto huele ligeramente a aceite rancio de freír.

Le palpitan los ojos y las sienas, le duele la cabeza, y cuando levanta los párpados para ver dónde está se da cuenta de que tiene tanto frío que le rechinan los dientes. La herida de la espalda le duele, como si alguien la hubiera cortado, como si estuviera abierta y no se estuviese curando.

¿Está en un sótano? Nota que en el suelo, sobre un colchón delgado, apenas más grueso que una alfombra. Sin duda, está tumbado, de costado. Debería incorporarse, pero cuando lo intenta no consigue encontrar las manos. Trata de mandarles señales, pero, cuando las va a mover, estas no se inmutan, como si estuvieran bloqueadas. Le escuecen las muñecas y Jacob gira la cabeza y sigue el hombro y el brazo con la mirada por su espalda. Ahí están, atadas con bridas blancas.

El recuerdo le viene a la mente en fragmentos. El avión abandonando Beirut, el hombre que lo estaba esperando con un nombre en un cartel, la pistola en su bolsillo. Los pasos. El intenso dolor de lo que parecía una jeringuilla. Las piernas flaqueando. La oscuridad.

Poco a poco cae en la cuenta de que lo han drogado y secuestrado.

Ha salido de Beirut con un nombre falso. Pasaporte falso. Ahora está maniatado en un sótano helado.

Solo Yassim sabía que iba a coger ese vuelo y bajo qué nombre.

La resignación se le echa encima. Solo hay dos alternativas posibles. O bien Yassim ha perdido el control de lo que está pasando. O bien Jacob ha sido engañado hasta la médula.

Entonces le entra el pánico. Grita a viva voz. Ninguna palabra, solo un

bramido sin fondo y vacío que le parece que no vaya a terminar nunca.

Pero lo hace cuando dos hombres con pasamontañas abren la puerta de un bandazo y entran en el cuarto. El grito cesa cuando uno de los dos se agacha y le da un puñetazo en la mejilla con un puño cubierto con un guante, los labios de Jacob se parten y la sangre empieza a correr por su mentón y mejilla, sobre el sucio y delgado colchón. El grito cesa cuando el otro hombre le mete un trapo grande y blanco en la boca para que el ruido, simplemente, ya no pueda salir.

Jacob nota que sacude la cabeza de forma descontrolada, que sus ojos están abiertos de par en par debido al pánico. Uno de los hombres lo agarra por los hombros y lo obliga a incorporarse. Luego tira de él hacia delante hasta que Jacob queda de rodillas en el suelo. Las manos en la espalda. El trapo en la boca. La sangre corriendo por su mentón. El hombre se agacha y Jacob puede oler su aliento fétido.

—Estate calladito —dice en inglés con acento—. No quiero oír ni pío.

Da un paso atrás y del cinturón de sus pantalones cargo saca una pistola pequeña y oscura. Apoya el cañón en la cabeza de Jacob, en mitad de la frente, y Jacob nota que las lágrimas corren por su cara.

Luego, el hombre aprieta el gatillo.

La pistola emite un chasquido y Jacob se desploma otra vez en el colchón, temblando de pies a cabeza.

—Exacto —dice el hombre y se ríe entre dientes—. Ni pío.

Jacob asiente en silencio.

Los dos hombres se dan la vuelta y salen del cuarto. Jacob oye que cierran la puerta con llave.

Le resulta imposible discernir cuánto tiempo lleva ahí tirado cuando oye un movimiento detrás de la puerta. Quizá una hora. Quizá doce. El frío ha pasado a formar parte de él. Como una escarcha que ha ido calando en su corazón y su columna vertebral. Tiene tanta hambre. Y el miedo que siente es tan inaudito, imposible de definir en palabras.

La puerta se abre lentamente. Primero no puede ver claramente lo que pasa por culpa de la oscuridad, solo que una figura cruza el umbral y se le acerca. Solo después de que su silueta se sitúe en la penumbra gris y borrosa que entra por el ventanuco junto al techo, Jacob logra distinguir algo. Y entonces su corazón se detiene.

En mitad del cuarto está Yassim.

Jacob intenta decir algo, pero tiene el trapo tan metido en la boca que casi le provoca arcadas. De alguna manera consigue incorporarse un poco apoyando el hombro en la pared.

Yassim está aquí.

Está aquí.

Otros dos hombres encapuchados han entrado en el cuarto y se han quedado junto a la puerta. Puede que sean los mismos de antes, no sabría decirlo. Yassim casi ha llegado hasta Jacob y ahora se detiene y lo mira con calma, sin sentimientos, como si nunca lo hubiese visto antes, como si Jacob no significara nada de nada.

Cuando la bota de Yassim se le clava medio palmo por debajo de las costillas, no es el dolor lo que lo paraliza sino lo sorprendente e inexplicable de su acto. Jacob se acurruca en el colchón como buenamente puede con las manos a la espalda. Recoge las piernas y siente el dolor que se extiende hacia el estómago.

La segunda patada le acierta en la espalda y Jacob grita en el trapo que tiene metido en la boca. No es más que un murmullo ahogado. Debería cerrar los ojos, pero no puede. Al contrario, los abre de par en par para mirar a Yassim. Incapaz de creer que esto esté pasando, que su amigo fuera a hacerle esto.

Yassim se ha sentado en cuclillas. Alarga la mano y tira despacio del trapo para quitárselo de la boca mientras con la otra mano agarra a Jacob del cuello con firmeza.

—¿Qué cojones has hecho? —dice—. Qué pedazo de inútil que eres. ¿Entiendes lo muerto que estás?

Jacob solo lo mira fijamente y niega con la cabeza, no podría contestar aunque supiera qué decir.

—Te has quitado el chip —continúa Yassim sin perder la calma—. ¿Cómo has podido ser tan rematadamente idiota?

Al final le suelta el cuello y Jacob coge aire ávidamente, nota lo seca que tiene la boca después de haber tenido el trapo ahí metido durante horas. Pero antes de que le dé tiempo a decir nada Yassim le ha dado un puñetazo en el pómulo. A Jacob le centellea la mirada y suelta un grito de dolor, de humillación, de desconcierto.

—Ahora me vas a decir dónde está el chip —dice Yassim.

Jacob intenta tragar saliva, intenta hacer que la boca le vuelva a funcionar.

—¿P-por qué haces esto? —solloza.

Yassim lo vuelve a coger del cuello y lo estrangula. Esta vez sí que no le llega el aire.

—¿Crees que me importabas algo? —contesta, y suelta una risotada seca y apática—. Joder, eres más ingenuo de lo que me podía llegar a imaginar, pequeño maricón de mierda —dice—. ¿Pensabas que teníamos una relación, después de habernos visto tres veces? ¿No te enteras de nada? Para mí solo eres un instrumento, nada más.

Yassim afloja un poco la mano en su cuello y Jacob intenta coger aire para recuperar el aliento y tose y se ahoga casi con su propia respiración.

—Dime dónde está el chip —repite—. O juro por Dios que te estrangulo aquí mismo.

Jacob solloza, las lágrimas ruedan por sus mejillas.

—No me mates —dice en un susurro—. ¿Por qué haces esto? No me mates.

—Pues habla, pedazo de subnormal —responde Yassim y se vuelve a inclinar por encima de su cara—. Cuéntamelo ya.

Jacob no tiene otra opción, así que se lo cuenta. Con la sangre brotando del corte en el labio, que se ha vuelto a abrir, con la cara y el cuerpo doloridos por los golpes y las patadas. Le cuenta lo de Myriam en el museo y cómo sus hombres lo persiguieron, que le dispararon mientras huía. Le cuenta lo de Alexa y Shatila y que ella llamó a su amiga, que tiene una clínica para los palestinos del campo de refugiados. Que ella le quitó el chip de la espalda y se lo entregó en una bolsita de plástico, sin hacer ninguna pregunta. Que entonces él intentó descubrir qué había en la tarjeta, pero que estaba protegida por una contraseña. Que estuvo dudando y que no sabía qué hacer. Pero que al final decidió de todos modos confiar en Yassim y coger el vuelo para salir de Beirut.

Cuando llega a esa parte de la historia tiene los ojos cerrados y está sollozando tan fuerte que no está seguro de si Yassim ha podido oírlo bien. Pero entonces vuelve a notar la presión alrededor de su cuello.

—¿Y dónde está el chip ahora? —pregunta Yassim—. ¿Qué coño has hecho con él?

Jacob tiene la mente nublada. Ya no queda nada, no sobrevivirá a esto.

Pero tiene que mantener la cabeza fría, tiene que ganar tiempo.

—Alexa —dice con un resoplido.

Yassim afloja la mano en el cuello para que pueda hablar.

—Lo tiene Alexa —repite Jacob—. El chip sigue en Beirut. Y lo tiene en un lugar secreto... hasta que yo la llame y le diga que lo mande o se lo entregue a alguien.

Yassim se lo queda mirando unos segundos y niega despacio con la cabeza. Luego se abalanza sobre Jacob y lo empuja bocabajo contra el colchón, le clava una rodilla en la espalda, lo agarra por el pelo y le hunde la cabeza en el suelo. Luego se le pega a la oreja y le grita:

—Pues entonces habrá que llamarla.

Lo suelta y se retira, se pone de pie, se vuelve y dice algo en árabe. Uno de los hombres junto a la puerta le responde.

—Será mejor que estés contando la verdad —dice Yassim—. No tienes ni idea de lo que estás haciendo, imbécil.

Jacob no tiene fuerzas ni para girar la cabeza, pero oye los pasos de Yassim alejarse del cuarto. Lo oye decir algo a los otros hombres, oye la puerta cerrarse y la llave girando en la cerradura.

Solo después de ese momento Jacob se da la vuelta y se tumba de lado.

Y es entonces cuando se fija.

Está tumbado encima de algo. Algo duro y cortante.

Algo que no estaba ahí antes de que Yassim entrara en su celda.

Jacob se queda quieto, inmóvil, hasta que está seguro de que Yassim y los otros se han ido. Todo su cuerpo palpita y le duele por los golpes y las patadas, y la herida en la espalda le vuelve a escocer.

Deben de haberle abierto la herida mientras estaba dormido. Como si no fuera más que un paquete, un embalaje que podían tratar como les diera la gana y luego desechar cuando ya hubiese cumplido su función.

¿Myriam ha tenido razón todo el tiempo?

En cualquier caso, Alexa sí estaba en lo cierto. Si Jacob no hubiese hecho lo que ella le había dicho, en este momento estaría muerto.

Es incapaz de entenderlo. Que él haya sido eso para Yassim. Una herramienta. Un embalaje.

Ha ganado tiempo a base de mentir sobre que el chip sigue en Beirut. Pero tarde o temprano el chip acabará saliendo de forma natural. Su plan de reserva no va más allá.

Rueda con cuidado hasta tumbarse de espaldas. Lo que tiene debajo parece algo envuelto en una bolsa de plástico, delgado y de poco más de medio palmo de largo.

Jacob lo coge y consigue encontrar la abertura. Desenrolla el plástico hasta que la bolsa queda abierta y puede meter la mano.

Algo frío y liso roza sus dedos y Jacob los desliza por el contenido de la bolsa. Parece algo de madera o plástico.

Un cuchillo.

Frenético, lo saca de la bolsa y nota que se le escurre de las manos y cae al colchón. Con el corazón a galope palpa la tela sucia hasta que lo vuelve a encontrar. Lo sujeta con cuidado para no cortarse, intenta girar el filo hacia fuera, lejos de su cuerpo y sus manos. Intenta meterlo entre las muñecas y las bridas fuertemente tensadas.

Es más fácil de lo que pensaba. En cuanto encuentra la posición correcta el plástico se parte.

No se lo puede creer. No se atreve a creerlo, así que se queda tumbado con las manos en la espalda, las gira y dobla en la oscuridad. Poco a poco rueda y se tumba bocabajo, sorprendido de lo fácil que resulta ahora que no está atado.

Mira el cuchillo de cerca y comprueba que no es más que uno normal y corriente de cocina, con mango de color rojo, como los que se utilizan para cortar hortalizas. En esta celda sucia, la cotidianidad del cuchillo le resulta de lo más extraña.

Yassim le acaba de dar la oportunidad de liberar las manos. Pero ¿por qué? ¿Y qué va a hacer con esta libertad? Igualmente van a volver enseguida y entonces se habrá terminado todo. Su vida.

Pero cuando Jacob levanta la bolsa de plástico ve que debajo hay un papelito solitario, doblado varias veces. Está demasiado oscuro como para leer las líneas escritas a lápiz, por lo que Jacob se levanta y se acerca al ventanuco, donde la luz grisácea se debilita a cada minuto que pasa.

Solo dos líneas, escritas a toda prisa:

La ventana está abierta.

Sé rápido.

Jacob alza la vista para mirar la ventanita pintada de negro. Aguza el oído, pero al otro lado de la puerta no se oye nada. La ventana queda justo por encima de la altura de sus ojos. Se acerca y se estira para alcanzar el tirador. Cuenta con una cerradura y, además, alguien ha clavado un cáncamo en el marco y otro en la ventana y los ha atravesado con un candado. Jacob nota cómo lo poquito que tenía se vuelve a desvanecer. No está abierta, se ve claramente que el candado está puesto.

Pero se equivoca. Cuando tira de él, el pasador cede. Alguien se ha olvidado de cerrarlo. O bien lo ha abierto.

Se da la vuelta, a la oscuridad del sótano. Al lado de la puerta le parece ver el perfil de una vieja silla con reposabrazos. Impaciente, frenético, la coge y tira de ella hasta el tenue resplandor, la acerca a la ventana y la libertad. Pesa bastante y al arrastrarla por el hormigón sin tratar hace ruido. Pero ahora no puede preocuparse por eso, tiene que acercarla, tiene que darse prisa. Tiene que escapar.

Ahora sí que le parece oír algún ruido detrás de la puerta. Otra puerta que se abre, algo que chirría y cruje. ¿Ya están bajando las escaleras otra vez? Por un segundo considera la opción de abortar, devolver la silla a su sitio, cerrar la ventana, echarse sobre el colchón y hacer ver que sigue maniatado.

Pero es ahora o nunca. Esta es su única posibilidad de salir vivo de aquí.

Se ha subido al asiento de la silla y ve un patio interior o un callejón, solo cemento y contenedores y basura.

Ya no le cabe ninguna duda. Alguien está bajando las escaleras, se dirige a su celda, y el estrés lo azota mientras saca los brazos por la ventana. Nota los adoquines fríos y húmedos del patio interior con las manos, pero no encuentra dónde agarrarse. No logra avanzar, no consigue subir y salir. Se queda ahí, a medio camino entre la celda y el exterior, pero aún cautivo.

Sus pies buscan y pisan y logra subir un pie al respaldo de la silla, oye que cruje y amenaza con volcarse bajo su peso. Sigue palpando con las manos por el suelo de fuera y de pronto encuentra un borde donde agarrarse. Luego tira y empieza a salir, primero el tronco, luego solo le quedan las piernas, los pies.

De repente está tumbado en el patio interior. Con una brisa fría que le eriza el vello de los brazos. Quiere reír y gritar de alegría. Es libre. Pero ahora tiene

que seguir, alejarse.

Se pone de rodillas a toda prisa y levanta la cabeza. Solo hay una salida y todo apunta a que conduce a una calle cualquiera de la ciudad. Parece que hay un pequeño quiosco o colmado al otro lado.

Cuando se levanta y da un paso en dirección a la calle le cuesta creer que el mundo real siga existiendo allí fuera.

Sin embargo, antes de que pueda dar otro paso una figura oscura se planta delante de la puerta del patio interior y le cierra el paso.

24 de noviembre – Bruselas

George hace una maniobra y se incorpora al tráfico de la Avenue Louise. Se meten en túneles y vuelven a salir. Antes de que el gran eje viario desemboque en el gran parque Bois de la Cambre, George gira a la izquierda en dirección a Place Flagey y los dos estanques pequeños y grises llamados «Estanques de Ixelles». Klara va mirando las fachadas sucias, los postigos desconchados y los bistrós portugueses.

—Vas a echarlo de menos —dice.

George la mira de reojo.

—¿Bruselas? —pregunta y se encoge de hombros—. ¿Por qué lo piensas?

—No te das cuenta hasta que te vas —responde ella—. Y ni siquiera entonces. Lo notas cuando vuelves. Todas esas cosas que te ponen de los nervios cuando vives aquí: las huelgas y las obras viarias y el tráfico y todo el jaleo. Luego te mudas y cuando vuelves basta con ver a la gente tomando una cerveza Leffe en alguna terraza en pleno noviembre para que te olvides de toda la mierda. Hemos pasado demasiado tiempo aquí. Ninguna otra ciudad será lo mismo para nosotros.

George asiente en silencio y aparca junto a la acera al lado de uno de los estanques. Los árboles están pelados y sus ramas apuntan en todas direcciones, una fría llovizna llena el aire.

—Lo que no voy a echar de menos es que me persigan unos putos rusos, eso está claro —murmura George y se baja del coche.

Se piden un café cada uno en la terraza del Café Belga, a pesar del frío. Klara se pasa una manta beis por los hombros y otea la placita y las vías del tranvía que tiene delante. Se enciende un cigarrillo y se moja los labios con su capuchino.

—Aquí por lo menos tenemos buena visión... —dice— ... por si nos

vuelven a encontrar.

George saca un Marlboro del paquete de Klara y mira por encima del hombro, dentro del local amplio y luminoso donde jóvenes estudiantes y *freelance* se inclinan sobre sus ordenadores portátiles, teléfonos y cruasanes. Se vuelve de nuevo hacia Klara y la observa. Los ojos de George son tan diferentes a como ella los recordaba, mucho menos inseguros y arrogantes. Ahora ve profundidad en ellos, algo que parece preocupación sincera. Y alguna otra cosa, algo más grande, que hace estremecerse el cuerpo de Klara, y es tan intenso y sorprendente que no sabe qué hacer con ello, por lo que aparta la mirada.

—¿Vamos a poder resolver todo esto? —dice George—. Puede ser cualquier cosa. ¿Y rusos? No me gusta.

Klara nota que él le pone una mano dubitativa sobre la suya. Es como si George no tuviera claro si está fuera de lugar o no, si tiene permiso, a pesar de lo sucedido ayer y esta mañana.

Klara le da la vuelta a su mano para poder entrelazar los dedos con los de George. Nota el pulgar frío de él acariciándole la muñeca. Se le hace extraño y desconcertante tocarlo, cogerlo. Es más íntimo que estar tumbada desnuda en la cama de su piso. Y cuando vuelve la cara y sus miradas se cruzan otra vez es como si una puerta se abriera en su interior. Llevaba mucho tiempo con la sensación de estar dando tumbos por un espacio grande y lúgubre, una especie de cueva o catacumba, atrapada entre recuerdos de los últimos años con los que no sabe qué hacer. Recuerdos y remordimientos. Ha deambulado sin rumbo en esa estancia, sin saber cómo encontrar la salida, sin saber dónde estaba la puerta, o si tan solo había alguna.

Pero ahora, aquí, en el frío gris de Bruselas, los días posteriores a la detención de Gabriella y el funeral de su abuelo, con la mano de George en la suya, es como si hubiese dado con ella. Como si tanteando a ciegas hubiera encontrado una manilla, la hubiera girado y hubiera descubierto que la puerta nunca había estado cerrada.

Mira a George. Ve su pelo rubio, sus ojos un tanto inquietos, nota sus dedos jugueteando con los suyos. No es él, la puerta. No es él quien la va a abrir. Pero a lo mejor él estará ahí fuera cuando ella la haya entreabierto.

—Sí —contesta—. Lo vamos a resolver.

23 de noviembre – Bruselas

Date prisa! —dice la persona que le ha bloqueado el paso a Jacob en la puerta.

Pero no es una voz amenazante, solo nerviosa, asertiva e implicada. Jacob levanta la cabeza y ve a Yassim acercándose, ve que se agacha y le tiende las manos.

—¡Vamos! —dice—. ¡Tenemos que salir de aquí ahora mismo!

Es como estar en un sueño en el que todo cambia de sitio sin ninguna explicación ni sentido. El que es amigo de pronto es un monstruo, para al instante siguiente volver a ser amigo.

Jacob oye movimiento y voces detrás de él, en la ventanita abierta. Sus secuestradores están entrando en la celda.

—¡Vamos! —le apremia Yassim—. ¡Tenemos que irnos, ya!

Después de tanto tiempo en la oscuridad Jacob tiene que entornar los ojos ante el resplandor amarillo que emiten las decoraciones de Navidad que han colgado en la calle, detrás de la entrada al patio interior. Cuando corre siente dolor en todo el cuerpo. Y cuando el primer disparo atraviesa la tarde gris todo él pega un salto. Solo oye a Yassim gritarle cerca de la oreja:

—¡Más de prisa! ¡Más de prisa!

Luego, más disparos, más truenos ensordecedores que resuenan en sus oídos antes de que Yassim señale un Volkswagen Polo de color verde que está un poco más adelante en la calle.

Antes de que le dé tiempo siquiera a pestañear ya están sentados en el coche con el motor en marcha y Yassim acelera para alejarse por la calle maltrecha a tanta velocidad que Jacob queda pegado al asiento de atrás.

Van sentados a muy poca altura, casi a ras del asfalto, y saltan y brincan y en alguna parte se oye otro disparo, a su alrededor los coches no paran de pitar. Pero lo único que Jacob ve es a Yassim sujetando el volante con una

sola mano, la izquierda descansa en su regazo, como si estuviera suelta o careciera de fuerza.

Jacob sube con la mirada por el brazo de Yassim, hasta su hombro, y ve una mancha roja que se extiende por el cuello de su chaqueta.

Su amigo está pálido, sus ojos parecen de cristal, pero toma la curva con una mano y enseguida salen a una calle más ancha.

—Te han dado —dice Jacob—. Yassim, te han dado en el hombro.

Yassim no quita los ojos de la carretera, pero despega la mano derecha del volante para cambiar rápidamente de marcha.

—¿Nos sigue alguien? —pregunta.

Aminora un poco, pero solo lo justo para poder tomar la curva sin que los neumáticos del coche pierdan agarre. Jacob mira hacia atrás. Primero no ve nada, pero justo cuando doblan a la izquierda aparece un coche negro por detrás de la esquina que ellos acaban de girar. Va casi tan deprisa y su conducción es casi tan descuidada como la de ellos.

—Un BMW —responde Jacob—. Parece que va a por nosotros.

Yassim ya ha abandonado la calle y se ha metido por una rampa que baja a un aparcamiento. Cruza entre los coches y encuentra un hueco libre al fondo, junto a las escaleras.

—¡Sal! —le dice a Jacob.

Él ya tiene medio cuerpo fuera del coche. La escalera huele a humedad y orina y suben los peldaños de dos en dos. Llegan a un rellano y ahora solo falta una escalera, después volverán a estar en la calle de la ciudad.

Jacob puede ver la luz de las farolas de arriba. De lejos se oye una sirena. Jacob va a subir los dos primeros escalones pero oye que Yassim jadea a su espalda.

—¡Espera! —resopla su amigo—. Espera un segundo.

Jacob se da la vuelta y ve a Yassim apoyado contra la pared. Su respiración es pesada y forzada.

—¿Qué pasa? —pregunta Jacob—. Ya deben de haber entrado en el garaje.

Pero hay algo en la postura encorvada de Yassim y su forma de respirar que hace que Jacob entienda que no es posible.

—Ven aquí —le dice Yassim—. Tengo algo en el bolsillo, pero...

Señala su brazo inerte con la barbilla.

—No puedo cogerlo.

Jacob ya está junto a él, muy cerca. El olor tan familiar de Yassim en mitad

de la peste de la escalera.

—¿Qué está pasando? —susurra Jacob.

Pero su amigo no contesta y los dos aguzan el oído para determinar si viene alguien tras ellos. A Jacob le parece escuchar un motor en el parking, pero no está seguro. Ahora mismo no está seguro de nada.

—Perdón —dice Yassim y se vuelve para mirarlo—. Tenemos tan poco tiempo.

Se deja caer junto a la pared y se queda sentado en el suelo. Jacob se inclina sobre él y con cuidado le abre la chaqueta para comprobar la herida, pero Yassim lo detiene. Al mismo tiempo, en el parking se oye una puerta de coche que se cierra, y pasos por el hormigón.

—Esto da igual —murmura—. No se puede hacer nada.

Su voz es tan débil. Tose y Jacob cree que va a escupir sangre, pero no sale nada, lo cual le supone un alivio momentáneo en mitad de una situación tan indescriptible y aterradora.

—¿Verdad que tienes el chip? —pregunta—. ¿En algún sitio? ¿Verdad que no sigue en Beirut?

Jacob lo mira. ¿Cómo puede saberlo? ¿En la celda ya sabía que Jacob estaba mintiendo? Más abajo oye que la puerta de la escalera se abre. Más pares de zapatos se mueven por el rellano y suben las escaleras.

—¿Quién eres? —susurra Jacob mientras el pánico va en aumento—. Estabas con los que me han secuestrado y ahora me ayudas a huir. No entiendo nada. Estás herido y yo, yo...

Ya no puede hablar. Son demasiadas las cosas que no sabe, demasiadas las que no comprende.

—Tienes que procurar que el chip llegue a manos de alguien en quien puedas confiar, alguien independiente, alguien que no vaya a los servicios secretos ni a la policía. ¿Conoces a alguien?

Jacob asiente.

—Creo que sí.

Yassim endereza un poco la espalda y le acaricia la mejilla con una mano temblorosa.

—Sabía que podía confiar en ti. En el bolsillo tengo un teléfono y unos pocos cientos de euros. Cógelo todo, lo vas a necesitar. Ahora tienes que irte.

—Pero ¿y tú? —pregunta Jacob—. No puedo dejarte.

Pero mete la mano y coge el dinero y el teléfono, se lo guarda en el

bolsillo. Ya sabe que tiene que hacerlo, que no hay otra alternativa.

—Me las apañaré —responde Yassim—. Tengo siete vidas.

Pero aparta la mirada, hacia la escalera, pestañea. Como si no lograra reunir fuerzas para sostener esta última mentira. Jacob se levanta, siente un intenso nudo en la garganta sin que pueda hacer nada para evitarlo.

—Tienes que sobrevivir —dice—. No puedes desaparecer ahora, acabamos de conocernos.

Yassim sonríe.

—¿Recuerdas la azotea? —contesta.

Jacob asiente con la cabeza, nota las lágrimas brotando de sus ojos, siente que esto no está pasando, no puede estar pasando.

—¿Cómo iba a olvidarlo?

Yassim se mueve para alcanzar algo sujeto en su cintura y de pronto tiene una pistola grande y pesada en la mano. Hace una mueca y Jacob vuelve a ver que el brazo que no sujeta la pistola está colgando.

—Ahora tienes que irte —susurra Yassim—. Tienes que confiar en mí.

Jacob se traga las lágrimas y se agacha para darle un beso en la mejilla. Luego se da la vuelta y desaparece escaleras arriba, los escalones de dos en dos.

Cuando el primer disparo resuena en el parking él ya ha conseguido salir a la calle.

24 de noviembre – Bruselas

Faltan dos horas para la cita con Karl en el ascensor que hay delante del enorme edificio de los juzgados del Palais de Justice. Klara está sentada con George en el local del Häagen-Dazs que hay en la Place Louise, a tan solo unos centenares de metros del punto de encuentro.

Klara mira por los grandes ventanales a la caótica rotonda, donde el tráfico parece correr de forma ininterrumpida. Se mezclan los hombres con gabanes de cachemira y las mujeres con bolsas de Chanel que van de compras por la tarde con los turistas y mendigos rumanos en la entrada del metro que tienen justo enfrente, al otro lado del cristal. Si alza la vista, Klara puede ver los andamios más o menos permanentes alrededor de la cúpula del edificio de los tribunales, un proyecto de renovación que parece no terminarse nunca.

Mira de reojo a George. No han pasado ni veinticuatro horas desde que Klara llegó a Bruselas. Desde entonces ha sufrido un ataque de ansiedad, la han seguido, se ha acostado con George y ha drogado a un hombre. Ahora está esperando a encontrarse con la misteriosa persona con la que Gabriella había concertado una cita.

—¿En qué piensas? —pregunta George y la mira fugazmente a los ojos.

Ella se encoge de hombros.

—Han sido veinticuatro horas memorables —responde.

Señala el teléfono de George, que está en la mesa al lado de las tazas.

—¿Ninguna novedad?

Ha pasado media hora desde que George envió la matrícula del coche del ruso a un hombre llamado Jean-Luc y que es lo que George denomina un «arreglaproblemas», lo cual parece ser una mezcla de detective privado y genio administrativo. Por lo visto, el bufete de relaciones públicas que George va a dejar suele recurrir a él para comprobar diferentes cuestiones en la jungla burocrática de Bélgica.

«Oficialmente, aún sigo contratado —había dicho George—. Solo tengo que pedirle que apunte las horas a la cuenta de Philip Morris. Nadie mira nunca los detalles, de todos modos».

Ahora George consulta el teléfono para asegurarse de que no se le ha escapado nada, pero niega con la cabeza.

—Aún no.

Mira a Klara por el rabillo del ojo, pero ella aparta la mirada y vuelve a mirar a George cuando él no la ve. No debería tener espacio para más emociones fuertes, pero aun así hay algo que burbujea y la absorbe por dentro cuando desliza los ojos por la nariz recta y pequeña de George, su mentón marcado y sus pómulos bien definidos. Ese pelo que ahora está tan ondulado y revuelto. Recuerda cómo él la tocaba anoche, y esta mañana en el Café Belga, y casi no puede estarse quieta en la silla. ¿Solo son imaginaciones tuyas o él siente lo mismo?

No tiene tiempo de seguir explorando sus sentimientos porque de pronto el teléfono de George empieza a vibrar en la mesa. Con un movimiento rápido, él lo coge.

—Vamos a ver —murmura.

Klara intenta esperar un momento para darle tiempo a leer el mensaje, pero no puede aguantarse.

—¿Qué pone? —pregunta.

George se aclara la garganta.

—Coche de alquiler —contesta.

Klara suelta un suspiro.

—Como era de esperar. O sea que seguimos sin saber nada.

George la mira divertido.

—Me parece que no acabas de entender a Jean-Luc —dice—. No sería ningún genio si lo dejara ahí.

—Vale... —responde Klara—. Entonces, ¿el tal Jean-Luc tiene acceso a los registros de las empresas de alquiler de vehículos?

George se limita a sonreír.

—La cosa es así —explica—. Por lo visto, el coche está alquilado a nombre de un tipo que se llama Phillippe Brouchard. Lo cual no dice gran cosa.

—Te garantizo que el tío al que has drogado no se llamaba Phillippe Brouchard —replica Klara desilusionada—. Eso está clarísimo.

George asiente en silencio.

—Ya, pero lo interesante del tal Brouchard es que por lo visto es un belga que trabaja..., agárrate...

—¿Dónde?

—En la embajada rusa.

—Estás de broma —dice Klara.

Se da cuenta de que ha alzado la voz, por lo que se inclina hacia George y le susurra.

—Esto es de locos —continúa—. ¿En qué mierda nos hemos metido?

George niega desalentado con la cabeza, pero al mismo tiempo no puede contener una sonrisita cansada.

—Pues la misma mierda en la que siempre te metes, Klara.

—Pero ¿qué quiere decir esto? —continúa ella—. ¿Que son espías? Pensaba que el Karl este tenía una información al estilo Snowden. ¿Tiene algo que ver con Rusia? ¿Y Siria? ¿Cómo se ha visto Gabriella envuelta en esto?

George pone una mano sobre la de Klara y la mira a los ojos.

—Creo que la única manera de descubrirlo es conociendo al tal Karl —dice—. ¿No te parece?

Klara se toma lo último que queda del café, que ya se ha enfriado. Pone cara de asco y mira a George.

—Dudo mucho que se presente solo —señala.

George frunce la frente.

—¿Qué quieres decir?

—Si me han estado vigilando a mí, es bastante probable que a él también lo tengan en el punto de mira.

Se queda callada y cierra los ojos mientras se masajea las sienes.

—El tal Karl se puso en contacto con Gabriella, lo cual, seguramente, hizo que la policía sueca la detuviera a ella. Antes de eso, a Gabriella ya la estaban vigilando, y todo apunta a que fueran unos rusos.

Klara abre los ojos y mira a George.

—¿Tú de qué crees que puede tratar todo esto?

Él se encoge de hombros y salta vacilante con la mirada.

—¿Fue antes de ayer cuando detuvieron a Gabriella? —pregunta George.

Klara asiente con la cabeza.

—Mañana tienen que meterla en prisión preventiva, si quieren seguir

reteniéndola —dice Klara—. La orden tiene que emitirla un juez, y la decisión es documento público. Entonces podremos saber dónde y por qué la tienen retenida, si tiene algún abogado... Bueno, todo.

—A menos que el asunto se declare confidencial —objeta George.

—Pero, joder, de algo nos tenemos que poder enterar —protesta ella desanimada.

George se gira en la silla y mira hacia atrás unos segundos antes de volver a poner una mano delicada sobre la de Klara, quien siente de golpe una calma que se extiende por su brazo y le inunda todo el cuerpo. Una calma que se posa sobre la muerte de su abuelo y la idea de que Gabriella está privada de libertad, sobre todo lo triste y extraño y atemorizante. Con cuidado, Klara la aprieta. Se le hace raro tener a George a su lado. Apoya la cabeza sobre su hombro y gira la nariz hacia su cuello y aspira con cuidado su aroma.

—¿Y qué coño hacemos? —dice en voz baja—. ¿Y si a él también lo están siguiendo? ¿Qué pasará entonces?

George le acaricia el pelo con suavidad.

—Ya se nos ocurrirá algo, Klara —susurra él—. Como siempre hacemos.

«Nosotros», piensa Klara.

Qué cosa tan extremadamente excepcional.

24 de noviembre – Bruselas

Jacob lleva toda la mañana sentado en el McDonald's, mientras con ayuda de la aplicación de mapas ha descubierto que está en la Avenue Anspach y que el edificio sucio y majestuoso con escalinata amplia que hay al otro lado de la calle es el antiguo edificio de la bolsa. Está a veintiún minutos a pie del punto de reunión, según la app.

A las tres y cuarto se levanta. Recoge los papeles de las hamburguesas y los tira en una de las papeleras de camino a la puerta.

Después mete la mano en el bolsillo de la chaqueta que se acaba de comprar y nota el plástico duro de la tarjeta de memoria en los dedos. Despacio, saca la mano y la vuelve a mirar. Se ve tan diminuta e insignificante.

Alexa le salvó la vida al llevarlo a su amiga médica en Shatila. Meter el chip en un condón y tragárselo, como una mula, para luego pescarlo de la taza del váter aquí en el McDonald's. Fue una idea brillante. Con cuidado, se guarda la tarjetita en el bolsillo otra vez y sale con piernas inestables a la llovizna de fuera.

Intenta mantener un buen ritmo, en parte porque tiene que entrar en calor, en parte porque no se fía del mapa, no confía en que vaya a llegar a tiempo. No puede retrasarse, no puede perderse esta reunión.

Bruselas es gris y se ve deteriorada. No es una ciudad que dé buena imagen, precisamente. Pero poco a poco lo gris se empieza a mezclar con anticuarios y tiendas de chocolates, pequeñas cafeterías y una plaza con restaurantes y algo que parece ser un germen de mercado navideño. De pronto una calle serpenteante desemboca en otra placita, en la que el colosal Palais de Justice se yergue como un fuerte, un recordatorio constante de las consecuencias de la ley. Pero tras las hileras de andamiajes la ley parece más bien estar bajo asedio.

Cuando se para a pensarlo, Jacob se da cuenta de que podría aplicarse a toda Bruselas. Lo vio ayer en el metro y hoy moviéndose por la ciudad. Vehículos militares aparcados en las calles secundarias, policías y soldados patrullando por todas partes. Le pone nervioso, pero probablemente solo se debe a lo acontecido en París. Lo leyó antes de coger el avión: la seguridad se ha reforzado en toda Europa.

Pero, aun así, cuando aminora el paso y otea la pequeña plaza se queda de piedra y para en seco. Delante del ascensor de cristal que une la parte inferior de Bruselas con la parte superior, donde queda el juzgado, hay dos militares con boinas rojas y armas automáticas.

Jacob saca el teléfono y mira la hora. Faltan quince minutos. Vuelve a mirar a los soldados. Están charlando, como si no tuvieran nada de qué preocuparse, no parece ser más que otra guardia sin sentido y monótona. ¿Va a pasar por delante de ellos como si nada?

Vuelve a mirar la hora. Doce minutos. Si hay guardias aquí abajo, ¿cuál será el panorama delante de los juzgados? Probablemente, han invertido recursos extra en todas partes.

—No me están buscando a mí —susurra para sí mismo—. No saben quién soy.

Faltan diez minutos. Ahora Jacob tiene que subir. Si hubiese venido antes podría haber buscado un camino alternativo y no tendría que coger el ascensor, pero ahora no hay elección. Titubeante, empieza a caminar por el borde exterior de la plaza, en dirección al ascensor, con el estrés zumbando en la cabeza.

Los soldados se han desplazado hacia el centro de la plaza y Jacob se baja el gorro por las orejas y gira el rumbo.

Justo antes de meterse bajo el tejadillo donde se espera al ascensor se quita los guantes y vuelve a sacar el teléfono. Ocho minutos. Se lo vuelve a meter en el bolsillo y desliza los dedos por el perfil tan familiar de la tarjeta de memoria, solo para asegurarse de que está ahí.

Su dedo acaba de pulsar el botón del ascensor y el pequeño diodo ha pasado de verde a rojo para indicar que la cabina está bajando, cuando oye la voz fuerte y grave a su espalda.

—*Arrêtez!*

Todo parece estar quieto cuando Jacob alza la cabeza y ve el ascensor acercándose por detrás de las puertas de cristal. Está tan cerca. Por un

instante cree que se va a desplomar en el suelo, que le van a fallar las rodillas. Pero de alguna manera logra darse la vuelta y ve que uno de los soldados se le está acercando.

Jacob deja caer las manos a los lados para mostrar que no va armado. Pero ¿debería ponerlas en alto? ¿Caer de rodillas como en una película de guerra y dejar que lo cacheen de arriba abajo, antes de ponerle unas esposas y una capucha negra y meterlo en el maletero de un coche?

Pero el joven soldado no le está apuntando. Su presencia no es amenazante, más bien parece sorprendido y colaborativo y en la mano lleva algo, no es un arma sino otra cosa, algo gris y hecho de tela.

—*This yours?* —dice en inglés con mucho acento francés—. *Your glove?*

Jacob siente la realidad girando a su alrededor. No está detenido. Lo que el soldado le ofrece no es más que su guante de lana gris, que se le debe de haber caído cuando ha ido a mirar el móvil. Con cuidado, da un paso hacia el soldado y alarga la mano.

—*Thank you* —dice.

El soldado hace un gesto para quitarle importancia y luego se da la vuelta y vuelve con su compañero.

Detrás de Jacob el ascensor tintinea y él se gira lentamente. El ascensor está vacío, a excepción de un hombre de espaldas, mirando por la pared de cristal. Tiene el pelo rubio, un poco revuelto, y cuando se da la vuelta Jacob ve que lleva gafas de pasta y que tendrá unos diez años más que él. Bien vestido, pero con ropa sencilla, vaqueros y un abrigo azul marino. En la muñeca tiene un reloj enorme y oscuro.

El hombre va a salir con paso tranquilo del ascensor pero se detiene cuando ve a Jacob. Por un breve instante se miran a los ojos.

—¿Eres Karl? —le pregunta en sueco y aparta la mirada, empieza a caminar despacio por su lado sin mirarlo.

Jacob siente una ola de esperanza. Quiere echársele al cuello a ese hombre, sea quien sea.

—Sí —responde—. Soy Karl.

El hombre apenas parece haberlo escuchado, se limita a pasar de largo, ahora ya más deprisa. Pero al mismo tiempo le susurra algo en sueco, al volumen mínimo necesario para que Jacob pueda oírlo.

—Sígueme, veinte metros por detrás. Recuerdos de Gabriella.

Jacob casi da un salto, pero consigue controlarse y se vuelve para mirar al

hombre, quien ha empezado a cruzar la plaza a paso ligero. Con cuidado, como tanteando, Jacob da unos pasos siguiendo al hombre sin quitarle los ojos de encima.

Parece que al hombre le suena el teléfono, porque rápidamente lo saca de su bolsillo y se detiene. Algo cambia en su postura y Jacob ve que se da la vuelta. Sus miradas se cruzan por un segundo. El hombre se tranquiliza y sigue caminando por la plaza, aún con el móvil pegado a la oreja.

Jacob lo mira una última vez y respira hondo. Después empieza a seguirle el paso sin prisa, alejándose del ascensor.

24 de noviembre – Bruselas

Klara está agradecida de que solo sean las cuatro menos cuarto y que la hora punta del tráfico no haya comenzado a taponar las calles. Consigue sacar el Audi de George del aparcamiento y hace maniobras para incorporarse al Boulevard de Waterloo y luego bajar hasta la Rue Haute, donde han quedado en encontrarse.

Solo faltan quince minutos para la reunión y tiene que hacer un esfuerzo para respirar debidamente. Ahora le gustaría no haber dejado ir a George. Tendría que haber sido ella la que hubiese ido al encuentro de Karl, tal como lo habían planeado desde el comienzo, si no por otra cosa sí al menos porque Karl debe de esperarse una mujer. Pero George ha insistido, si los rusos están allí es menos probable que lo reconozcan a él.

Sin prisa, se mete por la estrecha Rue Haute de sentido único, pasa por delante de panaderías y bares lúgubres, se mete en la zona de anticuarios donde pasó tantos fines de semana deambulando cuando vivía en Bruselas. Desde luego, aquello había sido otra vida.

Seis minutos para las cuatro.

¿Cuál es el peor escenario posible? ¿Que el tal Karl no se presente y lo hagan los rusos? ¿Que Karl no sepa nada de lo que le ha pasado a Gabriella y que vuelvan a perseguirlos? ¿Qué harán entonces? Ni siquiera han hablado de ello.

Cuatro minutos para las cuatro.

Klara casi ha llegado a la plaza, al pie del ascensor, y deja que el coche se deslice por el asfalto en busca de algún sitio para parar. No puede llegar hasta el punto de la plaza adonde han quedado en que George lleve a Karl sin correr el riesgo de ser observada.

Es entonces cuando la ve.

Solo una decena de metros más adelante, justo antes de la plaza, hay una

furgoneta negra con el motor en marcha. No puede estar segura, pero aun así lo está. Son los rusos.

El reloj luminoso en el salpicadero marca las 16:00 cuando Klara saca el teléfono y llama a George.

—Creo que lo tengo —dice él.

Klara nota el estrés azotándola por dentro.

—Están aquí —anuncia—. Los rusos. Verás la furgoneta en cuanto dobles la esquina y cojas Rue Haute.

Oye que George frena en seco.

—Mierda —murmura—. ¿Estás segura?

—No —responde Klara—. Bueno, sí. Mi instinto es bastante claro.

Oye que George coge aire.

—Tú tranquilo —dice Klara—. Sigue caminando hacia el coche, tal como habíamos quedado.

—¿Cómo nos los quitamos de encima? —pregunta él.

Klara nota la sangre bombeada a toda máquina pulsando de arriba abajo por su cuerpo. Lo que piensa proponerle es rebasar todos los límites. Pero no es ella la que ha elegido exponerse a esto. Ellos, sean quienes sean, tendrán que apechugar.

Abre los ojos y ve que George aparece tras la esquina, calle abajo.

—Espera —dice ella con voz serena—. ¿Ves el coche de los rusos?

Puede ver a George oteando la calle.

—Sí —responde—. Lo veo.

Klara respira hondo.

—Llevas la pistola, ¿verdad? —pregunta con toda la calma que puede.

24 de noviembre – Bruselas

Ya ha cruzado la mitad de la plaza cuando el disparo resuena entre los edificios viejos y grises. Se queda quieto, como petrificado, desprotegido en mitad del espacio abierto. Primero es como si no cayera en la cuenta de qué tipo de ruido es. Es demasiado fuerte y violento. Pero luego suena un segundo disparo y oye gritos, puertas que se cierran y pasos corriendo en distintas direcciones.

El hombre que ha venido a su encuentro ha desaparecido. Por su parte, Jacob casi ha llegado a la calle. Está ahí pasmado cuando de pronto un Audi reluciente azul marino se le para justo delante con el hombre del ascensor asomado por la ventanilla y gritándole algo.

Pero es como si Jacob no pudiera oírlo. Como si estuviera detrás de una membrana o pared de cristal y la realidad no consiguiera atravesarla más que en forma de imágenes, como en una película de cine mudo.

Gira lentamente la cabeza y mira la calle, a cámara lenta ve unos hombres en vaqueros y chaquetas de cuero saltando de una furgoneta negra. Es en ese momento cuando vuelve a la vida, como si la realidad recuperara los colores y el tempo y el sonido, y Jacob oye al hombre gritándole a la cara desde el coche.

—¡Vamos! —ruge en sueco—. ¡Súbete al coche! ¡Date prisa, cojones!

Por fin obedece y da los pocos pasos que lo separan del vehículo, abre la puerta de un bandazo y se deja caer en el asiento de atrás. De alguna forma consigue cerrar la puerta y el coche da un acelerón mientras Jacob pega la cara al tejido de cuero frío y agradable del asiento. Oye rugir el motor y la voz agitada del hombre en el asiento que tiene delante, pero no reúne ánimos para mirar atrás, no tiene fuerzas ni para asimilar dónde está, quiénes son, lo que está pasando.

Al final levanta la cara del asiento y se apoya en un codo.

—¡Gira por ahí a la derecha! —grita el hombre.

—¿Dónde? ¿La próxima? —dice la persona que conduce.

Ahora Jacob está casi incorporado del todo y ve que es una mujer la que está al volante. Pelo negro, corto, un peinado un poco de chico, más de treinta años. Sujeta el volante con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos.

—Gira en la próxima —indica el hombre.

Ahora él suena más tranquilo, pero es forzado, como si estuviera intentando dominar algo que lucha en su interior por salir. El coche escora y aminora la marcha.

—¡Mierda! —grita la mujer—. ¡Mierda, mierda, mierda!

Golpea el volante con las manos y Jacob ve que se han topado con un semáforo en rojo y que el tráfico es más denso. Se da la vuelta y ve que también se ha formado una cola detrás. Al final se pone verde y reemprenden la marcha entre el resto de vehículos.

El hombre se vuelve para mirar por la ventana de atrás, quizá para comprobar si alguien los está siguiendo. Cuando ve a Jacob da un respingo.

—Hola —dice titubeante—. Espero que seas quien nosotros creemos. Si no, la verdad es que no sé muy bien qué decir.

—¿Qué ves? —pregunta la mujer, tensa—. ¿Ves algo? ¿Nos siguen?

Ahora la conducción es más relajada, están siguiendo el tráfico por una calle ancha que sube hasta una rotonda con una estatua en el centro. Por el carril contrario pasan autobuses y tranvías.

—No lo sé —contesta el hombre—. No veo nada.

—¿Qué...? —empieza Jacob.

Le gustaría ayudar a hacer vigilancia, pero no sabe qué es lo que tiene que buscar.

—¿Qué ha pasado? —dice al fin.

—Klara ha tenido la brillante idea de reventar de un tiro los neumáticos a la furgoneta de los rusos —responde el hombre—. Para que no pudieran seguirnos cuando te hubiésemos recogido.

A pesar de todo lo que ha pasado los últimos meses y días, es demasiado raro. Jacob solo cae más y más hondo en esta madriguera de conejo.

—¿La furgoneta de los rusos? —dice tanteando.

—Sí —confirma el hombre—. Me parece que tenemos bastantes cosas de qué hablar.

Vuelve a mirar hacia atrás y clava los ojos en Jacob.

—Solo para asegurarnos y tal —continúa—. Tú eres Karl, ¿no? Y fuiste tú quien se puso en contacto con Gabriella Seichelmann, ¿es correcto?

Karl. Jacob casi se ha olvidado de que se supone que es su nombre. Ahora asiente en silencio.

—Aunque me llamo Jacob —dice—. En realidad.

Klara, como parece que se llama la mujer, sigue el tráfico hacia la derecha, entre un parque y algo que parece un palacio mal cuidado.

—El palacio real —le informa el hombre cuando ve que Jacob se inclina para mirar—. Un poco de visita turística nunca está de más mientras salimos de la ciudad, ¿no te parece?

—¿Crees que nos ha visto alguien? —pregunta la mujer—. ¿Que alguien nos está siguiendo? O sea, no los rusos. ¿Alguien diferente? ¿La policía?

El hombre se encoge de hombros y vuelve a mirarla.

—Creo que nadie ha visto lo que ha pasado, ni que he sido yo —contesta—. A ver, habrán oído los tiros, pero lo he hecho bastante bien, todo hay que decirlo.

Jacob ve que la mujer le lanza una mirada furtiva.

—Se ha desatado el caos, George —replica—. Es imposible reventar neumáticos con una pistola en el centro de la ciudad sin que nadie llame a la pasma. La cuestión es si nos han visto a nosotros o al coche.

—¿De qué rusos estáis hablando? —pregunta Jacob.

El hombre se vuelve y lo mira con interés.

—Esperábamos que tú pudieras explicárnoslo —responde—. Por favor, dime que sabes de qué va toda esta mierda.

Jacob se limita a negar con la cabeza.

—No sé nada —contesta—. Os contaré lo que ha pasado, pero primero necesito saber quiénes sois. Había quedado con Gabriella Seichelmann...

—Sí —dice la mujer al volante sin apartar los ojos de la carretera—. Es una petición de lo más razonable, en mi opinión.

Van cruzando entre manzanas llenas de bloques de oficinas, banderas de la UE y calles rectas mientras Klara y George, que es como se llaman, le cuentan su historia. Que todo empezó hace unos días cuando Gabriella Seichelmann fue detenida en Estocolmo y Klara recibió una carta suya en la que le hablaba de la cita de hoy.

No parecen ser pareja, al contrario, los dos puntualizan varias veces que son amigos desde hace un tiempo. Pero hay algo en su forma de hablar y de

mirarse de reojo que hace que Jacob se pregunte si ellos mismos son conscientes de que en realidad están enamorados.

Cuando terminan su breve relato se han metido en un túnel largo que empieza a trazar una curva.

—Eso es todo lo que sabemos —concluye Klara—. Es decir, casi nada. Solo que Gabi está detenida y que parece ser que hay unos rusos que tienen que ver con todo esto.

—Y que tú, probablemente, también tienes algo que ver —añade George—. Ahora nuestra esperanza es que nos puedas explicar qué cojones está pasando. Lo que le ha sucedido a Gabriella.

Jacob coge una bocanada de aire.

—No lo sé —dice—. No sé qué le ha sucedido a Gabriella, pero os voy a contar todo lo que me ha pasado a mí.

24 de noviembre – Bruselas

Antes de que empieces a contárnoslo, Jacob —dice ella y se vuelve hacia George—. ¿Adónde quieres que vayamos? Estoy conduciendo sin rumbo.

Casi han llegado a la circunvalación de Bruselas. Klara va en dirección al aeropuerto por mera costumbre, pero el plan que habían elaborado no pasaba de recoger al hombre en Palais de Justice.

George aparta los ojos de Jacob y se vuelve hacia ella.

—Ni puta idea —responde—. Supongo que depende un poco de lo que tú tengas que decir, Karl, o Jacob, o como te llames.

Vuelve a mirar a Jacob, que niega con la cabeza.

—No sé por dónde empezar... —dice—. Me puse en contacto con Gabriella porque...

Despacio y en voz baja, casi dubitativo, el chico que tienen en el asiento de atrás empieza a contar. Comienza por lo que él dice que es el principio. Un puesto de prácticas en la embajada sueca. Una azotea en Beirut. El jardín de un palacio destartado. Un hombre misterioso y un amor desbordado y ardiente.

Después, una mujer joven que dice trabajar para el servicio de inteligencia sueco. Y una tarjeta de memoria que le pusieron bajo la piel con una operación. El amor que poco a poco se volvió incierto. Aquí se queda callado. Como si fuera demasiado para él, y las lágrimas empiezan a correr por sus mejillas.

—Pero ahora está muerto —susurra—. Yassim está muerto.

Klara quita una mano del volante y la estira hacia atrás para tocarlo, para mostrarle que lo entiende, que sabe perfectamente cómo es perder a alguien de la manera en la que él acaba de perder a Yassim. George la mira con cierto recelo.

—Menuda historia —dice él—. Casi es un poco demasiado dramática.

—Te recuerdo que esta misma mañana tú has drogado a un ruso y le acabas de pegar dos tiros a las ruedas de una furgoneta, como en una peli de mafiosos —replica ella secamente—. A lo mejor no estás en condiciones para opinar si algo parece demasiado dramático, ¿no crees?

George da un respingo un poco molesto y se vuelve otra vez hacia Jacob.

—Solo quiero decir que no hace ningún daño tener un enfoque crítico —murmura—. ¿Quién es, en realidad, el tal Yassim?

Jacob lo mira irritado.

—Piensa lo que quieras —responde—. Yo solo os cuento lo que ha pasado.

—No le hagas caso —interviene Klara—. George es conocido por ser un capullo. Pero, oye...

—¿Sí? —dice Jacob entre dientes y la mira.

—¿Qué hay en la tarjeta de memoria y dónde la tienes?

—Y no nos has explicado quiénes son los rusos estos —añade George—. Ni por qué te pusiste en contacto con Gabriella.

Jacob respira hondo y mira por la ventanilla. La tarde europea ya está cayendo.

—Yassim participaba en un proyecto en el que estaban recopilando información sobre ataques con drones en Siria —explica—. Sobre todos los civiles que han sido asesinados, todos los crímenes de guerra. Es la información que está en la tarjeta. La tal Myriam dice que era un espía, porque la información es confidencial.

—O sea que Yassim es una especie de Snowden —señala Klara—. ¿Es eso lo que estás diciendo?

Él asiente con la cabeza.

—Supongo que sí —responde—. Y me atrevo a imaginar que la tal Myriam sigue las órdenes de los norteamericanos, de alguna manera. Eso es lo que dice Yassim, que los servicios de inteligencia occidentales están colaborando entre ellos.

—Vaya triple para un novato en prácticas en la embajada —comenta George y se vuelve para mirarlo—. Directo al ojo del huracán.

Jacob se encoge de hombros.

—Yo no elegí que las cosas fueran así, precisamente.

George lo mira con calma antes de dirigirse a Klara.

—Pero hay algo aquí que no encaja —dice. Klara se queda callada unos

segundos, luego asiente con cuidado.

—Sí, nada de eso explica lo de los rusos —observa—. Y tampoco explica por qué han detenido a Gabriella, lo cual es el único motivo por el que nosotros estamos aquí.

—No sé nada de los rusos —murmura Jacob entre dientes.

—Lo que cuentas tampoco explica por qué de repente tu chico hizo que te secuestraran y luego te salvara. ¿De qué coño va todo esto?

—Ya os he dicho que no lo sé.

Vuelve a dejar caer la cabeza, esconde la cara en las manos, y parece que esté sollozando.

—La tarjeta de memoria —dice Klara—. Es la clave de todo. ¿Dónde la tienes?

Por el retrovisor ve que Jacob se estira y mete la mano en su parka larga. Cuando la saca tiene un trocito de plástico insignificante entre los dedos.

—¿Solo es eso? —exclama George y casi se le escapa la risa—. ¿Por qué tu chico no mandó esa mierda por e-mail a quien fuera que lo tuviera que recibir?

—Yassim dijo que nunca usaban e-mails ni ordenadores con conexión — responde Jacob—. O sea, todo cara a cara.

—¿Y Gabriella? —pregunta Klara—. ¿Por qué la llamaste a ella?

Jacob se detiene antes de responder, porque ¿por qué se puso en contacto con ella?

—Había leído sobre ella —contesta en voz baja—. Parecía de armas tomar, independiente, o no sé cómo decirlo. Y yo no sabía lo que iba a pasar cuando llegara a Bruselas. ¿Y si cogía el avión y Yassim no se presentaba? ¿Iría a la policía, después de todo lo que me había pasado en Beirut? Pensé que necesitaba a alguien que me cubriera las espaldas. Y parece que acerté.

Ha empezado a caer una lluvia cada vez más intensa y Klara reajusta la velocidad del limpiaparabrisas.

—Nos vamos a casa —dice como si nada—. No tiene sentido seguir aquí. Nos volvemos a Suecia.

Resulta reconfortante haberlo decidido, tener un objetivo, una dirección, aunque ninguno de los tres sepa qué les depara el futuro cuando lleguen.

George introduce las coordenadas en el GPS y siguen la línea azul marcada en el mapa digital: Lovaina, Colonia, Hamburgo, Copenhague.

—Diez horas hasta Malmö —dice—. Una vez allí ya veremos adónde vamos.

24 de noviembre – Bélgica/Alemania

Cuando pasan por Lovaina empieza a caer la tarde, y ahora que se están acercando a Lieja ya está oscureciendo del todo. Klara echa un vistazo por el retrovisor, pero lo único que ve es una larga hilera de faros de los coches que vienen detrás.

—Me pregunto si nos estará siguiendo alguien —comenta—. Me cuesta creer que los hayamos podido despistar tan fácilmente.

—Créeme —contesta Jacob en el asiento de atrás—. No ha sido tan fácil.

—Hay una cosa que no entiendo —dice George—. Llevabas esa tarjetita debajo de la piel y decidiste sacártela en una consulta chungu en Shatila. Pero todavía la conservas, a pesar de que te secuestraran y te tuvieran encerrado en un sótano. ¿Eso cómo se explica?

Jacob mira por la ventana y observa la lluvia en la penumbra de la tarde.

—Hay varias formas de esconder cosas en el cuerpo —dice en voz baja.

—¿Como cuáles? —pregunta George—. ¿Te metiste la tarjeta en el culo o qué?

Jacob vuelve la cara y lo mira sin inmutarse.

—Fue idea de Alexa. Me dijo que cogiera las riendas de la situación. Es muy lista. —Se queda callado y vuelve a mirar fuera. Es como si su mente se encallara con los sucesos de las últimas semanas y le costara hablar—. Ella no conocía a Yassim —continúa entre dientes—. No sabía cómo era, lo que teníamos. Creo que ella pensaba que él solo se estaba aprovechando de mí, tratándome como una especie de mensajero. Así que se encargó de todo con la médica. Sacamos la tarjeta y encontró un lector. Alexa tenía un amigo que trabajaba con cosas de informática. Pero la tarjeta estaba protegida con contraseña, obviamente. Le pedimos al informático que tratara de solucionarlo, pero no podía. Dijo que estaba muy encriptada.

—O sea que sigues sin saber lo que hay en la tarjeta —concluye George y

entorna los ojos. Pero Jacob apenas lo oye.

—Después Alexa me dijo que podía guardármela. Pero yo le había prometido a Yassim que se la llevaría. ¿Cómo iba a traicionarlo? Así que me dio un condón.

—¿Te dio un condón? —dice Klara y lo mira con asombro por el retrovisor.

—Para que metiera la tarjeta antes de subirme al avión. Y luego me la tragué.

—Como una mula —observa George.

—Más o menos —responde Jacob—. Y, por suerte, he conseguido salir del sótano antes de que...

Hacen una parada para repostar en un área de servicio a las afueras de Duisburgo. La lluvia cae con fuerza, pero Klara necesita airearse y fumarse un cigarrillo, así que se cierra la chaqueta y cruza entre los tráileres aparcados hasta el extremo del aparcamiento.

El tráfico de la Autobahn le resuena en los oídos y aunque no pueda verlo en la oscuridad sabe que el paisaje aquí es llano, solo asfalto y campos de cultivo empapados, norte de Europa.

Se enciende un cigarrillo y saca el móvil del bolsillo, lo pesa en la mano. George y ella han acordado tenerlos apagados. A saber quién podría estar escuchando o siguiendo sus movimientos a través de los móviles. Los últimos años le han pasado demasiadas cosas como para dejar algo a la casualidad. Pero ahora que han pasado casi ocho horas desde que lo miró por última vez siente que tiene que mirar si alguien ha intentado comunicarse con ella.

Si no se ha equivocado al calcular, la audiencia de Gabriella debería haberse celebrado hoy. Lo primero que hará mañana por la mañana es hacer una ronda de llamadas para enterarse de dónde la tienen y en base a qué cargos.

Klara enciende el teléfono. Solo va a echar un vistazo rápido para asegurarse de que no hay ninguna novedad. Pero apenas se pone en funcionamiento y encuentra una red, el móvil vibra en su mano. Un SMS de un número sueco que no reconoce. Solo dos breves enunciados.

El mail secreto. Miralo.

24 de noviembre – Duisburgo

Klara va sentada de copiloto y tamborilea distraída con los dedos en el teléfono mientras George se incorpora con su Audi de nuevo a la Autobahn.

Ella lo mira de reojo. ¿Cómo puede estar tan tranquilo? Ya llevan varias horas a la fuga, han salido de Bélgica y han continuado subiendo por Alemania. Pero ¿hasta dónde llegarán? Han disparado una pistola en el centro de Bruselas, justo en los días en que están intentando capturar a los terroristas de París tanto en Francia como en Bélgica. Está claro que alguien tiene que haberlo visto. ¿Es pura suerte que hayan conseguido llegar hasta aquí?

De pronto la cabeza le empieza a dar vueltas. ¿Deberían cambiar de coche? ¿O parar y entregarle el maldito chip de Jacob a la policía? Aunque, probablemente, eso no serviría de ayuda. Algo ha hecho que detengan a Gabi y tienen que descubrir qué le ha pasado a ella, y qué hay en ese chip, antes de tomar ninguna decisión terminante. Además, Gabriella le ha dado señales de vida.

—Me ha enviado un e-mail a mi cuenta secreta —dice—. Pero estoy un poco paranoica y no me atrevo a acceder desde nuestros teléfonos.

—¿Qué cuenta secreta? —pregunta George.

—Abrimos una cuenta anónima hace unos años —explica—. La primera vez que nos vimos envueltas en una mierda como esta. Para tener un canal que no fuera el que usamos habitualmente y que nadie fuera a pinchar de buenas a primeras. Llevamos mucho tiempo sin usar esas cuentas. Espero recordar la contraseña.

George asiente en silencio. En la luz fría de la carretera y el salpicadero su cara resulta casi escalofriante.

Klara mira por la ventana lateral, le parece oír un helicóptero. Podría ser casualidad, podría tratarse de cualquier cosa, pero ve que George también lo observa. En el arcén aparece un cartel que señala un área de descanso a dos

kilómetros.

—Tenemos que parar ahí y conseguir otro coche —dice ella.

El área de descanso es más o menos igual que todas las anteriores por las que han pasado las últimas horas. Una gasolinera, un bar-restaurante cansado, camiones y lluvia persistente.

—Intenta aparcar donde no se pueda ver el coche así como así —indica Klara.

Dan un par de vueltas hasta que George señala un garaje.

—Ahí —dice—. Uno de esos garajes en los que te puedes lavar tú mismo el coche. Lo alquilamos durante una hora mientras pensamos qué coño hacemos.

—Tenemos que largarnos de aquí —murmura Klara—. Eso es lo que tenemos que hacer.

Aparcan y se bajan todos. Klara se da la vuelta y mira a Jacob. Es alto y delgado y tiene el pelo rubio y un aire frágil en los rasgos de la cara, algo delicado. Esta es un poco angulosa, pómulos marcados y nariz recta. Pero él no es feo, al contrario, hay algo atractivo, casi hermoso, en su rostro, pero también se le ve jodido. Bolsas en los ojos, un labio partido, con una costra fea, casi negra, tapando el corte. Tiene los ojos rojos y agotados.

—Necesitas dormir —le dice y le pone una mano en el hombro—. Tenemos que procurar que descanses. Pero, primero, vamos a conseguir un vehículo.

Se vuelve hacia George.

—Llévate a Jacob al bar y comprad algo de comer —le indica Klara—. Pero no os distraigáis. Vuelvo enseguida.

Algo cálido asoma en los ojos de George.

—Te has recuperado desde el ataque de ansiedad —observa—. Ahora tienes otro pulso.

Le guiña un ojo y se vuelve hacia Jacob.

—Ven, vamos a pillar unas hamburguesas o algo.

Klara se mete en la zona de gominolas y refrescos y complementos para el coche en la tiendecita de la gasolinera. George tiene razón. Ni siquiera ha reparado en ello, pero hoy es una persona totalmente distinta a la de los últimos años. De pronto está activa, tiene energía y se le ocurren ideas en mitad del tremendo caos que reina a su alrededor. No tiene sentido analizarlo, mejor tratar de sacarle provecho mientras dure.

Al lado de la caja encuentra lo que estaba buscando.

—También me llevo un teléfono de esos, de tarjeta de prepago —dice—. ¿Verdad que incluye el uso de datos para navegar por internet?

El hombre asiente cansado con la cabeza y mete los productos en una bolsa.

—Un gigabyte en toda Europa —responde—. Serán ciento noventa y nueve euros.

Klara paga. Cuando sale a la lluvia para ir al restaurante oye claramente el ruido del rotor.

—Mierda —murmura y empieza a correr lo más deprisa que puede por el asfalto. Había contado con que tardaría unos minutos más, ahora están tan cerca.

George y Jacob están justo detrás de la puerta esperando con las hamburguesas metidas en bolsas.

—Tenemos que darnos prisa —dice Klara cuando la ven—. Vamos, rápido, el helicóptero llegará en cualquier momento.

—¿Rápido adónde? —pregunta Jacob presa del pánico—. Si no tenemos adónde ir.

Pero Klara ya ha abierto la puerta.

—Ya os he dicho que iba a solucionarlo —responde—. ¡Vamos!

Cuando George y Jacob le siguen los pasos por el aparcamiento en dirección a los camiones oyen el ruido de sirenas cada vez más cerca.

—¡Klara! —grita George—. ¿Qué coño haces?

Pero Klara ya se ha detenido junto a un camión enorme y moderno con matrícula polaca.

Ahora la lluvia cae a raudales, gotas gruesas que los hacen agazaparse y cubrirse la cabeza con los brazos. La puerta del camión se abre desde dentro y Klara sube a la cabina cuando George y Jacob la alcanzan. Dentro la oyen hablar en inglés.

—Muchísimas gracias, de verdad, no te imaginas lo que significa para nosotros. Mañana tendremos que mandar una grúa a recoger nuestro coche.

El conductor, de unos cincuenta años de edad, es el tercer camionero con el que ha hablado. Un compañero suyo se lo había señalado en la tienda. Se dirigía al norte, a Suecia. No podía pedir más. Pero cuando ella le había preguntado si podía llevarlos, el hombre le había contestado que su empresa de transportes realmente no le permitía llevar pasajeros. Klara había notado

que su pánico aumentaba a medida que el sonido del helicóptero se iba acercando.

«Pero solo soy yo y mis dos acompañantes —le había dicho mirándolo a los ojos de una forma que a ella le había parecido prometedor—. No vamos a dar ningún problema. Al contrario».

«Vale —había accedido el hombre al final—. Pero tenéis que daros prisa, salgo en cinco minutos».

—Puede que se haya hecho a la idea de que sois chicas —dice ahora Klara por encima del hombro dirigiéndose a George, que está subiendo la escalerilla a la cabina—. Solo para que lo sepáis.

Se vuelve de nuevo hacia el conductor y sonríe. La cabina es moderna y cómoda, con dos asientos de cuero y pilotos tenuemente iluminados. En el salpicadero hay una cruz fijada. El camionero mira por detrás de Klara y debe de haber visto a George, porque en su cara asoma un atisbo de decepción.

—¿Es tu amigo? —pregunta.

Klara asiente en silencio.

—Se llama George. Es muy simpático.

El camionero suspira y aparta una cortina tras la cual aparece un espacio para dormir, detrás de los asientos. Con la tenue luz que entra de la gasolinera se puede ver una cama sorprendentemente bien hecha con colcha amarilla.

—Tus amigos van ahí detrás —dice—. Tú vas conmigo.

Klara asiente fervorosa con la cabeza. «Va a funcionar. No nos va a echar», piensa.

—Daos prisa, joder —les apremia—. Antes de que cambie de idea.

Apenas han terminado de sentarse detrás de la cortina cuando las luces azules del primer coche patrulla destellan en la autovía. Pasa de largo la gasolinera, pero justo después se oyen más sirenas que se acercan.

«Seguro que alguno para en la gasolinera», piensa Klara.

—Será mejor que arranquemos —dice en inglés—. Si no queremos quedarnos atascados con la policía.

El conductor se vuelve y la mira un tanto desconcertado. ¿Es ahora cuando va a empezar a encajar las piezas del puzle? Tres personas tiradas en una gasolinera. Un importante despliegue policial. Klara nota la pistola de George, pesada y dura en su bolsillo derecho.

«Por favor, arranca —piensa—. Tú solo arranca. No quiero tener que

usarla».

24 de noviembre – Duisburgo

Las sirenas suenan por todas partes. Jacob oye a Klara pedirle al camionero que arranque. George se ha pegado a la cortina que separa la cabina y está mirando la gasolinera. Jacob puede ver que su pie tiembla y se mueve nervioso en la colcha amarilla. Con cuidado, cambia de postura y se sienta al lado de George y retira la cortina al mismo tiempo que las luces azules entran por el parabrisas del camión e inundan la cabina.

El tiempo se detiene. Klara no dice nada y cuando Jacob gira la cabeza para ver qué hace, ella parece casi impasible, no aparta los ojos del conductor. Pero está apretando los dientes, su pierna está botando discretamente y tiene la mano metida en el bolsillo, preparada.

De pronto el camionero se decide. Sin decir nada, gira la llave en el tambor de arranque. Antes de que Jacob tenga tiempo de comprender lo que está pasando, el hombre hace una maniobra y atraviesa con su camión entre las luces azules destellantes, pasa junto a los coches aparcados, se mete en el carril de aceleración y se incorpora a la autovía. La lluvia cae a raudales por el parabrisas y Jacob puede oír las gotas repicando en el techo cuando se retira de nuevo al dormitorio.

—Nos hemos librado por un pelo —oye decir a George a su lado.

Pero antes de que le dé tiempo a responder nota un sueño instantáneo, implacable, cayéndole encima. El colchón es tan blando, el espacio es tan acogedor en comparación con lo que ha vivido los últimos días. Es inútil resistirse.

Las sirenas lo despiertan al poco rato. Están muy cerca, justo al otro lado del sueño, fuera del camión. Abre los ojos con gran esfuerzo, es como si sus párpados se negaran, como si el agotamiento se hubiese apoderado de todo su cuerpo y nada más tuviera ninguna importancia.

Pero no puede esconderse de la voz teñida de pánico de George.

—¿Qué coño hacemos? —le pregunta a Klara a través de la cortina—. ¿Cómo nos han podido seguir la pista?

—Habrán encontrado el coche y hablado con los demás camioneros — responde Klara con una calma inesperada e inexplicable—. Habrán encajado las piezas y considerado la posibilidad de que vayamos en este camión.

Ahora Jacob se ha incorporado y se ha pegado a la cortina. Mira fuera y ve las luces azules rebotando en la cabina oscura, arrojando un brillo fantasmal sobre el rostro de Klara. Ve que el camionero se vuelve hacia ella con expresión desconcertada y que Klara le sostiene tranquilamente la mirada.

—Voy meterme ahí detrás con los otros —dice—. Y tú le contarás a la policía que he hablado contigo y que te he pedido que me llevaras pero que luego no me he presentado.

Jacob ve cómo Klara retira algo del bolsillo. Algo que brilla en la luz azul y que le resulta irreal en manos de ella: metal oscuro. Una pistola.

El camionero mira a Klara con interés y ella mantiene la pistola fuera de su vista. Jacob apenas puede respirar.

—Klara —susurra—. Quizá sería mejor...

Pero se interrumpe. Porque ¿qué pasa si la policía los detiene? ¿Qué pasará entonces con Klara y George? ¿Con él?

—No pueden cogernos —le dice Klara tranquilamente en inglés al conductor—. No somos criminales. Lo prometo. Al contrario. Tenemos algo que debe llegar a Suecia. Al final todo se resolverá, pero si la policía nos coge probablemente haya gente que morirá. No es broma.

Jacob ve que saca la pistola del todo y la apoya en el asiento. El coche patrulla les llama la atención con dos señales acústicas y el camionero empieza a frenar lentamente para detenerse en el arcén. Se vuelve hacia Klara con rostro inexpresivo. Jacob ve que ella prepara la pistola.

—Escóndete —dice el hombre sin perder la calma—. Hablaré con la policía.

Se miran en silencio. El camión está casi quieto y Jacob ve que Klara se guarda otra vez la pistola y los aparta a él y a George para meterse en el pequeño habitáculo detrás de los asientos.

—Dejadme sitio —les pide.

Después se vuelve otra vez hacia el conductor.

—Confío en ti —le dice.

Luego corre la cortina y se hace un hueco entre George y Jacob.

24 de noviembre – Duisburgo

Se hace un extraño silencio cuando el camionero detiene el camión en un hueco en la autovía y apaga el motor. Solo la lluvia repiqueteando en el techo y el tráfico que pasa con un zumbido.

El ruido de los coches aumenta cuando el conductor abre la puerta y se baja para ir al encuentro de los policías.

—Estamos jodidos —susurra George.

Klara no dice nada. Intenta aguzar el oído, pero lo único que oye es la lluvia y el tráfico.

—Pero tampoco tienen nada contra nosotros —continúa George.

—Solo el tiroteo en el Palais de Justice —murmura Klara.

—Ha sido perfecto, no puede ser eso —replica George.

Pasan por lo menos diez minutos antes de oír que la puerta se vuelve a abrir. Los tres contienen el aliento. Klara nota que la pistola casi se le escurre por el sudor de la mano. ¿Qué puede hacer con ella, en realidad? ¿Amenazar a los agentes? ¿Disparar contra ellos? Sería una locura y no les serviría de nada.

Con cuidado, levanta el colchón y mete el arma debajo. Mejor no llevarla encima cuando la policía los detenga, y luego piensa que debería hacer que Jacob tampoco lleve el chip encima.

Después oye que alguien sube a la cabina por la escalerilla y nota que no está respirando. La puerta se cierra y el motor arranca. El camión empieza a moverse despacio y luego acelera hasta terminar incorporándose al tráfico de la autovía.

Klara mira a George y arquea las cejas.

Él se encoge un poco de hombros, como si no pudiera creérselo. Esperan un par de minutos, como para dejarse aterrizar, para asimilar la idea de que a lo mejor han conseguido librarse de nuevo.

Klara se inclina con cuidado hacia delante y mira por la rendija de la cortina. El camionero se vuelve y le sonríe.

—*Coast is clear* —anuncia en inglés macarrónico—. ¿Se dice así?

Klara arruga la frente y vuelve a saltar al asiento del acompañante. Se vuelve hacia el hombre.

—¿Por qué nos has protegido? —pregunta con voz dulce—. En realidad no sabes nada de mí ni de esos de ahí atrás.

El hombre se acomoda en su asiento y baja un poco las manos en el volante. Klara puede ver unos tatuajes asomando bajo la manga de su jersey de algodón viejo, en el reverso de la mano. Letras y símbolos en sus dedos y nudillos. Él la mira y sonríe.

—Eres como mi hija —dice y señala a Klara—. *You. Very tough.*

Klara le devuelve una sonrisa discreta.

—¿Cuántos años tiene? —pregunta.

Sin responder, el hombre suelta una mano del volante y coge su cartera, de la cual saca una foto desgastada de una chica de unos veinte años.

—Foto vieja —dice—. Hace diez años que no la veo.

Klara cree haber oído mal.

El camionero deja la foto en el asiento y se golpea a sí mismo en la cabeza con los nudillos.

—Soy tonto —añade—. Cárcel. Malo para ella.

Parece triste y por un instante Klara cree que va a ponerse a llorar. Pero entonces se gira de nuevo hacia ella sonriendo.

—Pero odio a la policía —continúa—. Así que bueno para ti. He dicho que tú has hablado conmigo. Pero querías ir a Berlín.

—No me parece que seas tan tonto —contesta Klara y se reclina en el asiento—. Al contrario. Creo que podemos haber ganado un poco de tiempo.

Klara tarda media hora en recobrar un poco la calma. Ha estado preparada con el teléfono de prepago en la mano desde que han dejado atrás el coche patrulla y ha reunido la fuerza necesaria. Ahora lo enciende y espera a que se ponga en marcha. Respira hondo, abre el servidor y accede al e-mail secreto al que Gabriella había hecho referencia en su mensaje de texto.

En la bandeja solo hay un correo nuevo, enviado ayer, y el remitente es una dirección de Hotmail formado únicamente por cifras. ¿Ayer? ¿La soltaron ayer?

Klara abre el e-mail. Tres frases.

Tenemos que vernos en cuanto vuelvas de Bruselas. Escribe aquí y dime que estás bien, por ningún otro canal. OJO: no hables con la policía antes de que nos hayamos visto.

La última frase está en negrita. Klara levanta la vista del teléfono y mira a la noche, donde el agua sigue cayendo a cántaros.

—¿Qué es esto, Gabriella? —susurra—. ¿Qué coño es esto?

Después se vuelve hacia el camionero.

—¿A qué parte de Suecia vas? —pregunta.

—A Gävle —dice él sin quitar los ojos del asfalto.

—¿Podemos ir contigo hasta Estocolmo?

Él gira la cabeza y la mira con ojos risueños.

—¿Crees que os voy a dar la patada ahora? ¿Después de haberle mentido a la policía?

Klara sonrío y niega en silencio.

—No —responde—. No lo creo.

25 de noviembre – Malmö

Alguien lo sacude con cuidado y Jacob se hace un ovillo como para protegerse. Vuelve a estar en el sótano húmedo y lo están despertando para maltratarlo. Se fuerza a abrir los ojos y a su alrededor está todo oscuro. El aire es tan denso que tiene que hacer respiraciones largas con tal de conseguir que sus pulmones absorban algo de oxígeno. Pero entonces oye el ruido de un motor y tiene una vaga sensación de movimiento.

—Vamos, despierta, coño —dice George desde algún punto cercano.

Jacob nota de nuevo unas manos que lo agitan, ahora más impacientes.

—Llevas durmiendo desde Alemania, holgazán.

Poco a poco Jacob se incorpora. Una leve estría de luz azulada se cuela desde la cabina por la ranura de la cortina. Oye a George hablando entre susurros con Klara. Después, este se vuelve otra vez hacia él.

—Ven a ver —dice y aparta la cortina—. Dulce hogar.

Jacob se acerca a la abertura y solo ve noche y asfalto. Pero parte de esa noche es compacta y sin fondo, y Jacob entiende que es el mar, y más allá titilan las luces de una ciudad. Justo enfrente tienen un puente moderno y alto, iluminado como plata en la oscuridad.

—Malmö —anuncia George y señala las luces del fondo—. Qué gusto estar en casa, ¿no?

A Jacob le cuesta creerlo. Por un instante siente algo que le recuerda al alivio. Después ve el rostro de Yassim. Su brazo inerte en el coche. La sangre pegajosa brotando de su hombro. La luz en sus ojos que poco a poco se apaga.

Se inclina hacia delante y mira a Klara en la fría luz de las farolas de la carretera. Parece totalmente despierta. ¿Acaso ha dormido algo? Su pelo oscuro está revuelto. «Tiene algo sexi», piensa. Esa naricita decidida, los pómulos altos. Hay algo en ella que le ha despertado la curiosidad. Tiene

pinta de haber vivido muchas cosas, y de que ha salido más fuerte de todo ello.

—¿Has comido sopa de mirón? —pregunta Klara con un repentino y exagerado acento de la provincia de Östergötland.

—¿Disculpa? —contesta Jacob ruborizado y mira para otro lado—. No sé qué significa eso.

—Bah —dice ella y se vuelve para mirarlo con una sonrisa—. Solo es algo que se decía en el archipiélago, donde yo me crie, cuando alguien se quedaba mirando algo fijamente.

Cuando salen por el otro extremo del puente el camión frena con suavidad y Jacob ve que el hombre se vuelve hacia Klara con rostro intranquilo.

—Problemas —dice y señala la caseta del peaje.

Todos alzan la vista y ven una hilera de camiones avanzando lentamente. Unos pocos coches hacen lo mismo en otro carril, pero aún es pronto, demasiado pronto para los trabajadores que cruzan cada mañana el puente.

—¿Qué pasa? —pregunta Klara.

—Control fronterizo —responde él—. Están buscando. A lo mejor, refugiados.

Ella le clava la mirada.

—O puede que a vosotros.

—No empezaban con los controles de pasaportes hasta Navidad —interviene George.

El camionero se encoge de hombros.

—Pues entonces os estarán buscando a vosotros.

Klara lo mira serena a los ojos.

—Hemos llegado hasta aquí —dice—. ¿Nos ayudarás una vez más?

El hombre suspira y rueda lentamente hasta colocarse detrás del último camión de la cola.

—¿Recuerdas lo que te he dicho? —pregunta él.

—¿Que odias a los policías? —contesta Klara.

—Que soy tonto. Métete ahí detrás con los demás.

Luego avanzan despacio hasta lo que parece un control provisional, justo después del peaje. Jacob oye que el camionero abre su puerta.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Un control rutinario —responde una voz de mujer en inglés.

—¿Qué están buscando? —pregunta el camionero.

—Lo dicho —contesta la mujer, ahora impaciente—. Un control rutinario. ¿Me daría su pasaporte y sería tan amable de bajarse del vehículo?

—No —responde el conductor para sorpresa de Jacob—. Si esto es un control rutinario me niego a enseñar mi pasaporte —continúa el hombre—. Acuerdo de Schengen. Los controles rutinarios en la frontera están prohibidos. Mi agente les pondrá una denuncia.

—Pero ¿qué...? —exclama la mujer—. Haga lo que le digo. Baje del vehículo. Y deje el teléfono.

—No —insiste el camionero—. No lo haré. Ha dicho que es un control rutinario. Es ilegal. Y lo estoy grabando.

Oyen que el hombre deja caer todo su peso en el asiento. Después se oye un chisporroteo en la radio de la mujer y ella dice algo que no logran distinguir.

—Voy a subir a la cabina —anuncia—. Y usted se va a estar totalmente quieto.

Oyen que el camionero dice algo con un gruñido y luego a la agente subiendo la escalerilla. Por la ranura de la cortina pueden ver la penetrante luz de una linterna saltando por la cabina.

—Apártese —ordena la policía.

—Dígame cuál es el motivo de esta inspección —dice el camionero—. O me niego a moverme.

—Apague eso —exige la agente con autoridad.

—¿El teléfono? —pregunta él—. No pienso apagarlo. Lo que está haciendo es ilegal.

La agente suspira y baja de un salto al suelo otra vez.

—Pare en el arcén allí delante. Aún no hemos terminado.

Jacob oye que el camionero cierra la puerta y empieza a deslizarse lentamente por el asfalto.

—Sí —murmura en inglés el camionero—. Claro que hemos terminado.

Después acelera hacia la carretera, no hacia el arcén, y se incorpora a la autovía a la máxima velocidad que el camión le permite.

Klara ha salido del compartimento y Jacob tiene la sensación de haber vuelto a perder el control. Más atrás están sonando las sirenas otra vez.

—Voy a parar en un aparcamiento —le dice el camionero a Klara—. Algún sitio donde podáis desaparecer. Ahora, en cuanto pueda.

El camión escora cuando sale de la autovía.

—Aquí —señala—. Allí arriba hay un McDonald's. Os bajáis allí.

Las sirenas han desaparecido casi en cuanto han abandonado la autovía, pero ahora ya vuelven a sonar con más intensidad.

—Vale —contesta Klara y asiente con la cabeza—. Desde allí nos las apañamos.

Jacob nota que le da un empujoncito para que salte a la cabina del camión.

—Vete preparando, joder —le apremia—. No es buen momento para quedarse en coma.

El camión empieza a reducir drásticamente la velocidad.

—En diez segundos —indica el camionero sin perder la calma—. Lo más deprisa que podáis. Me colocaré de modo que no os puedan ver desde la autovía.

El camión se detiene y el camionero grita:

—¡Ahora!

Klara abre la puerta de un bandazo y Jacob nota que tira de él y los dos bajan a trompicones al asfalto húmedo, con George justo detrás. Llegan a la entrada como a cámara rápida. En el desvío de la autovía pueden ver las luces azules girando, las sirenas que se acercan.

Más atrás Jacob oye la voz de Klara antes de cerrar la puerta del camión:

—Espero que te pongas en contacto con tu hija —dice—. Diez años es demasiado tiempo, sea lo que sea lo que hayas hecho. Créeme, sé de lo que hablo.

25 de noviembre – Malmö

Luces azules al otro lado del camión, puertas que se abren y se cierran con un golpe, y voces que se alzan mientras Klara empuja a Jacob para que avance y se meta entre los camiones aparcados de la gasolinera que hay al lado del McDonald's.

George está a su lado, aunque no lo vea. Sabe que no tiene que preocuparse por él, ya cuida de sí mismo. Pero en medio del caos siente que es un alivio sin igual tenerlo ahí. Jacob, en cambio, va como drogado o en shock y apenas es capaz de moverse.

—¡Venga, va! —le susurra y lo empuja para que se meta entre dos remolques—. Tienes que moverte, Jacob.

Klara ve que George se detiene más adelante y que asoma la cabeza por delante de un camión para ver las luces azules. Les hace un gesto con la mano para que se acerquen y Klara tira de Jacob.

—Podemos cruzar el parking y entrar en el McDonald's sin que nos vean —dice—. Escondernos a plena vista, ¿sabes? Jamás pensarán que alguien que iba en el camión fuera a sentarse como si nada en un McDonald's.

Puede que tenga razón, sería aún más raro que los pillaran ahí fuera, entre los camiones, sin que pudieran explicar cómo han llegado hasta aquí. A lo mejor el restaurante es la mejor alternativa.

—Vale, vamos.

Las seis y pocos minutos de la mañana no es hora punta en el McDonald's. Aparte de ellos tres, el local está casi vacío, en las mesas brillantes de plástico solo hay tres personas solitarias tomando café con la mirada perdida. Los destellos azules de fuera entran por la ventana y despiertan a los demás comensales de su modorra mañanera y lentamente levantan la cabeza para ver qué está pasando. Unos haces de luz penetrante se mueven por el asfalto. Los agentes de policía están buscando debajo y entre los camiones con linterna.

Klara, George y Jacob se quedan justo detrás de la puerta del restaurante.

—Mierda —dice Klara—. Tengo un mal presentimiento.

George se vuelve hacia ella.

—Parecen saber qué están buscando —comenta—. O al menos parecen seguros de que están buscando algo. Si no, se habrían limitado a pensar que estaban tratando con un camionero problemático que se ha negado a parar y punto.

Jacob se ha acercado al mostrador y se ha quedado de piedra. La imagen es peculiar, como si estuviese muerto de miedo. Klara se le acerca y le pone una mano en el hombro.

—Vamos, Jacob —dice—. Nos largamos.

Él se queda donde está y señala una mesa donde se ve la portada del diario *Aftonbladet*. La primera página hace que Klara casi pierda el equilibrio y tiene que aferrarse al hombro de Jacob para sostenerse. La mayor parte de la plana está ocupada por tres fotos de carné en fila bajo el titular:

CIUDADANOS SUECOS BUSCADOS POR TERRORISMO

Las imágenes son de Klara, Jacob y George.

—Hostias —susurra George detrás de Klara—. Tenemos que salir de aquí.

Trastabillan por el aparcamiento y dejan atrás el camión y las luces azules, corretean agazapados para no llamar la atención. Cuando consiguen esconderse detrás de un lavadero de coches, Klara echa un rápido vistazo a la puerta del McDonald's, donde dos agentes están a punto de entrar.

—Por los pelos —dice—. Menos mal que no nos hemos sentado a tomarnos un batido.

Bajan por una cuestecita de hierba húmeda hacia un camino maltrecho que corre a oscuras entre campos de cultivo vacíos y llanos. Más abajo ven un puente. Klara saca el teléfono que se ha comprado en el área de descanso y abre la aplicación de mapas.

—Tenemos que irnos de aquí —añade Klara—. No tengo ni idea de cuánto tiempo nos queda. Joder, no sabemos nada.

Comprueba la ubicación en la que se encuentran mientras bajan a paso ligero al puente. A lo mejor allí pueden resguardarse un poco.

—¿Qué vamos a hacer? —jadea George, que no está acostumbrado al esfuerzo físico.

—Llamar a un taxi —responde Klara—. Y cruzar los dedos para que el taxista todavía no haya leído la prensa.

Están sentados al abrigo de una columna bajo el puente cuando ven acercarse el taxi.

—Va —dice Klara—. Al menos intentemos no parecer tres fugitivos.

Se sacuden la ropa y bajan al camino justo cuando el taxi se detiene. Klara se sube en el asiento del copiloto. Nota el peso de la pistola en el bolsillo y mete la mano para sentir el metal frío en los dedos. Una última opción. Su mano envuelve la culata.

Pero el taxista parece cansado y no muestra ningún tipo de interés, por lo que Klara suelta la pistola.

—A la estación central —dice—. Se nos ha estropeado el coche.

El taxista se limita a asentir distraídamente con la cabeza y sube sin prisa por la cuesta, de vuelta al área de descanso donde los ha dejado el camión. Cuando pasan junto al carril de incorporación, Klara ve que todavía hay dos coches patrulla y que las luces azules siguen girando. El taxista vuelve la cabeza para mirar qué ocurre, al mismo tiempo que acelera para incorporarse a la autovía.

—Malmö —dice con un suspiro—. En esta puta ciudad siempre sucede algo.

La estación central empieza a llenarse de trabajadores que cogen el tren cada día hasta alguna otra ciudad importante, mientras ellos tres se dirigen a la máquina de billetes de la sala de espera. Por todas partes hay portadas de periódicos con sus caras mirándolos.

—No me jodas, esto es de lo más irreal —murmura George—. Klara, te presentas en Bruselas y dos días más tarde estoy en Malmö y soy un supuesto terrorista.

—Tenemos que irnos —responde Klara—. No podemos pasearnos por aquí con nuestras fotos en todas partes.

George asiente con la cabeza.

—Yo me encargo de Jacob —dice—. No parece capaz de arreglárselas por sí mismo.

Los dos lo miran y lo ven caminando a su lado con el pelo lacio y la mirada vacía.

—Tienes que darme esa tarjeta de memoria —le pide Klara—. Sea lo que sea, debemos procurar que no desaparezca.

Jacob saca la tarjeta de su bolsillo sin decir nada y la pone en la mano abierta de Klara, luego saca también un teléfono móvil.

—Me parece que tengo la solución —dice y le enseña la pantalla.

A Jacob le tiembla la mano mientras sujeta el teléfono y Klara tiene que aguantarle la muñeca para que se esté quieta. Un mensaje en la pantalla. Una larga línea de cifras, letras y símbolos.

—¿Es lo que me parece? —pregunta Klara.

Jacob pestañea y mira nervioso a su alrededor.

—¿Cómo lo voy a saber? —contesta—. Pero el teléfono me lo dio Yassim... Es el suyo.

George tira de la mano de Jacob para ver mejor.

—La contraseña —murmura—. ¿Quién te la ha mandado?

—No lo sé —responde Jacob—. Número oculto.

—Solo hay una forma de comprobarlo —dice Klara.

—Pero necesitamos un ordenador, y un lector de tarjetas —replica George y pasea la mirada—. Podemos comprarlo cuando abran las tiendas.

—¿Cómo? —exclama Klara—. No podemos usar nuestras tarjetas..., no podemos.

—A lo mejor podemos usar esta —dice Jacob y les enseña la tarjeta de crédito que le dio Yassim.

Klara y George le dan mil vueltas, pero al final concluyen que, probablemente, sea lo mejor, no tienen metálico y las tarjetas de ellos las podrían rastrear.

Antes de salir de la estación usan la tarjeta para comprar billetes a Estocolmo en una máquina automática. Klara con el primer tren, poco pasadas las once. George y Jacob juntos una hora más tarde.

En un callejón encuentran una cafetería donde el personal parece lo bastante aburrido como para no prestar especial atención a sus comensales. Muertos de hambre, piden unos bocadillos calientes de salami y queso y tazas grandes de café.

—Sinceramente, esto es lo más rico que he comido —dice Jacob.

Klara lo mira y casi parece que haya recuperado un poco el color. Ayer por la tarde compartieron las hamburguesas en el camión, pero Klara se pregunta cuánto habrá comido Jacob en los días anteriores.

—Disfrútalo mientras puedas —contesta George—. Quién sabe cómo será la comida en Guantánamo.

Klara pone una mano sobre la de Jacob.

—Pasa de él —le anima—. Vamos a resolver todo esto. George y yo nos hemos visto metidos en cosas peores.

De pronto el tiempo ha pasado volando y George se levanta.

—Quedaos aquí —dice—. Voy a comprar un ordenador.

—Sigue dando gusto —comenta George con una sonrisita cuando media hora más tarde vuelve a la cafetería—. Independientemente de la situación, siempre mola comprar cosas.

Pone una caja blanca de Mac en la mesa. Encima hay un adaptador, Jacob supone que es el lector de tarjetas. De una bolsa de H&M George saca una sudadera con capucha de color gris y un gorro azul que le pasa a Klara. Ella se lo pone con cuidado en la cabeza.

—No es el disfraz más avanzado del mundo —declara—. Pero es mejor que nada.

—Tu tarjeta de crédito es una pasada —dice George mirando a Jacob—. Casi que me la quedo. Te permite volver a casa con un ordenador de más de diez mil coronas y no tienes ni zorra de quién lo está pagando.

Ha puesto en marcha el ordenador y va haciendo clics por el programa de instalación.

—Mantente alejado de la red —le advierte Klara—. No configures ninguna conexión.

George asiente tranquilamente sin mirarla.

—No soy tonto del culo, Klara —contesta—. Algo he aprendido con toda esta mierda.

Estira el brazo para coger el lector y conectarlo a un puerto USB.

—Pásame la tarjeta, Jacob —dice.

—La tiene Klara —responde Jacob y la señala con la cabeza.

25 de noviembre – Malmö

George toquetea el ordenador, pero Klara está impaciente y opina que está siendo demasiado lento. Se adueña del portátil y conecta el lector al puerto. El icono del aparato aparece en el escritorio vacío. Hace doble clic en él y abre una ventana de diálogo que le pide una contraseña.

—Vale —le dice a Jacob—. Es el momento de la verdad. Díctame lo que te ha llegado por mensaje.

Klara cuenta y revisa las cifras, las letras y los símbolos. Dieciséis en el teléfono. Dieciséis en la pantalla. En el mismo orden.

El leve bullicio de otros comensales. El tintineo de tazas. Lo inverosímil de estar participando de una mañana completamente normal y corriente.

Klara mira primero a George, luego a Jacob.

—Vale —dice—. Vamos allá, ¿no?

Sin esperar la respuesta pulsa «Enter».

La pantalla de diálogo desaparece de inmediato y se ve sustituida por una carpeta. En ella hay cuatro documentos titulados Estocolmo, Bruselas, Londres y Roma. Jacob y George se mueven para poder ver mejor la pantalla. Klara mira de reojo a Jacob.

—No parecen fotos de drones —dice con calma.

Él no contesta, pero ella puede ver que su cara empalidece y que su respiración se vuelve superficial y agitada.

—Abre Estocolmo —indica George.

Klara respira hondo y hace doble clic sobre el documento.

Es un simple PDF y el ordenador tarda un poco en abrirlo. Pero de pronto llena la pantalla.

El documento está escrito en árabe y está repleto de títulos en negrita, bajo los cuales hay puntos y *ticks*. Como esquemas y listas de comprobación de algún tipo. Klara también nota cómo se le hunde el ánimo. Se vuelve hacia

Jacob.

—Pero espera —empieza—. A lo mejor sabes árabe. Tú has...

Pero él se limita a decir que no con la cabeza.

—He hecho un par de trimestres —explica—. Me da como para pedir un café y preguntar por el tiempo que hará. Me sé el alfabeto y podría conseguir descifrar todo eso, pero no tengo ni idea de lo que quiere decir.

Klara sigue bajando por el documento y de pronto se detiene.

—George —dice—. Mira esto.

—¿El qué?

Él se pone en cuclillas a su lado y ella señala la pantalla, donde ahora aparece un pequeño mapa de un par de manzanas del centro de Estocolmo. El Palacio, el agua. Y, marcada en un círculo, la Ópera Real. Debajo de la imagen hay fotos de la fachada de la Ópera desde distintos ángulos. La entrada, la taquilla, el vestíbulo. En algunas fotos hay flechas rojas numeradas. Parecen coincidir con partes del texto en el documento.

—¿Qué coño es esto? —susurra George.

Klara observa su rostro húmedo y paralizado. George ya lo sabe, pero Klara lo dice de todos modos.

—Esto... es un plan de atentado terrorista.

25 de noviembre – Malmö

Jacob se acerca a la pantalla, como si su capacidad para leer árabe dependiera de la distancia. Siente que tiene los pulmones limitados a la mitad de su capacidad, por mucho aire que coja no consigue llenarlos.

¡Un atentado terrorista!

¿Cómo ha podido ser tan ingenuo, tan rematadamente tonto? Dejarse engañar hasta el punto más extremo.

Pero ¿es eso lo que ha hecho? ¿O en verdad todo este tiempo ha sospechado que era esto? Bueno, quizá no un atentado terrorista, pero sí algo más de lo que Yassim le había contado. ¿Y acaso no había decidido libremente pasarlo por alto, hacer caso omiso, fuera lo que fuera, fuera quien fuera Yassim, independientemente de todo? A su lado oye a Klara y George inclinarse sobre el ordenador y decir algo en un murmullo rápido y continuo mientras bajan para ver el resto del documento. Jacob sabe que no podrá librarse de esto. Ha introducido los planes de atentados dentro de Europa y se ha dejado utilizar.

—Tenemos que entregárselo a la policía —susurra—. ¿A qué estáis esperando?

Klara se lo queda mirando desconcertada.

—¿Disculpa? —pregunta—. ¿A la policía, ahora?

—¡Sí! —responde él—. ¡No es culpa mía! ¡La policía no puede acusarme! ¡Me han engañado para que meta eso en el país de contrabando!

Se esfuerza en no alzar demasiado la voz. Ya no lo consigue, ya no le quedan ánimos. George le pone una mano en el hombro.

—Tranquilo —dice y le mira a los ojos—. Nos pondremos en contacto con la policía, te lo prometo. Pero este asunto es demasiado sucio, créeme.

Jacob se libera con una sacudida.

—¿De qué hablas? —exclama—. No me jodas, tenemos que...

—Tú has metido esto en Europa, Jacob —señala Klara con calma—. Mi amiga ha estado arrestada y ahora parece haberse escondido. Nos han perseguido unos rusos y a los tres nos buscan como supuestos terroristas.

Se queda callada y lo mira, le da tiempo a asimilar lo que le acaba de decir.

—Ahora mismo... —continúa—, eso de «entregárselo a la policía» no es del todo una alternativa. No hasta que sepamos de qué va todo esto.

—Pero ¿cómo vamos a descubrirlo? —dice Jacob en tono de rendición—. Está en árabe...

Extiende los brazos y se vuelve a hundir en la silla. Piensa en Myriam en Beirut, en los hombres que lo persiguieron antes de huir a Shatila, en el sótano en Bruselas, en Yassim en la escalera, en su propia foto en las portadas. Sabe que tienen razón. La policía no es ninguna alternativa hasta que sepan en qué están metidos. Jacob no ha tenido ningún control en absoluto sobre todo lo que le ha pasado. Ha elegido dejarse utilizar. Si la policía coge las riendas ya tampoco tendrá ningún control sobre lo que pasará luego. Tiene que saber más. Y prometió a Yassim que dejaría que alguien en quien confiara le echara una mano.

Gabriella le dijo que quería verse con él. Y tiene experiencia en esto. Y no cabe duda de que Klara y George también la tienen. Jacob levanta la cabeza y los mira. Han hecho mucho por él las últimas veinticuatro horas, más de lo que se le podría pedir a nadie.

—Tengo una idea —dice—. Para enterarnos de lo que pone en esos documentos.

25 de noviembre – Bergort

Los últimos asientos se ocupan tan pronto como en Lund y Klara no sabe decir si le parece que es bueno o malo, si la muchedumbre aumenta o reduce las posibilidades de que alguien la reconozca de las portadas. Se sube la capucha del jersey, saca el teléfono que se compró en Alemania y abre su e-mail secreto.

«Camp Nou, hoy a las 20:00», le escribe a Gabriella.

Apenas lo ha enviado ya le llega una respuesta.

«Camp Nou?».

Klara levanta la cabeza del móvil. ¡Mierda! Gabriella no se acuerda de que era así como los chavales de Bergort, el barrio de las afueras de Estocolmo, llamaban a su pequeño campo de fútbol de hierba artificial. Era un sitio perfecto para quedar, lejos de cualquier lugar que alguien pudiera tener bajo vigilancia, como el piso de Gabi o su oficina.

«El campo de hierba artificial en Bergort», le responde. Le gustaría preguntarle a Gabi cómo está, qué ha pasado. Pero teme que ya se hayan comunicado demasiado a través del teléfono, sabe que conlleva un riesgo incluso aunque esté usando su cuenta de correo electrónico secreta y un teléfono sin contrato. Mejor verse en persona. La respuesta llega en el acto.

«Vale. Nos vemos allí».

Se baja en Centralen de Estocolmo poco después de las cuatro de la tarde y sin distraerse sigue la corriente de la hora punta, sorprendentemente temprana, en dirección al metro. «Qué bien que haya tanta gente en movimiento», piensa, nadie le presta atención. Aun así, se ciñe la capucha y se baja el gorro un poco más por la frente.

Le resulta inverosímil volver a estar entre los azulejos y el estrés del metro. Klara aspira el aire tan familiar y cargado por la nariz. Huele a sótano y a

gente y a gran ciudad, huele a Estocolmo, y, aunque no haya vivido nunca aquí, el restallido de los trenes y las voces radiofónicas de los altavoces la hacen sentirse un poco en casa.

Línea roja. Klara mira a su alrededor en el vagón, que avanza en dirección sur dando bandazos y sacudidas, cada vez más lejos del centro de la ciudad. A cada parada que hacen va disminuyendo el número de pasajeros rubios y de ojos azules. Pero ella no va hasta el final de la línea. Todavía no. Solo al límite poroso y siempre cambiante de la gentrificación.

El barrio de Skärholmen está repartido a partes iguales entre el proyecto del millón de viviendas de los años sesenta y setenta y un centro urbano de tiendas nuevo y moderno. Plaza de mercado a la salida del metro, tapas asiáticas, yonquis y cadenas de cafeterías. Forzado, pero aun así lo bastante gentrificado como para haber pulido los bordes más pronunciados de la autenticidad.

Pero no es a las casas nuevas y blancas con cocina Miele adonde Klara se dirige, sino a los bloques de alquiler de la calle Äspholmsvägen. Comprueba la dirección en el papelito que Jacob le ha dado, cruza la plaza y pasa por delante de los pocos puestos del mercado que aún no han recogido a pesar de la oscuridad.

No quiere usar la aplicación de mapas del teléfono, pero un borracho muy predispuesto en la salida del metro le ha señalado la dirección adecuada, tras lo cual Klara ha rechazado su ofrecimiento de acompañarla.

No tarda mucho en encontrar el edificio y el portal correctos, y Klara saca el teléfono para ver qué hora es. Apenas le da tiempo a comprobar que son las seis pasadas cuando oye una voz justo detrás.

—¿Está esperando a alguien?

25 de noviembre – Malmö

George se sienta en cuclillas junto a Jacob. Ahora están en el muelle y el viento es gélido, la temperatura ha caído desde esta mañana.

Deben de haber estado dando vueltas por Malmö por lo menos durante una hora, después de despedirse de Klara. George quería que se mantuvieran en movimiento para evitar que nadie tuviera tiempo de descubrir quiénes eran.

Pero ¿por qué tenían que bajar aquí, al puerto? Jacob tiene tanto frío que tiritita. Cuando levanta la mirada ve el hormigón gris y estable del puente de Öresundsbron a la izquierda y los contornos fantasmagóricos de Copenhague en el horizonte, justo enfrente.

—Iremos a la policía —le asegura George—. Debemos partir de la base de que si nosotros tenemos los planes, los terroristas no pueden llevar a cabo la mierda que han proyectado. Klara solo tiene que verse primero con Gabriella, y debemos enterarnos de qué pone en los documentos antes de actuar. Para que entendamos qué implican para ti y para ella. Para todos nosotros.

Se levanta, alarga una mano y tira de Jacob para que se ponga de pie.

—Ven —dice—. No podemos quedarnos aquí sentados, hace demasiado frío.

Gira la muñeca y mira su enorme reloj. Jacob ha pensado en pedirle varias veces que se lo enseñe, nunca había visto nada tan deseable, un símbolo de éxito y competencia.

—Además, no falta mucho para que salga nuestro tren.

Jacob se levanta y durante un rato caminan en silencio, pasan por delante de bloques de viviendas de obra nueva con vistas al mar y a Copenhague, bajo balcones amplios y clase media acomodada que tiene un año de sueldo guardado en el banco y ningún crédito pendiente. Por delante de todo eso que Jacob ha perdido, a estas alturas.

—Me gusta tu reloj —dice en voz baja—. Es... serio.

George se lo queda mirando con algo suspicaz en la mirada.

—¿Has hablado con Klara? —le pregunta.

—¿De tu reloj? —se sorprende Jacob.

Joder, no quería liarla, no quería delatarse también con esto, quedar como un advenedizo, un novato. Pero George solo niega con la cabeza.

—Dice que le parece vulgar —comenta George—. Pero ¿sabes qué?

Se vuelve hacia Jacob con una sonrisa.

—A lo mejor está bien ser un poco vulgar.

Jacob niega con la cabeza, nota que le vuelve el pánico. Están con la mierda al cuello y se ponen a hablar de relojes.

—Podrían detenernos en cualquier momento —dice y nota que la voz ya no le aguanta—. A lo mejor a Klara ya la han detenido.

—Puede pasar cualquier cosa —lo interrumpe George—. Todo el tiempo, en cualquier momento. Si hay algo que he aprendido estos últimos años es precisamente eso. Solo podemos concentrarnos en hacer esto lo mejor que sepamos. Debemos llegar a Estocolmo. Allí tendremos que encontrar la manera de arreglarlo. Vamos en tren, el riesgo de ser descubiertos es menor que si fuéramos en avión. No puedes pensar en todo el conjunto, cuando hay terrorismo y búsquedas y demás mierdas de por medio. Hay que pensar cada paso por separado: hay que llegar a Estocolmo sin que nos pillen. Y lo resuelves.

Vuelve a mirar a Jacob. Ya casi han llegado a la estación central.

—¿Me sigues? —continúa George—. Tú piensa que es un día cualquiera, mucho antes de que pasara todo esto. Solo vas a coger el tren a Estocolmo para ver a unos colegas. Todo normal.

Jacob coge aire e intenta sonreír.

—Vale —dice—. Vale, vamos con ello.

Pero apenas le da tiempo a decirlo cuando ve dos coches patrulla aparcados delante de la entrada lateral de la estación y una voz que grita:

—¡Ahí están! ¡Ahí están!

Jacob gira la cabeza y ve a una mujer con cochecito desgañitándose mientras se aleja de ellos marcha atrás sin quitarles los ojos de encima. No está a más de quince metros de distancia.

Jacob para en seco, pero nota que George le tira del brazo para que siga caminando.

—Joder —le susurra al oído a Jacob—. Justo cuando hablábamos de estar

tranquilos. Tú pasa de ella, la gente pensará que está loca, ¿vale?

Pero la gente que está entrando y saliendo de la terminal se vuelve para mirar hacia donde señala la mujer, oyen sus gritos.

El pánico paraliza a Jacob. Se queda quieto y se libera de la mano de George. Ya no puede más, ya no le importa. Despacio, se retira la capucha y se quita el gorro y se vuelve hacia la mujer.

—¡Maldita sea! —grita George—. ¡Vamos, Jacob!

Pero es demasiado tarde. Dos agentes han oído a la mujer y ya están saliendo por las puertas de la estación. La ven y siguen su dedo acusador. La gente de alrededor sale disparada como en un abanico para alejarse de George y Jacob.

—¡Venga, va!

Jacob nota cómo George tira de su brazo y lo hace empezar a correr entre el resto de personas, como si fueran parte de la misma masa atemorizada.

El mundo que rodea a Jacob salta y se sacude. Bajan trastabillando por la calle, él apenas puede ver con claridad, es como si todo estuviera del revés, sumergido bajo el agua.

—¡Alto! —oye a uno de los policías a su espalda—. ¡Alto o disparo!

Siguen encorvados, pero Jacob nota que la mano de George afloja alrededor de su muñeca.

—Pase lo que pase... —dice George—... actúa con calma.

Con cuidado, por el rabillo del ojo, Jacob ve que George levanta las manos para mostrar que no va armado. En ese mismo momento, un coche gris para delante de ellos y Jacob oye una voz que grita algo en inglés desde el asiento del conductor, ve que la puerta del copiloto se abre de un bandazo.

Un disparo desde el interior del coche. Luego otro. Entonces oye los gritos y el pánico detrás. Se toca el pecho, el cuello. No le han dado. No le han disparado a él.

Se vuelve hacia George, que parece igual de consternado que él, e igual de ileso. Vuelve a mirar el coche y ve la cara de la persona que se asoma por la puerta. Y, antes de darse cuenta, está tumbado en el asiento de atrás con George encima mientras el coche acelera, inverosímil, como una bala o un sueño.

25 de noviembre – Bergort

Está tan oscuro que al principio solo puede distinguir la silueta del hombre. Cuando se le acerca, Klara empieza a ver sus rasgos gracias a la tenue luz que sale del portal. Jacob le ha contado que su antiguo profesor de árabe es un hombre que ronda los sesenta y tiene el pelo grueso, cano y acicalado, que en general viste traje y abrigo y que lleva un maletín marrón. El hombre que tiene delante coincide perfectamente con esa descripción.

—Estoy buscando a Hassan Rahamin —dice ella.

El hombre le lanza una mirada furtiva, antes de pasar de largo hasta el portal, donde introduce el código y empuja la puerta.

—No sé quién es —dice y cruza el umbral.

Antes de que Klara tenga tiempo de reaccionar, la puerta se cierra delante de sus narices, una luz parpadea en el hueco de la escalera y luego esta queda iluminada.

—Mierda —murmura y se sienta en cuclillas.

Poco a poco se levanta y se acerca al portal, donde la luz sigue encendida. Pega la mejilla al cristal y lee el panel con la lista de inquilinos que viven en el bloque. En efecto, ahí hay un Rahamin, en la segunda planta. Empuja la puerta, pero está cerrada. Klara suspira y se da la vuelta. Se aleja un poco a paso lento y se sienta en un aparcamiento de bicis que hay enfrente del portal. No le queda otra que esperar.

Menos de diez minutos más tarde aparece una mujer con un cochecito y las bolsas de la compra. Klara se le acerca rápidamente mientras la mujer hace malabares para introducir el código en la cerradura electrónica al mismo tiempo que trata de evitar tener que dejar las bolsas de papel en el suelo húmedo.

—Deje que la ayude —se ofrece Klara y pasa con cuidado por su lado para

empujar la puerta una vez aceptado el código.

—Ah, gracias —dice la mujer—. Muchas cosas a la vez.

—¿A qué piso va? —pregunta Klara—. Le puedo subir las bolsas.

—Qué amable —responde la mujer—. ¡Muchas gracias!

Klara deja las bolsas en el tercer piso y espera a que la mujer haya cerrado la puerta de su casa. Entonces baja las escaleras hasta el rellano de debajo y mira los nombres en las tres puertas que hay. En la de la izquierda pone Rahamin. Toma una bocanada de aire y llama al timbre.

Pasan unos segundos sin que ocurra nada. Vuelve a llamar. Y otra vez. Pero siempre con el mismo resultado. A lo mejor el hombre con el que se ha cruzado en la calle no era Rahamin, después de todo.

Vuelve a llamar una y otra vez, ahora de forma casi desesperada. Luego se agacha y abre la trampilla del correo que hay a la altura de la pierna. Cuando apoya la frente en la puerta nota un agradable frescor.

—¡Hassan! —grita—. Necesito hablar con usted, de verdad. Vengo de parte de Jacob Seger.

Cuando calla, un leve eco de sus palabras se queda flotando en el hueco de la escalera. Pero Klara también oye algo más, dentro del piso. Pega la oreja a la trampilla del correo y juraría que oye a alguien moviéndose al otro lado de la puerta. Movimientos breves, apagados. Respiraciones.

—¡Por favor! —insiste—. ¡Vengo de parte de Jacob Seger!

Se aparta de un salto, pero no llega a tiempo de esquivar la puerta y el canto se le clava en mitad de la frente. Un dolor breve e intenso cuando se levanta. El hombre con el que se ha cruzado delante del portal está ahora en el marco.

—Entre, rápido —dice—. Deje de gritar de esa manera.

Klara se frota la frente donde le ha dado la puerta mientras cruza el umbral.

—Gracias —contesta—. Necesito su ayuda.

Se quita los zapatos y sigue a Hassan hasta un saloncito decorado con buen gusto. Él le hace un gesto para indicarle un sofá de piel bajo, mientras se sienta en un sillón a juego al otro lado de la mesita de centro. Klara pasea la mirada. Las paredes están cubiertas de librerías impecables y la mesa de cristal está impoluta. Una luz cálida cae sobre la alfombra auténtica desde la lámpara de pie que Hassan ha encendido en un rincón. Otras dos lamparitas pequeñas con pantalla verde en la ventana que da a la calle ayudan a darle a

la estancia un aire de club de caballeros inglés, más que de piso del extrarradio. No cabe la menor duda de que el profesor de Jacob es un hombre de lo más ordenado.

—Gracias por atenderme —empieza Klara—. Hemos...

Hassan levanta una mano para interrumpirla.

—Me fío de Jacob —dice con calma.

Su sueco es perfecto, Klara solo puede percibir un atisbo, un leve toque, de acento árabe.

—Pero también he leído la prensa. He visto lo que han escrito sobre él. Y sobre usted, porque usted es Klara Walldéen, ¿no es así?

Ella asiente en silencio. Ha hablado de esto con George y con Jacob, de que ahora son unos parias.

—No quiero verme envuelto en nada —prosigue el hombre—. Soy una persona sencilla, llevo una vida sencilla. Y quiero que siga así. ¿Lo entiende?

—Sí —responde ella—. Lo entiendo, de veras. Créame. Y entiendo que es egoísta por nuestra parte meterlo en algo en lo que no ha pedido participar. Pero Jacob no es ningún terrorista. Yo no soy ninguna terrorista. Creo que eso ya lo ve.

Hassan la mira. Luego se pone de pie y se acerca a un armario que hay en una de las estanterías.

—Disculpe que sea tan descortés —dice.

Klara ve cristal esmerilado y botellas cuando Hassan lo abre.

—¿Qué le puedo ofrecer? Me temo que tengo casi de todo.

Él la mira de reojo y sonrío un poco. Klara nota un cosquilleo familiar, una especie de euforia de baja intensidad que se le despierta.

Cuando Hassan se da la vuelta tiene una botella de whisky de renombre y dos copas en la mano.

—Creo que la ocasión exige whisky —comenta y pone primero dos posavasos en la mesa.

Klara traga saliva y aparta la mirada de la botella.

—Para mí no, gracias —dice.

—¿No? —contesta Hassan decepcionado—. ¿No le gusta el whisky? Tengo más cosas.

Klara se vuelve y lo mira directamente a los ojos.

—Me gusta demasiado —explica con calma—. Por favor, no me lo ofrezca otra vez. No estoy segura de si podré resistirme un vez más.

Sin decir nada, Hassan recoge los vasos y la botella y los vuelve a guardar en el armarito.

—O sea —puntualiza Klara—, no quería decir que usted no pudiera beber. Dios mío, lo siento.

Hassan se vuelve a sentar en la silla.

—Soy yo quien debe pedirle disculpas —dice—. No lo sabía.

Ella niega con la cabeza.

—¿Cómo iba a saberlo? Si apenas lo sé yo misma. Es... He pasado un par de años difíciles.

Hassan sonrío con quietud. No necesita decir nada. Esos ojos. Su aire digno y caballeroso muestra claramente que sabe más de años difíciles de lo que puede describir ninguna palabra. A lo mejor hay una razón por la que Hassan no quiere verse metido en líos.

—Jacob es un trepa —afirma—. ¿Se dice así?

Klara asiente.

—Quiere ir siempre adelante, hacia arriba. He visto a muchos jóvenes así a lo largo de mi vida. No son ellos los que se convierten en terroristas. Aquí está pasando otra cosa, me parece a mí.

Se vuelve a levantar, se acerca a la estantería y se sirve dos dedos de whisky, a pesar de todo. Da un sorbito y se vuelve para mirar a Klara.

—Lo estamos exponiendo a un gran riesgo —dice ella—. Lo entiendo.

—Sí —responde él—. Pero estaba pensando que a mi edad hay que alegrarse cada vez que se te brinda la oportunidad de asumir un riesgo. Y soy una persona curiosa. Quiero saber de qué va todo esto, qué ha encontrado Jacob como para que los poderes se cabreen tanto. ¿Me lo va a contar?

—Más bien esperaba que me lo pudiera contar usted —dice Klara.

Saca el ordenador que han comprado en Malmö del bolso y lo pone en la mesa. Con un par de clics rápidos en el teclado abre la carpeta donde ha guardado los documentos y le pasa el portátil a Hassan.

—Es una historia muy larga —continúa Klara—. Jacob conoció a un hombre en Beirut que le pidió que sacara algo de Oriente Próximo. Por lo visto, la información no es lo que Jacob se había esperado, sino algo mucho, mucho más grave. Algo que tiene que ver con lo sucedido en París. O un nuevo París.

—Y no quieren ir a la policía porque Jacob corre el riesgo de salir mal parado.

—Sabemos demasiado poco —explica Klara—. Primero tenemos que entender de qué se trata, y creo que a grandes rasgos lo hemos hecho, pero los documentos que tiene delante están en árabe. Necesitamos su ayuda para comprender exactamente qué es.

Hassan pesca unas gafas de su bolsillo interior y se acerca el ordenador. Poco a poco va bajando por las páginas del primer documento sin decir nada. Klara está moviendo la pierna con nerviosismo, le cuesta estarse quieta y tiene que contenerse para no dar rienda suelta a su impaciencia. Echa un vistazo al teléfono. Son las seis y media. Falta una hora y media para la cita en Bergort.

Al final Hassan aparta los ojos de la pantalla, se quita las gafas y sostiene la mirada de Klara. Está pálido, sus ojos están vacíos y serios.

—Es un plan de atentado terrorista contra la Ópera —informa—. Instrucciones detalladas. Las armas que deben usar, quiénes son, nombres, dónde tienen que quedar, todo.

Aun siendo lo que ya sospechaban, el hecho de confirmarlo hace tambalearse el mundo como si de un terremoto se tratara.

—Mierda —susurra Klara—. Lo sabía.

—Klara —dice Hassan y aparta la vista del documento, se vuelve para mirarla a ella—. Hablan de ataques coordinados. ¿Hay más documentos?

Ella asiente en silencio.

—Bruselas, Londres y Roma —responde en voz baja.

Hassan se inclina por encima de la mesa.

—Pone que tienen que atentar mañana —dice él.

—Dios mío.

Klara siente algo parecido a un vahído y cierra los ojos.

—Pero —añade— no pueden hacerlo mientras nosotros tengamos los documentos.

Hassan no contesta y Klara abre los ojos.

—¿Verdad que no? —continúa—. ¿Cómo van a efectuar los ataques sin las instrucciones? Es el quid de la cuestión.

—Puede ser —contesta Hassan—. A menos que cada célula haya recibido una copia de los documentos. A lo mejor el trabajo de Jacob solo era proveer de información a la célula de Bruselas. A lo mejor hay un Jacob para cada célula.

El aire permanece inmóvil en la salita mientras Klara se hace a la idea. A

lo mejor hay tres copias de documentos más, tres células que se están preparando ahí fuera.

—Creo que tenemos prisa —dice al cabo de un momento y se levanta.

Sumida en sus pensamientos vuelve al metro, atravesando la oscuridad y la luz eléctrica de color amarillo, bajo unos copitos de nieve que han empezado a revolotear. Hay tantísimo en juego. Es como si su mente no fuera capaz de abarcar la magnitud de todo ello. Sabe que es ahora cuando necesita a Gabriella, su calma y su brújula.

Pero falta una hora. Al mismo tiempo, hay algo que la corroe, algo que le rechina cuando piensa en la reunión con Gabriella. Ha estado tan concentrada en el encuentro con Hassan que no ha prestado atención a las señales. Unos pocos copos aterrizan en la pantalla del teléfono cuando de pronto lo tiene en la mano.

El e-mail de Gabriella.

No quiere volver a entrar en la cuenta de correo, temerosa de que alguien pueda tenerla intervenida. Pero recuerda lo que le había escrito Gabriella. Y sabe que eso es lo que le rechina y la corroe. Gabi tiene mucha mejor memoria que Klara, siempre la ha tenido. Todavía puede recordar detalles de otros estudiantes de Upsala de quien Klara no recuerda ni los nombres ni las caras.

Ahora que repara en ello, Gabriella jamás habría olvidado que al campo de fútbol de Bergort lo llamaban Camp Nou. Por tanto, ¿por qué se lo ha preguntado? ¿Le estaba mandando un aviso? ¿O no es Gabriella con quien se está escribiendo? Y si no es Gabriella, ¿quién es? ¿Los rusos que los están persiguiendo?

Se le acelera el pulso. ¿La reunión es una trampa?

Ha llegado a la plaza que hay delante de la boca del metro y en un pequeño estanco Klara compra el teléfono de prepago más barato que encuentra. Manda un SMS al número de George explicando que ha hablado con Hassan y le dice que tienen que ir al campo de fútbol en Bergort, pero que no pueden volver a comunicarse hasta entonces.

Se sienta en un banco húmedo con el teléfono en la mano. No logra quitarse de encima la sensación de que la cita con Gabriella es una trampa. Pero también piensa que la explicación podría estar en que Gabi quizá solo estaba estresada y no ha pensado bien antes de responder, que con los nervios

se le ha olvidado por un momento cómo llamaban los chavales al campo de fútbol.

Traga saliva y marca el teléfono de Gabriella. Es un gran riesgo. Pero no sabe qué otra opción tiene. Aunque tampoco importa, porque le salta el buzón de voz.

Klara cuelga. ¿Qué va a hacer ahora?

Si han dejado en libertad a Gabriella y puede quedar con ella, significa que ya no es sospechosa de nada. Así que no tendría por qué esconderse ni temerle a la policía. Por otro lado, si resulta que Klara se ha comunicado con los rusos, yendo a Bergort se estará exponiendo a un grave peligro.

De pronto se le ocurre una idea. Analiza una vez más las alternativas, pero llega a la misma conclusión. ¿Qué puede perder haciendo lo que tiene pensado?

Enciende el teléfono y busca en Google el número de la centralita de la Säpo. Al instante siguiente de terminar el primer tono oye la voz de un telefonista.

—Servicio de inteligencia.

Klara se aclara la garganta.

—Estoy buscando a Anton Bronzelius —dice—. ¿Podría pasarme con él?

—Lo siento —contesta el telefonista—. No puedo pasarla con nadie. ¿De qué se trata?

Klara cierra los ojos y se reclina en el banco.

—Me llamo Klara Walldén. Me están buscando en todo el país y mi cara aparece en las portadas de todos los periódicos. Por favor, ¿podría pasarme con Bronzelius?

—Un momento —responde el telefonista y en el teléfono se empieza a oír una melodía de música clásica.

En cuestión de segundos pasan la llamada.

—Hola, Klara —dice Bronzelius con su conocido timbre de voz—. Suponía que me llamarías.

25 de noviembre – Malmö

Se han metido por una calle más ancha; a la izquierda queda el centro, a la derecha hay un parque, un casino, un cruce. El coche va a velocidad normal y Jacob levanta la cabeza, pero ahora la vuelve a pegar al asiento.

«¿Cómo puede ser?», tiene ganas de gritar.

George, que está tumbado encima de él, se aparta y se incorpora.

—¿Quién coño eres tú? —grita en inglés.

Jacob también se incorpora y cruza su mirada con la de Yassim en el retrovisor. Está pálido, casi blanco, y tiene unas grandes bolsas oscuras bajo los ojos.

Pero es él. Es Yassim.

—¿Cómo...? —empieza Jacob—. ¿Cómo... puedes estar aquí?

—El teléfono —contesta él—. ¿Por qué crees que te lo di? Para poder encontrarte, claro.

Yassim fuerza una sonrisa y hace que el coche gire a la izquierda, de vuelta al centro.

—Creía que estabas muerto —protesta Jacob—. Cuando te dejé pensé que...

—¿Cómo iba a dejarte tan pronto? —dice Yassim. Le lanza una mirada tan cansada como estoica—. Si acabamos de conocernos.

Ya vuelven a estar en el centro de la ciudad, entre tiendas y grandes almacenes y coches aparcados. Yassim conduce con calma por las calles, casi como si las conociera. Jacob observa que está siguiendo una ruta marcada en el GPS. Tiene esto planeado.

De pronto frena y gira para meterse en un parking, saca un tique y una puerta de garaje se abre para dejarlos pasar. Suben en espiral hasta que Yassim abandona la rampa, en la tercera planta. Reina tanta paz aquí dentro, una paz tan inconcebible.

—Venid —dice Yassim.

Ha aparcado junto a una salida, una especie de pasarela cerrada que conduce directamente a unos grandes almacenes llamados Hansacompagniet. Yassim va delante, camina torcido y a trompicones, lleva la mano izquierda metida por debajo de una chaqueta *bomber*.

Cruzan el túnel, pasan al lado de familias que están merendando, como si no estuviera pasando nada fuera de lugar. Pero los más pequeños se ponen de pie y pegan las caras a los grandes ventanales cuando oyen las sirenas atravesando el tráfico y ahogando el hilo musical de la cafetería. Las luces azules centellean y saltan por la calle de abajo, los coches patrulla pasan a toda velocidad bajo sus pies.

—¡Papá, mira! ¡Cómo mola! —oye decir Jacob a una niña con acento del sur.

Jacob se vuelve para mirarla, una niña morena con pelo largo y vaqueros, gorra en la cabeza, quizá de unos seis años. Tira a su padre de la mano para acercarlo al cristal. Un gesto tan cotidiano. Una simple familia que ha ido de compras después de la escuela o la guardería.

—Poneos los gorros y las capuchas —ordena Yassim.

Los guía por los grandes almacenes y bajan unas escaleras mecánicas, pasan por delante de las tiendas y van esquivando personas hasta que salen a la calle. Las sirenas se desgañitan, solo están a una calle de distancia, quizá menos.

—Pronto encontrarán el coche —dice—. Seguidme.

Gira a la derecha y siguen la fachada lateral de los grandes almacenes, se meten por una calle más pequeña y se acercan a un SUV japonés de color azul. Parece muy usado y tendrá por lo menos diez años a la espalda.

—Alguno de vosotros tendrá que conducir —comenta—. Yo he conducido diez horas con un solo brazo.

George se detiene y titubea por un instante, luego elige el asiento del conductor. Yassim rodea el coche y se sienta de acompañante, mientras Jacob se sube inseguro al asiento de atrás. Yassim se agacha y toquetea algo debajo del volante.

—Pisa el embrague —le dice a George.

Acto seguido, el motor arranca y George se incorpora tranquilamente a la calle. Las sirenas suenan cada vez más lejanas.

—Menos mal que me ha dado tiempo a preparar otro coche —añade

Yassim.

—¿Lo has robado? —pregunta Jacob.

Yassim se encoge de hombros.

—No podemos ir por ahí en un coche con matrícula belga. Cantaría un poco.

Jacob ve que Yassim se vuelve hacia George.

—¿Y tú quién eres? —le dice.

—Podría preguntarte lo mismo —responde George—. Pero me parece que ya lo sé.

Al salir de Malmö se topan con varios coches patrulla, y también en la autovía que lleva a Helsingborg, pero van todos en dirección contraria, ninguno los persigue a ellos. Conducen en silencio, están agotados por lo que acaban de vivir, por la gran fuga que han protagonizado y por el mero hecho de que Yassim esté aquí.

—No entiendo lo que está pasando —dice al final Jacob—. No entiendo nada.

Mira por la ventana, donde el agua se extiende en la luz grisácea del mediodía. Ante sus ojos hay muelles y grúas en lo que debe de ser la ciudad de Landskrona.

—En primer lugar, no entiendo que estés vivo.

Pero Yassim no contesta, y Jacob asoma un poco la cabeza entre los asientos.

—Me parece que se ha quedado dormido —dice George, y le lanza una mirada a Jacob—. *Sorry*.

Jacob suelta aire. No hay prisa, tienen tiempo. O espera que así sea.

—Pues él es Yassim —dice.

—No me digas —contesta George—. Está vivo.

—Lo supe en cuanto recibí la contraseña —continúa Jacob—. ¿Quién me la habría enviado, si no? O al menos era lo que deseaba. Pero que fuera a seguirme los pasos. Que viniera a buscarme. Que me lograra encontrar.

Es demasiado grande, demasiado difícil para siquiera creer que pueda ser cierto. Por mucho que lo intente, su pulso no se relaja y tiene la impresión de no poder respirar con normalidad hasta que han dejado atrás la planicie de la provincia de Skåne y se adentran en lo que deben de ser los bosques de Småland.

Jacob cierra los ojos intranquilo en el asiento de atrás cuando de pronto se

siente observado. Ya ha oscurecido, pero al abrirlos ve a Yassim mirándolo entre los asientos de delante. Sus ojos están tan cansados, y tiene la cara sucia, tiznada, y una herida que le corre desde la sien hasta debajo de la oreja.

—Hola —dice—. Estamos vivos. Los dos.

Y entonces esboza esa sonrisa que hace detenerse la galaxia, que hace parar las noches y que el tiempo cambie de dirección, y Jacob se inclina hacia delante y toma su cara entre las manos, lo atrae hacia él y le da un beso delicado, como para no hacerle más daño.

—¿Qué está pasando? —pregunta cuando al fin se retira.

—Sí, digamos que ya va siendo más que hora de enterarnos —murmura George al volante—. Soy todo oídos, joder.

—No sé por dónde empezar —dice Yassim.

—Prueba por el principio, chato —replica George—. Soy un fugitivo gracias a ti.

Mira de reojo a Yassim.

—O sea, muy bajo por tu parte salvarnos en Malmö y tal, pero hablando claro, no deja de ser culpa tuya que estuviéramos allí.

—Me dijiste que eran datos sobre crímenes de guerra... —murmura Jacob y se asoma entre los asientos—, que yo tenía que meterlos a escondidas por ti. Pero era una puta mentira.

Yassim se vuelve hacia Jacob y asiente con calma. Fuera, los árboles oscuros pasan a toda prisa sin cesar, es como atravesar un túnel.

—Sí, lo era —dice con un suspiro—. Pero tú ya lo sabías, ¿no?

—Supongo que sí —responde Jacob—. Igualmente decidí confiar en ti.

Se quedan un rato en silencio. Solo el ruido del motor y el viento en la carrocería.

—¿Sabes qué es Emni? —pregunta luego Yassim.

Jacob niega con la cabeza.

—Es el servicio de inteligencia del ISIS, por así decirlo. Son los que están detrás de muchos de los atentados terroristas en Europa.

Jacob no dice nada.

—Están detrás de lo que pasó en París. Bueno, ellos elaboraron el plan y lo coordinaron, luego fueron células locales las que lo llevaron todo a cabo. No supieron nada hasta la semana anterior. Entonces se les presentó alguien con el plan en un chip.

Jacob lo mira.

—Tú —dice—. Fuiste tú quien les llevó el plan.

Ha apartado los ojos de Yassim, ya no puede mirarlo más.

—No —responde él—. No fui yo quien les entregó el plan de París. Fue otra persona. Si me hubiesen hecho el encargo a mí, no hubiese pasado. Te doy mi palabra. Del mismo modo que los planes que están en la tarjeta de memoria que tú llevas no deben llevarse a cabo.

Jacob vuelve a alzar la cabeza, sus miradas se cruzan.

—Soy un infiltrado en Emni —dice Yassim con calma—. He trabajado muchos años para el servicio de inteligencia ruso. Para llegar al corazón del ISIS, meterme en Emni.

—¿Perdón? —interviene George y mira a Yassim con escepticismo—. ¿Dices que eres un espía ruso?

Yassim se vuelve y lo mira tranquilo.

—Vengo de Siria —dice—. Allí es todo un poco más complicado, en lo referido a quién es espía y quién no. Todos tienen sus propias motivaciones.

—¿Y cuál es la tuya? —pregunta George mirando a Yassim directamente a los ojos—. ¿Cuál es tu motivación, Yassim?

25 de noviembre – Bergort

El vagón del metro sale del túnel, a la oscuridad otoñal, entre rejas oxidadas, hierba amarilla y cemento. La periferia. Klara ve las luces en las ventanas de los bloques de edificios de hormigón y cae en la cuenta de que nunca había estado aquí. Que nunca había estado en ninguno de los barrios periféricos de Estocolmo, ni siquiera en verano, cuando estuvo directamente involucrada en lo que pasó aquí.

Cuando el metro se detiene en Bergort, Klara sale a un andén austero y ventoso, inundado de luz blanca. Para junto a una de las columnas pintarrajeadas que sostienen el techo. Allí, tras varias capas de pintadas y pegatinas, puede verlo: un puño cerrado dentro de una estrella de cinco puntas. Los disturbios del verano pasado han quedado atrás, pero los símbolos siguen presentes.

Son las ocho menos cuarto y Klara baja las escaleras, pasa por delante de la tienda 24 horas, donde hay un grupito de chavales pelados de frío, con anoraks desabrochados y gorra en la cabeza, tomando Red Bull y fumando. Cuando pasa por su lado la miran con interés. Klara continúa en dirección a la placita, donde vislumbra una pizzería, un súper ICA, una farmacia, otro colmado que vende productos de Oriente Próximo. Por lo demás, solo hay hormigón gris y balcones de chapa corrugada pintada de colores, banderas somalíes en las ventanas, un bosque de antenas parabólicas y patinetes *kickbikes* tirados en los matorrales.

Klara se inclina ligeramente en el viento mientras cruza la plaza sin prisa. Ya casi ha llegado. Al final. Juntos han encajado las piezas del rompecabezas, ella y George, y han dado con lo que podría ser la verdad.

Pero también sabe que la verdad solo es una pequeña parte de la historia. Que es frágil y muy fácil de manipular. La manipulación ha hecho que detuvieran a Gabi, ha hecho que el tal Jacob metiera planes de atentados en

Europa a escondidas. Ahora depende de ella. Solo de ella. Tiene que conseguir que la auténtica verdad aflore y se abra paso entre todo lo demás, para que pueda salvarlos en lugar de destruirlos.

Esta noche Bergort parece desierto. El tiempo mantiene a la mayoría de los chavales dentro de casa, delante de ordenadores y PlayStation. Piensa en Gabi y en George. En su abuela. En su abuelo tumbado en el ataúd. Y por primera vez desde que consigue recordar se siente preparada para lo que le toca hacer.

Las casas se vuelven más bajas cuando llega al borde de un pasaje estrecho y asfaltado que sube en una leve pendiente hasta algo que parece ser una jaula cuadrada o vallada. En la oscuridad de dentro le parece distinguir una portería, y cuando se acerca ve otra más. El Camp Nou.

Se detiene y mira hacia arriba con el corazón a galope, después se acerca despacio a la reja. Tarda un momento en encontrar la entrada, pero en cuanto lo hace entra sin titubear, solo agacha la cabeza para no darse un golpe y avanza un par de pasos por la superficie áspera de plástico.

El campo está vacío. Mira la hora en el teléfono. Poco antes de las ocho. Da una vuelta sobre sí misma y aguza el oído, pero lo único que oye es el viento silbando en antenas parabólicas y tela metálica de gallinero oxidada. Lentamente, se adentra en la oscuridad hacia el centro del campo y se agacha para tocar la hierba artificial con sus dedos helados.

Oye un ruido a su espalda y se queda de piedra en la postura en la que está. Luego se incorpora despacio y se da la vuelta. Alguien ha entrado por la verja. No solo una persona, sino dos.

Y ninguna de ellas es Gabriella.

25 de noviembre – Malmö

Yassim se gira de nuevo hacia atrás y por mucho que Jacob lo intente no puede resistirse a la calidez de esos dos ojos. Es la misma que en el jardín de Beirut, que en el piso austero y la escalera en Bruselas.

—Te conté lo del bombardeo —dice Yassim—. El que aniquiló a toda mi familia.

—Dijiste que fue un ataque con dron —replica Jacob—. Que era la razón por la que querías desenmascarar los crímenes de los norteamericanos.

Yassim asiente en silencio.

—Sí —contesta—, eso es lo que dije. Era mi tapadera, pensar que había sido eso. Que yo odiaba tanto a los americanos porque habían matado a mi familia.

—Pero ¿eso también era mentira? —dice Jacob sin alterarse.

Yassim hace un gesto afirmativo.

—No es mentira que mi familia fuera asesinada —responde—. Pero no fueron los americanos. Fue al comienzo de la guerra. O incluso antes de que hubiera guerra, cuando quizá, solo quizá, todavía estábamos a tiempo de salvar algo. Mi padre era poderoso, un líder de peso. Conocía a todas las personas que significaban algo en Siria y los invitó a la boda de mi hermana, porque así es como se hace, es así como alimentas la paz. Los únicos que no asistieron fueron los islamistas, los islamistas de Baghdadi. Ellos no querían la paz, querían lo que han conseguido ahora, guerra y penurias, infierno. Así que pusieron una bomba en la boda de mi hermana para erradicar a sus enemigos. Pero lo único de lo que se deshicieron fue de mi familia.

Se queda callado y mira a Jacob.

—Tienes que creerme —dice—. Esta es la verdad.

—¿Por qué me mentiste? —pregunta Jacob—. ¿No confiabas en mí?

Yassim esboza una sonrisita.

—Llevo cinco años viviendo bajo esa tapadera, *darling*. No confío en nadie.

Calla de nuevo y pone una mano en la rodilla de Jacob.

—Quiero decir que entonces no confiaba en nadie. Aún no nos habíamos conocido. Al principio, el año después de la bomba, todo el mundo pensaba que los americanos eran los que estaban detrás. Era Oriente Próximo, quieras que no, y los americanos están detrás de un montón de mierda. Era fácil creerlo. Por aquel entonces yo ya estaba viviendo en Beirut y trabajaba como fotógrafo. Una noche en un bar en Gemmayzeh, unos meses después de la boda, un hombre ruso me invitó a un par de copas. Pensé que estaba ligando conmigo y yo estaba en un momento bastante destructivo, abierto a todo. Pero después de hablar un rato comprendí que no solo era diplomático, como me había dicho. Y que sabía perfectamente quién era yo.

—¿Era un espía? —dice Jacob.

—Gregorij Korolov, se llama —continúa Yassim—. Aquella primera noche me invitó a su piso en una de esas casas recién construidas detrás de Cornichen, no muy lejos de mi apartamento. Luego abrió una botella de vodka. Menudo cliché.

Sonríe un poco y mira por la ventana, donde los árboles corren como el agua.

—Me enseñó fotos de la boda, tomadas con algún satélite o un dron, en las que pude ver cómo uno de los que servían en la fiesta estaba metiendo cajas. Gregorij me dijo que estaban llenas de explosivos. Me enseñó documentos y un vídeo con interrogatorios a algún infiltrado que tenían en el círculo de islamistas de Baghdadi en el que hablaba de los planes. Gregorij incluso tenía cálculos para demostrar que la bomba no podía haber llegado por el aire, sino que debía de haber sido colocada debajo de la mesa del convite. No eran habladurías. Los islamistas estaban detrás de todo. Y me preguntó si quería vengarme.

—Pero ¿por qué tú? —pregunta George y mira a Yassim con escepticismo—. Si tú no tenías ningún acceso a ellos.

—Fue fácil conseguirlo, en aquella época eran muy expansivos y necesitaban a mucha gente. Y creo que Gregorij entendió que yo podía ser considerado valioso. Vivía en Beirut y era medio occidental, había estudiado en Estados Unidos, era fotógrafo. Homosexual más o menos abierto, algo que tuve que disimular entre los islamistas. Aunque lo supieran, y en realidad

fuera una de las razones por las que me querían tener entre ellos. De esa manera podía pasar por encima de todas las sospechas, ¿entiendes? ¿Quién pensaría que un marica trabajaría para el ISIS? Además, Gregorij ya tenía infiltrados en el círculo externo de Baghdadi. Había gente que podía introducirme y allanarme el camino. Empecé haciendo de mensajero para cuestiones menores, de conductor, transportaba cosas y mensajes entre Trípoli y Alepo. Poco a poco fui ascendiendo y adentrándome en la organización. Me gané su confianza y al final me hicieron mensajero del Emni. Siempre informaba a Gregorij. A menudo yo no sabía qué ponía en los mensajes que transportaba. Pero podía decir quiénes eran los emisores y los destinatarios, y dónde se hallaban los dirigentes. Mi trabajo dio resultados. Los rusos pudieron hacer un organigrama del órgano directivo y cómo se comunicaban, y yo me iba acercando cada vez más al núcleo de la maquinaria terrorista. Pero luego comenzaron a planificar París, y el plan en el que estamos metidos ahora.

—¿Tú sabías lo de París? —susurra Jacob—. ¿Sabías que iba a pasar?

Es como si de pronto el aire en el coche se hubiese vuelto denso y se hace difícil respirar, como si demasiadas cosas dependieran de la respuesta a la pregunta.

—Sabía que algo iba a pasar en París esa semana —responde Yassim—. Sabía quién lo había planeado y quién iba a llevar la información. Incluso sabía quién iba a recibirla en Bruselas, porque era allí donde iban a verse con el mensajero.

—Pero ¿por qué no dijiste nada? —pregunta Jacob—. ¿Por qué dejaste que sucediera?

Yassim lo mira tranquilo.

—Se lo conté todo a Gregorij —dice—. Y le expliqué que era una operación a un nivel completamente nuevo. Varias células independientes. Ataques simultáneos. Se lo conté todo y puedo demostrarlo. Grabé todas nuestras conversaciones con el teléfono y las tengo guardadas.

—Pero, entonces, ¿por qué pasó? —interviene George, frustrado—. Si ya lo sabían todo, excepto la fecha exacta, ¿quizá? ¿Por qué no detuvieron al mensajero o a su contacto en Bruselas? Da un poco la sensación de que esta historia no se aguanta...

Yassim se vuelve hacia él y Jacob ve aquello frío e impasible en sus ojos. George vuelve a dirigir la mirada a la oscura carretera.

—Porque los rusos dejaron que pasara —dice despacio—. Porque los rusos sacan partido de la inestabilidad que se genera cuando los terroristas atacan el centro de París. Los rusos quieren luchar contra el ISIS en Siria porque están aliados con Assad. Pero al mismo tiempo, sacan provecho de que el ISIS sea visto como una amenaza en Europa. Las cosas no son o blancas o negras, por mucho que os gustaría que así fuera. Puedes jugar en los dos bandos al mismo tiempo. Pero yo no tengo ninguna excusa. Debería haberlo pensado mejor y tendré que vivir con el hecho de haber confiado en Gregorij y los rusos. De que las víctimas en París murieron por culpa de mi ingenuidad.

Se hace silencio en el coche. Lo que Yassim les ha explicado es demasiado grande para caber en la pequeña cabina y a Jacob le gustaría abrir una ventana, solo para romper esta burbuja tan intensa.

—¿De verdad son tan fríos, los muy cabrones? —dice George—. ¿En serio dejaron que pasara lo de París a pesar de haberlo podido evitar?

Yassim se encoge de hombros.

—Creo que están desesperados —responde—. O quizá no desesperados, pero se ven como atacados por Occidente, consideran que Occidente desconfía de todo lo que hacen. Como en la guerra fría, quizá. Pero suavizado.

—Entonces, lo que Myriam dijo era cierto —murmura Jacob entre dientes—. Ella creía que tú eras un terrorista. Lo único que no sabía era que trabajas para los rusos.

Mira a Yassim, su cara cetrina y fantasmagórica a la luz del salpicadero.

—¿Por qué no le contaste lo de este nuevo atentado? Yo podría haberle entregado la información a ella y ya está. ¿Por qué tenía que sacarla a escondidas?

—¿Te fiarías de ella? —pregunta Yassim con calma—. ¿Acaso estás seguro de que es una espía sueca?

Jacob piensa en el coche del embajador y en lo que pasó en los baños árabes, en la extorsión y la frialdad de Myriam. Niega con la cabeza.

—No lo sé —dice con un susurro—. No sé en qué confío.

Se quedan un rato en silencio, cansados y consternados por lo que Yassim acaba de contar.

—Resumiendo, estás diciendo que los rusos quieren que estos atentados se lleven a cabo —concluye George.

—Míralo de la siguiente manera —señala Yassim—. Más atentados en

Europa al mismo tiempo, apenas unas semanas después de la masacre en París. Están coordinados con precisión militar. Eso llevaría a que Europa se metiera activamente en la guerra contra el ISIS en Siria, lo cual reforzaría a los poderes europeos que abogan por adoptar medidas más duras y blindarse más. No hay nada que moleste tanto a los rusos como una Europa abierta, sin fronteras. Este tipo de ataques llevan a exigir todo lo contrario. Para los rusos todo son beneficios. Probablemente, unos pocos centenares de bajas civiles les parece un precio razonable.

—Pero ¿por qué no vas directamente a los medios, entonces? —plantea George—. ¿Por qué meter a Jacob de por medio?

—Yo tenía el chip —dice Yassim—. Tenía el plan físico, pero no tenía la contraseña. Sabía que se trataba de varios atentados coordinados. Pero no tenía los detalles. Y confiaba en los rusos, antes de París. Pero después de aquello, cuando me di cuenta de su falta de escrúpulos... Comprendí que si le entregaba el chip a la célula de Bruselas todo habría terminado, ellos tendrían la información y yo perdería el control sobre ella. Y los rusos no evitarían los atentados. Jacob se ofreció a llevarla esa misma noche.

Yassim se vuelve y lo mira, descansa la mirada en sus ojos.

—Al principio yo no quería. Se me había pasado la idea por la cabeza, pero no podía involucrarte. Al menos no podía ser yo quien te lo propusiera. Pero cuando tú lo dijiste...

Niega suavemente con la cabeza.

—Sabía que era una opción. Era arriesgado, es cierto, pero así yo ganaba unos días para encontrar la contraseña y luego ir a recogerte al aeropuerto. Pero ellos sospecharon e insistieron en ir ellos mismos a tu encuentro. Yo no tenía alternativa, así que hube de aceptarlo y traté de improvisar. Fue una auténtica suerte que fueras lo bastante listo como para sacarte el chip, Jacob. Aunque en aquel momento a mí me entrara el pánico por si nos mataban a los dos. Estuvimos muy cerca, creo que conseguí sacarte en el último segundo.

—Pero ¿cómo conseguiste la contraseña? —pregunta Jacob—. Si lo habías intentado tanto tiempo...

—¿Tú qué crees? —dice y mira a Jacob con calma a los ojos.

—¿Los obligaste? —contesta Jacob—. ¿De alguna manera?

—De alguna manera —confirma Yassim y dirige la mirada al bosque y a la noche oscura de fuera.

25 de noviembre – Bergort

Dos hombres han entrado en el campo de fútbol y se acercan a Klara sin prisa, con los brazos colgando. Uno lleva un abrigo largo y oscuro y tiene la cabeza descubierta. Su pelo es gris, lo lleva bien cortado y peinado hacia atrás, y es de tal calidad que no se deja importunar ni por el viento ni por la nieve. A pesar de la oscuridad, Klara puede ver que está moreno, y que tiene unas arrugas profundas en la frente.

El otro hombre camina justo por detrás del primero, es moreno y grande y lleva una especie de chaqueta Gore-Tex y un gorro calado.

En la mano lleva una pistola con la que apunta hacia abajo, al césped artificial.

Se detienen a cinco metros de Klara sin decir ni una palabra. Ella echa un vistazo por encima del hombro, hacia la otra entrada del campo, donde descubre a un tercer hombre.

Está rodeada. Es una trampa, tal como se había imaginado, y ha llegado el momento. El momento de llevar toda esta historia hasta su final. Tiene la boca seca, pero se siente asombrosamente concentrada, llamativamente serena. A pesar de que los hombres se le acerquen más todavía.

—Entiendo que esperabas a otra persona —empieza a decir el hombre de pelo gris en un inglés académico que aun así no consigue ocultar del todo un deje eslavo en los diptongos—. Te pido disculpas por haber tenido que hackear el correo electrónico de tu amiga y por haber sido tan..., ¿cómo decirlo?..., místico.

—¿Quién eres? —pregunta Klara—. ¿Dónde está Gabriella?

Mira a su alrededor, pero aquí solo están ella y esos hombres.

—Por lo que nosotros sabemos, Gabriella está en prisión —responde él con calma—. Por lo visto, las pruebas en su contra son convincentes.

—¿Qué pruebas?

Klara retrocede despacio cuando ve que el hombre da un paso al frente.

—Esta no es vuestra guerra —dice él y levanta las manos, como para tranquilizar a Klara—. Os habéis visto implicadas por mera casualidad cuando un proyecto que teníamos en Siria de pronto descarriló y cogió un rumbo totalmente inesperado.

El hombre se detiene, quizá para no asustar más a Klara.

—Alguien se puso en contacto con tu amiga Gabriella. Una persona a la que le teníamos echado el ojo y que estaba en posesión de algo muy delicado. Algo que no podíamos permitir que compartiera. Pensábamos que bastaría con pedirle a nuestros compañeros suecos que retuvieran a Gabriella para poder resolverlo todo nosotros mismos en Bruselas. Sin embargo... No habíamos contado contigo. Ni con que el tal Jacob fuera a ser tan ingenioso. Ni que fuera a conseguir que nuestro hombre se enamorara de él. Ni...

El hombre parece decepcionado y extiende los brazos en un gesto de desaliento.

—Nueve de cada diez proyectos son tan predecibles —dice—. El décimo, en cambio... Desgraciadamente, tú te has visto involucrada en el décimo.

Vuelve a acercarse lentamente a Klara.

—Pero ya va siendo hora de que arreglemos todo esto. Tienes algo que necesitamos. Una tarjeta de memoria.

—No —replica Klara y niega con la cabeza—. No la tengo.

El hombre vuelve a parecer decepcionado y ladea la cabeza.

—Estamos en el mismo bando —dice—. Te doy mi palabra de que sacaremos a tu amiga de la cárcel. Las pruebas que tienen contra ella pueden hacerse aire con una simple llamada. ¿Entiendes? Y si te preocupa que vayamos a dejar que ocurra algo horrible, también te puedo garantizar que no será así. ¿Crees que somos animales?

—No lo sé —responde Klara y lo mira directamente a los ojos—. ¿Cómo voy a saber de qué eres capaz? Ni siquiera sé quién eres.

Él la mira con tal frialdad que Klara casi aparta la mirada. Pero solo casi.

—¿Qué sabes tú de hacer este tipo de valoraciones? —pregunta él con tranquilidad—. De hecho, ¿qué sabes tú del mundo, Klara Walldén?

Klara ve que ahora el hombre del Gore-Tex también se mueve despacio hacia ella, con cierta determinación en la mirada, la pistola sujeta con las dos manos. Hay muchas cosas que podrían salir mal, y el hecho de darse cuenta es como un jarro de agua fría para Klara. Había creído que tenía el control,

pero ahora puede pasar cualquier cosa. Incluso lo peor.

Sus piernas empiezan a temblar mientras se esfuerza por ahogar el pánico.

—Tú o alguno de tus amigos tenéis la tarjeta —dice el hombre del abrigo—. En cualquier caso, va en interés de todos que consigas hacérsela llegar.

Klara niega con la cabeza. ¿Cuánto tiempo va a poder aguantar?

—Sé lo que va a pasar —señala—. He visto la información. Sé que para mañana planean varios atentados terroristas coordinados. Mientras la información esté en nuestras manos no los podrán llevar a cabo.

Si al hombre le sorprende que Klara sepa lo que hay en el chip, no lo demuestra ni con una sola mueca.

—¿De verdad eres tan ingenua? —dice el hombre—. Lo que tú tienes es la información para *una* de las células, en la que nosotros hemos conseguido infiltrarnos. Tenemos motivos para creer que se trata de varios atentados, como tú bien dices. Y que todas las células han recibido la misma información. Los terroristas no dejarían que un ataque planeado con tanta meticulosidad dependiera de una sola persona. Eso seguro que tú también lo comprendes.

—¿Sabíais también lo de París? —dice ella sin ceder con la mirada.

Él la mira con sus ojos incoloros.

—No entiendes de qué va todo esto —continúa él—. No sabes lo que hay en juego. Hemos invertido muchos años en analizar el ISIS, en elaborar un mapa de su estructura interna y entender cómo se comunican. ¿Crees que dejarían que la mayor operación desde el 11 de septiembre quede frustrada por culpa de dos mujeres suecas llenas de principios morales? ¿Crees en serio que podéis detener la ola de la historia?

Pero Klara puede ver que le ha importunado lo que ha dicho de París, y ahora ya no se muestra tan tranquilo ni afable. Klara no es digna de él. Toda esta sopa de fracasos, maricas y mujeres no es digna de él. El hombre le hace un gesto con la cabeza al del Gore-Tex, que da un paso hacia Klara y levanta la pistola.

—Tú y tus amigos estáis completamente solos —dice el hombre—. La policía sueca cree que estás colaborando con un terrorista, lo cual es justo lo que estás haciendo. No tienes adónde ir. Ni tú ni Gabriella ni vuestros amigos. Yo soy lo único que tienes.

—¿Y qué puedo hacer? —susurra Klara.

—Puedes colaborar y así yo podría decirles tranquilamente a mis amigos

del servicio de inteligencia sueco que todo esto ha sido un lamentable malentendido —dice—. O, simplemente, podría ejecutarte aquí y ahora. Y luego ir en busca de tus amigos, uno tras otro. Está en tus manos.

El hombre del Gore-Tex da un paso al frente y le apoya la fría pistola en la cabeza. El mundo deja de girar. ¿Cómo ha podido ser tan tonta? ¿Cómo le ha podido salir tan mal la jugada?

—No —susurra—. Por favor.

El disparo sale con un fognazo y todo queda inundado en un destello de luz.

25 de noviembre – Bergort

Son las ocho y media cuando pasan por Södertälje, por agua y rocas y árboles, y siguen adelante entre almacenes, complejos de oficinas y barrios industriales grises y lúgubres que van apareciendo cada vez con mayor frecuencia. Pequeños granos de hielo azotan el parabrisas con más intensidad. Jacob abre la boca para hablar.

—¿Cuánto rato llevo durmiendo? —pregunta.

—Desde que hemos pasado por el lago Vättern —dice George mirándolo por el retrovisor.

¿Cómo puede aguantar despierto? Primero la noche en el camión y luego ha estado conduciendo prácticamente sin parar desde Malmö. Está un poco pálido, pero por lo general parece impasible.

—Casi hemos llegado —continúa George—. Solo me gustaría saber qué cojones está pasando. Lo único que sé es que Klara quiere quedar en un barrio periférico de lo más deprimente, donde tu profesor le ha echado una mano para descifrar el árabe. Y ahora ha apagado el teléfono.

Jacob se inclina hacia delante para mirar a Yassim. Tiene la cabeza apoyada en la ventana, la boca entreabierta.

—Está vivo, ¿verdad? —pregunta Jacob preocupado.

George lanza una mirada a Yassim.

—No parece fácil de matar, diría yo —contesta—. Además, ha estado más rato despierto que tú, durante el viaje.

George ha salido de la autovía y ha reducido la velocidad. Circulan entre mayoristas lúgubres y autolavados, árboles pelados y calles vacías; bloques de diez pisos de color gris se yerguen como almenas en el horizonte.

—Allí es adonde vamos —dice George.

Parece que tenga frío.

—Joder, este viaje se vuelve cada vez más deprimente.

Yassim se despierta cuando están entrando en la mezcla de cemento y parques infantiles del proyecto de un millón de viviendas. En los setos sin hojas hay bayas blancas que brillan a la luz de las farolas y tiritan con el viento. Jacob ve que a Yassim se le iluminan los ojos cuando se encuentran en el retrovisor, pero cuando se vuelve hacia él hace una fea mueca de dolor.

—Te duele —dice Jacob—. Estoy preocupado por ti.

Se asoma entre los asientos y le pone una mano en la mejilla, inesperadamente caliente.

—Tienes fiebre —dice Jacob—. Tenemos que encontrar a alguien para que le eche un vistazo a tu herida.

Yassim esboza una débil sonrisa.

—Ya lo solucionaremos —responde—. Ahora tenemos cosas más importantes en las que pensar.

—Me parece que ya hemos llegado —anuncia George—. O al menos es lo más cerca que podemos llegar.

Aparcan delante de una escuela. Edificios bajos de ladrillo amarillo, algunas barracas, un patio con columpios rotos, canastas sin red, un aparcamiento oscuro y vacío.

Yassim hace otra mueca cuando se baja del coche, pero en vez de dejar que Jacob lo ayude le acaricia con ternura la mejilla y lo mira a los ojos.

—Me las apaño, Jacob —lo tranquiliza—. No hace falta que te preocupes por mí.

No le da tiempo de decir nada más porque de pronto se oye un ruido de motor. Los tres se vuelven a la vez y ven que dos furgonetas negras, sin matrícula y con los faros apagados se deslizan por el acceso del aparcamiento.

—¿Qué narices es eso? —susurra George.

Ellos están en el centro del parking.

Las furgonetas se detienen a unos veinte metros de distancia, con la puerta lateral apuntando hacia ellos. Por el raballo del ojo Jacob ve que Yassim se mete la mano útil que le queda por debajo la chaqueta, en la cintura, y saca su pistola. Mira de reojo a Jacob.

—Crucemos los dedos para que sea vuestra amiga —dice.

Después se agacha, sin quitar los ojos de las furgonetas, y deja la pistola en el suelo. Con una patadita consigue alejarla unos metros, donde ninguno de

los tres pueda alcanzarla.

—No opongas resistencia —recomienda Yassim—. Pero no digas nada. Ni una palabra. Sea lo que sea con lo que te amenacen, no puedes fiarte de nada.

Mira a Jacob con desesperación en la mirada.

—En Malmö recuperaste el chip —dice—. Lo tienes, ¿verdad?

Jacob tiene la mano en el bolsillo. Nota los dedos llenos de sudor, resbalan sobre la tarjeta de memoria cuando la toquetea. Dice que sí con la cabeza.

—Es lo único que quieren —dice Yassim—. Pero, si se lo entregamos, se acabó todo. ¿Entiendes? Ya no tendremos nada.

—¿Quiénes son? —pregunta Jacob—. ¿Rusos?

—No tendríamos que haber venido —dice George entre dientes—. Tendría que haberlo visto.

Como a cámara lenta, Jacob saca la tarjetita del bolsillo con dedos temblorosos. Mira a Yassim, quien asiente con calma, y luego se lleva los dedos a la boca, la abre. Se pone la tarjetita al final del paladar, cierra los labios y traga.

De pronto oyen el estruendo de las puertas laterales al abrirse hacia un lado. Después todo ocurre tan deprisa que Jacob apenas es capaz de registrarlo. De los vehículos se baja un puñado de hombres vestidos de civil, con el pecho ancho y pasamontañas en la cabeza, armas automáticas pequeñas y efectivas en las manos. Todo pasa tan deprisa; todo es violencia, amenaza de violencia, y por un momento Jacob piensa que va a vomitar.

—¡Al suelo! —gritan los hombres en sueco—. ¡AL SUELO!

Armas en ristre que apuntan hacia ellos, centros de gravedad bajos y pasos apresurados que se acercan.

—Haz lo que dicen —susurra Yassim a su lado mientras se deja caer de rodillas con las manos en alto.

Jacob sigue su ejemplo, pero los hombres han llegado hasta él y lo empujan con tanta fuerza por la espalda que cae de bruces. Nota el asfalto en la cara, los arañazos, la sangre en la boca.

—¿Quiénes son? —grita Jacob—. ¿Qué están haciendo?

—He dicho que al suelo —ordena alguien en voz singularmente baja más atrás.

Es como si evitaran gritar, como si se estuvieran conteniendo. Pero ahora agarran a Jacob por las manos y se las retuercen hasta la espalda y nota que se las atan con algo duro y frío. Oye a George a su lado.

—¡Hostias! —grita—. ¡Que no me estoy resistiendo, joder!

—Cierra el pico —dice uno de los hombres enmascarados y le clava un pie en mitad de la espalda, lo empuja contra el suelo al lado de Jacob.

Voces a su alrededor, todavía discretas, extrañamente silenciosas.

—Parecen los otros dos más un tercero —dice una voz.

Luego Jacob nota que alguien lo levanta del suelo, o que tiran de sus brazos, lo ponen de pie, alguien lo empuja y él gira la cabeza y ve que los hombres encapuchados que siguen en el aparcamiento levantan también a George y a Yassim y los empujan hacia una de las furgonetas.

—¡¿Quiénes son?! —aúlla ahora George—. ¿Qué coño hemos hecho? ¿Qué derecho tienen a rastrearne?

—En serio —dice uno de los encapuchados—. Cierra la boca de una vez.

Cuando llegan al vehículo alguien les abre la puerta. Empujan a Yassim para que suba el peldaño, luego a George.

Jacob justo acaba de poner el pie en el escalón cuando el disparo azota la fría y oscura noche y lo hace parar de golpe en mitad del movimiento. Los encapuchados hacen lo mismo. Luego se dan la vuelta en la dirección de la que provenía el disparo y ven todo el cielo iluminarse con una luz blanca y eléctrica.

25 de noviembre – Bergort

Cuando Klara vuelve a abrir los ojos, todo el Camp Nou está bañado en luz. El hombre que estaba sujetando la pistola yace ahora a sus pies, bocarriba, inmóvil. El hombre canoso mira desconcertado a su alrededor, pestañea bajo la repentina claridad blanca mientras se aleja de espaldas de Klara y de su compañero muerto.

—Qué coño... —dice.

Entonces dos torrentes de hombres agazapados entran en hilera por las puertas del campo de fútbol. Un cuerpo de operaciones especiales vestido de negro, con cascos en la cabeza y armas en las manos.

—¡Policía! —gritan—. ¡Todos al suelo! ¡Al suelo!

Por el rabillo del ojo Klara puede ver que el tercer hombre, que había estado vigilando, ya ha sido reducido y está en el suelo con la cara pegada a la hierba artificial. Otros dos policías se agachan junto al hombre que había estado apuntando a Klara con la pistola y a quien, sin duda, han abatido de un disparo. Klara ve que se está moviendo.

—Lleva chaleco —oye decir a uno de los policías—. Dale la vuelta y espósallo.

Klara se pone de rodillas, las manos en la cabeza, y mira al hombre del abrigo. También está de rodillas, también tiene las manos en la cabeza.

—Tengo inmunidad diplomática —grita—. No pueden detenerme.

De pronto Klara está bocabajo en la hierba de plástico y una rodilla se le clava en la espalda, alguien le dobla los brazos hacia atrás y nota el acero frío de las esposas cuando se las ajustan.

A su alrededor hay un baile de piernas negras y armas bajo la luz penetrante y desconsiderada. Alguien la coge por debajo de los brazos y la levanta de un tirón del suelo y la alejan de los focos, de vuelta a la oscuridad, bajan por una cuestecita hasta un aparcamiento negro, prácticamente

desolado.

Han cruzado la mitad del parking cuando aparecen dos vehículos negros junto con una ambulancia sin las sirenas ni las luces encendidas. Un poco más allá, junto a la escuela a oscuras, ve dos furgonetas negras aparcadas junto a una especie de transporte de prisioneros.

Reina un silencio extraño y calmado. Casi cuesta imaginar que lo que acaba de suceder en el campo de fútbol realmente haya podido tener lugar. Klara se vuelve hacia el agente encapuchado y vestido de negro que la conduce hacia delante.

—¿Por qué estoy detenida? —pregunta—. ¿Por qué se me busca?

El policía no se inmuta, como si no la estuviera oyendo, se limita a empujarla en dirección al furgón policial.

—No pueden soltar a ese ruso —continúa ella—. ¿No lo ves?

A su izquierda ve que se abre la puerta de atrás de uno de los Volvo SUV de color negro, a unos cincuenta metros de distancia. Alguien baja al asfalto y se le acerca. Hasta que no está a apenas unos metros Klara no consigue ver quién es.

Anton Bronzelius se dirige al agente que está sujetando a Klara por el brazo.

—Yo me encargo a partir de aquí. Säpo.

Muestra su placa al hombre sin rostro.

Este asiente con la cabeza y suelta el brazo.

Donde las furgonetas, Klara ve que también se abren algunas puertas y dos personas vestidas de civil con chaleco antibalas y gorro han empezado a caminar hacia ella y Bronzelius.

Bronzelius la agarra con fuerza del brazo y la lleva a paso apresurado hasta el Volvo aparcado.

—Súbete —le ordena.

Mete a Klara en el asiento de atrás y él se sube al otro lado. Klara oye a alguien gritar fuera antes de que Bronzelius cierre la puerta, puede que sea una de las dos personas de civil que ha visto. Sin que Bronzelius tenga que decir nada, el coche arranca y acelera a fondo por el aparcamiento. Klara se vuelve y mira por la ventanilla de atrás mientras el corazón se le dispara.

—¿Qué coño está pasando? —pregunta—. Es como si me estuvieras secuestrando.

—En cierto modo, es justo lo que estoy haciendo —contesta Bronzelius.

Klara se vuelve hacia él y observa su rostro oliváceo, su mirada azul y transparente. Hay algo en sus ojos, en la calma y la ingenuidad en ellos, que hace que Klara caiga de pronto en la cuenta.

—No tienes ni idea de qué va todo esto —dice—. Ni cuando detuviste a Gabi, ni ahora.

Él la mira sin hacer una mueca.

—Para acabar de salvarte la vida no pareces muy agradecida —replica.

Ella lo mira, de pronto se siente de lo más tranquila.

—Tú no eres más que un poli —dice—. Un poli ejemplar. Pero no sabes de qué va esto. ¿Verdad que no?

Klara sabe que debería estarle agradecida. Que sin Bronzelius, ahora estaría muerta. Pero no puede defenderse contra la sensación de que sin él tampoco se habría visto metida en esto, ni tampoco Gabi.

Vuelve a mirar hacia atrás y ve cómo una de las furgonetas del aparcamiento los sigue. Han aumentado la velocidad, están subiendo por una cuesta que lleva a la autovía. Klara sabe que no debería ceder ante este impulso ahora, pero lo nota inflarse como un globo en sus entrañas.

—Cómo te la han jugado. Os la han jugado a todos, maldita sea —dice.

Niega con la cabeza y vuelve a mirar a Bronzelius.

—Los rusos os engañaron para que detuvierais a Gabriella. ¿De verdad te tragaste que estaba metida en un puto atentado terrorista? Pensaba que el rol de la Säpo era protegernos de los espías rusos. No ir haciendo recados de los rusos.

Él la mira sin dejarse importunar.

—Ha sido una suerte que llamas —contesta—. Para todos.

Klara vuelve a lanzar un vistazo nervioso por la luna trasera. La rabia que siente se le mezcla con otra cosa, una sensación de que ella tampoco sabe lo que está pasando.

—¿Quiénes son los que nos siguen? —pregunta y nota la angustia volviendo con todas sus fuerzas—. ¿Dónde están mis amigos?

25 de noviembre – Aeropuerto de Bromma

Llevan más o menos media hora de carretera cuando el vehículo por fin empieza a frenar. Yassim está tumbado en el regazo de Jacob y su frente febril y húmeda brilla con la luz de los faros de los coches con los que se cruzan y que se cuele por los barrotes de las ventanillas. Yassim se despierta y vuelve a quedar inconsciente a cada poco, y Jacob nota el pánico crecer en su pecho, hasta que George consigue ponerse de pie y empieza a patear y golpear la pared que los separa de la cabina. Pero es demasiado sólida y queda claro que nadie los va a oír.

—Va a perder el conocimiento del todo —susurra Jacob—. ¿Qué hacemos? No pueden dejarlo morir.

Jacob ve que Yassim mueve los labios y se inclina sobre él. Su voz es tan débil que Jacob apenas puede distinguir lo que dice. Pero justo cuando el vehículo se detiene y unas puertas se cierran, Jacob oye:

—No cuentes nada.

Cuando la puerta se abre Jacob se topa con dos ojos oscuros que le son demasiado familiares.

—Mira por dónde —dice Myriam Awad—. ¿Me has echado de menos?

Ahí hay cinco, seis hombres más. Son corpulentos y llevan barba y chalecos antibalas y pistolas negras en las fundas de sus vaqueros.

—Arriba —ordena uno de ellos—. Bajad del furgón.

—Este hombre está malherido —dice George—. Ha perdido el conocimiento y necesita ayuda inmediatamente.

Los hombres con barba lo miran sin ningún interés.

—Es un terrorista —contesta uno—. Es el precio que se paga.

Dos se suben al furgón y levantan a Yassim sin ningún cuidado y lo sacan. Jacob se pone de pie, pero tiene las manos atadas a la espalda, por lo que no

puede hacer nada, así que se limita a gritar a viva voz hasta que Myriam se le planta delante y lo golpea con la mano abierta en la mejilla.

—Cierra la puta boca, joder —le espeta.

Después alguien le pasa una capucha por la cabeza y todo se vuelve negro.

Jacob parpadea ante la repentina y penetrante luz de los fluorescentes cuando le quitan la capucha. Está sentado en una celda o salita de interrogatorios. Puede que no sea más que un trastero vacío. Suelo de hormigón y paredes de ladrillo. Sus manos están esposadas a una mesa de acero inoxidable. No hay ventanas, solo una puerta, también de acero, desde donde Myriam lo está mirando tranquilamente. En sus ojos oscuros hay algo que casi parece compasión.

—Yo me ocupo a partir de ahora —le dice a un hombre de pelo corto y chaleco de kevlar que está detrás de Jacob y que es quien le ha quitado la capucha.

El hombre sale por la puerta y Jacob oye que la cierra con llave. En la estancia hace frío y Jacob tiritita, ve que le sale vaho de la boca con cada una de sus respiraciones entrecortadas y cargadas de pánico.

—Yassim —dice—. ¿Dónde está?

—Te crees que Yassim es una especie de Snowden —responde ella—. Que ha recopilado información sobre algunos crímenes de guerra un poco confusos. Y que tú eres un héroe que lo está ayudando.

Jacob pestañea, hace todo lo que puede para no delatarse. ¿Es posible que ella no sepa más que eso? ¿Es posible que no sepan que él lo sabe todo?

—Pero te has metido en aguas jodidamente pantanosas —continúa—. Y para ti ya no hay vuelta atrás, Jacob.

Fuera de la celda se oye ruido de motores. Motores enormes que aceleran, para acto seguido reducirse hasta desaparecer. Jacob reconoce ese sonido, son aviones despegando.

¿Qué hace en un aeropuerto? Myriam también oye el ruido del avión y guarda silencio hasta que desaparece. Luego se sienta delante de él.

—Tienes *una* oportunidad —dice—. Una única oportunidad de salvarte a ti mismo y a Yassim. Cuéntame dónde está el chip.

—Quiero un abogado —contesta Jacob.

¿Por qué dice eso? Porque lo ha visto en las películas. Porque no es capaz de estar aquí dentro a solas con ella.

Myriam solo lo mira como si acabara de decir algo en una lengua totalmente incomprensible.

—¿Disculpa? ¿Crees que estás detenido?

Se inclina hacia delante y ahora lo mira con ojos gélidos.

—Esto no es la policía, nenaza de mierda —continúa—. Esto es una operación del servicio de inteligencia. Ahora estamos en las sombras. Aquí no hay tribunales ni abogados. Nadie sabe dónde estás, nadie sabrá adónde te llevamos.

Se pone de cuclillas a su lado. Jacob siente la desesperación ardiéndole en la cabeza.

—No podéis hacer esto —susurra—. Hay reglas, hay procedimientos...

Pero Myriam solo niega con la cabeza.

—Jacob —empieza—. Me parece que no entiendes hasta qué punto te has involucrado en todo esto. ¿Por qué no podías haberme escuchado en Beirut y punto?

Señala por encima del hombro de Jacob, a la pared y lo que hay detrás.

—Dentro de veinte minutos voy a meter a Yassim en un avión con destino a Egipto —dice con calma—. Allí será entregado al servicio de inteligencia del país para responder a sus preguntas. Sabemos que está al corriente de un atentado terrorista de gran envergadura que se va a cometer en Europa en un futuro inmediato. De ti depende que tú y tu amigo George lo acompañéis en dicho avión o no.

Lo mira a los ojos.

—Los egipcios son muy hábiles a la hora de hacer hablar a la gente —prosigue—. Desgraciadamente, no son igual de hábiles en sacar a la gente con vida de sus cárceles.

—¿Me estás amenazando? —susurra Jacob.

—¿Que si te estoy amenazando? —dice ella—. Sí, Jacob. Te estoy amenazando.

25 de noviembre – Bromma

Están yendo por la autovía, en dirección a Estocolmo, cuando a Bronzelius empieza a sonarle el teléfono. Solo responde con frases cortas y no hace preguntas.

«Comprendo».

«Sí».

«Queda entendido».

Cuando cuelga, se vuelve hacia Klara y la mira a los ojos.

—Era mi jefe —dice—. El Must, el servicio de inteligencia militar, te quiere en Bromma. Me jugaría algo a que tus amigos ya están allí.

—Pero no piensas hacer lo que te dice —replica Klara—. ¿Por qué no?

—A lo mejor me he cansado de ser un poli ejemplar —responde él y esboza una sonrisa cansada—. A lo mejor estoy cansado de ir por ahí dejando que salgan mal paradas las personas equivocadas.

—Como en verano —dice Klara.

—¿Sabes con quién estabas hablando en el campo de fútbol? —pregunta él.

Klara niega en silencio.

—¿Un ruso? —dice—. Llevan tiempo siguiéndonos. Sospecho que están detrás de las pruebas que dices tener contra Gabriella.

—Gregorij Korolov, se llama —confirma Bronzelius—. Ha llegado a Suecia esta tarde. Lo sé porque es un gran veterano. Uno de esos a los que la Säpo vigila de cerca cuando está aquí. Pero es un profesional, así que ha conseguido esquivar nuestra vigilancia casi en cuanto ha pisado suelo sueco. Y tiene pasaporte diplomático, así que lo único que podemos hacer es echarlo del país. Pero me gustaría mucho saber de qué trata todo este asunto, por qué estabas en un campo de fútbol de Bergort con uno de los grandes espías rusos. Por qué el servicio de inteligencia militar se ha llevado a un becario de

la embajada al aeropuerto de Bromma. Por qué te quieren a ti también allí.

Klara se lo queda mirando. No consigue descifrarlo ni a él ni a sus motivaciones. En verano Bronzelius la amenazó y permitió que rusos, con sus intereses sin escrúpulos, atizaran la destrucción en los barrios periféricos de Estocolmo con tal de conseguir una especie de posición ventajosa en una eterna guerra de espías. Ahora dice querer ayudarla.

—No me fio de ti —contesta ella—. Debíó de ser un placer detener a Gabi, ¿no?

Él la mira sin importunarse.

—Si detuve a Gabi fue porque tenía pruebas convincentes de que estaba aliada con Jacob Seger y, a través de él, vinculada a un grupo terrorista en Siria. Pero pensar que yo me haya creído ni por un momento que tú o ella sois terroristas es de lo más ridículo. En verano estaba cabreado con vosotras. Os metisteis de lleno en una operación que estábamos llevando a cabo y que, a pesar de todo, estaba siendo exitosa. Habría preferido que hubierais mantenido la boca cerrada, por supuesto. Pero así funciona este juego. Yo no soy vengativo, Klara. Al contrario.

Klara aparta los ojos y mira a la oscuridad. Sabe que es cierto, por eso decidió llamar a Bronzelius, porque de alguna forma sabía que él iba a hacer lo correcto, a pesar de todo lo ocurrido en el pasado.

—Si te lo cuento, ¿prometes que nos dejarás ir? ¿Prometes que soltarás a Gabriella?

Klara piensa en los atentados terroristas de hace apenas veinticuatro horas. No puede permitir que haya más. Pero, al mismo tiempo, tiene que salvar a sus amigos.

—Dame la espalda —dice él.

Klara hace lo que le dice y él le quita las esposas.

—Te lo prometo —asegura él y le ofrece una mano—. ¿Mismo equipo, pues?

—Mismo equipo —responde Klara y le estrecha la mano.

Toman un atajo entre las casas de madera, los setos y los manzanos pelados de Bromma mientras Klara le cuenta a Bronzelius. Lo que ella sabe. De los rusos y Yassim. El viaje desde Bruselas, el área de descanso en Alemania y que Yassim se presentó en Malmö.

En ese punto Bronzelius asiente con la cabeza.

—Esta tarde ha habido un jaleo de narices en la estación central —dice—. Disparos y demás. Pero qué cojones, es Malmö. Lo que no entiendo es la implicación de los rusos.

Se queda callado y mira por la ventanilla, al sueño de clase media que los rodea, luego se vuelve de nuevo hacia Klara.

—Y tienes razón sobre Gabriella —añade—. Alguien le había pinchado el teléfono. Me cuesta creer que haya sido el Must o el Centro de Comunicaciones del Ejército, no tienen esos recursos y una abogada sueca no sería ni de nuestro interés ni del suyo, por muy tocapelotas que pueda llegar a ser.

—Los rusos —dice Klara y siente un escalofrío.

La idea de que hubiesen estado espionando a Gabi todo el otoño, incluso desde el verano, resulta de lo más desagradable.

—Los rusos fueron los que realmente salieron perdiendo cuando decidisteis hacerlo todo público en verano —explica Bronzelius—. Todo su aparato quedó fuera de juego gracias a que supisteis ver lo que estaba ocurriendo. No es improbable que quisieran devolvéroslo, quizá sobre todo a Gabriella, puesto que era la cara pública. Últimamente se han vuelto muy agresivos.

—Así que cuando Jacob la llamó desde Beirut consiguieron una pista —aventura Klara—. A lo mejor ellos solo quieren evitar los atentados terroristas, igual que nosotros.

Bronzelius se encoge de hombros.

—Puede ser —dice—. Pero estoy bastante seguro de que aquí hay mucho más que eso.

El coche se detiene en la elevación que hay delante del aeropuerto, justo detrás de los taxis y las puertas de embarque.

—Están en el hangar 4 —señala Bronzelius.

Klara se vuelve para mirarlo.

—Perfecto —dice—. Pues ha llegado el momento de ponerle fin a esto. Pero primero hay algo que me gustaría enseñarte.

25 de noviembre – Aeropuerto de Bromma

Se vuelve a oír el mismo ruido fuera de la celda en la que Jacob se encuentra. Un motor que ruge y resuena grave y uniforme.

—Tu avión —dice Myriam tranquilamente—. Eso es lo que estás oyendo ahí fuera. Empieza a ser la última oportunidad que tienes.

Jacob ha apoyado la cabeza en la mesa, demasiado extenuado por la tensión como para siquiera mantenerse erguido en la silla, pero ahora se endereza y mira a Myriam. Ella se ha levantado y vuelve a estar de pie junto a la puerta de acero, mirándolo impasible.

—Es un farol —dice él—. No hay forma de que puedas mandar a un ciudadano sueco a Egipto.

Ella se lo queda mirando.

—¿De verdad te parezco alguien que va echando faroles?

Jacob nota que la cabeza le va a mil por hora y ya no sabe qué es arriba y qué es abajo.

—No tengo el chip —dice—. Pero sé dónde se van a cometer los atentados. Y sé cuándo.

No puede sacrificar a Yassim ni arriesgarse él mismo.

—Te lo contaré si me juras que no nos meterás en ningún avión y que nos entregarás a la policía —añade Jacob en voz baja.

Myriam se acerca despacio a la mesa, se sienta enfrente de él.

—Es un comienzo —dice—. Si me lo cuentas, os podéis quedar.

Jacob le cuenta todo lo que sabe sobre los ataques a la Ópera de Estocolmo, Gare du Midi en Bruselas, el aeropuerto de Roma y Harrod's en Londres. Pero no es gran cosa. Solo los sitios y las horas, mañana 26 de noviembre a las 19:00. Solo lo que Klara le mandó en su SMS cuando iban de camino a Estocolmo.

Myriam lo anota todo en su libreta y se lo queda mirando cuando Jacob

calla.

—¿Eso es todo? —pregunta—. ¿De verdad es todo lo que tienes? ¿Ni nombres ni detalles? ¿Nada más?

—Es todo —dice—. Juro que es todo lo que tengo ahora. Puedo conseguir el resto, te lo prometo. Pero eso debería ser suficiente para que podáis frustrar la operación, reforzar la vigilancia, mantener alejada a la gente de esos sitios, lo que sea.

Ella le clava los ojos con frialdad. Luego se levanta, rodea la mesa y le abre las esposas, para luego hacer que Jacob se ponga en pie y volver a maniatarlo a la espalda.

—Es hora de irse —anuncia y lo saca por la puerta de acero, que da a un gran hangar en el que hay un avión blanco esperando con los motores en marcha.

Uno de los hombres con barba se acerca a Myriam.

—Ni una palabra —informa—. Es una tumba. Además, apenas está consciente. El George Lööw ese tampoco dice nada, solo va soltando cosas sobre abogados y mierdas. Me parece que no acaba de entender la situación.

Habla en voz alta para hacerse oír en el ruido de los motores.

—Subidlos al avión —ordena Myriam—. Tengo lo que necesitamos en este momento, lo demás lo resolveremos.

El hombre asiente dubitativo.

—¿Estás segura? —pregunta.

Ella le clava la mirada.

—¿Te parezco indecisa?

Él niega con la cabeza y saca una pequeña radio de su cinturón.

—Subidlos a bordo —dice el hombre con calma.

—¿Qué coño haces! —grita Jacob y trata de liberarse de la mano de Myriam—. ¡Me has prometido que no nos enviarías a ninguno! Es la única razón por la que...

Myriam le da un fuerte puñetazo en el plexo solar y Jacob calla de golpe y se desploma en cuclillas, aún con las manos a la espalda. Ella se inclina sobre él.

—Has metido planes de atentados en Europa a escondidas —sisea—. Junto con tu novio terrorista. Esto son las consecuencias de tus actos. ¿Por qué no me escuchaste en Beirut, si no querías jugar a este juego?

Jacob levanta la mirada y ve a dos de los hombres de Myriam sacando a

Yassim de otro cuarto del hangar. Lleva las esposas puestas y una capucha negra en la cabeza, y tiene que apoyarse en los hombres para poder caminar.

—¡Yassim! —grita—. ¡Yassim!

Por el rabillo del ojo ve que un hombre entra corriendo por las puertas del hangar, que se han abierto. Su pequeña arma automática salta y rebota en su cadera. Jacob se vuelve por acto reflejo hacia él.

—¡Tenemos un problema! —grita el hombre—. Un problema de narices.

Al instante siguiente, Jacob oye sirenas desgañitándose en la lejanía y antes de darse cuenta ya están más cerca. De pronto el hangar se llena de luces azules, ambulancias y agentes de policía con las armas en ristre.

A Jacob le abandonan las fuerzas y cae hecho un ovillo en el hormigón, totalmente quieto, totalmente exhausto.

25 de noviembre – Aeropuerto de Bromma

Klara y Bronzelius están sentados en el coche delante de la terminal y ella saca el ordenador y le enseña lo que hay en él. Bronzelius parece quedarse pálido.

—¡Quiero un intérprete, ahora! —le grita a un agente uniformado, que sale corriendo en el acto.

En cuestión de minutos encuentran a un joven policía de origen árabe que se mete en el asiento de atrás al lado de Klara. No es un intérprete, pero al menos es alguien que puede confirmar lo que Klara ya sabe. El agente pone los ojos como platos cuando toma conciencia de la magnitud de lo que tiene delante y se lo resume a Bronzelius. Le explica toda la información que hay ahí, todos los implicados para los cuatro atentados planificados en las cuatro ciudades europeas.

Bronzelius se reclina en el asiento y se queda mirando el techo.

—Mi puta vida —dice—. Qué locura.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta Klara.

Bronzelius vuelve la cara y la mira directamente a los ojos.

—Voy a encargarme de arreglar este embrollo gigantesco.

Luego coge el teléfono, y solo parecen pasar un par de minutos antes de que toda una armada de coches patrulla aparezca de repente a su alrededor.

Un policía de paisano abre la puerta de Klara y le quita el ordenador de las manos. Otro agente intenta sacarla del coche.

—No —dice Bronzelius—. Ella viene conmigo y no quiero que se la trate en ningún momento como sospechosa en el caso.

Después, salta del coche y consulta con varios policías con uniforme de operaciones especiales. Lo único que Klara puede oír es algo sobre «secuestro» o «posible situación de rehenes», y luego los hombres parten en formación.

—No he dicho nada de que el secuestro de Lööw y Seger posiblemente haya sido efectuado por funcionarios del Estado —le dice a Klara cuando se vuelve a subir al coche—. Hay que hacer esto antes de que mis jefes reciban otras órdenes o entiendan lo que está pasando. La parte jurídica y los detalles ya lo resolverá luego gente que cobra más que yo. Ahora tenemos prisa.

Pasan rápidamente con el coche por delante de las terminales comerciales, atraviesan una verja que un vigilante les abre en cuanto ve el convoy de coches de policía con las luces encendidas y las sirenas sonando.

De pronto están al otro lado del aeropuerto, delante de un gran hangar de ladrillo con techo abovedado.

—Pensaba que la Säpo y el Must estaban del mismo lado —dice Klara.

—Claro —responde Bronzelius—. Los dos queremos mantener Suecia a salvo, si es a eso a lo que te refieres. Pero los métodos... varían un poco. Nosotros somos polis, como tú misma has dicho. Queremos ver a la gente detenida y luego juzgada y defender la democracia. Seguro que suena ridículo, pero yo creo en ello.

—Un tanto pomposo, quizá —responde ella—. Pero entiendo lo que quieres decir.

—Al Must le gustan las tinieblas —continúa Bronzelius—. Para ellos es todo un mismo juego que se prolonga hasta el infinito. Intercambio de información entre países, alianzas cambiantes. Es como si el objetivo en sí fueran los secretos, no desvelarlos. En eso diferimos. Yo trabajo en las sombras pero quiero salir a la luz. Ellos solo quieren adentrarse más.

—¿Qué pasará cuando entremos en el hangar? —dice Klara—. ¿Quién tiene derecho a detener a quién, en realidad?

Bronzelius la mira arqueando una ceja.

—¿Quién tiene derecho a detener a quién? —repite—. Pensaba que tú eras la jurista, Klara. ¿Quién tiene el monopolio de la violencia dentro del territorio sueco?

—La policía —contesta ella—. Pero no será tan simple como eso.

—¿El Must es la policía? —pregunta Bronzelius de forma retórica.

—Son militares —dice ella—. Supongo.

—Exacto —responde Bronzelius—. Pueden opinar lo que quieran, pero lo que están haciendo es ilegal. Yo soy policía. Mi deber es procurar encausarlos por secuestro, si es lo que están haciendo.

Hay algo reconfortante en las formas de la antigua escuela que tiene Bronzelius. Klara lo ve levantar una mano y señalar la zona delimitada que tienen delante.

—Aquí es donde suele aterrizar el avión del gobierno —dice—. Y desde aquí se envía a la gente para que la torturen en alguna dictadura.

Se vuelve para mirar a Klara.

—Pero eso se acabó.

Ella asiente en silencio.

—Sí, se acabó —dice.

Klara oye el ruido de los motores del avión por encima de las sirenas. A través del parabrisas ve cómo varios guardias armados vestidos de paisano se acercan a los coches patrulla y se les indica que sigan hacia atrás, hasta el coche de Klara.

Bronzelius baja la ventanilla y muestra su identificación.

—Tenemos datos sobre una situación de secuestro —dice brevemente—. Abrid la verja.

El vigilante apenas le mira la placa, se limita a observar a Bronzelius con sus ojos azules, desconcertados.

—Aquí no hay ningún secuestro —responde—. Lo que hay es una operación que tiene que ver con la seguridad nacional. No les puedo dejar pasar, y creo que eso ya lo sabe.

Sin dejar de mirar al guardia, Bronzelius se lleva el dispositivo de comunicación a la boca.

—Forzad la verja —dice—. Ahora.

Arrancan tan deprisa que el guardia tiene que saltar a un lado. Klara ve al resto de guardias entrar corriendo por la verja, sin tener muy claro lo que la situación permite y exige. Se llevan las manos a las armas, pero no las desenfundan.

Las puertas del hangar están abiertas y Klara ve cómo varios furgones antidisturbios entran a toda velocidad y, acto seguido, un gran número de agentes con armas automáticas bajan de un salto por las puertas laterales. Unos hombres armados que se parecen a los guardias de la verja, pero con pasamontañas en la cabeza, se detienen confusos, pero al final dejan sus

arman en el suelo y levantan las manos.

Al principio la situación es inconcebible, caótica y llena de luces parpadeando, vehículos, personas armadas y un ruidoso avión en marcha en medio.

Klara pasea la mirada por el hangar mientras salta del coche y sigue los pasos de Bronzelius. En el suelo hay un hombre con capucha negra. Hasta ahora lo habían estado vigilando los hombres del hangar, pero ahora tiene a dos policías a su lado, los cuales le hacen una señal al personal de una de las ambulancias.

Klara ve a Jacob en el suelo con las manos esposadas a la espalda, la cara pegada al hormigón y un agente de policía inclinado por encima.

—¿Hay alguien aquí que se considere el responsable de este puto circo? —ruge Bronzelius.

Klara da un respingo cuando su voz supera el ruido de los motores. Se vuelve hacia él. Todo él transmite una estabilidad inconcebible, con su apariencia de padre convencional, su chaqueta de cuero y sus vaqueros, sus zapatos anatómicos.

—¿Puede alguien apagar el motor del maldito avión de los cojones? —vuelve a bramar—. ¡Ya!

Pasan unos segundos, luego el ruido empieza a amainar hasta que se hace un silencio ensordecedor.

—Por segunda vez —dice—. ¿Quién se considera al mando de lo que está pasando aquí?

Una mujer, solo unos años mayor que Klara y de aspecto árabe, da un paso al frente antes de que un agente uniformado le impida seguir avanzando. Se la ve colérica, al borde de un ataque.

—¿Qué coño pasa aquí?! —grita—. ¿Tienen idea de lo que están haciendo?

Bronzelius se le acerca.

—¿Debo interpretarlo como que usted es la responsable? —pregunta—. ¿Quién es, para empezar?

—Myriam Awad —contesta ella con brusquedad—. Oficina para Adquisiciones Especiales. Le sugiero que dé media vuelta cuanto antes.

Si no fuera por el agente uniformado que se ha colocado entre los dos, probablemente la mujer se habría abalanzado sobre Bronzelius. No cabe ninguna duda de que ella habría ganado con creces el combate.

—Esto queda muy lejos de su competencia —continúa—. Retírese tranquilamente de aquí y llame a su jefe. Si tiene suerte, aún estará a tiempo de salvar su mediocre carrera de mierda.

Bronzelius la mira con interés.

—Madre mía —dice—. Son cada vez más jóvenes.

Luego se dirige al policía que está junto a ella.

—Esposadlos a todos y llevadlos a comisaría.

—Se va a arrepentir de esto —ruge Myriam Awad—. Téngalo por seguro.

—Sin duda —suspira Bronzelius—. Sin duda.

Uno tras otro, los guardias de paisano son esposados y acompañados a los furgones policiales, que luego se marchan sin prisa.

Klara mira a su alrededor y ve que Jacob se ha levantado pero que dos policías le bloquean el paso.

—¿Adónde lo lleváis? —grita Jacob señalando a Yassim—. ¡Está casi inconsciente!

Klara se acerca a Jacob y le pone una mano en el hombro, pero uno de los agentes se la aparta.

—Estaba en busca y captura y ahora está detenido —informa el agente—. Tenemos órdenes de llevarlo a comisaría.

—Klara —dice Jacob desesperado—. ¿Adónde se llevan a Yassim?

Klara da por hecho que Yassim debe de ser el hombre de la capucha negra que ha visto que llevaban a una ambulancia.

—Está recibiendo atención médica —responde con calma y mira a Jacob a los ojos—. Voy a enterarme, te lo prometo.

Él la mira con algo salvaje y enloquecido en los ojos.

—¿Qué va a pasar con él?

—No lo sé, Jacob —contesta ella—. No lo sé.

Los agentes lo suben al asiento trasero de un coche patrulla y Klara se da la vuelta y pasea la mirada por el hangar. En mitad del caos debe de haber pasado por alto a George, encuentra a Bronzelius entre los agentes uniformados y se abre paso hasta él.

—Falta uno —dice.

Bronzelius se vuelve hacia ella sin entender.

—George Lööw —añade Klara.

Bronzelius despacha a los furgones con los detenidos y da instrucciones para que los mantengan en aislamiento hasta nueva orden. Luego se dirige a

la veintena de policías que quedan.

—Falta una persona —dice con calma—. Ya podéis empezar a buscar.

Los policías se dispersan por el hangar y empiezan a buscar por todas las estancias, en el avión, oficinas y almacenes, armarios de la limpieza y lavabos.

Al final es Klara quien lo encuentra. Primero está sentada en el asiento de atrás de uno de los coches patrulla con una manta por los hombros. Pero no puede estarse quieta y se levanta y empieza a pasearse por el hangar. Por mera casualidad mira por la luna trasera de un Volvo familiar que está allí aparcado.

—¡Aquí! —grita—. ¡Está aquí!

A través del cristal ve a George en posición fetal, con las manos esposadas a la espalda, el gorro que se había comprado en el H&M de Malmö aún puesto, tapándole los ojos.

—¡George! ¡George! —grita mientras golpea el cristal.

De pronto Bronzelius está a su lado, la coge por los hombros y la aparta del coche. Uno de los agentes le ordena a una ambulancia que se acerque.

Klara oye las trozos de cristal cayendo en el hormigón cuando los agentes revientan la luna del coche para acceder a George, luego solo ve luces azules destellando y una camilla y nota unos brazos que la retienen, voces que dicen que todo se arreglará, aunque ella sabe que no es cierto.

Nada se arregla nunca.

26 de noviembre – Estocolmo

No sabe cómo ha llegado hasta aquí, pero de pronto Klara va sentada en un coche patrulla de camino a Estocolmo por la autovía. Las farolas como luces estroboscópicas desde el asiento de atrás, y ahora apenas puede respirar.

«Debería ir en ambulancia —piensa—. Porque esto no funciona. No podré sobrevivir a esto».

Llegan al hospital Södersjukhuset y la nieve azota el coche bajo las luces amarillas de Urgencias. El coche de policía se detiene unos metros por detrás de la ambulancia para darle espacio al personal sanitario. Ya hay un equipo vestido de verde y blanco esperando cuando la ambulancia llega.

Klara tira y se pelea con la manilla de la puerta de atrás. Tiene que salir, tiene que ir con George, acercarse a su cuerpo inerte.

—Espere —dice el agente que está al volante—. Ahora no los moleste. Deje que lo lleven adentro y hagan primero su trabajo.

Klara sabe que tiene razón, sabe que no vale la pena intentarlo, que la puerta está cerrada, pero aun así no puede dejar de tirar de la palanca. No puede dejar de tratar de reventar la burbuja en la que está metida, acabar con esta pesadilla.

El joven agente de policía se queda con ella en la salita de espera, a pesar de que su turno ya haya terminado.

—No puedo dejarla aquí sola —dice—. Después de todo lo que le ha pasado.

Klara se vuelve hacia él y lo mira a los ojos castaños, su barba corta y negra. Parece iraní, o árabe, Klara no ha reparado en su aspecto, no ha pensado en nada. Nada, aparte de George y de que ya nada tiene ninguna importancia.

—Gracias —responde.

Después tienen a una médica delante, asomando por la puerta. Rondará los cincuenta y tiene el pelo oscuro, no parece haber pegado ojo en una semana, tiene el pelo lacio y seco, bolsas en los ojos.

—¿Es usted la que ha venido con el paciente de la ambulancia de hace media hora? —pregunta la mujer por detrás de la puerta.

Klara asiente con la cabeza, ya no le funciona la voz. El nudo en la garganta es tan grande que ya nada consigue pasar por su esófago.

—No tenemos ningún nombre —dice la médica—. ¿Sabe quién es?

Klara vuelve a asentir, pero tampoco puede decirlo. Su nombre. Es incapaz.

—George Lööw —dice el agente de policía con voz tranquila—. Se llama George Lööw.

Se ha levantado y se acerca a la doctora.

—¿Cuál es la gravedad de sus heridas?

La médica niega lentamente con la cabeza, como si no estuviera segura de haber oído bien.

—¿Heridas? —dice—. Ninguna, que yo sepa. Está inconsciente, desde luego. Pero creemos que ha sido drogado o anestesiado. Todos sus valores son perfectamente normales. Lo hemos mandado a planta y estamos esperando a que se despierte.

Klara está sentada en una silla junto a la cama de George, observándolo. Su cara lisa y relajada, su pelo rubio y revuelto, al que le ha apartado el mechón de la frente. Ya se ha acabado. Pero todo sigue presente. Klara siente un alivio que roza la euforia, al mismo tiempo que esta nueva posibilidad la asusta. ¿Qué pasará cuando él recobre el conocimiento? ¿Quiénes serán entonces?

—Te ha dado un buen susto.

Klara pega un brinco y se da la vuelta. Bronzelius está apoyado en el marco de la puerta. Detrás asoman los dos agentes uniformados que aparecieron en cuanto trasladaron a George a esta sección. Klara no sabe si están aquí para proteger o para vigilar.

—Hola —dice—. Sí, ya te digo. Vaya días de mierda.

Bronzelius entra en la habitación y se sienta en una silla a su lado.

—¿Tienes tiempo para estar aquí? —pregunta Klara—. ¿No tienes un montón de personas a las que interrogar y tratar de descubrir de qué narices va todo esto?

—Ya estamos haciendo detenciones —responde él con calma—. Todos los de la célula sueca que aparecían en tu ordenador están detenidos. También tenemos a la mayoría de los de Londres, Bruselas y Roma.

Un enorme alivio atraviesa a Klara.

—Dios —dice—. No me entra en la cabeza.

—Los ingleses han encontrado los mismos planos en Londres cuando han hecho sus redadas, así que hay como mínimo un mensajero más que ha metido la información en Europa. Por lo visto, acababan de descubrir que Yassim era un traidor y parece que habían abandonado los planes de Bruselas por el lío que él montó allí el otro día. Pero en Londres y en Roma aparentemente pretendían llevar a cabo el atentado esta misma mañana en lugar de esperar a la tarde.

—Es una auténtica locura —comenta Klara—. Podría haber sido un baño de sangre. Cielo santo.

—Prefiero no imaginármelo —dice Bronzelius—. ¿Después de París? Habría sido terrible.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunta Klara—. ¿Dónde quedamos nosotros en todo esto?

—En primer lugar —empieza él—, tu amiga quedará libre.

Bronzelius suspira.

—Lamentablemente, Dios sabe que nos complicó la vida en verano y a principios de otoño.

—¿Gabi? —dice Klara.

—Sí —confirma él y guarda un momento de silencio—. Toda la información que teníamos la había generado el equipo de la tal Myriam Awad, y a ella se la habían pasado los rusos. Por lo visto el Must había reclutado a Jacob Seger en Beirut, pero el chico era un poco demasiado independiente para ellos.

Klara asiente con una sonrisa.

—Sí —dice—. Es pesado, eso del amor.

—El auténtico enigma es Yassim —continúa Bronzelius—. Está ingresado a unas pocas habitaciones de aquí.

Señala con la mano por encima del hombro.

—Él es el motivo real de mi visita. Me ha parecido el primer paso más natural para empezar, interrogarlo. Y valga decirlo, tiene una señora historia que contar. Fue reclutado por Korolov en Beirut cuando mataron a su familia. Luego se infiltró en el ISIS y se convirtió en su mensajero..., incluso informó a los rusos de lo que iba a pasar en París...

—¿Tú te lo crees? —dice Klara.

Bronzelius se encoge de hombros.

—Es lo único que suena más o menos razonable, si se tiene en cuenta lo que os ha pasado a vosotros. Eso explicaría por qué los rusos os perseguían, ¿no? Hicieron detener a Gabriella para que no sacara a la luz la información que tenía Jacob. Pero no habían contado contigo y con George. Y súmame la pandilla del salvaje Oeste de la Myriam esa.

—Pero ¿por qué no colaboraron contigo? —pregunta Klara—. ¿Por qué decidieron ir por libre?

—No te olvides de que ellos pensaban que Yassim era un terrorista —dice él—. Y que Jacob era un ingenuo, en el mejor de los casos, o un cómplice, en el peor. Y luego la cosa se les fue de las manos. Perdieron tanto el control como el rumbo. Por lo visto tenían intención de mandar al tal Yassim a Egipto.

Bronzelius niega con la cabeza.

—Su realidad de espía difiere un poco de mi mediocre vida de poli, o como quieras llamarla. Pero existen unas normas que incluso ellos tienen que acatar. Al mismo tiempo, la redada que hicimos puede que levante cierta polvareda. Pero los atentados han quedado frustrados. Hemos detenido a gente en toda Europa. Ha sido un gran éxito, por mucho que el viaje hasta aquí haya sido movidito. Sobre todo para ti y tus amigos.

—Perdona que estuviera tan cabreada contigo —dice Klara—. Aún estaba enfadada por lo del verano.

Bronzelius le sonríe.

—No te preocupes —contesta—. Me han dicho cosas bastante peores. Y termine como termine, ha sido un gran logro descubrir la pequeña célula particular de Myriam. Quién sabe a cuántas personas habrán enviado para que los interroguen en Egipto o Yemen o donde sea. Pero eso se acabó, te lo aseguro.

—El Estado de derecho ha sido reconstituido —sentencia Klara—. ¿Quién habría dicho hace dos meses que lo íbamos a conseguir?

Bronzelius vuelve a sonreír.

—Ha sido una auténtica suerte que aparecieras en escena —dice—. Si no, los rusos habrían cogido a Jacob en Bruselas y habríamos quedado a pocas horas del peor atentado terrorista de la historia de Europa.

Klara se gira para mirar la cama y cuando ve que George está moviendo ligeramente la cabeza se pone de pie. Bronzelius hace lo mismo.

—Ya no sois sospechosos de nada —dice—. Solo para que lo sepas. Los policías de aquí fuera solo están para infundir un poco de seguridad. Tendré que interrogaros, así que no salgáis de Estocolmo hasta que haya tenido oportunidad de hacerlo, ¿de acuerdo? Por lo demás, solo puedo decir una cosa: gracias.

—¿Y Yassim? —pregunta Klara.

—¿Quién sabe? —responde él—. Lo vamos a interrogar y trataremos de esclarecer su historia. Es poco probable que los rusos quieran tratar con él después de esto.

Se queda callado y mira por la ventana.

—Entonces, ¿qué va a pasar con él? —dice Klara en voz baja.

Bronzelius se encoge de hombros y se vuelve hacia ella.

—Si no se puede demostrar que ha cometido algún crimen, supongo que quedará libre —responde.

Klara se limita a asentir con la cabeza.

—Sin él, jamás habríamos podido desentrañar todo esto —dice ella—. No lo olvides.

—La vida no es justa —responde Bronzelius.

Klara titubea un instante y luego da un paso hacia él y le da un abrazo.

—Gracias —dice—. Por haberme escuchado, a pesar de todo lo que pasó en verano.

—¿Klara? —se oye una débil voz desde la cama—. ¿Dónde coño estoy?

Bronzelius le da una palmadita en el hombro.

—Cuida de él —dice—. Hablamos luego.

Klara se da la vuelta y se inclina sobre George, le da un beso en la mejilla.

—Estás conmigo —susurra.

26 de noviembre – Estocolmo

Todavía está oscuro cuando Klara sale del metro en la estación de Rådhuset, en el barrio de Kungsholmen. Nota el frío matutino en el cuerpo y sujeta más fuerte con las manos los dos cafés que ha comprado en el quiosco Pressbyrån. Gira a la derecha por la calle Bergsgatan, en dirección a Kronobergshäktet, la prisión provisional de Estocolmo.

Es extraño que no esté más cansada, apenas ha dormido un par de horas, acurrucada en la cama del hospital al lado de George. Una enfermera le ofreció dormir en otra habitación, pero separarse de George le pareció imposible. Sus caras estaban tan cerca que casi se rozaban con la nariz, tan cerca que casi se tocaban los labios, y George le contó todo lo que les pasó a él, Jacob y Yassim.

«Pero a ti ¿por qué te drogaron? —le preguntó ella—. Los demás estaban conscientes».

«Supongo que yo no tenía nada de lo que ellos necesitaban —respondió George—. Creo que solo era un lastre para ellos. Ni siquiera guardo ningún recuerdo del hangar del que me hablas. A lo mejor no querían que supiera lo que estaban haciendo con Yassim y Jacob. Como evitando un posible testimonio».

Ahora Klara está apoyada en un armario eléctrico justo a las puertas de la prisión, dando sorbitos a su café. Unos copos de nieve caen del cielo bajo los focos blancos de las verjas de entrada, y a su espalda Klara puede oír el ruido de la ciudad y el tráfico de primera hora de la mañana. Acaban de dar las ocho cuando la verja de rejilla del recinto de la prisión se acciona y empieza a abrirse.

Gabriella tiene el aspecto de siempre, aunque su melena roja y encrespada está más voluminosa y salvaje que de costumbre, y por una vez en la vida va sin maquillar. Cuando ve a Klara, frena en seco y abre los brazos, una sonrisa

le llena la cara. Se abrazan sin decir nada. Luego Klara aparta un poco a su mejor amiga y la mira a los ojos.

—No me entra en la cabeza que solo hayan pasado cuatro días —susurra—. Han sucedido tantas cosas.

—Ah, ¿sí? —dice ella—. Para mí es como si el mundo hubiese estado parado.

Gabriella toma un poco de café y el sabor la hace jadear de satisfacción mientras empiezan a bajar sin prisa alguna en dirección a la avenida Norr Mälärstrand que bordea el agua.

Klara le cuenta todo lo que ha pasado y Gabriella se limita a mirarla fijamente con los ojos como platos.

—Menuda locura —exclama—. Casi no lo puedo ni creer.

—Yo tampoco —dice Klara—. Y tampoco entiendo por qué te detuvieron. ¿En base a qué?

—Primero lo achacaron a la conversación con este tal Jacob, como tú lo llamas. Poseían una información muy secreta según la cual él era un terrorista o estaba colaborando con terroristas. Lo que tú me has contado, vaya.

—Myriam y su banda —comenta Klara—. Sí, eso me ha quedado claro. Pero ¿era suficiente?

—Me confiscaron el ordenador y el teléfono, obviamente, y empezaron a decir que en mi correo electrónico había un montón de correspondencia entre yo y ese Jacob. Que habíamos decidido cómo lo iba a ayudar a entrar en Suecia a escondidas junto con otras dos personas.

—¿Qué? —dice Klara—. Pero...

—Sí, todo inventado, está claro. Era evidente desde el primer momento. Cuando al final me dejaron ver el material, ni el sueco era del todo correcto. Algún ruso que había escrito e-mails falsos entre mi dirección y otra de Gmail también falsa. Pero era surrealista. Ver cosas enviadas desde tu cuenta que tú no has escrito ni sabías que estaban ahí. Y ayer el juez que instruía la acusación solo oía la palabra «terrorismo» y con eso bastaba, aprobó la orden de prisión y no hizo ningún caso al material que aportamos sobre hackeos y demás. Pero luego el fiscal retiró la petición de prisión provisional esta misma noche, apenas unas horas más tarde, después de que tú destapas todo el caso.

Klara siente un escalofrío.

—Qué asco —dice—. Habían hackeado también tu cuenta secreta de Gmail, la que habíamos usado alguna vez. Pero al final entendí que no eras tú. ¿Sabes cómo?

Gabriella niega con la cabeza.

—¿Qué es el Camp Nou?

—¿El campo de fútbol en Bergort? —responde Gabriella sin titubear.

Klara asiente en silencio.

—Exacto...

Gabriella tira su vaso vacío a una papelera y se acerca al borde del muelle, hasta el agua. Se vuelve hacia Klara.

—Gracias —dice con calma—. Por no tirar la toalla.

Siguen caminando hacia el centro mientras el sol poco a poco va saliendo y el mundo pasa de negro carbón a gris tímido, el cielo tiene el mismo tono que la ría Mälaren que se extiende a su lado, el mismo color que el muelle y los coches. Klara carraspea.

—Pero la cosa no se acaba ahí —dice con cuidado—. Todavía hay más.

Le cuenta lo de George. Que algo había empezado a crecer en ella, algo que Klara ni siquiera pensaba que podría volver a sentir nunca. Algo que había surgido tan de repente que aún no había podido entenderlo del todo y que ahora no la abandonaba ni por un segundo.

Klara nota que le suben los colores.

—¡Te estás poniendo roja! —señala Gabriella entre risas—. O sea, no es que me sorprenda. Ya me hablaste de él de camino a Estocolmo. Pero quién se iba a imaginar que la cosa iba a estallar en mitad de toda esta historia.

Paran y contemplan el barrio de Söder irguiéndose al otro lado del agua, donde Gabi tiene su piso.

—Tu vecina me cae muy bien —dice Klara—. Una mujer potente.

Gabi suelta una risotada.

—¿Maria? Sí, es la bomba, hay que decirlo. Aún no me creo que te diera el Rohypnol.

Luego Gabi se la queda mirando.

—No sabes cuánto me alegra esto de George —comenta—. Ha llegado el momento de que sigas adelante. Por fin.

Klara se vuelve hacia el agua, observa cómo el cielo poco a poco se va pintando de rosa con los primeros rayos de sol.

—Sí —dice llena de paz—. En algún momento hay que empezar a vivir

otra vez.

26-28 de noviembre – Estocolmo/Eskilstuna

Jacob se despierta porque alguien lo zarandea suavemente del hombro, da un respingo y abre los ojos. Pelo gris en la luz gris. Una cara que reconoce de ayer, ¿o de hoy mismo, hace un rato? Ya no sabe en qué día vive. Ni dónde está.

—No sé si me he presentado —dice el hombre—. Me llamo Anton Bronzelius. Soy de la Säpo.

Jacob asiente en silencio y se incorpora apoyándose en un codo, parpadea ante la luz amarilla y tenue de la habitación. Bronzelius. Era el contacto de Klara en la Säpo, según había podido dilucidar en mitad del caos de ayer.

—¿Dónde estoy? —pregunta.

Su voz es seca y ronca y Jacob se aclara la garganta. Bronzelius ya se ha puesto de pie.

—Hospital Södersjukhuset —responde—. Estás aquí en observación. Parece que has vivido toda una serie de cosas, últimamente.

Jacob mira la estancia y no le cabe duda de que se trata de una habitación de hospital: suelo liso, camas grandes, tubos y un televisor en la pared. Un leve recuerdo de coches patrulla y una ambulancia que lo trajo hasta aquí.

—¿Estoy preso? —pregunta.

No es el término correcto, pero ahora mismo su cerebro no está lo bastante ágil ni claro. Bronzelius se limita a negar con la cabeza.

—Tenemos muchas preguntas —dice—. Pero no eres sospechoso de ningún crimen. A pesar de que tu rol en todo este asunto siga sin estar demasiado claro. Pero ya tendremos tiempo luego de hablar de ello.

Hace un gesto hacia la puerta.

—Tenemos un poco de prisa —añade—. Hay alguien a quien imagino que querrás ver antes de que sea demasiado tarde.

A Jacob le duele todo el cuerpo mientras sigue los pasos de Bronzelius por

el pasillo vacío del hospital. Sus hombros y rodillas, su cabeza. Se siente como si lo acabaran de sacar de entre los escombros de un edificio derruido, como si hubiese sobrevivido a un terremoto. Quizá es justo lo que le ha pasado.

El silencio y la calma del hospital resultan desconcertantes, apenas puede creer que esté aquí, que esté a salvo, seguro, o al menos algo que le recuerda a eso. No va a morir. Pase lo que pase, va a seguir vivo.

Bronzelius se detiene delante de una puerta en la que un agente uniformado está haciendo guardia. Intercambian algunas palabras, pero Jacob está tan agotado y su mente sigue tan nublada que no consigue distinguir lo que dicen. La puerta se abre y Bronzelius lo invita a pasar con un leve empujoncito.

—Tienes cinco minutos —dice—. Me sabe mal, pero es todo lo que te puedo dar.

En la cama de la pequeña habitación está Yassim, bocarriba, entre las sábanas blancas. Su cabeza descansa sobre la almohada, tiene los ojos cerrados, y una ternura sobrecogedora se apodera de Jacob. Se apresura hasta la cama y se inclina sobre ella. Un gotero en el brazo de Yassim, una venda nueva y blanca le cubre el pecho. Yassim gira la cara y abre los ojos.

—Estás aquí —susurra sin fuerza.

Jacob se limita a decir que sí con la cabeza y rodea la cara de Yassim con las manos, le besa los labios secos con suma delicadeza. Algo metálico restalla en el borde de la cama y cuando Jacob se gira para mirar ve que Yassim está esposado a la estructura.

—Me parece que me van a retener un tiempo —dice.

—¿Qué piensan hacer contigo? —pregunta Jacob—. ¿Qué está pasando?

Mira hacia atrás y ve la expresión severa de Bronzelius en la tenue luz de la puerta.

—Mucho me temo que tu amigo se quedará con nosotros —le informa—. Ha estado vinculado al ISIS. Ha hecho de mensajero.

—¡Sí, para poder delatarlos! —exclama Jacob.

Se levanta, se vuelve del todo hacia Bronzelius con las manos en los costados. Cuando cae en la cuenta, la idea lo fulmina y luego le deja una sensación paralizante de impotencia. Alguien debe pagar por todo, tiene que haber un responsable. Y han decidido que será Yassim.

—Te quedan tres minutos —dice Bronzelius tajante—. Tú decides en qué

los quieres gastar.

Jacob nota que le tiembla todo el cuerpo, pero se vuelve de nuevo hacia Yassim, se inclina sobre él, se apoya a su lado, con la cabeza pegada a la suya.

—Lo siento tanto —susurra—. Lo...

—Chsss, chsss —responde Yassim—. Yo no lo siento. Hemos hecho lo correcto, *darling*.

Jacob nota las lágrimas brotar de sus ojos, un ardor creciente en la garganta. La piel de Yassim en sus labios.

—No desaparezcas —susurra—. Acabamos de conocernos.

Cuando el tren se detiene en Eskilstuna Jacob coge aire y se agarra al apoyabrazos. Cierra los ojos. Han pasado dos días desde que dejó a Yassim en el hospital. Un día desde que Bronzelius lo dejó salir de comisaría.

«Tendremos que volver a hablar contigo —le había dicho Bronzelius—. No te vayas demasiado lejos».

Jacob ya le había contado todo lo que querían saber. Había contestado a todas las preguntas hasta el último detalle, lo mejor que había sabido. Todo con la esperanza de que Bronzelius respondiera a la única que él tenía: «¿Qué le pasará a Yassim?».

Pero aparte de los cinco minutos en el hospital que Bronzelius le había permitido, se negaba a ceder ni un milímetro. Ninguna promesa, ninguna información, nada.

«Concéntrate en lo tuyo —le había dicho varias veces—. Es mi único consejo».

Pero había algo en la forma en que lo decía. Algo en sus ojos, la manera en que miraba a Jacob, que más que cerrar una puerta parecía abrirla.

«Pero ¿no desaparecerá? —había preguntado Jacob—. ¿No lo haréis desaparecer?».

Bronzelius se había limitado a negar en silencio, de forma casi imperceptible.

«No —había murmurado—. Esto es Suecia. Aquí no desapareces».

Y eso fue todo. No le dieron nada más, era el único clavo ardiendo al que poder aferrarse.

Cuando se baja del tren al andén gris siente que ha sido un error volver a Eskilstuna. Se siente superado, siente que es demasiado pronto. Había jurado no volver nunca jamás. Caminar siempre hacia delante y hacia arriba y no mirar nunca hacia atrás. Era la promesa que se había hecho a sí mismo. La promesa que le había permitido sobrevivir a su hogar de origen y la escuela y todo aquello en lo que había jurado no pensar ni compartir nunca con nadie.

Cuando abre los ojos ve una leve llovizna caer a la luz de las farolas de la estación.

Pero sabe que ya no es viable. Sabe que Myriam estaba en lo cierto cuando lo encontró en Beirut. Fue una ilusión desde el primer momento. No puedes esconderte de quien realmente eres.

Solo hay que caminar unos minutos desde la estación hasta las casas de ladrillo amarillo, los balcones blancos, las botellas de aguardiente, las colillas. Su infancia. Aún conserva la llave, la tenía en una cajita en su cuarto de Upsala. No fue capaz de deshacerse de ella durante sus años de universidad, por mucho que lo deseara, y ahora la tiene en sus manos sudorosas mientras empuja la puerta del portal de entrada.

Pero ahí se detiene, incapaz de dar un paso más. Entonces nota la mano de Yassim en la suya, nota cómo tira suavemente de él para hacerlo subir las escaleras. Jacob oye el eco de sus pasos, la voz de Yassim susurrando en su oído:

«No tengas miedo, Jacob. Ya no tengas más miedo».

Ella no responde cuando llaman al timbre, pero Jacob tampoco había contado con que lo haría, así que mete con cuidado la llave en la cerradura y la gira. Hace tanto tiempo que no abre esta puerta y aun así recuerda el movimiento exacto, la forma en que el perno se desliza y suena. Recuerda perfectamente la resistencia del vacío al abrir la pesada puerta para entrar en el piso, el olor a cerrado y la peste a tabaco y alcohol y ventanas con las persianas bajadas.

Su madre está tumbada en el sofá manchado. En la mesita de centro hay propaganda y medio pastel de chocolate, un paquete de cigarrillos vacío, un cenicero rebosante, media botella de ginebra, un par de latas de cerveza. Jacob se da la vuelta para ver dónde se ha metido Yassim, era tan real hace un momento, en el rellano. Pero ha vuelto a esfumarse. Ahora solo están él y su madre y Jacob se acerca a la ventana, encuentra el cierre y la abre. Un aire

frío se mete en el piso y hace ondear las cortinas roñosas.

Luego se vuelve hacia su madre justo cuando ella abre los ojos y se incorpora ligeramente en el sofá.

—¿Matti? —dice—. Matti, ¿eres tú?

Jacob se acerca al sofá y se pone de cuclillas a su lado. Ella lo mira con sus ojos grumosos y cansados; su piel es cetrina, su pelo ralo.

—Sí —responde él—. Soy yo.

Gracias:

A mi amiga y editora Helene Atterling

A mi amiga y agente Astri von Arbin Ahlander

A mi meticuloso, ingenioso y paciente redactor Jacob Swedberg

A mi editora alemana Nina Grabe por meterme prisa

A mi amigo Tobias Almborg por el viaje a Beirut, sin el cual no habría libro

A mi hermano Daniel Zander por todos los consejos y contactos y Beirut

A mi guía a distancia en Beirut, el profesor Leif Stenberg

A mi contacto de valor inestimable en la American University de Beirut,
Rami Khouri

A mi guía al corazón joven y político de Beirut, Dima Tannir

A mi amigo Johan Jarnvik, como siempre

A mis padres, por todo el abrigo y toda la ayuda

A Moa, por todo

El autor del éxito internacional *El nadador* vuelve con otro trepidante *thriller* y demuestra una vez más por qué es un maestro del género. «Durante los últimos veinte años Henning Mankell ha marcado la pauta en este género. Ahora lo hace Zander.»

WDR2

Cubierta

Jacob trabaja en la embajada sueca en Beirut cuando conoce al fotógrafo Yassim y quedan mutuamente fascinados. Pero una y otra vez Yassim desaparece y se enreda en contradicciones. Aunque Jacob no sabe si puede confiar en él, decide seguir los dictados de su corazón e involucrarse de lleno en una persecución sin tregua por toda Europa.

En Estocolmo, Klara Walldén nota que su mejor amiga, la reconocida abogada especializada en derechos humanos Gabriella Seichelmann, se comporta de manera extraña e inmediatamente percibe que algo no marcha bien. Pero no puede creer las acusaciones cuando, poco después, Gabi es arrestada en una operación antiterrorista.

Los caminos de Klara y Jacob se cruzarán en Bruselas y juntos intentarán salvar a las dos personas que más quieren... Aunque no sepan si realmente lo merecen.

Sobre la novela han dicho:

«El nuevo *thriller* de Joakim Zander es una historia extraordinariamente emocionante... Si te gusta la acción este es tu libro.»

Hallo Buch

«Tras Stieg Larsson, Henning Mankell y Jens Lapidus, llega una nueva gran voz de la novela policiaca escandinava: Joakim Zander.»

Metro

«Zander ha escrito de nuevo una novela de suspense increíblemente apasionante y eficaz.»

Der Kultur Blog

Sobre el autor

Joakim Zander, nacido en 1975 en Estocolmo, vive con su familia en Lund, donde ha podido cumplir su sueño de dedicarse por completo a la escritura. Antes, trabajó durante años en Bruselas para varias instituciones europeas y está doctorado en Derecho por la Universidad de Maastricht. Esta es su tercera novela tras el gran éxito obtenido con *El nadador* (Suma de Letras, 2014), que fue publicada en 30 países, y *El hermano* (Suma de Letras, 2016).

Título original: *Vänner*

© 2017, Joakim Zander

Publicado gracias a un acuerdo con Ahlander Agency

© 2018, Pontus Sánchez, por la traducción

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-273-9

Adaptación del diseño original de Miroslav Šokčić: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de la cubierta: © Johnér Bildbyrå Ab.

(Ciudad) © Plainpicture / Johnér

Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com



megustaleer.club

Índice

[El amigo](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Parte 1](#)

[5 de agosto – Beirut](#)

[21 de noviembre – Sankt Anna](#)

[5 de agosto – Beirut](#)

[21 de noviembre – Sankt Anna](#)

[5 de agosto – Beirut](#)

[21 de noviembre – Sankt Anna](#)

[12 de agosto – Beirut](#)

[21 de noviembre – Sankt Anna](#)

[14 de agosto – Beirut](#)

[21 de noviembre – Sankt Anna](#)

[17-22 de agosto – Beirut](#)

[22 de noviembre – Estocolmo](#)

[24 de agosto – Beirut](#)

[22 de noviembre – Estocolmo](#)

[7 de septiembre -16 de octubre – Beirut](#)

[22 de noviembre – Estocolmo](#)

[16 de octubre – Beirut](#)

[22 de noviembre – Estocolmo](#)

[20 de octubre – Beirut](#)

[22 de noviembre – Estocolmo](#)

[20 de octubre -13 de noviembre – Beirut](#)

[22 de noviembre – Estocolmo](#)

[13 -14 de noviembre – Beirut](#)

[22 de noviembre – Estocolmo](#)

[14 de noviembre – Beirut](#)

22 de noviembre – Estocolmo

14 de noviembre – Beirut

23 de noviembre – Estocolmo

14 de noviembre – Beirut

Parte 2

23 de noviembre – Bruselas

14 de noviembre – Beirut

23 de noviembre – Bruselas

14 -15 de noviembre – Beirut

23 de noviembre – Bruselas

15 de noviembre – Beirut

23-24 de noviembre – Bruselas

15 de noviembre – Beirut

24 de noviembre – Bruselas

15-21 de noviembre – Beirut

24 de noviembre – Bruselas

21 de noviembre – Beirut/Bruselas

24 de noviembre – Bruselas

23 de noviembre – Bruselas

24 de noviembre – Bruselas

23 de noviembre – Bruselas

24 de noviembre – Bruselas

24 de noviembre – Bruselas

24 de noviembre – Bruselas

24 de noviembre – Bruselas

24 de noviembre – Bruselas

Parte 3

24 de noviembre – Bélgica/Alemania

24 de noviembre – Duisburgo

24 de noviembre – Duisburgo

24 de noviembre – Duisburgo

25 de noviembre – Malmö

25 de noviembre – Malmö

25 de noviembre – Malmö

25 de noviembre – Malmö

25 de noviembre – Bergort

25 de noviembre – Malmö

[25 de noviembre – Bergort](#)
[25 de noviembre – Malmö](#)
[25 de noviembre – Bergort](#)
[25 de noviembre – Malmö](#)
[25 de noviembre – Bergort](#)
[25 de noviembre – Bergort](#)
[25 de noviembre – Bergort](#)
[25 de noviembre – Aeropuerto de Bromma](#)
[25 de noviembre – Bromma](#)
[25 de noviembre – Aeropuerto de Bromma](#)
[25 de noviembre – Aeropuerto de Bromma](#)
[26 de noviembre – Estocolmo](#)
[26 de noviembre – Estocolmo](#)
[26-28 de noviembre – Estocolmo/Eskilstuna](#)

[Gracias](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)